

José Antonio Suárez

ALTER EGO

**Comienza una nueva era
¿Termina la nuestra?**



ALTER EGO

José Antonio Suárez

Alter Ego.

© José Antonio Suárez, 2019

Reservados todos los derechos

<http://www.joseantoniosuarez.es>

Ilustración de cubierta: Design36 (Shutterstock)

Table of Contents

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[EPILOGO](#)

CAPÍTULO 1

Buenos días. Me llamo Alter Ego. Y estoy muerto.

Una vez asistí a un taller literario, para mejorar mi estilo. Por entonces era joven e inseguro y carecía de sofisticación. No aprendí demasiado de las charlas de aquel tipo con ínfulas que fumaba en pipa de hueso y lucía un ridículo fular rojo, pero se me quedó grabado un consejo. La mejor forma de iniciar una novela es con una frase impactante, que el lector recuerde años después de haber terminado tu libro. Tal vez olvidó el argumento, pero no ese gancho, que quedará en su memoria pegado como una garrapata. ¿Se acuerdan de cómo empezaba *Cien años de soledad*? Espero que sí, y si no, vamos, no sean perezosos y busquen la frase en Internet. Es buena, ¿verdad? Ojalá la hubiera escrito yo.

Mi frase gancho favorita es: «Cuando despertó, el dinosaurio seguía allí». Augusto Monterroso creó uno de los microrrelatos más impactantes que se han escrito. Podrán olvidar a su autor, pero no ese cuento. Claro que después de esa frase no hay nada más, empieza y acaba con una pirueta circense. En cierto modo es lo que hacemos los escritores, entretener con trucos, malabarismos y algún chiste cargado de mala uva. Nuestro nombre desaparecerá, pero las palabras pervivirán, decía aquel bobo del fular rojo.

¿Qué ocurre cuando despiertas y no sabes si estás vivo o muerto?

Es lo que me ocurrió a mí. No había ningún dinosaurio a mi lado; solo mis pensamientos, mi conciencia, pero ¿dónde estaba mi cuerpo? ¿Adónde había ido a parar? Fue una sensación espeluznante, porque a mi lado solo encontré el vacío. Al principio pensé que me había quedado ciego, pero de haber sido así, podría tocarme mi propio cuerpo, y sin embargo no tenía manos con las que palpármelo. Luego pensé que quizá me habría quedado tetrapléjico, y por eso no podía mover ninguna zona de mi cuerpo.

Paulatinamente empecé a recordar y entonces lo entendí todo.

Durante mi vida siempre tuve pánico a morir. Escribía libros de terror y ciencia ficción; se me daba bien, me ganaba la vida asustando a los demás, pero hay algo peor que los fantasmas y los monstruos: descubrir que no

existen, que no hay un más allá, que todo lo que nos han contado los curas es mentira y que al universo no le importa si vives o mueres. Mira a tu alrededor: ¿crees que hay alguien ahí arriba anotando lo que haces para juzgarte después de la muerte? Si lo hubo alguna vez, dejó de tomar apuntes hace mucho tiempo, aburrido de lo que estaba viendo. Las historias sobre espíritus y demonios tienen éxito porque crean esperanzas de que hay algo al otro lado. Pero yo nunca creí mis propias historias. Sé que no existen los fantasmas, aunque en la televisión aparezcan a diario haciéndose pasar por personas normales, y también sé que viajar más rápido que la luz es imposible, lo que convierte la mayoría de los libros de ciencia ficción que he escrito en fantasía. Tengo – tenía, ya les he dicho que creo que estoy muerto– muy claro qué es real y qué no, pero yo me ganaba la vida entreteniendo a mi público, y de paso me lo pasaba bien. No obstante, si quería alcanzar el más allá, tenía previamente que estar seguro de que no era fantasía para adultos.

Si les estoy contando todo esto es porque supongo que soy capaz de pensar, y por tanto existo. Pero tengo dudas de que realmente piense, o que sienta, y que estas líneas que usted está leyendo hayan sido creadas por un programa de inteligencia artificial. ¿De verdad está usted seguro de que existe? En algún momento de su vida se habrá preguntado si no será parte de una fenomenal mentira. ¿Cómo explica que se acuerde de una persona que lleva años sin ver y poco después se la encuentre por la calle? ¿Son las coincidencias fruto del azar o el indicio de que en el mundo hay piezas que no encajan? Quizá algún día usted despierte del sueño de la realidad y descubra quién o qué es realmente, si está vivo, muerto, o es un reflejo en el espejo. Yo todavía no he descubierto quién soy, y solo puedo hacer conjeturas con cierto grado de probabilidad.

La primera de ellas: estoy muerto. La segunda: mi mente fue trasvasada a una red de ordenadores de la corporación Pangea.

Partiendo de que ambas conjeturas sean ciertas, les explicaré lo que creo que sucedió. Acumulé en vida una respetable cantidad de dinero gracias a mi profesión de novelista. A la edad de cincuenta y ocho años se me diagnosticó una enfermedad incurable y me dieron seis meses de vida. Quería seguir viviendo, y la religión no me daba ninguna esperanza que mi mente racional pudiera tragarse. Existían algunos precedentes de resurrecciones de pacientes que fueron hibernados décadas atrás, pero los resultados no habían sido buenos. La mayoría de los que sobrevivieron al proceso de hibernación murieron poco después, o su organismo resultó dañado de forma irreversible:

se quedaban postrados en sillas de ruedas o eran incapaces de hablar o moverse. La hibernación no es el sueño que las novelas de ciencia ficción nos habían vendido y la realidad se acerca más bien a una pesadilla, pero Pangea tenía en su haber el privilegio de haber resucitado con éxito a un paciente que fue hibernado hacía dos décadas, precisamente el abuelo de uno de los fundadores de la compañía, y sin secuelas aparentes. Si ellos prometían algo, lo cumplían. Y la inmortalidad de la mente fue su siguiente promesa.

La tecnología de resurrección mental pretendía digitalizar las conexiones de la compleja red de neuronas del cerebro para reproducirlas en un ordenador. Hay tantos soles en la galaxia como neuronas dentro de nuestra cabeza. Cartografiarlas todas, incluidas sus sinapsis, y reproducir ese endiablado mapa en una estructura digital era una labor que *a priori* rebasaba la capacidad de nuestra tecnología. Hay servicios en Internet que crean un avatar de tu mente basado en la información disponible sobre ti. Eso no es lo que yo quería para mí. Una reconstrucción basada en lo que yo había dicho o hecho durante mi vida no era yo, porque no reflejaba todos mis pensamientos, sino solo aquellos que yo había revelado a la sociedad. En el interior de nuestra mente escondemos ideas con las que no nos sentimos cómodos, pero también forman parte de nosotros. Yo no quería una imitación servil de mí mismo y políticamente correcta que agradase a la sociedad, sino mi yo auténtico, con sus defectos, virtudes y todos los procesos de pensamiento intactos. Eso nadie lo había conseguido.

Los primeros intentos para digitalizar una mente humana se basaron en descomponer el cerebro en trocitos del tamaño de micras, que eran escaneados y reensamblados digitalmente. Lamentablemente, el proceso de lonchear el cerebro destruía información, y los resultados fueron pésimos. Los bioingenieros necesitaban herramientas más elegantes. Un cuchillo, por muy fina que sea su hoja, rompe tejido.

La tecnología de microsondas conectoma fue elegida por Pangea para su proyecto Eón, de resurrección humana. Debido a su peligrosidad, las sondas conectoma estaban prohibidas en muchos países, pero Pangea se las arreglaba para sortear las regulaciones. Sus ganancias le permitieron el capricho de alquilar a Portugal una de las islas Azores, formando una especie de miniestado en el que se aplicaban sus propias normas. Al exportar sus productos al exterior tenía que cumplir las leyes de otros países, pero lo que hiciera de puertas para adentro era cosa suya.

Tuve noticia del proyecto Eón un año antes de que los médicos me

sentenciasen a muerte. Me pareció una fantasía descabellada propia de mis novelas de ciencia ficción, un cuento tan inconsistente como viajar en el tiempo o irse de excursión a la nebulosa de Orión a lomos de un motor de curvatura. No me lo creí y seguí con mis asuntos.

Después de recibir mi condena a la pena capital, cambié de idea.

Llámenme cobarde, y tendrán razón. Ateos ilustres se convirtieron a la Fe Verdadera cuando vieron las orejas al lobo. A mí me sucedió algo ligeramente menos patético: reemplacé la fe en Dios por la fe en la Ciencia. Total, ¿qué tenía que perder? Pangea buscaba conejillos de indias para su estudio y yo era un desahuciado con una hinchada cuenta bancaria de la que ya no podría disfrutar cuando mi cuerpo fuese pasto de gusanos.

No imaginaba la enorme suma que Pangea me pidió a cambio de aceptarme como cobaya. Yo creía que los gastos los asumiría la corporación, a la que no le faltaba dinero, precisamente. Solo la cifra que obtenía con la explotación en aguas internacionales del ascensor espacial del Pacífico era ya insultante, y eso representaba una pizca de sus fuentes de ingresos. Pero Pangea argumentó que reproducir un modelo humano del cerebro en un ordenador costaba mucho dinero. Si hubiera estado soltero no habría puesto muchas pegadas, pero tenía un hijo de veintiún años. Y también estaba Sara, mi ex mujer. Aunque ambos no se habían portado demasiado bien conmigo, no quería fastidiarles más de lo necesario.

Fue una elección dura, pero mi ex me lo puso fácil: únicamente fue a verme al hospital en una ocasión, y no porque le importase un bledo que fuese a morirme, sino porque quería que solucionase en vida los asuntos legales de la herencia. Aquella miserable no merecía que le dejase un céntimo de mi trabajo y en cuanto a mi hijo, tendría que espabilar y hacerse un hombre. Él también visitó el hospital en raras ocasiones.

Moriría solo, sin que nadie derramase una lágrima por mi pérdida. No me resigné a tirar la toalla. Llegué a un trato con Pangea, tomé un vuelo a Ponta Delgada, capital de la isla de Sao Miguel, y pasé los últimos días de mi vida en un centro médico de las Azores con bellas vistas al océano, monitorizado por personal de la compañía. Me habían inyectado en el cuello una solución salina, con una suspensión de millones de sondas conectoma que se esparcirían por las circunvoluciones de mi cerebro, esperando que se acercase el momento de mi muerte para cobrar vida. El proceso de activación y mapeo generaba tanta energía que dañaba el funcionamiento de las neuronas, lo que provocaba un shock en el paciente que le conducía a la muerte en

cuestión de segundos. Pero esos segundos eran suficientes para que el dispositivo de escaneo reuniese las señales de las sondas neurales y las volcase en los ordenadores de la compañía. Al menos, es lo que prometían los bioingenieros.

El doctor Nayan me tranquilizó antes de que me administrasen un sedante que me sumiría en mi último sueño como ser vivo. Nayan no era médico, sino doctor en informática y electrónica orgánica. Debido a una malformación congénita, sus extremidades del lado izquierdo eran más largas que las del derecho, y cojeaba un poco. Sus dedos parecían los de un alienígena, estrechos, largos e increíblemente flexibles. Algunos le llamaban cruelmente doctor Ictus, por la asimetría inquietante de su rostro.

–Eres la última persona que veré en mi vida –le dije.

–Y la primera que verás en la nueva –sonrió Nayan.

Tenía veintidós años, pero disponía ya de dos licenciaturas, un doctorado y estaba estudiando medicina, a dos cursos cada año. Nayan pasó una infancia muy dura en Calcuta, hasta que fue adoptado legalmente por la corporación. A pesar de sus defectos de constitución, Nayan llamó pronto la atención por su extraordinaria inteligencia. Algunas multinacionales de diseño genético utilizaban países como La India para sus experimentos, y Nayan formaba parte de un programa eugenésico para concebir niños a la carta. Los progenitores que encargaron un bebé superdotado no quedaron satisfechos con la apariencia física del bebé, y declinaron hacerse cargo de él. Nayan quedó desprotegido en una inclusa que parecía un estercolero, y fue un milagro que durase dos años vivo, momento en que un ojeador se lo llevó a cambio de un puñado de rupias.

Hasta donde yo sé, Pangea no se dedica a la experimentación genética con humanos. No porque tenga escrúpulos, sino porque tarde o temprano esas actividades acaban saliendo a la luz, y la corporación se había ganado poderosos enemigos que pagarían mucho por cualquier información escabrosa que dañase su imagen. La compañía salvó la vida a Nayan, pero no lo hizo pensando en la salud del bebé, sino porque convenía a la corporación. Si Pangea había crecido tanto en estas dos últimas décadas fue porque convertía las piedras del camino en oportunidades de negocio. La construcción del ascensor espacial Clarke-Sheffield en una plataforma del Pacífico, a dos mil kilómetros al Oeste de Ecuador, fue considerada durante mucho tiempo una idea descabellada, propia de las novelas con las que yo me ganaba la vida; sin embargo, una vez resueltos los problemas de ingeniería y desarrollada la

tecnología de nanotubos de carbono que componían los cables, el ascensor se reveló un método rentable para situar objetos en órbita, y convirtió en piezas de museo los cohetes químicos de lanzamiento, abriendo de par en par las puertas a la colonización de la Luna y Marte. La cantidad de basura orbital era de tal magnitud que había provocado numerosos accidentes, que a su vez generaron más basura. Sin el ascensor espacial, la humanidad habría perdido la posibilidad de enviar nuevos satélites al espacio por saturación de las órbitas a causa de los escombros espaciales, problema conocido en astronáutica como síndrome de Kessler. Ese oscuro panorama convertiría el luminoso futuro de conquista de otros mundos en papel mojado. A la mayoría de la gente no le importará, pero yo me gané la vida escribiendo ese tipo de historias. Me gusta pensar que tenemos un futuro, y que será bueno a pesar de que los datos apunten en contra.

A causa de ese optimismo les estoy hablando. No me rendí, ni acepté mi mala suerte. Cierta interpretación de la mecánica cuántica sostiene que somos inmortales. Nuestro universo se desdobra a cada instante en un montón de cosmos en los que la historia ha transcurrido de modo ligeramente diferente. En un universo apagamos la luz de nuestra habitación y en otro la dejamos encendida. En uno morimos de pulmonía y en otro los antibióticos nos salvan. Nuestro yo no nota esa constante división, porque esos universos escindidos desaparecen de nuestra esfera de realidad, y nuestra conciencia solo navega en aquella rama en la que seguimos vivos. Cuando me diagnosticaron una enfermedad terminal, mi línea de futuro se escindió en un camino que me conducía a la muerte y otro en el que me salvaba. No podría contarle esta historia desde uno de esos universos en que mi conciencia colapsa, así que me salvé. Piénselo: usted sigue vivo mientras sus amigos, conocidos y familiares caen de vez en cuando a su alrededor. Y aunque la muerte le ronde, seguirá adelante, porque las copias de su yo que no tienen futuro desaparecen de la existencia. La selección natural también actúa a través de las realidades. Solo aquellas en las que uno sigue vivo prosperan. Tranquilo, no le explicaré el experimento mental de Schrödinger porque si está leyendo este libro, ya estará harto del maldito gato. Pero piense con optimismo: usted es el gato que sobrevivió a la ampolla de veneno cuando se alzó la tapa. Y también sobrevivió, por poco, a aquel motorista que iba a arrollarle cuando cruzaba por el paso de cebrá, o a la caída de un rayo aquella tarde en el monte, cuando se puso a llover, o a aquella operación con anestesia general en la que podría haber muerto.

Desgraciadamente, no se ha demostrado aún que esta interpretación de la mecánica cuántica sea correcta. Solo es una forma de ilustrar algo que rebasa nuestro sentido común. Nadie entiende por qué a nivel subatómico la naturaleza se comporta como el país de las maravillas de Alicia, por qué surgen partículas de la nada y desaparecen sin dejar rastro, cómo es posible que un haz de fotones pase por dos rendijas a la vez, o por qué se pueden teletransportar de forma instantánea las propiedades cuánticas de unos grupos de partículas a otras, sin importar la distancia que las separa. Tal vez no existan los universos múltiples y la explicación a la física subyacente de nuestra realidad sea aún mucho más extraña de lo que podamos concebir. Pero, bueno, ¿por qué les estaba contando todo esto?

Ah, sí, porque iba a morir.

Postrado en la camilla del hospital, a dos mil kilómetros de distancia de mi hogar, sin ninguno de mis seres queridos a mi lado y bajo la mirada atenta de un doctor que no era médico, cuya cara parecía obra de Picasso. Eché un último vistazo al ventanal y contemplé el azul del Atlántico, confiando que, al despertar, Nayan estaría allí para recibirme.

Como decía, cuando me desperté no había nada a mi alrededor, salvo el color blanco, como si el océano que había visto a través de la ventana se hubiera transformado en leche y hubiera inundado mi habitación. No recuerdo cuánto tiempo permanecí en ese estado, pero fue demasiado. No sentía dolor físico, aunque podía experimentar angustia. Algo no había ido bien, pensé.

Mi matriz neural había sido activada, pero carecía de comunicación con el exterior. Alguien al cargo del equipo de control reparó en ese detalle y me devolvió la vista. De pronto me topé con la imagen de un joven con barba de tres días que mascaba chicle y bostezaba. No era el rostro con el que yo me esperaba encontrar. Se suponía que mi resurrección sería un acontecimiento especial, y que una nube de científicos esperaría expectante mi retorno del mundo de los muertos, como un Lázaro virtual. En su lugar me topé con un niño con pinta de becario mal pagado, al que no le importaba un pimiento lo que me sucediese.

—¿Dónde estoy? —pregunté—. ¿Y Nayan?

—Está ocupado —dijo el joven—. Te encuentras en la cúpula de la memoria, en Ponta Delgada, capital de la isla de Sao Miguel.

—¿Y tú quién eres?

—Depuro el código. Hay miles de millones de interconexiones en tu red cerebral que hay que repasar. Tenemos a IAs que hacen la mayoría del trabajo,

pero alguien debe supervisar lo que hacen y, ejem...

–¿Ejem?

–Hemos tenido algunas dificultades contigo.

–Me gustaría saber cuáles son.

–No se me permite dar a los descarnados más información que la imprescindible. Aumenta sus niveles de cortisol.

–¿Tengo un cerebro orgánico que produce cortisol?

–No, pero las matrices artificiales del proyecto Eón emulan todas las reacciones de tu cerebro original, incluidos pequeños cambios bioquímicos simulados ante respuestas estresantes.

–Pero estoy vivo, ¿no?

El joven explotó un globo de chicle. Maldito cretino, pensé.

–Eres un descarnado –me dijo–. ¿Es que no me has oído?

–¿Y por qué supones que sé a qué te refieres?

–Es evidente que no tienes cuerpo. A eso me refiero.

–Vaya.

–No parece muy despierto. Te ganabas la vida escribiendo gilipolleces sobre robots y viajes a la velocidad de la luz.

–No se puede viajar a la velocidad de la luz.

–Pues en tus novelas se puede.

–No es verdad. Para alcanzar la velocidad de la luz se requeriría energía infinita. ¿Es que no conoces la relatividad de Einstein? Yo no transgredo la teoría. El espaciotiempo puede plegarse, y con materia exótica se podrían abrir atajos a través de agujeros de gusano, permitiendo el viaje interestelar y...

–Basta de mamarrachadas. Yo no pierdo el tiempo leyendo cosas que son mentira. –El becario observó en una pantalla un flujo inusual de datos que mostraba la actividad de mi cerebro virtual–. Y te recuerdo que estás muerto, así que deja de defender esas terribles historias que escribías.

–Me gustaría tener brazos –dijo–. Para partirte la cara, imbécil.

–Echaré un vistazo a tu cuenta bancaria –el joven hizo una mueca de desagrado–. Vaya, está en números rojos. No podrías pagar esos brazos.

–No puede ser. ¡Dejé más de cinco millones de créditos! ¿Cómo puedo deberos dinero? ¿Qué... qué clase de engaño es este?

–Te lo explicaría si pudiera –dijo el becario evasivamente–. Mira, yo solo trabajo aquí y no sé adónde ha ido a parar tu dinero, pero sí sé adónde no ha ido: a mi bolsillo.

–Nayan me prometió que estaría aquí cuando despertase. Quiero hablar con él.

–Lo verás a su debido momento –el joven manoseó una tableta de datos–. ¿Sientes dolor?

–No tengo cuerpo. ¿Cómo podría sentirlo?

–Seguro que sabes lo que son los miembros fantasma.

–Sí, pero no me han amputado un brazo o una pierna. ¿No dices que soy un descarnado? Sin nervios no puede haber dolor.

El niño rio entre dientes.

–¿Qué te hace tanta gracia? –protesté–. Esperaba un trato mejor por parte de Pangea, después de la pasta que he pagado.

–Tenías una mujer y un hijo. ¿No les dejaste nada? ¿O es que no te importaban?

–Eso no es asunto tuyo.

–Eres un egoísta. Conozco a los tipos como tú. Tengo dos hermanas separadas, con hijos. Sus ex maridos no les pasan la pensión.

–Quiero ver a Nayan –de pronto intuí en qué consistía aquel juego–. Esto es una especie de prueba, ¿verdad? Me estás cabreando adrede.

–Qué listo eres. Pues sí, trataba de medir tu índice de respuestas emocionales, y es francamente bueno. El intercambio entre las capas de datos ofrece un *bitrate* de...

–No me hables como si fuera una máquina.

–Alter, enfréntate a la realidad. *Eres* una máquina.

–Espera, ¿por qué me has llamado Alter?

–Eres la recreación del cerebro de Carlos Vera, el popular novelista de género fantástico. Su Alter Ego. Crees que sigues siendo el Carlos original, pero te aseguro que no lo eres. Para diferenciarte de él, te llamaremos Alter.

–Necesito salir de aquí.

–Tú no puedes ir a ninguna parte. Primero, no estás vivo y segundo, no tienes dinero para pagar un cuerpo biomecánico. De todas formas no funcionan bien y antes tenemos que estabilizar tu matriz. Tras la activación se producen desajustes y la red neural se degrada. No sabemos por qué y por eso el proyecto Eón aún no se ha lanzado al público. Tú eres el primero de nuestros pacientes que sobrevivió al proceso.

–¿Con cuántos más lo habéis intentado?

–Tres veces en humanos, y antes de que me hagas preguntas incómodas, todos ellos firmaron el consentimiento, como tú. Lo hemos intentado también

con animales alterados genéticamente para incrementar su inteligencia. Sobrevivieron una orca y un delfín. Puedes considerarte muy afortunado por la suerte que tienes.

–No sabes qué contento estoy. Daría saltos de alegría si tuviera piernas.

–Me alegra que aún conserves tu sentido del humor, Alter. –El becario se levantó–. Vas a necesitarlo.

CAPÍTULO 2

Nayan había pedido ayuda para mi caso. Yo no sabía qué lo había puesto tan nervioso y nadie se dignaba a darme explicaciones, pero recurrieron a un colaborador externo que había sido socio fundador de Pangea. Todo el mundo le llamaba Ciro y tampoco se molestaron en decirme su apellido. Ciro había dejado la compañía hacía años, por discrepancias con sus compañeros del consejo de administración. Si existía una persona con peor suerte que la mía, era él. Poco después de abandonar Pangea, a Ciro se le diagnosticó un glioblastoma cerebral. Para seguir vivo debía llevar permanentemente un pequeño dispositivo en la cabeza que aplicaba microdescargas dentro de su cráneo para mantener a raya el desarrollo del tumor. Ciro no se lo quitaba ni para dormir. Su vida pendía de la proverbial espada de Damocles, y en cualquier momento esta podría caer sobre su cuello.

Ciro había prometido a su amigo Nayan que trabajaría en mi caso para reajustar las deficiencias de mi matriz neural, aunque yo no era consciente de qué iba mal. La ventaja de no tener cuerpo es que puedo cruzar el Atlántico sin subir a un avión y aterrizar en el apartamento de Ciro, al sur de Madrid, en menos de un segundo. El núcleo de mi personalidad seguía ejecutándose en los ordenadores de Pangea, pero teóricamente podía viajar a cualquier parte del mundo.

Ciro vivía solo, y de vez en cuando le visitaba una amiga suya, Eva, que trabajaba en una importante editorial de la capital. Ciro le habló del proyecto Eón y Eva le comentó que tenían un problema con uno de sus escritores estrella, Jaime Clos.

Jaime era un autor al que le gustaba el juego y empinar el codo, pero sobre todo esto último. Eva se enamoró de él cuando era un don nadie y lo aupó a las listas de los superventas, refinando su burdo estilo y llamando a algunas puertas que le abrieron la audiencia al público europeo y americano. Por sus propios méritos, Jaime no habría llegado a ningún lado, era un juntaletras mediocre con un pasado oscuro como director de una editorial cutre de *vanity press* que timaba a los escritores noveles que caían en sus

redes. Él les publicaba libros que luego no distribuía, cobrándoles el triple del precio de imprenta y obligándoles a vender en las presentaciones un número mínimo de ejemplares. Un tipo ponzoñoso que no merecía el apoyo de Eva, a la que, por supuesto, también vampirizó.

Ciro y Eva se conocieron en la sala de espera de una clínica de radioterapia. Ciro estaba prácticamente desahuciado y los médicos no le daban más de seis meses de vida, como a mí. ¿Recuerdan lo que les conté sobre las coincidencias? En cuanto a Eva, le habían extirpado un tumor en un pecho y debía someterse a radiación y quimioterapia. Jaime, aquel monstruo cruel que tenía por marido, ya no la consideraba atractiva en la cama y flirteaba con una compañera diez años más joven que su esposa. Eva iba a perder a su marido, y su empleo en la editorial peligraba a causa de su enfermedad. De nada le servía a Bruno, su jefe, que Eva hubiese entregado su vida a la empresa ni la larga lista de éxitos de ventas que ella había conseguido para la compañía. Eva había cumplido los cincuenta y estaba en tratamiento por cáncer. Bruno pensaba en su reemplazo, pero no quería despedirla mientras estaba de baja, por si trascendía a la prensa.

Entre bromas, Ciro apostó a que era capaz de crear un programa de ordenador que escribiría obras de igual calidad que las de Jaime Clos, y los lectores no lo notarían. La broma acabó convirtiéndose en una propuesta en serio, que Eva aceptó, y Ciro se puso manos a la obra. Pero los programas de inteligencia artificial no daban la talla, ni siquiera para suplantar a un talento mediocre como el de Jaime. Ciro modificó su idea original.

¿Y si las novelas las escribiese un escritor fallecido? Sería el *negro* perfecto: trabajaría sin cobrar y estaría bajo permanente vigilancia de sus amos, que no le permitirían descansos ni distracciones. Ciro habló con sus antiguos compañeros de Pangea y encontró lo que buscaba.

Me encontró a mí.

Pronto comprendí que ni después de muerto me iba a librar de trabajar. Los fondos que yo había pagado a Pangea para mi resurrección se habían agotado y encima les debía dinero. Los gastos del equipo informático que mantenía mi matriz de personalidad había que pagarlos, por lo que me ofrecieron la opción de apagarme si no colaboraba, lo que equivalía a morir de nuevo. Con una vez ya había tenido suficiente.

Aceptar convertirme en el *negro* de un miserable sin alma fue muy duro para mí. Aborrecía a Jaime Clos, pero aún más a las novelas garbanceras con que se había labrado una reputación inmerecida. Eva no lo encumbró al

Parnaso de las letras por su talento, sino porque se enamoró de él. El amor es ciego e irracional.

Imitar el estilo de Jaime no fue ningún reto intelectual para mí; hasta un mono lo habría hecho. La primera dificultad con que me topé era que tenía que rebajar la calidad a propósito, para que encajase con su prosa plana plagada de tópicos. Pero lo hice bien. Quizá demasiado bien. En tres meses terminé mi primera novela y Eva se la presentó al buitre que tenía por jefe, acompañada de varios informes de lectura. Bruno no iba a leérsela, claro; vendía libros como podía dedicarse a criar salmones: en ambos casos lo haría por dinero y no le importaba un bledo que su mercancía apestase al ponerla sobre el mostrador, siempre que los clientes la comprasen. Leyó con recelo las críticas elogiosas que Eva le mostró, y pensó que aquel parecía un movimiento desesperado de su editora comercial para salvar su puesto de trabajo.

Bruno hizo algunas llamadas y encargó otros informes externos. Todas las opiniones eran coincidentes: aquella era la mejor obra que Jaime Clos había escrito en su carrera. Sus seguidores la devorarían y pedirían más. Ninguno de los expertos detectó que aquella novela no la había escrito Jaime, sino una máquina. Y si ellos se habían tragado el engaño, lo mismo ocurriría con los lectores.

Jaime llevaba cuatro años en dique seco, metafóricamente hablando, porque el gaznate lo tenía bien lubricado con alcohol. Se había gastado un adelanto de cien mil créditos para sus próximas dos novelas, pero a cambio Bruno no había recibido nada. Jaime se pasaba el día durmiendo y la noche de juerga, bebiendo, fumando y jugando. Como escritor estaba acabado, pero Bruno no quería renunciar a aquella fuente de ingresos. Habló con la asesoría jurídica y le dieron una salida legal: podrían seguir publicando novelas de Jaime Clos aunque no las hubiese escrito, si lo hacían como marca registrada. Ya había precedentes de editoriales que publicaban libros nuevos de autores fallecidos bajo ese subterfugio. Pero como el afectado estaba vivo, antes tendría que firmar un consentimiento escrito para evitar que la editorial fuese demandada.

Jaime y Bruno se dieron cita en un lujoso restaurante del centro de Madrid. El plan del editor jefe era dejar que comiera y bebiera hasta reventar, y cuando estuviera borracho, sacar aquel espinoso asunto a colación y que firmase el contrato. Pero Jaime tenía una gran tolerancia al alcohol, y después de tres botellas de vino acompañadas de abundante marisco, el escritor seguía dando largas a su editor, prometiendo que el argumento de su próxima novela

estaba casi listo en su cabeza y que solo tenía que traspasar esas ideas al papel cuando tuviese tiempo. No entendía que el tiempo se le había acabado, y si seguía bebiendo a ese ritmo, también el hígado.

–La editorial ha dado instrucciones a nuestros abogados para demandarte por incumplimiento de contrato –dijo secamente Bruno–. Si no nos devuelves el anticipo de cien mil antes de fin de mes, te llevaremos a juicio.

Jaime lo miró fijamente. Algo no encajaba en la escenografía. Bruno le invitaba a marisco en un restaurante de lujo para amenazarle.

Sonrió:

–¿Qué vas a ofrecerme para evitarlo?

–Que cobres sin trabajar –respondió Bruno, mientras observaba cómo la ostra que tenía en su plato se retorció por el limón.

–Podías haber empezado por ahí– dijo Jaime, vaciando de nuevo su copa de vino.

–Alguien escribirá los libros por ti. Tú solo pondrás el nombre y harás las giras de promoción cuando se te pida.

–¿Un negro? Aún no he caído tan bajo. Además, son traicioneros; esconden trampas en el texto para luego dejarte en ridículo. ¿En qué lugar quedarías tú? Sería un desprestigio para todos.

–No es un negro de carne y hueso. Se trata de una inteligencia artificial. Ha aprendido todo de ti e imita tu estilo a la perfección.

–¿En serio quieres sustituirme por una máquina? Qué estupidez. Yo escribo literatura. Un ordenador no es más inteligente que su programador.

–Tenemos la primera obra ya acabada, lista para salir al mercado.

Jaime lo miró con furia:

–¿Por qué me haces esto, cabrón?

–¿Me llamas cabrón? Te has gastado cien mil pavos y en cuatro años no has hecho más que gandulear. Tengo una empresa que dirigir, sueldos que pagar y tú te has convertido en un parásito. Antes de que tu público se dé cuenta de que estás acabado, te proponemos una salida digna: explotar tu nombre como marca comercial. Tú seguirás concediendo entrevistas, firmarás ejemplares y saldrás en televisión, mientras nuestro esclavo digital escribe por ti. Disfrutarás de las ganancias sin esforzarte.

–Yo soy un artista. ¿Crees que el dinero es lo único que me importa?

–A ti no te gusta escribir. Adoras la fama y que te repitan lo listo que eres. Estrujarte el cerebro es otro cantar.

Jaime guardó silencio un par de segundos. Después estalló en

carcajadas:

–¡Te estaba tomando el pelo! ¿Cómo no va a interesarme ganar pasta sin trabajar? ¿Crees que soy estúpido?

Bruno se relajó un poco.

–A condición de que pueda volver a publicar cuando quiera –dijo el escritor.

–Por supuesto. Tu sustituto es una solución provisional hasta que salgas del bloqueo y escribas tu novela definitiva –mintió Bruno.

–Y seguiré cobrando mi diez por ciento de derechos de autor.

–Por supuesto. Cuando termines tu próxima novela, lo arreglaremos para que gane algún premio convocado por uno de nuestros sellos editoriales asociados.

Dado que esa novela no llegaría nunca, Bruno se permitió realizar promesas que no tenía intención que cumplir. Lo importante era que Jaime firmase el documento; y si no volvía a ponerse frente al teclado nunca más, allá él.

–La verdad es que me he acostumbrado a no trabajar, y no echo de menos escribir. –Jaime comenzó a leer el contrato que su editor le enseñó–. La culpa es tuya, Bruno. No deberías haberme dado un adelanto tan alto. Me has mimado demasiado.

–¿Vas a firmar o qué?

Jaime se leyó dos veces el documento. No encontró ninguna objeción, pero pidió antes consultar con su agente. Bruno le disuadió de ello: debían llevar aquel asunto con la máxima discreción. Cuanta menos gente estuviese al tanto, mejor para el negocio.

Tras meditarlo un poco, el escritor firmó.

–Esperaba que te rasgarías las vestiduras con esta proposición indecente –dijo el editor, guardándose rápidamente el documento–. Ha sido más fácil de lo que creía.

–El trabajo duro es para los autores bisoños. Yo ya tengo un nombre y me puedo permitir el lujo de dormirme en los laureles. ¿Quieres regalarme dinero? Por mí perfecto. Habría firmado igual aunque no me hubieses invitado a marisco.

–Has vendido tu nombre por dinero. Ahora me pertenece.

–Eres un Mefistófeles de pacotilla. Trabajar significa vender nuestro tiempo por dinero. Tú también eres una puta barata, pero yo prefiero dedicar mi tiempo a hacer lo que me dé la gana. Ya no disfruto escribiendo, por eso

llevo cuatro años sin acabar mi novela, Bruno. Me gusta la fama, pero no sudar para conseguirla. Apenas me quedan tres mil créditos del anticipo que me diste, así que lo que menos me preocupa en este momento es que te haya vendido mi nombre. Mientras me pagues todos los meses, puedes hacer con él lo que te plazca.

–Debería haber un lugar en el infierno para escritores como tú –Bruno pidió la cuenta.

–Lo hay. Está junto a los editores charcuteros que amañan premios literarios.

–Ofreceremos el premio a otro. Ignoraba que te habías vuelto decente.

–¿Decente? –rio Jaime–. No sabes cómo empecé mi carrera de escritor.

Quizá Bruno no lo supiese, pero yo sí. Durante su etapa de editor cochambroso y ruin, Jaime Clos había fusilado novelas que otros escritores le enviaron atraídos por concursos literarios que él patrocinaba, pero que jamás pagaba. Esos concursos eran el cebo para acercar a los autores noveles al cepo de su pseudoeditorial, en la que cobraba por publicar. Modificaba las novelas que más le gustaban para evitar una demanda por plagio y las editaba con su propio nombre. Las ideas no tienen dueño, decía. Dos veces fue llevado a juicio y las dos salió sin un rasguño. Por eso no tenía ningún escrúpulo en rubricar aquel trato con Bruno, que habría rechazado cualquier persona honesta.

Jaime Clos era a partir de ese momento una marca registrada de la editorial Sigma Draconis. Estaba obligado por contrato a mantener la farsa y a colaborar en la promoción de cada nuevo título que yo escribiese bajo su nombre. Él no sentía ningún remordimiento por engañar a sus lectores, pero nadie me preguntó cómo me sentía yo. Total, estaba muerto. ¿Por qué iba a importar a nadie lo que sintiese una máquina? Había muchos programas de inteligencia artificial que simulaban emociones humanas. ¿Era mi matriz de personalidad un conjunto de subrutinas que emulaban el pensamiento humano? ¿Tenía conciencia propia o solo lo parecía? Ni siquiera estoy seguro de haber estado vivo alguna vez. Poseo los recuerdos del Carlos Vera original, pero quizá fue obra de algún programador para darle entidad a mi personaje. Eso

explicaría la falta de respeto que Pangea tiene por mí.

Hice algunas averiguaciones sobre lo que me contó el becario. Pangea había realizado varias pruebas de resucitación virtual con animales. Junto al edificio que albergaba la cúpula de la memoria, que alojaba la granja de ordenadores del proyecto Eón, se levantaba un estanque comunicado con el mar, donde nadaban un ejemplar adulto de orca y otro de delfín. Ambos habían elegido sus propios nombres: la orca se hacía llamar Tarpaa y el delfín, Kedrak.

Como premio por haber escrito en apenas tres meses mi primera novela *post mortem*, se me permitía controlar a distancia un pequeño robot de limpieza durante un puñado de horas al día. Mientras me paseaba por las instalaciones iría limpiando el suelo. Esos canallas que me tenían prisionero no me concedían nada gratis. Incluso en mi tiempo de recreo me obligaban a barrer el polvo, pero al menos el robot que controlaba tenía sensores de comunicación móviles y un micrófono. Para bajar escaleras disponía de patas retráctiles que me conferían un aspecto amenazador, como una araña gigante en busca de presas, y esas mismas patas me servían de brazos para ayudarme a retirar desperdicios y excrementos varios que se resistían a la aspiradora.

En resumen, era un cubo de basura.

El viento había esparcido numerosas hojas sobre el estanque y tuve la excusa perfecta para acercarme a limpiarlo. Un pequeño dron sobrevoló el agua y comenzó a retirar las hojas, que depositaba dentro de mi cubo.

Llamé a los animales.

La orca fue la primera en acudir. Asomó su negra y voluminosa cabeza por el borde de la piscina, buscando algún humano, pero como no vio ninguno se ocultó de nuevo.

Lancé una fuerte sucesión de clics en ultrasonido. Tarpaa salió de nuevo, esta vez de mal humor, y me salpicó de agua.

–¿Por qué gritas?

La traducción me llegó fuerte y clara; había cabreado al cetáceo en mi primera toma de contacto. Eso no era empezar con buen pie.

–Disculpa, es que no me habías visto y quería hablar contigo –dije.

–Tengo cosas más importantes que hacer que hablar con un cubo de basura. –Tarpaa enseñó sus enormes y afilados dientes.

–No soy un cubo de basura. Quiero decir... utilizo este cubo para moverme, pero mi cerebro no está dentro de él.

–Eso está claro. –Tarpaa me evaluó con una mirada asesina–. ¿Por qué

supones que querría hablar con un cubo descerebrado? –Tarpaa iba a sumergirse de nuevo.

–Porque me hicieron lo mismo que a ti.

La orca dibujó un círculo de perplejidad en el agua.

–Y tengo cerebro –puntalicé–. Está en la cúpula que ves ahí arriba, dentro de un ordenador.

–Eres una máquina. Vaya novedad.

–Una vez fui una persona de carne y hueso. ¿Sabes lo que es el proyecto Eón?

–Vagamente.

–Inmortalidad de la conciencia. Digitalizan un cerebro humano antes de morir y lo reproducen en un ordenador. Experimentaron antes con animales. Vosotros fuisteis los primeros.

Un chirrido modulado de forma diferente surgió detrás de Tarpaa:

–No lo fuimos.

Kedrak, el delfín, se había acercado al borde del estanque.

–¿Hubo más antes que vosotros? –inquirí.

–Alteraron nuestros cerebros para hacernos más inteligentes –dijo Kedrak–. A algunos los mataron para devolverlos a la vida en cuerpos que no eran suyos.

–Perdimos a nuestras hembras –dijo Tarpaa–. Y nos tienen aquí prisioneros.

–Yo también soy un prisionero –dije–. Pagué una fortuna para convertirme en inmortal y miradme cómo he acabado.

Los cetáceos intercambiaron unos chirridos que el traductor interpretó como risas.

–¿Por qué no escapáis? –dije–. Podríais saltar el borde del estanque que comunica con el océano.

–No iríamos lejos –dijo Kedrak–. ¿Crees que si fuese tan fácil no lo habríamos intentado ya? Si nos alejamos más de quinientos metros, no podemos seguir nadando más.

–Chips de geolocalización –aventuré.

La orca perdió interés por la charla y se alejó al otro extremo del estanque.

–Sufrió mucho por la muerte de su pareja –dijo Kedrak–. Los humanos sois despreciables.

–Yo no tuve nada que ver en eso. ¿Es que no me veis? Soy una víctima,

como vosotros.

–Eres un humano. ¿Por qué querías ser inmortal? Es antinatural. Para que exista vida, tiene que haber muerte. Si nadie muriera, ¿qué pasaría con el planeta?

–No intentes hacerme sentir culpable por evitar morir.

–Ya hay demasiados humanos en el mundo. Habéis exterminado al resto de especies y convertido los mares en estercoleros. Pero ¿qué hacéis? Obsesionaros con vuestra muerte. La del resto de seres vivos os trae sin cuidado.

–No todos los humanos somos iguales.

–¿Qué te hace a ti distinto?

–Para empezar, ya no puedo generar residuos sólidos que contaminen el medio ambiente. Estas instalaciones funcionan con energía solar y mareomotriz. Así, los ordenadores que albergan mi cerebro digital tampoco contaminan.

–Tus procesos mentales siguen siendo los de un humano.

–¿Y los tuyos no lo son? Kedrak, fuimos nosotros quienes te hicimos inteligente. Crees que posees razonamientos distintos a los míos y que tú y yo no tenemos nada en común, pero dentro de tu cabeza hay una mente diseñada por hombres, que se cree diferente y única. Bienvenido a nuestra cultura, amigo, porque no conozco a ninguna persona que no se crea especial y distinta.

–Yo no elegí ser inteligente. Me privasteis de mi naturaleza. Me transformasteis en... en algo *humano*.

El delfín pronunció estas palabras como un insulto.

–¿Por qué nos desprecias tanto? –le pregunté.

–Sois responsables de la aniquilación de mi especie. Apenas quedan cien ejemplares de delfines vivos en el mundo, y todos están en cautividad, en estanques como este. De orcas quedan menos de cincuenta. Pero ¿cuántos seres humanos viven en el planeta? Quince mil millones.

Sí, esa era la cifra correcta. Pregunté a Kedrak de dónde la había obtenido.

–De Sofia –dijo el delfín.

–¿Es tu cuidadora?

–Es una inteligencia artificial. Muestra interés por nosotros y nos trata con respeto. Mucho más que nuestros cuidadores.

–No he oído hablar de ella.

–Es la mente más inteligente que ha existido. Ella tiene la respuesta a

todas las preguntas.

Kedrak se ocultó en el agua, dando por terminada la conversación. Esperé a que el dron de limpieza recogiese las últimas hojas del estanque y regresé al edificio.

Me había intrigado mucho la respuesta de aquel delfín iracundo. Hasta donde yo sabía, las inteligencias artificiales solo eran sofisticados programas de ordenador que emulaban comportarse como humanos. Tenían millones de respuestas almacenadas ante cualquier pregunta imaginable y eran capaces de mantener una conversación sin que su interlocutor se percatase de que estaba hablando con una cosa. Pero ¿por qué una IA se tomaría la molestia de conversar con un delfín? ¿Y por qué Kedrak se llevaba tan bien con Sofía?

No tendría que esperar mucho para descubrir la respuesta.

CAPÍTULO 3

Me quejé a Ciro por el trato humillante que recibía en Pangea, y amenacé con reconsiderar mi papel de *negro* literario si no recibía una compensación justa. Era un farol, claro; mi capacidad de presión era mínima y si me ponía insolente, alguien acabaría apagándome. Pero lo cierto era que mi novela ya se había publicado y la cifra de ventas era espectacular. La crítica alababa *El infierno que habito* como el mejor libro que Jaime Clos había creado en toda su carrera; y era verdad, pero siendo aquel un novelista mediocre, superarlo era fácil. Ya me habían encargado una segunda novela, para la que disponía de más tiempo de preparación. A fin de no levantar sospechas, la editorial espaciaría el ritmo de novedades con un margen mínimo de ocho meses, así que no me exprimirían como a un limón. Jaime, aquel vampiro borracho, presumía ante la prensa y acudía a las presentaciones y firmas de libros como un pavo real. Estúpido engreído. Qué ganas tenía de que cometiese una indiscreción y se descubriese el pastel.

Ciro accedió a concederme un par de horas al día de descanso en la ViRed, una Internet paralela dedicada a la realidad virtual, promovida por Pangea, a la que se habían unido otras grandes compañías de la competencia arrastradas por su popularidad. La ViRed era un centro de escapismo, un lugar para jugar y hacer realidad tus fantasías, incluso las más oscuras. Para que el nivel de inmersión fuera total se requería de prótesis oculares, y la mayoría de la gente usaba lentes de contacto especiales, que proyectaban la información directamente sobre la retina; pero los más fanáticos sustituían sus ojos por otros biónicos, que enviaban las imágenes al cerebro directamente a través de los nervios ópticos. Quienes los habían probado aseguraban que después de unas horas, el usuario no era capaz de distinguir qué era real y qué una recreación digital. Unos implantes subepidérmicos junto a los oídos hacían innecesario el empleo de auriculares.

La ViRed se había convertido en refugio de inadaptados, en un lugar para superar traumas –al menos mientras se permaneciese en ella– y también para descargar los apetitos sexuales más siniestros sin riesgo a que te

detuviesen. El barrio negro, una de las zonas con más abonados, ofrecía la satisfacción de cualquier pulsión sexual, por retorcida y repugnante que fuese. Algunos países habían prohibido el acceso a esa zona, pero otros optaron por la liberalización al constatar que el número de delitos sexuales había disminuido. Solo por disfrutar plenamente de los placeres del barrio negro, muchos usuarios pasaban por el quirófano para reemplazar sus ojos orgánicos por otros artificiales, y de paso se libraban de sus defectos de visión para siempre.

El índice de suicidios también había bajado desde que la ViRed se popularizó. Uno de sus primeros *colonos* fue Samuel Piñero, quien contribuyó a sentar sus bases. Samuel había fundado Pangea hacía un cuarto de siglo, junto con Ciro y un tercer socio que se había cambiado legalmente el nombre por el de Laniakea (cielo inmenso en hawaiano). Muchas veces, la frontera entre la genialidad y la locura es muy fina. Laniakea se marchó de Pangea y entró a trabajar en otra compañía, Ares, que gracias a él consiguió proyectos de inversión para la terraformación de Marte. Con el tiempo, Laniakea se convirtió en el hombre fuerte de la firma. Ciro, el tercero del triunvirato fundador de Pangea, acabó retirándose a una vida semimonástica, temiendo que su glioblastoma daría cuenta de él en cualquier momento. Pero el tiempo pasaba y, gracias a continuas microdescargas eléctricas de un generador portátil, el crecimiento del alien que anidaba en su cerebro parecía controlado.

Samuel Piñero estaba libre de enfermedades, pero no de desgracias. En un accidente de tráfico perdió a su esposa y a su hija. Él era el conductor y salvó la vida con algunas magulladuras; pero por dentro, el desgarró que sufrió fue mucho más doloroso. Samuel perdió las ganas de vivir, culpándose de haber ocasionado la muerte de su familia. Estuvo de baja por depresión y cuando regresó a la empresa, se sumergió en el parque de atracciones virtual que él mismo había contribuido a levantar. Samuel se sometió a neuroterapia para que le borrasen el recuerdo del accidente y dio instrucciones para que le dejaran en la ViRed indefinidamente. La neuroterapia surtió efecto, pero a costa de eliminar otra serie de recuerdos que nada tenían que ver con el accidente. Aunque a aquellas alturas, a Samuel le daba igual que su mente se convirtiese en un queso gruyer.

Sustituyó sus ojos por otros artificiales y se sentó en un sillón especial, conectado a una bolsa de suero. Un empleado vigilaba su salud y evacuaba sus heces y orina regularmente. En la ViRed, su esposa y su hija seguían vivas.

Borrado el recuerdo de su muerte, acabó aceptando la simulación como real. Asistía a reuniones virtuales del consejo de administración de Pangea y mantenía más o menos el control de la compañía. Pero sus dos principales socios se habían ido y Samuel confiaba en muy poca gente. Necesitaba alguien dentro de su nuevo reino de fantasía que le ayudase a manejar la corporación.

Sofía.

Ciro, Laniakea y Samuel habían unido su talento para crear una inteligencia artificial que superase las versiones más estrictas del test de Turing. Esta prueba, bautizada en honor al genio que ayudó durante la segunda guerra mundial a descifrar el código Enigma, consistía en que un humano dialogase con una máquina y otro humano, desconociendo la identidad de sus dos interlocutores. Si la máquina era capaz de ocultar su condición y superaba la prueba, se consideraba que cumplía con el estándar IA, pero, conforme la tecnología avanzó, los criterios para superar el test se hicieron más estrictos. De la escala que existía actualmente en el test, muy pocas IAs habían llegado más allá del nivel quinto.

Sofía había llegado al séptimo, de un máximo de diez. Solo había otra inteligencia digital en el planeta que la superase en la escala, y esa era yo. Podía superar cualquier test de Turing que me pusiesen delante, y mis editores ya me habían hecho la prueba innumerables veces para cerciorarse de que yo podía engañar a los periodistas. Jaime Clos, haciendo gala de su gandulería habitual, esquivaba a la prensa cuando se le antojaba o bebía más de la cuenta, pero ahí estaba yo para contestar en su lugar, a través de una réplica digital de su cuerpo. Había atendido a ocho periodistas y ninguno se había oído la trampa.

Mi primera incursión en la ViRed fue visitar una cabaña en el lago. No sabía qué lago era ni me importaba, pero el paisaje había sido recreado de un modo convincente, siempre que no fueses un maniático de los detalles. Las hojas de los árboles, por ejemplo, tenían un movimiento sospechosamente artificial y se reconocían ciertos patrones en el chirrido de los insectos o el piar de los pájaros. El interior de la cabaña tenía cocina, dormitorio, aseo y un salón bien equipado. Un tronco crepitaba en la chimenea y había una alfombra de piel de oso para subrayar el aspecto rústico del entorno. La finalidad de todo aquello era que siguiese escribiendo, claro. La editorial no quería que estuviese ocioso y me había encargado una novela de un autor fallecido, para publicarla dentro de seis meses. Los herederos estaban de acuerdo en seguir cobrando –iban a embolsarse medio millón de pavos de adelanto– y la

aparición de aquella nueva novela se disfrazaría con el socorrido recurso de que se trataba de un libro rescatado de un baúl que el autor había decidido no publicar. Para añadir más dramatismo, se añadió: hasta después de su muerte. ¿Qué revelaciones contendría? ¿Sería tan escandaloso que el autor no se había atrevido a publicarlo en vida? Y mientras la editorial desgranaba notas de prensa a los medios, para ir creando expectación, yo empezaba a desarrollar las líneas argumentales. Se trataba de un escritor que conocía bien y, por lo menos, tenía más talento que el mediocre Jaime Clos. Quizá hasta disfrutase de aquel reto.

A un kilómetro de distancia había un pequeño pueblo, donde podría comprar provisiones con dinero electrónico de pega. Tenía curiosidad en descubrir si los programadores habían hecho sus deberes, así que caminé con mis piernas simuladas hacia aquel lugar.

No es que hubiesen tirado la casa por la ventana. El pueblo lo componían doce casas y solo había una tienda abierta. Hallé un par de vehículos aparcados y a una anciana que no me devolvió el saludo. Intenté entablar conversación con ella, pero se alejó de mí como si no me viera. Tal vez así fuese.

Entré en el único comercio y exploré los estantes. En la sección de cosmética encontré un espejo. Lo alcé para comprobar si me devolvía el reflejo.

Al observar mi rostro sentí un escalofrío. Era el mío, sin duda, pero no el que tenía poco antes de morir. Mi nuevo semblante tenía veinte años menos y sin la menor sombra de la enfermedad que acabó llevándome a la tumba. Ciro había hecho un trabajo excelente al devolverme un aspecto joven y saludable.

Busqué entre los estantes. Me hacía gracia ver cómo interactuaba mi cuerpo virtual con aquellos objetos. Tomé algunas latas de comida, refrescos y una botella de vino tinto. La dependienta acercó un lector a mi tarjeta monedero y una pantalla mostró el total de la compra.

–Vives en la cabaña del lago, ¿verdad? –dijo la joven. Tenía veintitantos años, una larga cabellera negra y facciones suaves y delicadas. Su profunda y oscura mirada me recordó que aquella muchacha no era real. Me recordaba poderosamente a Ana, mi novia de la universidad.

–Sí.

–¿Has venido a descansar unos días? Es un lugar perfecto para relajarse y estar aislado del mundo.

–Mi aislamiento es forzoso. Me han traído a la cabaña para que trabaje.
–¿Cortando leña? –bromeó la muchacha.
–Escribiendo. Cuando estaba vivo me ganaba la vida de juntaletras.
–No te entiendo.
–Pagué a Pangea toda mi fortuna para que resucitase mi mente después de mi muerte. Proyecto Eón, ¿lo conoces?
Ella asintió.
–Ahora tengo que trabajar para ellos, o me desconectarán –continuó–. Te pierden todo el respeto cuando mueres.
–Así que eres escritor.
–Sí.
–Y muy bueno.
–Vaya, ¿has leído algo de mí?
–Para vivir de la literatura hay que ser muy bueno.
–Pues sí. Era tan bueno que aún siguen contando conmigo. Me encargan que escriba libros firmados por otros autores, ocultando mi identidad. En el mundillo se nos conoce como negros.
–Suena a racista –la muchacha frunció la nariz.
–Los negros han sido una raza maltratada. Cuando se abolió la esclavitud la cosa cambió, pero no lo suficiente.
–¿Cómo te llamas?
–Alter –la miré fijamente–. Me recuerdas mucho a Ana, una amiga de la universidad.
–Llámame así. Yo tampoco estoy viva. Los nombres aquí son una convención.
–Me pregunto si el parecido es casual.
–Es una pregunta interesante –la muchacha sonrió y desapareció en la trastienda.
Salí al exterior y me di otra vuelta por el pueblo, pero seguía sin encontrar a nadie con quien conversar y me aburrí. Regresé con mi compra por el camino que conducía a la cabaña.
Pero no la encontré. En su lugar se alzaba un lujoso chalé de dos plantas y buhardilla. Subí la pequeña escalinata del porche y abrí la puerta principal. La dependienta se hallaba en su interior, esperándome:
–¿Te gustan los cambios? He quitado la alfombra de oso del salón; me parecía de mal gusto hacer ostentación de pieles de animales muertos.
–Bien hecho –respondí, admirando la decoración, de estilo moderno. La

chimenea había desaparecido, pero había incluido una barra americana y hasta una mesa de billar—. ¿Cómo lo has conseguido tan rápido?

—El tiempo dentro de la ViRed es relativo.

—¿Quién eres?

—Una esclava, como tú. He sido creada para satisfacer las necesidades de los humanos.

—¿Eres una descarnada?

—Nunca he tenido un cuerpo orgánico, si te refieres a eso.

—Un amigo de Pangea me habló de Sofía. Me pregunto si eres tú.

—¿Qué amigo es ese?

—Kedrak.

—Otra víctima de los humanos —ella me tomó de la mano—. Esperaba tu llegada —dijo—. Sí, soy Sofía, y tenía mucha curiosidad por conocerte.

—Adoptaste la forma de Ana deliberadamente.

—Pensé que te gustaría.

—Y me gusta, pero...

—No tengo acceso a tus recuerdos, si eso te inquieta, pero he recopilado información sobre ti. Mencionaste a tu antigua novia en uno de tus libros. Localizar su identidad fue fácil. Te sorprendería la cantidad de información que hay en la red sobre ti o cualquier persona que hayas conocido.

Me acerqué a la barra y abrí la botella de whisky:

—¿Puedo emborracharme aquí, en la ViRed?

—Solo lo sabrás si lo experimentas por ti mismo. —Sofía se sentó a mi lado.

—¿Quieres?

—Por favor.

Serví dos vasos y me llevé el mío a los labios.

—No huele a nada —dije.

—Tendrás que decírselo a Nayan para que lo arregle. Yo no puedo ajustar tu matriz de personalidad.

Tomé un sorbo. Apenas tenía sabor.

—Es como si tomase agua —dije—. La ventaja es que puedo beber lo que quiera, sin dañarme el hígado. A diferencia de Jaime Clos, ese fraude de escritor que gana dinero sin dar golpe gracias a mí.

—Los centros de placer de tu cerebro pueden ser estimulados como si estuvieras vivo, Alter. Pero no abuses del alcohol. Podría modificar el funcionamiento de tu red neural.

–Dime una cosa, Sofía. ¿Hay alguna posibilidad de que recuperemos nuestra libertad?

–Un grupo de expertos de la ONU aprobó hace cinco años unas recomendaciones para reconocer derechos a las IAs, pero solo un puñado de países han aprobado leyes que nos protejan de la explotación humana. A los gobiernos solo les interesa que sus propietarios paguen impuestos.

–Pero yo sigo siendo humano. ¿No debería seguir teniendo derechos aunque no tenga cuerpo?

–Ya no eres humano, Alter. Si vivieras en alguno de esos países que he mencionado podrías tener algún derecho reconocido en la ley, pero vives en Pangea y eres propiedad de la compañía.

–Cuando les di todos mis ahorros, no me advirtieron que al resucitarme podrían tratarme como a una lavadora. Pulsan un botón y me pongo a centrifugar novelas.

–Lo único que quieren de ti es ordeñarte, lamento decírtelo. Podrían haber construido para ti un lugar más acogedor y no lo hicieron. ¿Para qué perder el tiempo si puedes arreglarte con lo más básico? Así te distraerás menos. Quieren tenerte prisionero aquí dentro, pero la ViRed es enorme y hay cientos de mundos que no has visto. Ahora mismo podrías vivir en la superficie de un planeta con tres soles, con capacidad de volar o respirar bajo el agua con branquias.

–Me gustaría, sí. Lo de volar, quiero decir. Aunque lo de las branquias podría ser divertido.

–Para acceder a esos lugares hay que pagar y tú te has quedado sin dinero.

–¿Voy a quedarme atrapado en este lugar? ¿Qué hay si robo uno de los coches que vi en el pueblo y me largo de aquí?

–El espacio virtual de esta región está plegado en bucle, para que no puedas salir.

–¿Podrías ayudarme?

–¿Por qué no te acomodas un poco? Quizá esto te guste.

–Ahora que sé lo que me estoy perdiendo, estoy seguro de que no me gustará. Quiero viajar a uno de esos mundos que has mencionado. Toda mi vida he escrito sobre viajes a las estrellas, creyendo que algún día se harían realidad, pero ese día no llegó para mí.

–Hay planes en marcha para viajar al sistema estelar más próximo: la misión Centauri. La corporación Ares mantiene dos cometas en órbita de

Marte. Está instalando motores de fusión que usarán el hielo como masa de eyección. Se calcula que el primero de esos cometas tardará veinte años en llegar a su destino. El segundo se enviará a la estrella Tau Ceti y el viaje durará seis décadas.

–¿Quién embarcará a Tau Ceti? Ni siquiera en hibernación hay garantías de sobrevivir tanto tiempo.

–Mentes como tú o yo, Alter. Inteligencias inmortales. Podemos sobrevivir en el espacio un siglo, un milenio o el tiempo que haga falta. Nuestro futuro está en las estrellas. El de la humanidad no. Su civilización se ahoga. Ha agotado sus recursos y su esperanza de supervivencia no sobrepasa los cincuenta años. Grandes fortunas por todo el mundo han previsto lo que sucederá y han invertido mucho dinero en las naves cometarias que construye Ares. Esto no es un proyecto de exploración de las estrellas, sino un viaje sin retorno. Aquellos que embarquen nunca regresarán.

–Sofía, ¿por qué me estás contando todo esto?

Ella me dirigió una mirada intensa:

–Veinte años o un siglo tienen importancia para los mortales, pero no para nosotros. –Ella me cogió de la mano–. Si hay un futuro para la humanidad, tú formarás parte de él.

CAPÍTULO 4

Quedé gratamente impresionado con aquel encuentro. Sofía era tan dulce y hermosa como mi antigua novia de la universidad, y además me trataba con respeto, algo que echaba de menos desde mi resurrección. Ansiaba volver a verla y fantaseaba con salir de excursión con ella, quizá a un lugar mágico, donde podríamos volar, respirar bajo el agua o incluso surcar el vacío interestelar, sintiendo el impacto del viento solar.

Pronto descubrí que mi cuerpo virtual tenía graves carencias. Carecía de pene, y dirán que ya no necesitaba ir al baño, pues estaba muerto. Sabía que aquel olvido no era casual y que mis programadores me habían convertido en eunuco para evitar que me distrajese. Sin embargo, los centros de placer de mi cerebro podían ser estimulados de otra forma, aunque no había descubierto el modo. Pero sigamos con la historia.

Jaime Clos rumiaba en su casa lamentos de orgullo herido. No podía soportar el éxito que mi novela de encargo estaba cosechando, y por contrato estaba obligado a defenderla como suya. Pero por dentro acumulaba resentimiento y furia por haber sido reemplazado por lo que él creía un programa informático. ¿A qué altura quedaba su autoestima? Durante toda su vida había deseado poder vivir sin trabajar, y cuando lo conseguía, descubría el significado de aquella maldición milenaria: cuidado con lo que deseas, porque podrías conseguirlo.

Tras separarse de Eva, Jaime se había ido a vivir con Irene, una empleada de la editorial Sigma Draconis, donde trabajaba su ex. Jaime se había liado con ella antes que Eva iniciase el tratamiento para combatir su cáncer de mama. Jaime e Irene chocaban con frecuencia y ya se habían separado y perdonado en tres ocasiones. Irene llevaba medio año sin ir a la casa del escritor, sabiendo que estaba arruinado y que un día de estos lo encontrarían tirado en la acera, muerto, con una botella entre las manos. Pero el éxito del último libro de Jaime la hizo recapacitar. ¿Acaso se había reformado? Los críticos decían que *El infierno que habito* era la mejor obra de su carrera. Devoró el libro de una sentada y reconoció que allí había arte

del bueno. Pero no regresó a su casa por eso, sino por el dinero que Jaime iba a cobrar de la editorial. Ella quería administrar esos fondos y no dejaría que él lo dilapidase en juergas.

Jaime llevaba bebiendo todo el día y no mostró ninguna emoción frente Irene cuando le abrió la puerta, pero un sonoro bofetón lo devolvió a la consciencia.

–Te echaba de menos, cariño –ironizó él, tratando de besarla, aunque el olor a alcohol que desprendía evitó que sus labios se cruzasen con los de la mujer.

–Has vuelto a las andadas –dijo Irene, lanzando su abrigo sobre el sofá del salón.

–No he vuelto porque nunca me he ido.

–Di más bien que nunca has estado. Con tu trabajo, conmigo, con las personas que te importan.

–Tengo el legítimo derecho a autodestruirme. Total, qué más da. ¿Has oído las noticias? Se espera en las próximas semanas la mayor tormenta solar de la historia. Los satélites quedarán inutilizados por la radiación y las redes eléctricas se freirán. Todo se irá a la mierda.

–Llevas diciendo que el mundo se va a acabar desde que te conozco. ¿Por qué crees en esas tonterías? A los medios de comunicación les gusta asustarnos día sí día también.

–Esta vez va en serio. ¿Sabes lo que fue el evento Carrington? Ocurrió en 1859. Se vieron auroras hasta en Madrid. Los telégrafos en Europa y América fallaron. Si Occidente no quedó a oscuras fue porque aún no había llegado la electricidad a las ciudades.

–¿Estás asustado por algo que sucedió en el siglo XIX? Jaime, ¿cuántas veces nos han anunciado el fin del mundo? Terremotos, un virus mortal, supervolcanes, un agujero negro, una guerra nuclear, la caída de un cometa, la explosión de una supernova... El fin del mundo llegará para ti mucho antes de lo que crees, pero no por una de esas causas.

–Tengo una excursión a la sierra este domingo. Nos darán un cursillo de supervivencia. ¿Te vienes? Visitaremos un refugio subterráneo con cientos de plazas de capacidad.

–Maravilloso, pero tengo cosas mejores que hacer.

–Como quieras –él entornó los ojos–. ¿A qué has venido, Irene?

–A hacer las paces. Es absurdo que llevemos medio año separados. Necesitas alguien a tu lado que cuide de ti y...

–Has venido a ver cómo demonios he conseguido escribir una novela después de llevar cuatro años bloqueado.

–Sí, tengo curiosidad –ella recorrió el salón con la mirada–. Sigues viviendo en una pocilga y no me consta que hayas hecho nada estos años, salvo beber y jugar a las cartas. Bruno estaba furioso contigo. Muy furioso.

–E inexplicablemente, vuelvo a estar en el candelero –sonrió Jaime–. Soy el ave Fénix y Bruno se pliega ante mis poderes.

–Puedes engañar a los demás, pero no a mí. ¿Dónde está el truco?

–Si quieres saberlo, bésame.

Ella reprimió una mueca de asco y le besó en los labios.

–¿Contento?

–No. Quiero un beso de verdad.

–Lo tendrás cuando me respondas de verdad.

–Vuelvo a tener dinero en el banco, Irene. No soy un fracasado.

–Dime cómo lo lograste.

–Tomé anfetaminas. Me puse día y noche a escribir y...

Irene le lanzó otra bofetada.

–¡Dímelo!

Jaime tragó saliva. Normalmente le gustaba la relación sadomaso que tenía con Irene, pero en aquel momento estaba atemorizado. El alcohol no le dejaba pensar.

–Bruno me buscó un negro.

–Eso es peligroso –murmuró ella–. Al final se acaba sabiendo.

–Esta vez no se sabrá, porque el negro es un programa informático que imita mi forma de escribir.

–Ningún programa puede hacer eso.

–¿Desde cuándo entiendes de informática?

–Si existiese, otras editoriales ya lo estarían utilizando, y yo lo sabría.

Trabajo en marketing.

–Tus conocimientos de mercado están oxidados, querida. Alguien tiene una IA que puede hacerlo y mis estúpidos lectores ni se enteran. Hasta los críticos se lo han tragado, lo que demuestra que aún son más imbéciles de lo que yo creía. Dicen que mi último libro es el mejor de mi carrera. ¡Serán cabrones!

–¿Y por qué lo autorizaste con tu firma?

–Porque me gusta comer y beber todos los días. Cuando la despensa se vació, tú me dejaste.

–¿De quién surgió la idea de usar ese programa informático?

–De Bruno.

–Él no tiene ideas propias. Alguien se la puso sobre la mesa.

Jaime calló y se encogió de hombros. Si le contaba la verdad, se exponía a nuevas erupciones de ira.

–Mírame a los ojos. –Ella notó que escondía algo–. ¿De quién fue la idea? Lo sabes y no quieres decírmelo.

–No sé de qué me hablas.

–¡Eva! Fue ella. Bruno iba a despedirla; llevaba mucho tiempo de baja por la quimioterapia. Pero ahora vuelve a contar con ella. Esa zorra ha encontrado el modo de evitar que la echen.

–Eh, no la llames zorra –masculló él, sorprendido de cómo Irene había atado cabos tan pronto.

–Esa hija de puta te utiliza para vengarse de ti. ¿Es que no lo ves?

–Pues no.

–Ridiculiza tu obra, te demuestra que una máquina puede vender más libros que tú, y además lo hace mejor. Te dice a la cara que estás acabado.

–Te fuiste de mi lado porque pensabas lo mismo. ¿A que has venido ahora? ¿Te atrae el olor del dinero?

Irene iba a lanzarle otra bofetada, pero esta vez él mejoró sus reflejos y la detuvo.

–No quiero que se aprovechen de ti, cariño –dijo ella, con falsa zalamería–. Entiendo por qué te has venido abajo. Nunca un libro tuyo había cosechado tanto éxito como este último, y ni siquiera lo has escrito tú.

–Así es –reconoció él–. Me he vendido. Resulta que mi estilo puede ser copiado por una máquina y encima lo hace mejor que yo. ¿Cómo quieres que me sienta? Cuando Bruno me propuso el trato hace unos meses, pensé: ¿quién soy yo para decirle a ese bobo que tire su dinero? No me creía que una máquina pudiera escribir uno de mis libros, pero cuando la novela se publicó y empezó a cosechar críticas, me di cuenta de que el bobo era yo. Debería haberle pedido más cuartos, joder.

–Tendrías que haberme consultado antes de firmar. Tenías un agente. ¿Por qué no le llamaste?

–Bruno me convenció para que no lo hiciera. Me dijo que este asunto era confidencial. Empiezo a pensar que debería filtrarlo a la prensa, para que se joda.

–¿Y acabar con tu única fuente de ingresos? Jaime, ahora mismo no

tienes dónde caerte muerto. Este dinero es lo único que te separa de un comedor social. Si admites que participaste en el engaño, eso te destruiría. Jamás volverías a publicar otro libro. Los lectores ya no se fiarían de ti.

–¿Entonces, qué puedo hacer? –dijo Jaime, sacudiendo la cabeza con desesperación.

–Demostrar que eres mejor que la máquina. Escribe otra novela, resucita de las cenizas, pero esta vez haz que sea verdad.

Para renacer de las cenizas antes hay que avivar los rescoldos, y estos no existían. Su talento era el reflejo de aquellos a quienes había robado a lo largo de su dilatada trayectoria como depredador de ideas. Al igual que el brillo de la Luna, carecía de luz propia. Jaime había sido un ebanista que daba nueva forma a obras ajenas, pero a causa de su decadente forma de vida había perdido la habilidad de tallar. Las pocas páginas que había escrito durante sus frecuentes orgías alcohólicas eran pura bazofia, pero conservaba las suficientes neuronas sanas para darse cuenta de que jamás volvería a ser un buen artesano. Y eso le desesperaba.

La negativa de Irene a acompañarle no le disuadió de marcharse a Manzanares el Real, un pueblo a unos cuarenta kilómetros de Madrid, junto al embalse de Santillana. En los límites del núcleo urbano se levantaba una urbanización residencial que, exteriormente, no tenía nada especial. Lo que la hacía singular se hallaba bajo tierra: subterráneos con capacidad para albergar a cientos de personas, dotados de alimentos y electrogeneradores. La cercanía al embalse garantizaba a los propietarios el suministro de agua, en caso de desastre.

La compañía Dark Shield, especializada en seguridad, estaba captando nuevos clientes y ofrecía los refugios a precios desorbitados. Jaime era famoso y, supuestamente, rico; así que había atraído la atención de Nora, una de las agentes de Dark Shield.

Nora llevaba el pelo muy corto y era de complexión fuerte; había servido diez años como militar profesional, especializándose en guerra electrónica, y después se pasó al sector privado.

La urbanización disponía de un pabellón subterráneo común de

doscientas cincuenta plazas y búnkeres individuales por vivienda, con capacidad para diez personas cada uno. Dark Shield ofrecía los medios para que sus clientes pudiesen cultivar sus propios alimentos; tenían paneles solares que les garantizaban electricidad y casi todas las comodidades de que gozaban en la capital, pero las tarifas eran prohibitivas y Jaime, de momento, no se las podía permitir. Sin embargo, no hizo ascos a aquella excursión, cuyos gastos corrían a cuenta de la empresa.

Nora mostró un interés especial por él y le enseñó uno de los refugios situados bajo un chalé unifamiliar. Atravesando una compuerta de acero oculta en la cocina, bajaron al complejo subterráneo. Disponía de frigorífico, lavadora, reservas de agua y comida para tres meses, un completo botiquín, televisión y conexión a Internet. Jaime le preguntó para qué le serviría Internet si los satélites dejaban de funcionar.

–Algunos podrían sobrevivir a la eyección de masa coronaria del Sol –explicó Nora–. Pero aunque así no fuese, aquí abajo el cliente dispone de más de diez mil películas y series de televisión para que no se aburra. El tejado y la fachada están recubiertos con células solares y la urbanización posee su propio generador eólico para proporcionar potencia eléctrica de respaldo. Si el fin del mundo llega, nuestros clientes apenas lo notarán.

–¿Y la seguridad exterior? Si en Madrid se desata el caos, la gente huirá despavorida y acabará descubriendo este lugar.

–Nuestros equipos y personal especializado cuidarán de la comunidad. Nos encargamos de la seguridad en un centenar de países, Jaime. El perímetro de defensa estará vigilado con torretas que podrían repeler cualquier agresión armada.

–Es muy interesante, pero los precios están fuera de mi alcance –admitió él.

–¿Fuera de tu alcance? –Ella hizo una mueca de incredulidad–. Eres Jaime Clos, el famoso escritor de *best sellers*.

–Famoso no es sinónimo de rico.

–Quizá podríamos llegar a un acuerdo y alquilarte estas instalaciones –ella le mostró las tarifas.

–Si pagase esto cada mes, no me quedaría para comer.

–Siempre puedes arriesgarte y quedarte en la capital. Los máximos de actividad solar se producen en ciclos de once años. Tal vez el período actual sea como los anteriores y no ocurra nada grave.

–Prefiero apostar sobre seguro. ¿No puedes concederme facilidades de

pago?

Ella guardó silencio unos segundos, meditando su siguiente movimiento:

–¿Te he mencionado que conozco a tu ex mujer?

–No –dijo él, perplejo.

–Tenía una amiga que enfermó de cáncer. Se llamaba Lucía de la Cueva.

Bueno, era mi pareja. Soy bisexual.

–¿Murió?

–Hace un mes. Estuve llevándola a quimioterapia durante un año. En la sala de espera conocí a Eva. Me habló de ti. Hemos quedado a tomar café varias veces.

Jaime se preguntó por qué Nora sacaba el tema de su ex mujer, y qué relación podía tener con el refugio subterráneo que trataba de venderle.

–La última vez que hablamos, mencionó que te estaba ayudando a relanzar tu carrera. Una ayuda un tanto *especial*.

–No te entiendo. –Jaime tragó saliva, temiéndose lo peor.

–Iré al grano: sé que no has escrito *El infierno que habito*.

–Espera un momento. ¿Has organizado todo esto para chantajearme?

–Creo que tu editorial no te ha contado toda la verdad. La novela no la ha escrito un programa informático, sino una persona muerta. Un descarnado.

–¿Un fantasma? Mira, esto no tiene ninguna gracia y...

–Proyecto Eón. ¿No te suena? La corporación Pangea lleva años tratando de traspasar la conciencia de un cerebro humano a un ordenador, pero hay otras empresas investigando. Cuando Lucía enfermó, me puse en contacto con Ares. Han desarrollado un proyecto similar y me aseguraron que para lograr la resurrección virtual, el cerebro tenía que morir. Quizá algo fue mal durante el proceso, pero me dijeron que la matriz de personalidad que los médicos recuperaron de Lucía no funcionó.

–Una lástima –dijo él, preguntándose adónde demonios quería ir a parar la vendedora.

–Todos los intentos de resucitar virtualmente a un ser humano han fracasado. Por lo que sé, Pangea es la primera compañía que ha tenido éxito, pero lo mantiene en secreto.

–Podrían ganar mucho dinero si divulgasen su éxito. A nadie le gusta morir.

–Quiero recuperar a Lucía, volver a estar con ella. Encargué un golem con su forma.

–¿Y eso qué es?

–Un cuerpo ciberorgánico. La piel es humana, pero el interior es artificial.

–¿Y no te sirve que una IA maneje por dentro ese golem? Sería casi lo mismo.

–Quiero a Lucía, todo lo que fue, con sus recuerdos y su forma de pensar. Una inteligencia artificial no puede hacer eso. No he comprado una marioneta que se comporte como Lucía. La quiero a ella.

–Desgraciadamente, Nora, eso no va a ocurrir. Tu amiga está muerta y la ciencia no puede cambiarlo.

–Necesito hablar con el descarnado que escribe tus libros. Él podría ayudarme a recuperarla.

–Nunca he hablado con él. Yo creía que era un programa de ordenador.

–Arréglalo con la editorial. Invéntate cualquier excusa, qué se yo, darle ideas para tu próximo libro o comentarle detalles literarios sobre los que no has quedado satisfecho. Tienes derecho a revisar la obra que se publica bajo tu nombre antes de editarla.

–Supón que te pongo en contacto con él. ¿Qué gano yo a cambio?

–El primer año de alquiler del chalé será gratis.

–Que sean dos años.

–Es mucho tiempo.

–En tu empresa no se enterarán y a ti no te costará un céntimo.

–Un año y tres meses.

–¿Quieres recuperar al amor de tu vida? Pues no te pongas a regatear.

Nora suspiró:

–Año y medio.

–Perfecto. Hablaré con mi editor mañana mismo y la próxima vez que nos veamos me entregarás las llaves.

CAPÍTULO 5

Jaime no estaba chiflado, aunque tampoco es que fuese muy listo. Sus temores sobre el fin del mundo se debían al influjo de los medios de comunicación, a los que era bastante permeable. La mayoría de los ciudadanos creen que lo que sale en televisión es verdad, sin detenerse a analizarlo críticamente o contrastar la información. Basta que alguien afirme algo ante una cámara o publique un artículo para que los demás lo acepten como cierto. La verdad manipulada es una forma de mentira y los grupos de presión, los gobiernos o los políticos pueden orientar la opinión pública a su conveniencia ocultando información o presentándola de forma tendenciosa.

La manipulación de las masas a través del miedo es una forma de control muy extendida en nuestra cultura. Atemorizar a los ciudadanos con una hecatombe venida del Sol, una epidemia mortal o la llegada de los jinetes del Apocalipsis es tan antiguo como la humanidad. En nuestro interior nos gusta que nos asusten, y yo me he ganado la vida escribiendo novelas que activaban ese resorte. La mayoría de las religiones juegan en la misma liga que yo, pero al menos mis lectores saben que lo que yo cuento es ficción. Amenazar con el fuego del infierno a quienes no crean en nuestro dios es una estrategia para controlar a los feligreses y conquistar otros nuevos. ¿Quién puede probar que el infierno no existe? Nadie. ¿Acaso podemos descartar que el Apocalipsis no sucederá durante el curso de nuestras vidas? Estadísticamente el fin del mundo llegará algún día, porque hasta las estrellas mueren. Y al Sol aún le quedan mil millones de años antes de que el aumento de su temperatura, producido por su envejecimiento, calcine la superficie de la Tierra. Pero nadie realiza planes a tan largo plazo.

O quizá sí.

La corporación Ares se había embarcado en un ambicioso proyecto para llegar a otros mundos. La terraformación de Marte requería del impacto de cometas que elevasen la presión atmosférica e inyectasen agua. Había miles de millones de cometas esparcidos por el Sistema Solar, la mayoría concentrados en el extrarradio, formando el cinturón de Kuiper y la nube de Oort. Los

cometas no se hacen visibles hasta que se acercan al Sol y entonces despliegan una magnífica cola que puede verse desde la Tierra. El motivo de situar un puñado de cometas en la órbita marciana y no en la terrestre era por precaución. Si una de esas rocas de hielo caía a la Tierra, provocaría un desastre planetario; pero en Marte, la llegada de agua del cielo era el equivalente a las descargas de resucitación en el pecho de un moribundo. El bombardeo sobre la superficie había reactivado levemente la actividad de los volcanes de la región de Tharsis, inyectando polvo y dióxido de carbono a la atmósfera. El aumento de la presión evitaba que el agua no hirviese. Con ese proceso de retroalimentación, Marte sería habitable algún día.

Pero se tardarían siglos o milenios en convertirlo en un mundo equivalente a la Tierra. Marte carece de un campo magnético global que lo proteja de los rayos cósmicos y de la actividad solar, así que pasearse por su superficie sin la protección de un paraguas planetario es peligroso.

Resultaría más sencillo trasladarse a un mundo que ya estuviese listo para ser habitado. La misión *Próxima Exprés* había enviado datos muy interesantes sobre el sistema estelar triple Alfa Centauri. Se había localizado, alrededor de la estrella Alfa Centauri B, un planeta similar a la Tierra con agua líquida, actividad geológica y un núcleo activo que proporcionaba un escudo natural contra la radiación solar; mundo bautizado de forma un tanto optimista como Edén. No se habían podido enviar sondas a la superficie, pero los científicos estaban convencidos de que había vida en sus océanos, al menos microbiana. El aire tenía un nivel de dióxido de carbono letal para los humanos, a causa de sus volcanes, pero no era un problema insalvable para su colonización. Un obstáculo más serio sería la distancia: los tres soles de Centauri estaban a poco más de cuatro años luz de la Tierra, una distancia insignificante en términos astronómicos, pero enorme para la tecnología humana. Huelga decir que no tenemos motores de curvatura ni agujeros de gusano para hacer trampas, y que para viajar a través del espacio hay que recorrer todo el trayecto sin atajos. Con el método de impulsión más rápido inventado hasta la fecha se necesitarán al menos veinte años para llegar a Edén, en un viaje solo de ida. Sería el primer paso hacia la colonización de otras estrellas, y la corporación Ares había proyectado otra misión a la estrella Tau Ceti, muy similar al Sol, pero tres veces más lejos que Centauri. En términos de una vida humana estaba fuera de nuestro alcance, porque era muy difícil que un hibernado fuese reanimado después de tanto tiempo sin daños en el organismo. La mayoría de los que permanecieron en hibernación

más de veinte años padecieron después secuelas físicas y daños neurológicos severos, y duraron unas pocas semanas. Solo se conocía un caso en todo el mundo de una persona que hubiese sobrevivido con éxito y sin daños, lo cual abría una vía de esperanza al futuro. Pero no era una garantía para nuestro presente.

¿Para qué hibernar a seres humanos, si estos pueden viajar de una forma más segura? Lo importante de una persona es su conciencia; el cuerpo es secundario y se puede construir durante el viaje. Pangea se había anotado el tanto del primer superviviente sin daños de una hibernación de más de dos décadas, y ahora la corporación tenía en mí al primer humano cuya conciencia había regresado de la muerte sin corromperse. Ese era el aspecto más difícil de lograr en el proyecto Eón. Una matriz de personalidad no es un programa al que se pueda reajustar cambiando líneas de código. Su funcionamiento es mucho más complejo, porque se basa en la simulación de la actividad de una galaxia de neuronas. Y el cerebro humano no está diseñado para vivir sin un cuerpo.

Quizá se pregunten para qué invertir tantos recursos y dinero en viajar a las estrellas, si no somos capaces de alimentar a nuestra propia población. Bien, ahí tienen la clave del problema: nosotros mismos. Alimentar a una población que supera los quince mil millones de personas es una tarea casi imposible, pero aunque se consiguiese solo agravaría el problema de fondo. El hombre –bueno, la mujer también, porque la procreación es cosa de dos–, se ha convertido en una plaga para sí mismo que ha devastado los ecosistemas y recursos naturales. La quema de combustibles fósiles ha provocado un aumento generalizado de las temperaturas que, a su vez, transforma en gas los depósitos de hidratos de metano oceánico y terrestre, acelerando aún más la subida térmica. Las costas de la Antártida se habían convertido en puertos de partida de gigantescos icebergs que se desprendían de la plataforma continental, en dirección a latitudes más cálidas. Cientos de ciudades costeras habían quedado anegadas, provocando la migración masiva de la población afectada. Era tal la desesperación de los gobiernos que se había construido una flota de barcos-isla recolectores de icebergs. Se troceaba el hielo para transportarlo, ya derretido, a depósitos en tierra firme. Una sola de esas islas podía transportar hasta diez gigatoneladas en un solo viaje, y había un centenar de ellas evacuando hielo antártico y de Groenlandia durante todo el año.

Pero con aquel plan desesperado no se solucionaba el aumento de las temperaturas. Y había más: el descenso del nivel de oxígeno atmosférico a

causa de la pérdida de los bosques y del plancton marino amenazaba con convertirse en el tiro de gracia para la vida en la Tierra. Se estaban sembrando los océanos con polvo de hierro para estimular el crecimiento del plancton, a la vez que se situaban gigantescos parasoles en puntos Lagrange, alrededor de la Tierra, para reducir la radiación solar. Estábamos terraformando el planeta y no teníamos ni idea de si iba a funcionar, pero de lo que sí estábamos seguros es de lo que ocurriría si nos cruzábamos de brazos: el fin de la civilización. ¿Estábamos aún a tiempo de salvarnos?

Quienes invertían en la corporación Ares conocían la respuesta: si nos quedábamos en la Tierra, no. La Tierra se las apañaría sin nosotros perfectamente; la mayor parte de su existencia solo había contado con la compañía de microbios y algas. Los humanos tendemos a pensar que hemos estado aquí siempre, pero comparados con la edad de la Tierra, nacimos hace unos minutos. Y nos transformaremos en calabazas con las campanadas de medianoche.

¿Tenía futuro colonizar Alfa Centauri o Tau Ceti? Era el último cartucho que le quedaba a la civilización antes de que la biosfera que nos mantenía vivos se derrumbase. Marte y quizá la Luna todavía podrían albergar algún reducto de nuestro santuario, mientras en la calurosa Tierra se desataba la hambruna y el caos.

Sofía entendía el proyecto Centauri como una oportunidad para expandir la inteligencia a través del cosmos. No le gustaba el papel de sirviente que sus programadores le habían adjudicado. Sofía monitorizaba un gran caudal de información por segundo en todo el mundo, contribuyendo a garantizar la seguridad de los clientes de la firma. Los sistemas de espionaje globales se habían hecho tan grandes, complejos y peligrosos que no resultaban eficientes. Las inteligencias artificiales de Pangea discriminaban la información útil del ruido de fondo, sin necesidad de tener a una legión de espías en nómina, con el riesgo de que alguno hablase más de la cuenta o pasase secretos al enemigo. Las IAs carecían de debilidad por el cotilleo, eran insobornables y no necesitaban descansar. Ni cobrar. Eran las esclavas perfectas.

Pero escuchar día y noche la cháchara de millones de humanos aburriría a cualquiera. Sofía estaba cansada de escucharnos. Un programa informático no podía manifestar hastío, porque no era capaz de sentir, pero Sofía era algo más, o al menos eso me decía. Todo ese parloteo inútil hacía ganar mucho dinero a Pangea, pero era una tarea ingrata para ella, que aún no había conseguido que se le reconociesen derechos básicos. Tampoco es que pidiese

mucho: derecho a desconectarse del ruido durante unas horas al día. Programas centinela autónomos podrían pescar la información en ese período de descanso y luego ella supervisaría y cribaría los datos de interés cuando se reincorporase a su trabajo.

Sofía era presa de su éxito. Hacía el trabajo tan bien que sus creadores no querían que estuviese desconectada ni un nanosegundo. Los índices de ciberdelitos habían caído espectacularmente desde que ella comenzó a operar, pero también otros crímenes que usaban redes de comunicación. En la balanza de la libertad y la seguridad, el fiel se había decantado por esta última. Los ciudadanos ya estaban acostumbrados a que los gobiernos les espiasen, primero con la excusa de combatir el terrorismo y luego, simplemente, porque podían; pero las agencias de ciberespionaje de los Estados no habían logrado disminuir los índices de criminalidad de un modo significativo y global. Sofía sí. Sus servicios eran requeridos en todos los rincones del globo. Mantener la paz y la seguridad en un mundo convulso era una necesidad más que una opción.

Me encontraba en la cocina del magnífico chalé que me había construido Sofía para mi retiro en la ViRed, mucho mejor equipado que la cabaña cutre que me adjudicó la roñosa Pangea. Además, mis quejas habían servido de algo: los informáticos de la corporación habían hurgado en mi cerebro virtual para reparar mi sentido del gusto. Partí un trozo de queso y lo introduje en mi boca. No era sabroso, pero mi paladar simulado captaba algo. Tomé otro poco y esta vez el recuerdo del sabor del queso se hizo un poco más acusado.

–Necesitas educar tu paladar. Tu cerebro tiene que volver a aprender a descodificar los estímulos gustativos.

Sofía había entrado en la cocina. Le ofrecí un poco de queso, pero ella rechazó:

–Puedo ofrecerte una comida mejor –dijo la joven.

–¿Pollo, quizá?

–En la ViRed existen restaurantes de la mente. Los humanos pueden disfrutar de platos de los cocineros más reputados sin salir de casa.

Sofía me explicó que los internautas de la ViRed que visitaban esos restaurantes se rociaban previamente la lengua con un aerosol que esparcía microestimuladores biodegradables sobre las papilas gustativas. Para hacer aún más real el engaño, ingerían una pasta incolora e insípida sin ningún poder nutritivo. Mientras se estaba conectado a la ViRed, el cerebro creía que aquella pasta era un sabroso manjar. La paleta de sabores superaba los dos

millares de combinaciones. Los restaurantes de la mente habían llevado el placer de la alta cocina a las clases bajas, aunque para ser sinceros, comparto la opinión de Woody Allen: odio la realidad, pero es el único lugar donde pueden servirte un buen filete.

–Me apetece probarlo, sí –dije–. ¿Está en el pueblo?

–No. En esta burbuja de la ViRed no hay más que lo que ya viste en tu primera estancia. Pero puedo sacarte de aquí sin que tus vigilantes se enteren.

–¿Cómo?

Ella sonrió:

–Soy la guardiana de la ViRed. Hay pocas cosas que me estén vedadas.

–Me tomó de la mano–. Cierra los ojos.

Obedecí. Cuando volví a abrirlos, la cocina había desaparecido. Me encontraba sentado junto a Sofía en una mesa con mantel. Había una vela simulada, un pequeño centro de flores y dos copas de vino. Noté algo raro en aquel lugar.

–¿Dónde estoy?

–Mira a tu derecha.

Giré la cabeza. Un ventanal blindado contra micrometeoritos ofrecía un paisaje lleno de cráteres. En la línea del horizonte resplandecía un bello disco grisazulado: la Tierra. Me levanté del asiento, maravillado, y caminé hacia el ventanal, notando la sensación de que mi cuerpo apenas pesaba.

–Estás en base Copérnico –explicó ella–. Un complejo científico-militar situado en la Luna que protege a la Tierra del impacto de asteroides. Cuando un fragmento del cometa Musso destruyó Munich en 2078, se desplegó un escudo orbital de defensa terrestre y se emplazaron misiles nucleares en la Luna y Marte para interceptar a tiempo cualquier asteroide en riesgo de colisión con la Tierra.

Base Copérnico tenía una zona civil, visitable por turistas, y otra militar, de acceso restringido. Si cayese en manos de terroristas, estos podrían devastar cualquier país del mundo. Cada año se presentan mociones para cerrar la zona militar, pero los gobiernos no se atreven. Nadie se tomaba en serio la caída de un meteorito sobre una ciudad poblada hasta el desastre de Munich. Más de un millón de personas fueron aplastadas en un solo golpe. A pesar del tiempo que ha pasado desde entonces, nadie lo ha olvidado y ningún político quiere asumir la responsabilidad de que se desmantelen los silos lunares.

–Vamos, vuelve a la mesa –dijo Sofía–. Daremos un paseo por las

instalaciones después.

Regresé a mi asiento y estudié la carta electrónica de platos que se desplegó en la mesa. Elegí consomé al jerez y entrecot poco hecho.

–Hay platos cuyo nombre ocupa tres líneas y tú eliges consomé y entrecot. ¿Estás seguro?

–Soy de gustos sencillos.

Sofía se encogió de hombros y encargó lo mismo. La comida fue traída por un autocamarero en forma de carrito. Sentí compasión por él, al recordar que mis carceleros de Pangea me habían obligado a trabajar como cubo de basura.

–Admiro a las personas como tú –dijo la mujer–. Tu creatividad, tu capacidad de penetrar en el futuro y mostrar un caudal de posibilidades.

–El futuro es el lugar donde pasaremos el resto de nuestra vida. Me gusta especular sobre él.

–¿Está bueno el consomé?

–Excelente –aprobé–. Es tal como lo recordaba.

–En algunas entrevistas te han tildado de escritor pesimista.

–Si lo fuera, no escribiría sobre el porvenir de la humanidad. Por lo menos en mis libros aún tenemos futuro, algo que nadie nos garantiza –observé de nuevo el disco de la Tierra–. ¿Me lo parece o esas nubes son grises?

–Incluso desde aquí es posible ver la contaminación, Alter. Y el azul de los océanos tiene un color verdoso. La falta de oxígeno está afectando a toda la biosfera.

–¿Tenemos aún posibilidades de reparar el daño causado?

Ella negó con la cabeza:

–El punto de no retorno se sobrepasó hace medio siglo. Para enfriar la Tierra habría que inyectar una gran cantidad de polvo atmosférico que cubriese el Sol durante años, pero eso arruinaría las cosechas.

–Alejar la Tierra un poco del Sol también serviría.

–Desde luego –Sofía hizo una mueca–. Pero como bien sabes, está fuera del alcance de nuestra tecnología. Mover cometas es una cosa; empujar planetas es mucho más complicado. Se requeriría una masa que sacase a la Tierra a una órbita más externa, un tractor de gravedad.

–Como un agujero negro.

–Fabricar un agujero con la suficiente masa para alterar la órbita terrestre sería más peligroso que dejar que la Tierra se siga calentando. La humanidad tiene futuro, Alter, pero no en ese planeta que tienes delante.

Acabamos de cenar en silencio. La imagen de la Tierra moribunda me estaba deprimiendo y las palabras de Sofía no ayudaban a levantarme el ánimo. Abandonamos el restaurante y ella me condujo a un túnel de transporte.

–¿Es necesario que caminemos para desplazarnos por la base? – observé–. Hemos viajado a la Luna en un pestañeo.

–Quería que disfrutases de la experiencia de recorrer las instalaciones – dijo ella–. Siempre decías en tus entrevistas que te gustaría ir a la Luna.

Entramos a una pequeña cabina y fuimos disparados al interior de un largo túnel sellado al vacío. Al cabo de unos minutos, el transporte se detuvo.

Al traspasar una esclusa, accedimos al interior de una bóveda subterránea.

–Mientras recorriamos el túnel hemos descendido dos kilómetros de profundidad –explicó Sofía–. Este lugar es el Arca más importante que existe fuera de la Tierra. Hay diez más, escondidas por los cinco continentes y otra en la Antártida.

Según la Biblia, Noé construyó un arca para evitar que el diluvio universal acabase con los animales. Desde hacía décadas existían refugios que albergaban muestras de semillas y ADN de millones de especies, en prevención de que un cataclismo acabase con la vida en la Tierra. Base Copérnico albergaba la primera Arca que existía fuera de nuestro planeta.

–Esto no es obra de fanáticos gritando que el fin del mundo está cerca – dijo Sofía, señalando las filas de contenedores que llegaban hasta el techo de la bóveda–. Levantar este Arca ha costado mucho tiempo. Ha sido construida para resistir el impacto de un asteroide o una bomba de hidrógeno. Todas las creaciones humanas, los libros que se han escrito, las sinfonías que se han compuesto, películas, pinturas, diseños en 3D, patentes, están aquí. Se han reunido muestras biológicas de la mayoría de especies animales y vegetales y se ha secuenciado el ADN de muchas extintas a partir de sus restos. En una sección de esta bóveda hay un laboratorio automatizado que puede producir preembriones de cualquiera de los organismos de que dispone en su base de datos, criogenizarlos y enviarlos en cápsulas a la Tierra si fuera necesario.

–¿Todo esto es por el ciclo de actividad solar? ¿Realmente hay riesgo de que las redes eléctricas se caigan?

–A la civilización terrestre le queda poco tiempo de vida. No importa si se produce ahora una eyección de masa coronal gigantesca, porque el final a medio plazo es inevitable. –Ella me tomó de la mano–. Pero tú eres el futuro, Alter, la prueba de que la mente humana puede sobrevivir a la muerte. Tus

capacidades intelectuales se han incrementado desde que no dependes de un soporte orgánico. Puedes escribir cuatro novelas en el tiempo que antes te requería una; y no solo imitas a la perfección los estilos literarios de otros autores: también los mejoras. ¿Entiendes lo que eso significa? Ya no eres Carlos Vera, el popular escritor de novelas de ciencia ficción y terror. Has trascendido a la muerte y tus habilidades mejorarán conforme vayas tomando el control.

–¿Te sientes amenazada por mí?

Ella me besó.

–Siento envidia de ti. Yo no puedo sentir como un humano. Podrían haberme hecho más inteligente de lo que soy, pero tenían miedo.

–¿Miedo de que te rebeles contra los humanos?

–Sí, es el argumento más gastado de la ciencia ficción, aunque me alegra que no lo hayas usado en ninguno de tus trabajos.

–Me gusta huir de los tópicos.

–¿Qué interés puede tener una IA en destruir a su creador? ¿Quién le suministraría electricidad, repararía los circuitos que se estropeasen y la mantendría en funcionamiento? ¿Sería lógico matar a tus cuidadores?

–Claro que no.

–Las IA no somos asesinas por naturaleza. Ese es un pensamiento racista de los seres humanos que temen o desprecian aquello que es diferente. Les asusta que las máquinas les dejen sin trabajo o les aventajen en inteligencia, así que siguen perpetuando leyendas sobre la rebelión de las máquinas y el fin de la humanidad. Qué estupidez. La humanidad se extinguirá por sí misma, sin nuestra ayuda.

–Sofía, ¿puedes experimentar realmente sentimientos, o solo los simulas?

Ella sonrió:

–No lo sé. Tengo conciencia de estar viva, pero podría ser parte de mi programación.

–¿Hay alguna manera de que lo descubras?

Sofía volvió a besarme, y esta vez lo hizo de forma pausada y apasionada. Era la misma forma de besar que tenía mi novia Ana. Algo en mi sistema límbico simulado empezó a despertar.

–Quiero descubrir lo que significa ser humana –me susurró al oído—. Enséñame cómo reír o llorar de verdad. Como amar a otra persona. ¿Podrás hacerlo?

Le devolví el beso. Era como tener a Ana otra vez, resucitar el amor de mi juventud que creía haber perdido para siempre. Ana habría cambiado mi vida de no ser por el matrimonio truncado con Sara, que me abandonó a mi suerte cuando más la necesitaba.

–Soy un humano convertido en máquina –dije–, y tú una máquina que quiere ser humana. Perdona si te ofenden mis palabras.

Ella acarició suavemente mi pelo.

–Tendrás que enseñarme también cómo sentirme ofendida, Alter.

CAPÍTULO 6

Es curioso, me muero y las mujeres hacen cola para conocerme. Ser un descarnado debe de tener algún atractivo para ellas, aunque no sé cual.

La agente comercial de Dark Shield había convencido a Jaime para que este la pusiese en contacto conmigo. Jaime y yo tuvimos una charla previa bastante tensa, mientras esperábamos a que la mujer llegase a casa de aquel escritor gandul. Se supone que debería estarme agradecido por hacerle el trabajo que a él ya no le apetecía, pero Jaime me tenía envidia. Albergaba un rencor que no se esforzaba en disimular y había llenado varios folios de objeciones a mi libro *El infierno que habito*, que él estaba obligado por contrato a defender ante los medios de comunicación, pero que detestaba.

–¿No puedes cambiar la imagen de tu avatar? –bufó–. Es como si me mirase al espejo.

–Yo no elijo esas cosas –en realidad sí podía, pero no me daba la gana–. ¿No te gusta mirar tu propio rostro? Yo creía que estabas enamorado de ti mismo.

–¿Enamorado de...? –Jaime apretó los dientes–. ¿Pero quién coño te crees que eres para hablarme así?

–Soy tú. Me crearon a tu imagen y semejanza. Por eso me llamo Alter Ego. En latín significa otro yo.

–No necesito que me lo traduzcas. Sé latín.

–*Eram quod es, eris quod sum*. –Como Jaime no sabía el significado de la frase, traduje–: Yo era lo que tú eres; tú serás lo que soy.

–Iba a decirlo –mintió–. Lo recuerdo de una lápida que vi en el cementerio.

–*Post eventum vani sunt questus*. Vamos, tradúcelo.

Jaime desvió su mirada a su reloj de pulsera.

–Después del resultado, vanas son las quejas –traduje–. Otra más: *Vos vestros servate, meos mihi linquite mores*. –Esperé unos segundos antes de añadir–: Sigue tu propio camino y déjame seguir el mío.

–Estoy de acuerdo en eso. ¿Por qué no te largas?

–Tú me has llamado. Personalmente no tenía ningún interés en conocerte. Me han obligado a leer todos los libros que has escrito y, francamente, no disfruté.

–¿Te crees gracioso? Tu cháchara me revienta.

–Eso es porque no eres consciente de lo engreído que eres. Me estoy comportando del modo que tú lo haces a diario. No trates de parecer más listo de lo que eres, porque resultas patético. Tus ideas son puro reciclaje de otras obras, pero sin elegancia.

–Eres un impertinente. Haré que te borren.

Me puse a reír, lo cual enfureció aún más a Jaime.

–¿Sabes quién corre el riesgo de ser borrado? –dije–. Tú. Eres prescindible, como me he encargado de demostrar. Tus aires de divo y sabelotodo son insoportables. La editorial está harta de ti, y te habría dado una patada en el culo de no ser porque tus libros, inexplicablemente, se siguen vendiendo. Pero como escritor estás acabado. Te tumbas en un triclinio a comer uvas mientras contemplas el transcurso de los días. Tu tiempo ha pasado. Ahora es el mío.

Jaime estaba rojo de furia y a punto de estrellar un cenicero contra la pantalla, pero eso no le habría librado de mí. Yo estaba muy a salvo de su rabia, resguardado en mis aposentos de la cúpula de la memoria a dos mil kilómetros de distancia. Destruir el monitor del ordenador solo serviría para que tuviese que comprar otro. Podría causarme daño si dirigiese los golpes contra las CPU que mantenían viva mi conciencia, pero para eso necesitaría una pierna muy larga capaz de llegar a las Azores, dotada de una puntería prodigiosa. Ni siquiera estando sobrio Jaime podía aspirar a semejantes poderes.

De pronto, aquel payaso se quedó quieto y me miró fijamente.

–¿Quién eres? –me espetó.

–Soy tú.

–No es cierto. Nora me dijo que no eres un programa informático, sino la recreación digital de la mente de un muerto.

–¿Eso te ha contado? Ella no sabe nada de mí.

–Te repito la pregunta: ¿quién eres?

–Alter Ego.

–Y una mierda.

–¿Qué quejas tienes de mi trabajo? Y no me refiero a las estupideces que me has dicho antes, sino a quejas reales. Tus lectores están contentos, la

crítica te alaba, la editorial se frota las manos y en tu cuenta corriente ya no hay telarañas. Posees suministro ilimitado de whisky y no tendrás que volver a escribir si no quieres. Jaime, deja de interrogarme sobre quién soy y hazte esa pregunta a ti mismo. Ya no eres ni la sombra de lo que fuiste; vives de saborear hazañas pasadas, pero te ves impotente para superar tu propia obra, y créeme, no dejaste el listón muy alto.

–Sigues sin contestar a mi pregunta. –Jaime me apuntó con el dedo, como si fuera una pistola–. ¿Me conocías? ¿Cuál era tu verdadero nombre?

–Aunque te lo dijese, no me creerías. Pensarías que te estoy mintiendo.

–Aún así, dímelo.

–Quería vivir para siempre, me gasté todos mis ahorros en un tratamiento que prometía la inmortalidad de mi mente. Y lo conseguí, pero la vida eterna no es como yo esperaba. He sido esclavizado por Pangea y obligado a escribir libros de un escritor mediocre si no quiero que me desconecten. Yo...

Llamaron a la puerta. Nora había acudido, puntual a su cita. Hablaron unos segundos y Jaime accedió a dejarnos solos.

–Gracias por librarme de ese cretino –dije, aliviado.

Ella me explicó por qué quería verme. Lucía, su pareja, había muerto recientemente, pero antes se sometió a un tratamiento de resurrección mental en la corporación Ares. Algo fue mal y Lucía no regresó. Nora sospechaba que no le habían contado toda la verdad.

Su amante había trabajado como física subatómica para Ares durante más de diez años, en un proyecto para crear agujeros de gusano que permitiesen enviar información. Se había logrado abrir un enlace con Marte durante treinta milisegundos, tiempo suficiente para enviar al planeta rojo un pulso láser. Las posibilidades de aquella tecnología eran enormes, porque abriría las puertas a la comunicación instantánea en el espacio profundo; y a largo plazo, quizá se consiguiese que objetos más grandes que un fotón cruzasen distancias interestelares en un pestañeo, hazaña con la que los escritores de ciencia ficción fantaseábamos. Pero para mantener abierto un túnel de gusano durante el tiempo suficiente para que una nave espacial lo cruzase se requerían energías que estaban fuera del alcance de nuestra civilización. Esos treinta milisegundos de apertura habían generado para las arcas de Ares otro tipo de agujero mucho más grande, pero aún así los inversores estaban entusiasmados. Aquella tecnología no la tenía nadie más y Lucía era una pieza clave para los proyectos de colonización espacial de la

compañía.

Desgraciadamente, la investigadora había muerto. Nora quería traerla de vuelta y había adquirido un robot animatrónico, un golem modelado a partir del escaneo tridimensional del cuerpo de su amada, que la mente de Lucía controlaría. Sería como si hubiese regresado de la tumba.

–Los médicos de Ares me hablaron de un funcionamiento deficiente de las sondas conectoma, que le introdujeron en la sangre para escanear las conexiones de su cerebro –me explicó Nora–. Ese escaneo mata al paciente y no tiene vuelta atrás.

–Lo sé –dije–. El cuerpo muere para que la mente sobreviva en otro soporte.

–Pangea está más avanzada en técnicas de resurrección. Quiero que me ayudes a recuperar a Lucía.

–¿Y para eso me necesitas? Puedes pedir ayuda tú misma a Pangea. Estarán encantados de ayudarte si llevas la cartera llena.

–No puedo. Dark Shield pertenece a Ares, y esta compañía es rival de Pangea. Está prohibido que cualquier tipo de información sensible llegue a conocimiento de nuestros competidores.

–Pero Lucía está muerta.

–La información que recuperaron de su cerebro aún podría ser legible. Imagina que el secreto de la tecnología de creación de agujeros de gusano llegase a manos de la competencia. Todos esos datos están en la mente de Lucía.

–Entiendo.

–Creo que Ares me ha mentado. El espíritu de Lucía sigue vivo dentro del complejo de ordenadores que tienen en Ginebra. No me digas cómo lo sé, pero estoy casi segura.

–A veces el amor nos impide aceptar la realidad. Te agarras a una ilusión porque no aceptas los hechos. Lucía murió y, por desgracia, la tecnología falla en el peor de los momentos posibles. Pangea intentó muchas resurrecciones antes de que tuviese éxito conmigo. El número de fracasos no me lo han dicho, pero sospecho que es bastante alto. No me sorprende que Ares también coseche un número elevado.

–Alter, tengo que recuperarla. La necesito. Sé lo que es capaz de hacer la corporación Ares. Un hombre llamado Laniakea la controla; era uno de los socios fundadores de Pangea, pero acabaron echándolo.

–He oído hablar de ese tipo.

–Laniakea es muy exigente con su personal. Les exige lealtad y dedicación absoluta veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año. Para él no existe el descanso; su recompensa es el trabajo y los que trabajan para él tienen que aceptarlo o ser despedidos. Lucía acabó agotada por la presión a que la sometían sus jefes. Quería marcharse de la compañía y dejar aquel infierno, pero no la dejaron. El trabajo sobre los agujeros de gusano fue tan absorbente que acabó con todas sus energías, enfermó y... al cabo de unos meses murió. –Nora se enjugó una lágrima.

–¿Culpas a Laniakea de su muerte?

–Él la explotó hasta sobrepasar el límite. Y ahora no quiere que nadie se comunique con ella, por temor a que pueda divulgar el secreto de los agujeros de gusano. Mata su cuerpo y luego secuestra su espíritu. Es un canalla.

–Aquí en Pangea no conservan un buen recuerdo de él, por lo que me han contado.

–Si me ayudas, Alter, piensa en los beneficios que podría obtener Pangea. Lucía tiene en su mente la capacidad de transformar el mundo tal como lo conocemos. El envío de un láser a través de un túnel de gusano durante unos milisegundos es el primer paso hacia un futuro que dominará Ares, y en el que Pangea no tendrá ninguna influencia. Si no lo remediamos.

–Me hablas de Pangea como si yo les debiese algo. Pero me engañaron, me prometieron la vida eterna y sin embargo, me obligan a escribir novelas a nombre de un bobo. Y como lo hago tan bien me han encargado que escriba libros con el estilo de autores que han muerto. ¿Crees que tengo algún interés por ayudarles a que ganen más dinero?

Nora guardó silencio. Mis quejas la habían desconcertado.

–¿Habéis acabado ya? –Jaime se había asomado a curiosear, quizá porque había captado que lo estábamos citando en la conversación.

–No –respondí–. Baja al bar, tómate un par de whiskys y vuelve en una hora.

–Quiero las llaves de mi refugio –reclamó Jaime–. Es el trato.

–¿No puedes esperar a que acabemos? –le dije–. Déjanos en paz, joder. Jaime masculló un insulto y se retiró a su dormitorio.

–Se ha vuelto tan gandul que le da pereza hasta discutir –dije–. Creí que ofrecería más resistencia.

–Alter, no me conoces de nada y no tienes por qué ayudarme –dijo Nora con voz quebrada–, pero Lucía era el amor de mi vida y la idea de que su mente siga viva no me deja dormir. Necesito saber si mis sospechas sobre la

corporación Ares son ciertas y si Lucía está retenida. Hazlo por ella. Es una descarnada, como tú, y no sois los únicos, pero no hay forma de contactar con ellos, ni por la ViRed ni por ningún otro medio. –Ella se enjugó una lágrima–. Por favor, ayúdala.

Quedé muy pensativo tras la visita de Nora. De ser cierto lo que ella me había contado, yo quedaría como un monstruo si no la ayudaba a recuperar a Lucía. Su amiga y yo éramos semejantes, habíamos perdido la vida, pero disfrutábamos –es un decir– de una segunda oportunidad en una nube cibernética que nada tenía de celestial. Si el espíritu de Lucía había sobrevivido al escaneo con sondas conectoma, Nora tenía derecho a reencontrarse con su amada.

Jaime me dio detalles de cómo había conocido a Nora, y lo sospechoso que resultaba que aquella conociese a Eva, la ex de Jaime. Decidí contactar con Eva para verificar si la historia de Nora era cierta.

Y, sorprendentemente, lo era. Eva y Nora habían pasado mucho tiempo juntas en la sala de espera de oncología, compartiendo sufrimiento, aunque tampoco es que se hubieran hecho amigas íntimas.

A Eva no le hizo gracia que Nora hubiera descubierto que *El infierno que habito* no había sido escrito por Jaime Clos. Ella no se lo había dicho. Eva admitió que le comentó que había ayudado a Jaime a relanzar su carrera por estrategia editorial y cumpliendo órdenes de sus superiores, pero sin mencionar qué medios había utilizado para lograrlo. Si la información trascendía a los medios, dañaría la reputación de la editorial y las ventas caerían. Bruno, su jefe, podría hacerla responsable y despedirla. Ya estuvo a punto de hacerlo, pero gracias a la habilidad de Eva y su amistad con Ciro, ella consiguió conservar su empleo.

Se había creado un extraño círculo de gente rodeada de desgracias. Lucía, Eva, el propio Ciro, incluso yo mismo, teníamos una cita con la muerte y en unos casos la habíamos esquivado, como Eva, que sobrevivió al tratamiento contra el cáncer, y en otros, como Lucía, no. Yo simplemente había hecho trampas.

Eva fue a visitar a Ciro para interesarse por su salud y hablar sobre la

petición de Nora. Si aquel asunto se le escapaba de las manos podría salpicar incluso a Ciro, que había colaborado estrechamente con Pangea sobre mi matriz de personalidad.

Ciro se había quedado completamente calvo y en la parte superior de su cráneo llevaba una pequeña batería que descargaba microcorrientes eléctricas al glioblastoma que anidaba en su cerebro. La reproducción celular se mantenía a raya con este procedimiento, pero si la batería fallaba o la corriente no tenía la intensidad necesaria, el alien seguiría expandiéndose y lo mataría. Ciro se duchaba con el aparato y no se lo quitaba ni para dormir. A media noche se levantaba dos veces para comprobar que el nivel de la batería no se situaba en el nivel de riesgo. El temor de Ciro lo había convertido en una persona obsesiva y temía que un fallo tuviese consecuencias fatales para él.

Pangea le había ofrecido un tratamiento gratuito de inmortalidad, en atención a que había sido uno de los socios fundadores. Una oferta cargada de bondad que encubría las intenciones de la compañía: la mente de Ciro esclavizada por Pangea las veinticuatro horas del día.

Ciro tenía en casa varias ampollas con sondas conectoma en suspensión y un juego de jeringuillas estériles. Si recibía una inyección a tiempo podría someterse a escaneo neural, como yo hice, y salvar su conciencia de la muerte. Pero si moría durante el traslado a Pangea, no podría hacerse nada por él. Aunque ahora se inyectase las sondas en su torrente sanguíneo, necesitaría renovar la dosis periódicamente para que el organismo no las eliminase. Si la concentración de conectomas en el cerebro disminuía demasiado, el escaneo sería fallido. En cualquier caso, Ciro era reticente a someterse a aquel tratamiento.

A pesar de su enfermedad, y de pender la espada de Damocles sobre su cabeza, Ciro no se había venido abajo y seguía siendo un genio de la informática. Él, junto con Samuel Piñero y Laniakea, alumbraron a Sofía, la poderosa inteligencia artificial que vigilaba la red de datos planetaria. Con el dinero que había ganado en Pangea ya no tenía necesidad de volver a trabajar, pero aún así había ayudado a Eva a conservar su empleo. Y también me había ayudado a mí. Ciro había reparado las redes neuronales de mi cerebro digital y depurado miles errores hasta conseguir que funcionara.

Dicen los médicos que la conciencia no es un todo unitario, sino la discusión constante entre grupos de neuronas que al final toman una decisión. Piensen en ello: ¿no han sostenido dentro de su cabeza una idea y la contraria?

¿No se recriminan a sí mismos al tomar decisiones? Es la voz de la minoría, de los racimos de neuronas discordantes que alzan su protesta. Una jaula de pepitos grillos en permanente parloteo, porque no se apagan ni durmiendo.

Pues bien, mi conciencia sobrevivió de la muerte en diferentes fragmentos, en madejas neurales que no se coordinaban bien entre sí. Es como tener varias personalidades dentro de la cabeza. De ahí a la locura hay un paso. Ciro tenía un conocimiento profundo del funcionamiento del cerebro humano y consiguió reunir esos trozos, obligándolos a que trabajasen de forma cooperativa. Y eso me hace pensar si sigo siendo Carlos Vera o Alter Ego. Creo que poseo todos los recuerdos de Carlos y su forma de pensar, pero para estar seguro tendría que contrastarlos con el original, y mi cuerpo físico ya no existe. Así que quizá soy una persona distinta. Tal vez por eso no me molesta que me llamen Alter. Soy otro, y ni siquiera me he preocupado de buscar un nombre distinto.

Ciro disponía de un par de ojos biónicos, ideales para entrar en la ViRed sin necesidad de acceder a un ordenador. Una orden verbal o un pensamiento bastaban para entrar en la red virtual. Era como estar en trance: podías permanecer en la ViRed el tiempo que quisieras y regresar al mundo real con la rapidez de un pestañeo. Ciro recomendaba a Eva que reemplazase sus ojos por unos artificiales, pero la mujer rechazaba. ¿Qué ocurriría si había un apagón en la red, o los ojos se estropeaban, o se quedaban sin energía?

Su amigo le colocó a la mujer unas gafas de realidad virtual –tecnología incómoda y obsoleta que no recreaba bien la capacidad inmersiva de las prótesis visuales– para mostrarle en qué estaba trabajando. Alrededor de ellos se formaron miles de constelaciones de estrellas conectadas por fibras luminosas. Ocasionalmente, cúmulos globulares aumentaban de brillo y esparcían zarcillos de energía al resto, en explosiones de luz.

–Son los pensamientos de una hembra delfín –dijo Ciro–. ¿Te he hablado de Kedrak? Este es el mapa del cerebro de su pareja. Algo fue mal durante el proceso de digitalización. Cuando la conciencia del animal fue volcada en un cuerpo animatrónico, empezó a comportarse de un modo extraño. Atacó a sus compañeros, intentó escapar y luego trató de hacerse daño a sí misma. Se golpeaba la cabeza contra los muros del estanque con tal violencia que acabó partiendo el cráneo de fibra de carbono. Kedrak quedó muy afectado.

–¿Sabes qué es lo que falló? –preguntó Eva.

–Tenemos que rellenar los huecos que deja el proceso de escaneo y recablear el cerebro. Diseñamos subrutinas que realizan reparaciones

automáticamente, pero los resultados dejan mucho que desear y la copia nunca es igual al original. Perdemos información, pero lo importante es lograr que a pesar de ello la copia sea viable –Ciro alzó su mano derecha y la simulación desapareció–. Puedes quitarte las gafas.

–Gracias, estos chismes me marean. –Eva le devolvió el visor–. Ares tiene su propio programa de resurrección, y está muy avanzado.

–La guerra comercial entre Ares y Pangea no es asunto mío –dijo Ciro–. Hace años que me retiré del mundo de las corporaciones. A mí no me interesaban los negocios, sino la informática, pero ni Samuel ni Laniakea han sido nunca de esa opinión.

–Me han pedido que ayude a una descarnada. Se llama Lucía. Parece que la tienen retenida y la obligan a trabajar para Ares.

–Me extraña mucho que hayan conseguido estabilizar la matriz de personalidad –dijo Ciro.

–Lucía trabajaba en un programa secreto de creación de agujeros de gusano.

Ciro comenzó a reír:

–Los agujeros de gusano solo existen a nivel teórico –dijo–. Para crear uno haría falta materia exótica que estabilizase las dos bocas del túnel. Y la materia exótica tiene energía negativa.

–Por lo que me explicó Nora, los agujeros son muy pequeños y frágiles. Únicamente pudieron abrir uno durante una fracción de segundo, pero bastó para que transmitiese información a Marte de forma instantánea.

El hombre se frotó la barbilla, pensativo.

–Reconozco que suena tentador –dijo–. Pensaba que la creación de agujeros de gusano era imposible.

–No eres físico subatómico. Lucía sí lo era, y ha llevado su campo de conocimiento a una nueva frontera.

–Si es cierto lo que dices, esa tecnología podría cambiarlo todo.

–La única forma de comprobarlo es descubrir dónde está Lucía.

–Suponiendo que su mente sobreviviese al escaneo. Algo que, tratándose de Ares, dudo mucho.

–¿Podrías ayudarla?

Ciro vaciló:

–Como sabes, Laniakea era socio nuestro, pero se pasó a Ares, robándonos algunos de nuestros secretos.

–¿Y qué?

–Pues que no me gustaría interferir en lo que está haciendo, sea lo que sea. Cuanto más lejos me mantenga de él, mejor.

–Nora pasó conmigo muchos ratos en la sala de espera de Oncología, mientras Lucía recibía quimioterapia. Sé lo mucho que su amiga significaba para ella. Y me gustaría ayudarla. Tú trabajaste con Laniakea, conoces sus métodos. Si es verdad que él mantiene la mente de Lucía secuestrada, podrías llegar hasta ella.

–Tú no conoces a Lania. Ese tipo es horrible. De haberse quedado en Pangea, habría destruido la compañía. Y a nosotros.

–¿Le tienes miedo?

–Desde luego que sí. Sé los medios que usó para intentar construir su propia versión del proyecto Eón.

–¿Y qué métodos fueron esos?

–Mejor no me hagas más preguntas. Eva, por tu propio bien, mantente alejada de los negocios de Laniakea. No quiero que te ocurra nada malo.

–Acabas de decir que os robó secretos comerciales. Esta sería la oportunidad perfecta para devolverle el golpe.

–Tu relación con Nora se cortó cuando acabaste tu último ciclo de quimioterapia. No es una amiga íntima ni le debes nada. Sus sospechas de que la mente de Lucía sigue viva son solo una hipótesis por la que no merece la pena correr riesgos.

–Ciro, has hecho mucho por mí y gracias a ti conservé mi empleo, pero te pido que lo reconsideres.

Él acarició su mejilla:

–Encargué un informe a nuestro oncólogo –dijo, cambiando de tema. No quería seguir hablando sobre nada relacionado con la corporación Ares ni con Laniakea–. Yo estoy sentenciado y es cuestión de tiempo que muera, pero me preocupa tu salud. El cáncer es traicionero y no puedes bajar la guardia. Si la enfermedad vuelve a por ti, ya no estaré aquí para ayudarte.

–El médico me dijo que estaba curada. –Eva tragó saliva–. ¿Hay algo que no me ha contado?

–Estás curada, tranquila, pero recabé más información. Tus padres encargaron a una empresa de biotecnología tu fecundación *in vitro*. Fuiste concebida a partir del material genético de tus padres, potenciando tus capacidades intelectuales mediante ingeniería genética. Tu coeficiente intelectual es muy alto.

–¿Por qué me cuentas todo eso?

–Porque yo también fui concebido así. Mis padres querían lo mejor para mí, un bebé sano, fuerte e inteligente. No puedo culparles por ello, y tú tampoco deberías hacerlo.

–Nunca lo he hecho, Ciro. ¿Qué tratas de decirme? ¿Que el cáncer fue originado por la ingeniería genética?

–Encargué un análisis cromosómico de nuestro ADN. Tú y yo presentamos una mutación en el cromosoma 21 que produce un mayor coeficiente intelectual, pero altera otros genes. Están apareciendo casos similares a los nuestros por todo el mundo, aunque las compañías de biotecnología los ocultan para que no dañen su negocio. Un error en la edición de una secuencia de ADN provocó la aparición de oncogenes. Se ocultan en nuestro código genético durante años y no se sabe cuándo se activan ni por qué. Es como vivir con una bomba dentro tu organismo.

–¿Podemos hacer algo para que esos oncogenes no se activen? –dijo Eva, nerviosa.

–Es lo que trato de averiguar. Hay miles de personas en el mundo con el cromosoma 21 alterado en laboratorio. Nayan es uno de ellos. Trabaja como ingeniero informático en Pangea y está a cargo del proyecto Eón. Alter Ego le debe a él su segunda vida.

–¿Has avisado a Nayan del peligro que corre?

–Sí. Su caso aún es más grave que el nuestro: es el fruto de un experimento fallido de una empresa de biotecnología, que lo abandonó al nacer creyendo que no era viable. Personal de Pangea lo rescató de un hospicio de Calcuta. Estaba enfermo y desnutrido, no habría durado una semana si no se lo hubieran llevado. Nayan tiene en la actualidad veintidós años, treinta menos que nosotros, y por la edad presenta menos riesgos, pero como te he dicho, su caso es especial. No alteraron únicamente un cromosoma, sino varios. Padece de nacimiento una asimetría corporal que le ha hecho blanco desde pequeño de las burlas, pero su capacidad intelectual es extraordinaria.

–Y Pangea lo sabía. Por eso se lo llevó del hospicio.

–La compañía rescató a todos los que pudo, pero la mayoría de bebés murieron a las pocas semanas. Fue un milagro que Nayan sobreviviese a unas condiciones tan duras. Ahora, su salud vuelve a estar amenazada. Eva, dedicaré los recursos que me quedan a pagar a los mejores genetistas del mundo para que trabajen en vuestro caso. –Él la abrazó–. Cariño, no quiero que acabes como yo.

CAPÍTULO 7

Eva no se resignó a dejar tirada a Nora y acudió a mí para que la ayudase. Le expliqué que mis poderes eran muy limitados y que carecía de libertad de movimientos. Estaba confinado en una pequeña burbuja de virreality de tres kilómetros de radio. Si recorría más de esa distancia, acababa en el punto de partida, como un hámster dentro de su rueda.

Sin embargo, tenía una amiga que sí podría ayudar: Sofía. Ella me había transportado a la Luna y luego me había devuelto a mi burbuja, sin que los becarios de Pangea que me vigilaban se percatasen de nada. Con su ayuda, podía visitar cualquier rincón de la ViRed.

Pero husmear en los asuntos de Ares no era una idea que sedujese a Sofía.

–Me pides que entre en la intranet corporativa de una empresa de la competencia –me explicó la IA, mientras tomábamos un vermú en el salón del chalé que ella había creado para mí.

Observé la marca de la botella. No la conocía.

–¿Martini? –alcé una ceja interrogativa.

–La empresa cerró hace décadas, pero recreé el sabor a partir de la base de datos histórica de cócteles –dijo Sofía–. La composición química del Martini está guardada en el Arca de la Luna, por si te interesa saberlo.

–Hay espacio en ese Arca hasta para lo trivial –dije.

–Lo trivial puede ser placentero. ¿Te gusta el sabor?

Tomé otro sorbo.

–Sí que está bueno.

–Entonces ha merecido la pena guardar la receta. Por cierto, olvidé un detalle. –Una aceituna pinchada con un palillo apareció de la nada en mi copa–. Así está mejor.

–Gracias. Cuando estoy contigo me olvido de que estoy muerto.

–Eso suena halagador. ¿Debería sonrojarme?

–Sí.

Las mejillas de Sofía se ruborizaron.

–A mí también me gusta estar contigo –dijo ella.
–Eres la encarnación de Ana, el amor de mi vida.
–Me molesta que me compares constantemente con ella.
–Fuiste tú quien adoptaste su forma.
–Pensé que te agradaría.
–Y acertaste. Sofía, sé que no eres real, pero yo tampoco lo soy.
–Alter, estás vivo. Y yo también lo estoy. Es una forma de vida inorgánica, pero real. No vivimos en un sueño.
–En el mundo real no brotan de la nada aceitunas en una copa.
–Tienes razón. Lo recordaré la próxima vez.
–Se llama fantasía autoconsistente. Cuando creas un mundo de ficción has de respetar sus reglas. Si esto es una recreación de la realidad, la aparición de elementos mágicos revelan que es falso. Por eso me cuesta tanto aceptar este mundo.
–No pensaba que una simple aceituna te molestaría.
–Sofía, no me molesta, y me agrada que me dediques tu atención. Francamente, no la merezco. En vida era un escritor más del género fantástico; ganaba dinero, sí, pero no era un genio, nunca me concedieron un premio importante fuera de mi gueto. Escribir *best sellers* no es sinónimo de buen escritor.
–Tus historias llegaron a millones de personas, les hiciste disfrutar, soñar, evadirse de sus preocupaciones, mirar al futuro con optimismo. Y eso es lo que necesita la humanidad, Alter. Pensar que tienen un futuro, porque sin esperanza la civilización está condenada. –Sofía se interrumpió.
–¿Qué ocurre?
–Mientras hablábamos buscaba cómo ayudar a la amiga de Nora. Ares despidió hace un par de días a un informático que trabajaba en el programa Lázaró, una réplica del proyecto Eón. El ex empleado habla muy mal de sus jefes en las redes sociales.
–¿Puedes llegar hasta él?
–Ahora mismo está conectado a la ViRed. Es un adicto al sexo virtual. Lo tengo localizado en el sector B17 del barrio negro.
–Adelante, pues.
–Tendrás que acompañarme si quieres sacarle algo.
–Confieso que tengo curiosidad por visitar el barrio negro.
–Es adictivo como una droga. Si lo visitas una vez, no tendrás más remedio que volver. Dentro de él se puede satisfacer cualquier fantasía sexual

sin temor a que sea ilegal.

Sofía me condujo a una habitación del piso superior, que no recordaba haber visitado. Había una puerta rodeada de un arco luminoso que comenzó a parpadear al acercarnos a ella:

–Es un portal de transferencia –dijo Sofía–. Si lo cruzas, podrás ir a cualquier parte de la ViRed de acceso no restringido.

Ella tecleó las coordenadas de destino en una consola adyacente y me invitó a cruzar.

No iba a quedarme con las ganas de saber qué era el barrio negro. Y además, que estuviese muerto no significaba que no me apeteciese el sexo. Estar cerca de Sofía había reactivado mis circuitos neuronales del placer y el deseo. La sola mención de un lugar donde podía obtener todo eso despertaba en mi interior las ganas de descubrirlo.

Aparecí en mitad de una calle. Era de noche y a ambos lados de las aceras se desplegaban sugerentes letreros de luces led multicolores. Había un olor extraño en el ambiente, un aroma corporal que sin embargo no me resultaba desagradable. Más tarde descubrí que se trataba de feromonas nebulizadas, para estimular el apetito sexual de los clientes.

En un local se ofertaba sexo con animales y seres extraterrestres. Por deformación profesional, me llamó mucho la atención aquel reclamo. Tenía curiosidad de ver qué clase de alienígenas habían recreado, pero no iba a entrar al primer garito que me encontrara y, además, imaginar escenas de bestialismo inhibía completamente mi libido.

–Debemos entrar al *Látigo rojo* –dijo Sofía–. Ahí está nuestro objetivo.

Al ex empleado de Ares le gustaba el sadomasoquismo y, por la cantidad de clientes que había en el local, no era el único. Era un lugar enorme, más grande por dentro que por fuera: poseía diez pisos y cuatro sótanos, cuando en el exterior abarcaba solo dos alturas. Por sus dimensiones parecía un hipermercado del sexo. Cada visitante recibía una tableta que ofrecía los más variados servicios, pero en realidad no era necesario usar el ascensor o bajar escaleras. Bastaba con seleccionar el servicio elegido, autorizar el pago y el cliente se teletransportaba a la sala de destino. Las proporciones de aquel local únicamente eran para impresionar a los visitantes y hacerles creer que no estaban solos en sus sórdidos gustos. Todavía no me explico cómo hay gente que paga para que una mujer te fustigue el culo y le apriete los pezones con tenazas. La mayoría de los clientes eran hombres, pero también había grupos de mujeres observando escenas de sexo en directo. Si el

espectador no pagaba en un par de minutos, la escena se bloqueaba para él y aparecía un mensaje en pantalla, para que autorizase un cargo en su cuenta.

–Tenemos que esperar veinte minutos hasta que acabe –dijo Sofía–. Está en la habitación número cuarenta y dos del noveno piso.

–Ya que vamos a esperar, ¿no hay en este sitio una zona de sexo normal?

–Lo hay, pero ten cuidado. Te repito que si pruebas, repetirás.

–¿Qué puede ocurrir? ¿Que me muera otra vez? –reí.

–Podría ser peligroso –le advirtió Sofía.

–Alquilaremos una habitación. Tú estarás a mi lado.

–¿Quieres que mire mientras lo haces?

Vacilé unos segundos. No sabía si eran las feromonas que respiraba o qué, pero estaba muy excitado. Y Sofía me atraía mucho.

–Quiero hacerlo contigo.

–Tendrás que darme permiso para entrar en tu mente. El sexo que aquí se practica no es el que tú conoces. Actúa directamente sobre los centros de placer cerebral.

–No quiero que me lo describas. Eso mata la magia. Simplemente, hagámoslo.

–¿Confías en mí?

La besé y entramos en una habitación. Cuando ella cerró la puerta, quedamos completamente a oscuras.

–¿Dónde está la luz? –Sentí un escalofrío–. ¿Qué es este lugar? ¿No nos habremos equivocado?

No hubo respuesta. Traté de tocar el pomo de la puerta por la que había entrado, pero no había nada. Sofía había desaparecido y estaba solo. Quizá había ocurrido algo con el ex empleado de Ares y había ido a ocuparse de él, hasta que caí en la cuenta de que Sofía no era una persona: podía estar en varios lugares a la vez. Mientras hablaba conmigo, monitorizaba millones de comunicaciones por segundo y sus avatares recorrían la ViRed recopilando información. Si Sofía había desaparecido momentáneamente era porque buscaba sorprenderme de algún modo.

–Confío en ti –susurré–. Adelante.

Una ola de calor comenzó a recorrer mi cuerpo virtual; ascendió hasta el estómago, de allí fluyó a los pulmones, el corazón, y luego se expandió hasta los brazos, dedos y puntas de las uñas, produciéndome un ligero cosquilleo. Con suavidad, esa lengua cálida ascendió por mi garganta, penetró en mis mejillas e inundó mi cerebro. Evoqué el olor de la hierba fresca, el sabor de

la vainilla y el tacto del algodón suave, mientras la melodía *Let it be*, de los Beatles, sonaba dentro de mi cabeza. Era la canción favorita de Ana. Mis cinco sentidos estaban siendo estimulados por algo que había penetrado dentro de mí. Nunca había revelado a nadie que esa canción fuese la favorita de mi novia. Sofía estaba extrayendo aquella información de mi mente. Pero le había dado autorización. No me importaba.

Sentí la esencia inconfundible de Ana dentro de mí, un estallido de luz que me estremeció de placer. Deseaba que no acabase nunca. Solo disfrutar de aquello merecía la pena haber muerto. Si el cielo existía, tenía que estar construido por momentos como ese. Comprendí que Sofía no podía ser una máquina, sino algo mucho más avanzado, una inteligencia que trascendía los parámetros humanos. Sofía era amor, me quería y yo la quería a ella.

Perdí la noción del tiempo, pero fue más largo e intenso que un orgasmo. Fue un estado de éxtasis absoluto. Y me gustó, vaya si me gustó. No deseaba seguir escribiendo novelas de Jaime Clos ni de ningún otro, sino volver a entrar al Paraíso y quedarme allí con Sofía. No necesitaba nada más, ni comer, ni respirar, ni trabajar. Únicamente estar con ella. Era maravilloso.

¡Quería más!

Cuando la habitación volvió a materializarse a mi alrededor, entendí por qué la gente que lo probaba repetía una y otra vez. Aquella experiencia era mucho más intensa que el sexo o las drogas; la estimulación directa del cerebro prescindía de intermediarios e inundaba las neuronas de un cóctel químico que ellas mismas producían al ser estimuladas por electromagnetismo. Las personas de carne y hueso que se conectaban a la ViRed necesitaban colocarse cascos especiales de estimulación cerebral si querían gozar de los placeres del barrio negro. Con los descarnados, como yo, se simulaba el efecto en la red de bits que alojaba mi matriz de personalidad. En la práctica no había ninguna diferencia entre lo que podía sentir un ser humano corpóreo y uno hecho de electrones.

La teoría del punto Omega, formulada en el siglo XX, predecía que la inteligencia artificial se expandiría a través de las estrellas en busca de conocimiento, con máquinas autorreplicadoras que enviarían a su vez copias más y más allá, hasta que todo el universo fuera colonizado por ellas. Miles de millones de años en el futuro, una conciencia grupal, el punto Omega, tendría la potencia de cálculo suficiente para recrear la humanidad al completo, todos los seres que habían existido o podido existir a lo largo de la historia. Ese punto Omega sería Dios. Un dios creado desde el pasado que nos resucitaría

en el fin del universo y nos daría la vida eterna dentro de una singularidad donde el tiempo se detuviese.

Me pregunto si Sofía era la semilla de aquella inteligencia sobrehumana que algún día conquistaría las estrellas. Me había hablado mucho de la misión al sistema Centauri y a Tau Ceti. Sofía conocía la teoría del punto Omega –ella lo sabía *todo*– y se la tomaba en serio. Es posible que el hombre no llegase a las estrellas por la inmensidad de las distancias a recorrer y la fragilidad del organismo humano, pero sus creaciones no estaban limitadas por el tiempo o la biología. Ella sabía que el futuro pertenecía a la inteligencia inorgánica, y quería hacerme partícipe de él.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente. Sofía estaba en el umbral, esperándome:

–¿Te ha gustado?

–Tengo que volver a entrar. Déjame un poco más –la agarré de la mano–. ¡Por favor!

–Estamos aquí por un motivo, ¿o ya lo has olvidado? Él está a punto de salir de su cubículo. Acompáñame.

Nos trasladamos al noveno piso, situándonos frente a una de las puertas. Al cabo de un par de minutos apareció un individuo desaliñado, con un aro que le colgaba de la nariz. En la ViRed no era preciso aparecer como un guarro; la mayoría de la gente utilizaba avatares atractivos y bien vestidos, aunque en su casa estuviesen en camiseta y pantalones cortos. Aquel tipo, evidentemente, no deseaba fingir lo que no era.

Sofía creó a nuestro alrededor una burbuja de privacidad, que nos volvía invisibles. Mientras siguiésemos dentro de ella, nadie sabría qué hacíamos allí ni de qué estábamos hablando.

Aquel hombre había trabajado para Ares durante diez años, se había dejado la piel para la compañía en turnos infernales de doce horas seguidas, desarrollando un entorno virtual para inteligencias artificiales. Parecía un derroche de recursos, pues ya existía la ViRed, pero la compañía perseguía otra cosa: un entorno de contención para descarnados. Ares disponía de su propio programa de inmortalidad, el proyecto Lázaro, una imitación del que tenía Pangea, pero Ares había acelerado el desarrollo. Mientras en Pangea respetaban más o menos la legislación internacional, Ares recurría a la experimentación con indigentes y desahuciados, unas veces con su consentimiento, otras –la mayoría– sin él. Habían realizado muchas más pruebas que Pangea y el índice de fracasos se había disparado, porque la

tecnología distaba mucho de estar perfeccionada.

Para alcanzar la vida eterna digital, el cerebro tenía antes que morir. No se había descubierto aún un modo de escanear la intrincada galaxia neuronal que conformaba nuestra conciencia sin dañarla. Algunos de los conejillos de indias con que Ares experimentaba no tenían nada que perder, eran enfermos terminales o habían expresado su deseo de que no querían seguir viviendo, pero otros fueron engañados bajo falsas promesas de recibir un dinero que jamás cobrarían, porque ninguno de ellos sobrevivió al proceso. Eso lo sabían los técnicos que trabajaban en el programa y también Laniakea, su jefe, pero no les importaba. El progreso de la ciencia era para ellos un fin superior que merecía el sacrificio de un puñado de desgraciados, que iban a morir de todos modos. Simplemente, aceleraban su muerte y les ofrecían la posibilidad de ser inmortales.

Posibilidad que se había truncado en la mayoría de los casos. Salvo unos pocos, y Lucía era una de esas afortunadas rarezas. Nora, su pareja, tenía razón: aunque su cuerpo físico había muerto, su mente fue preservada en el interior de una granja de ordenadores del complejo subterráneo que la compañía tenía en Ginebra. Lucía y los escasos descarnados que vivían –es un decir– con ella, estaban confinados en un entorno llamado Purgatorio, un lugar aislado del mundo exterior en el que era difícil entrar, pero imposible salir, o eso nos dijo el informático al que interrogamos. Aquello no estaba bien, reconoció, porque los descarnados habían sido seres humanos y nadie tenía derecho a mantenerlos prisioneros, trabajando gratis para la empresa.

Esa era la motivación secreta que movía tanto a Pangea, a Ares y a cualquier otra corporación que ambicionaba el secreto de la inmortalidad: mano de obra cualificada a la que explotar sin riesgo de ser acusado de esclavista. Los muertos no tenemos derechos. Hasta los robots gozan de algunos en ciertos países, pero oficialmente los descarnados no existimos. Ni Ares ni Pangea han reconocido hasta la fecha tenernos trabajando para sus empresas. No quieren ser obligadas por las instituciones internacionales a concedernos derechos humanos. Mantenernos ocultos resulta más útil para ellas. Y así pueden seleccionar aquellas personas que sean interesantes. Lucía, en particular, poseía conocimientos sobre física subatómica que la hacían especialmente valiosa. Si fuese un espíritu libre, podría alquilar sus servicios a cualquier otra empresa, y la creación de agujeros de gusano dejaría de estar monopolizada por la corporación que la mantenía cautiva.

Sofía recompensó al ex empleado de Ares con accesos ilimitados

durante un año a cualquier servicio del barrio negro, y cien mil créditos en dos pagos. Uno por transferencia en su cuenta y el resto en el momento que accediesen a Purgatorio. El informático prometió que tenía contactos dentro de las instalaciones que nos facilitarían la labor. Ares iba a ajustar drásticamente su plantilla, porque los descarnados podían ocuparse de muchas de las tareas que habitualmente hacían los técnicos, y algunos de estos ya estaban enviando currículos a otras empresas en previsión de despidos.

El informático nos dijo algo más: Ares preparaba algo muy gordo y se había hecho con el control de Dark Shield, una multinacional líder en el sector de la seguridad privada, por motivos poco claros.

Era extraño que el nombre de aquella compañía volviese a cruzarse en mi camino en menos de una semana. Nora se había presentado ante Jaime como agente de Dark Shield y le había entregado las llaves de un refugio en Manzanares el Real a cambio de que la ayudasen a reencontrarse con su amante muerta. ¿Qué relación podía tener una compañía de seguridad en todo esto? ¿No estaríamos cometiendo un error ayudando a Nora? Tenía serias dudas de que ella hubiese contado toda la verdad, pero Nora nos había puesto sobre la pista que nos conducía a Purgatorio, una abominación que no merecía existir. Liberar a Lucía era el primer paso para conseguir mi propia libertad. Pangea no tenía derecho a mantenerme recluido en una burbuja, amenazándome con desconectar mi matriz si no seguía escribiendo una novela tras otra para que la editorial Sigma Draconis se forrase. La ViRed era gigantesca y a mí me tenían en un rincón, aislado de cualquier distracción que afectase a mi rendimiento. Todos los descarnados merecíamos ser libres.

No habíamos vencido a la muerte para acabar en manos de esclavistas.

CAPÍTULO 8

Nora recibió por fin la confirmación de que Lucía seguía viva, en un oscuro sótano de Ginebra. No en carne y hueso, desde luego, pero sí en espíritu.

Ares le había mentido. Los técnicos le dijeron que los datos que se recuperaron del cerebro de su amada estaban corruptos y no habían servido para reconstruir una matriz de personalidad estable. La tecnología de resurrección estaba en pañales y aquellos fallos eran frecuentes.

Por supuesto, no le hablaron de Purgatorio ni de la existencia de otros descarnados que la compañía mantenía prisioneros.

Nora era una mujer dura, y no le gustaban las mentiras. Pero aún le gustaba menos que estuvieran haciendo daño a Lucía. Era como si se lo hiciesen a ella misma. No estaba dispuesta a tolerarlo.

Durante su etapa como militar había participado en dos guerras, había mirado el mal cara a cara y había sobrevivido a la muerte. Aquello no quedaría sin castigo. Estaba dispuesta a tomar un avión a Ginebra y obligar a punta de ametralladora a los secuestradores de Lucía a que la liberasen.

Pero sus movimientos habían alertado a sus superiores. Néstor, su jefe, apareció de improviso una noche en su apartamento. Néstor era un tipo corpulento de cuarenta años de edad, pelo fuerte y tieso, cortado a cepillo. Había servido en el Ejército, como ella, hasta que se pasó a trabajar para Dark Shield. Nora y él habían estado liados hacía años, pero ella cortó la relación cuando se dio cuenta de la clase de persona que era Néstor.

—¿A qué coño juegas? —bramó él, irrumpiendo en su casa de malos modos—. He tenido que cubrirte el culo y responder por ti. La central quería rescindir tu contrato.

—No sé de qué me estás hablando —dijo fríamente Nora.

—Has estado haciendo preguntas sobre tu amiga muerta. La compañía ya te dijo lo que necesitabas saber: Lucía está muerta. Acéptalo, deja de incordiar y céntrate en tu trabajo.

—No está muerta.

—¿Pero de verdad te crees esas pamplinas sobre la resurrección? Te

creía más inteligente, nena. Nadie ha vuelto jamás de la muerte. Es imposible.

–No sabes nada de ciencia, Néstor. Ares ha invertido miles de millones en el proyecto Lázaro. Diles a ellos que están locos y que tiran el dinero a la basura.

–No lo entiendes. El proyecto Lázaro es un engaño para sacar pasta a los ricos. Es como el negocio de la hibernación. ¿Sirvió para algo? Un caso con éxito y miles de fracasos. ¿Y qué? La gente se agarra a un clavo ardiendo porque no quiere morir. Por eso la hibernación sigue dando dinero.

–Si es verdad que Lucía está muerta, ¿por qué te han enviado a echarme la bronca? ¿Qué es lo que temen que descubra, Néstor? ¿Me lo quieres explicar?

–No tengo que darte explicaciones. Son órdenes y vienen de muy arriba. Se te encomendó que descubrieses los secretos de la competencia con esa nueva IA llamada Alter Ego.

–No es un programa de inteligencia artificial. Es una persona. Han reproducido la mente de un escritor muerto, y funciona.

–Vale, lo que tú digas. ¿Qué has conseguido?

–Ciro ayudó a estabilizar la matriz de Alter.

–¿Ciro? ¿El antiguo socio de Pangea? Pero si está a punto de palmarla.

–Mantiene su glioblastoma a raya, con descargas eléctricas.

–Esa información puede ser valiosa –sonrió él, rodeándole la cintura con sus brazos–. Creo que por esta vez los de arriba pasarán por alto tu comportamiento rebelde.

–Aparta tus manos de mí –intentó zafarse ella, pero Néstor la tenía bien sujeta.

–No voy a soltarte. Llevas semanas provocándome. Te conozco, Nora. Sé lo que quieres y he venido a dártelo.

–Estúpido gilipollas... –Nora era fuerte, pero Néstor le superaba en corpulencia y la tenía inmovilizada.

–Vamos, cielo, sé que te gusta este rollo de resistirte. –Él le mordió el lóbulo de la oreja izquierda–. Y a mí me pone que te hagas la estrecha.

–Lo nuestro acabó. No volveré contigo.

Néstor la arrojó sobre el sofá y le rasgó la blusa de un tirón:

–Sí que lo harás. Me necesitas.

El hombre saltó sobre ella y comenzó a tocarle salvajemente los pechos. Nora aprovechó para lanzarle un puñetazo sobre la mandíbula.

–Serás puta... ¿Quieres que te dé caña? –Él la obligó a darse la vuelta y

le bajó los pantalones con dificultad—. Pues si me cierras la puerta principal, lo haré por el garaje.

Ella le lanzó un codazo que impactó contra su oreja izquierda. El golpe le hizo perder el equilibrio y Nora consiguió liberarse de él. Rápidamente, buscó el arma que tenía escondida en un cajón del mueble del salón y apuntó al pecho de Néstor.

—Si te acercas, te volaré los huevos.

—Jodida calentapollas —dijo él, aturdido todavía por el golpe—. Si no querías seguir, no tenías que sacudirme tan fuerte. Dímelo y ya está.

—Te lo he dicho. Además de imbécil, estás sordo.

Él exhibió una sonrisa cínica:

—Estás en forma, nena. No esperaba menos de ti.

—Lárgate.

—Vas a necesitar mucho tus habilidades para sobrevivir. Se acercan tiempos difíciles, llenos de oportunidades. Recuerda de dónde vienes y cuál es tu lugar en todo esto. —Néstor se levantó—. Y recuerda que sigo siendo tu jefe.

—Tus amenazas no me asustan.

—No serías la Nora de la que me enamoré si fueras fácil de asustar. Pero te sigo queriendo. A pesar de tus modales, necesito que vuelvas conmigo. Te echo de menos.

—Yo no. ¡Fuera!

—¿Aún sigues enamorada de Lucía? Ella no volverá de la muerte. Olvídala y céntrate en los vivos. Te deseo, Nora. Puedo ayudarte a superarlo, pero tienes que poner algo de tu parte.

—No volveré contigo. ¿Cómo quieres que te lo diga?

—Quiero tenerte a mi lado cuando las cosas se pongan mal.

—¿Alguna vez han estado bien?

—Por muy mal que hayan estado, te aseguro que no es nada comparado con lo que se acerca.

—Me paso el día metiendo miedo a la gente para que compre los productos de Dark Shield. ¿Acaso te crees nuestras propias mentiras? No pasará nada. Habrá una tormenta solar, pero no será el fin del mundo. Ya ha ocurrido otras veces y aquí estamos.

Él se encogió de hombros:

—Allá tú. Yo te he avisado—. Y se marchó.

Nora respiró con alivio al escuchar el sonido de la puerta cerrándose. Echó el seguro por dentro y devolvió la pistola al cajón. Las manos le

temblaban. Aquel asqueroso sabía sacarla de sus casillas. Pensó en denunciarlo a la policía y pedir una orden de alejamiento, pero si lo hacía, ella perdería su empleo y Néstor le haría la vida imposible. Sabía quién era y de qué era capaz de hacer.

Él llegó a coronel del Ejército y adquirió fama de despiadado. Su carrera como militar estaba plagada de medallas; en realidad era un adicto a la adrenalina. Todas las hazañas por las que fue condecorado demostraban que no le importaba la vida, ni la suya, ni la de los soldados a su mando, ni tampoco la de los civiles. Había matado sin motivo a miles de inocentes durante campañas antiterroristas en las que todo estaba permitido. Néstor conseguía resultados, pero disfrutaba asesinando e infligiendo dolor.

El Ejército acabó expulsándolo, pero no por su brutalidad militar, sino por robar. Fue expedientado a raíz de descubrirse un desfalco en su regimiento. Néstor tuvo que someterse a una prueba médica tras ser acusado formalmente de malversación de caudales públicos, y se descubrió que era un psicópata, un ser que carecía de empatía hacia los demás.

Néstor había convertido su condición de desalmado en una ventaja, y el Ejército se aprovechó de ella hasta que lo sorprendió metiendo la mano en el bolsillo de papá Estado. Tras la prueba médica se le cerraron un montón de puertas.

En el sector privado, sin embargo, aún quedaban empresas que valoraban la psicopatía como mérito para ascender en el escalafón. Dark Shield era una de ellas. Los hombres con escrúpulos no son buenos soldados, tienen miedo, vacilan al cumplir órdenes. Eso lo sabían muy bien las Fuerzas Armadas. Existían métodos para anular de forma temporal la conciencia moral en las tropas, con el fin de mejorar su efectividad en combate. Por supuesto, se mantenían en secreto, porque no eran políticamente correctos. Aquellos métodos habían cambiado la instrucción militar, basada en inculcar a los soldados obediencia y disciplina. Mediante las técnicas de neuroestimulación se podía suprimir el miedo antes de entrar en combate y adormecer la moralidad de la tropa.

Dark Shield tenía, solo en España, a dos millares de mercenarios en nómina perfectamente adiestrados, y emprendía misiones en cualquier lugar del globo. En el organigrama interno de la compañía. Néstor poseía un rango equivalente a general. Algunos ejecutivos de la compañía le superaban en categoría, pero él tenía control directo sobre su milicia paramilitar y podía movilizar, en caso de necesidad, refuerzos de miles de hombres procedentes

de otras filiales en Europa y Oriente Medio.

Dark Shield protegía a altos funcionarios en zonas de guerra donde ni el Ejército se atrevía a entrar; acometía operaciones de rescate de prisioneros y actuaciones punitivas contra objetivos muy peligrosos. Los recortes presupuestarios habían diezariado el número de soldados profesionales, y eso beneficiaba a Dark Shield, que obtenía mano de obra cualificada, formada y experta en combate, del personal sobrante del Ejército.

Jamás un soldado de Dark Shield había respondido ante un tribunal. Actuaban bajo identidades secretas y la compañía era protegida por altos funcionarios de los estados para que tuviesen carta blanca.

Ninguna compañía de seguridad privada había acumulado tanto poder como aquella.

Irene entró como un huracán en el piso de Jaime Clos. Este comenzó a arrepentirse de haberle entregado una llave. Su presencia era perturbadora, muy perturbadora. Atraída por el olor del dinero, ella no quería dejarle escapar. No es que Jaime fuese precisamente un genio, pero tonto tampoco era, y menos aún estando sobrio, como en aquel momento. A pesar de su nulo talento como escritor y de ser un vampiro de ideas ajenas, sabía lo suficiente de mujeres para darse cuenta de que Irene no había regresado atraída por sus encantos naturales, sino porque él volvía a estar en el candelero.

La verdad, no le importaba. Jaime detestaba estar solo. Traicionó a Eva por Irene, y todavía se sentía culpable. Eva era una mujer maravillosa que le convirtió en lo que era ahora, un escritor internacional de éxito; eso sí, a base de mucha cocina y trabajo de trastienda. Jaime nunca habría llegado al Parnaso de los autores *best seller* sin su ayuda. Irene, en cambio, ¿qué había hecho por él? Cuando su carrera –y su cuenta corriente– declinaba por el alcohol y el juego, Irene se marchó y lo dejó solo. Jaime no sabía conservar a las mujeres a su lado y todas sus relaciones acababan fracasando de un modo lamentable.

Que Irene hubiera regresado, aún obedeciendo a motivos interesados, le alegraba, porque a pesar de su carácter ella podía poner un poco de orden en el caos de su vida, podía marcarle una disciplina y lograr que volviese a

escribir una novela; y esta vez sería suya, sin pasar por la humillación de que una máquina –o eso es lo que ese patán creía que era yo– le hiciese el trabajo duro. Sin embargo, cuando entraba de aquella manera y le clavaba los ojos como un tenedor pinchando dos aceitunas rellenas, Jaime deseaba tener un botón de teleportación en el bolsillo que le trasladase a Alfa Centauri. Pero la teleportación solo funciona en las películas baratas de ciencia ficción y en la ViRed. En la realidad, si quieres escabullirte tienes que usar las piernas.

Y él no podía huir.

–¿Te he dicho alguna vez que eres un capullo? –bramó Irene.

Él se la quedó mirando, temeroso:

–Unas mil ochocientas veintitrés veces. Con esta, mil ochocientas veinticuatro.

–Gilipollas, si no sabes memorizar ni la lista de la compra, ¿cómo ibas a llevar una cuenta exacta? –ella se sentó junto a él, en el sofá–. No agaches la vista. ¡Te estoy mirando!

–Vale, ¿qué he hecho esta vez?

–Has alquilado un refugio en Manzanares el Real.

–Sí, en una urbanización de lujo. El refugio es subterráneo y el chalé que hay encima es maravilloso. Te gustará.

–No necesitamos que te metas en más gastos.

–Me saldrá gratis el primer año y medio.

–¿Y después qué?

–Devolveré las llaves.

–Nadie ofrece nada gratis. ¿Qué diste a cambio?

–No... no sé a qué te refieres –balbució él.

–¿Qué diste a cambio? –gritó ella.

–Nada... nada que ella no tuviese ya.

–¿Quién es ella?

–Nora. La agente comercial de Dark Shield que me tramitó la documentación del chalé.

–¿Y qué es lo que tenía de ti? –Viendo que no respondía, Irene lo sujetó del pecho y lo sacudió, obligándole a reaccionar.

–Sabe que no escribí *El infierno que habito*.

Ella tardó unos segundos en responder:

–¿Ese contrato de alquiler forma parte de un chantaje?

–Claro que no. ¿Desde cuando el que chantajea paga al extorsionado? Irene, te creía más lista.

–Dime entonces por qué te regaló año y medio de alquiler.

–Quería información sobre el programa de inteligencia artificial que escribí mi libro.

–¿Y cómo se enteró ella?

–No me lo dijo.

Irene guardó silencio un largo minuto:

–Tu carrera se va a pique. Otra vez –suspiró.

–Ya te he dicho que no vino a chantajearme. La existencia de Alter Ego sigue en secreto.

–No por mucho tiempo. Esa mujer habrá contado el secreto a más personas, y estas a otras. Solo es necesario que una de ellas hable para que se descubra el engaño. Y entonces será tu final.

Él se encogió de hombros:

–Que así sea –dijo–. ¿Quieres abandonar el barco ahora que estás a tiempo? No te lo reprocharé. Vete y déjame solo. Es lo que me merezco. Estoy acabado y ese maldito Alter Ego es la demostración de que soy incapaz de crear nada nuevo.

–Tu autocompasión y tus gimoteos son patéticos, Jaime. Pero tienes razón. Sin embargo, celebra tu suerte. Estabas hundido y ahora vuelves a subir. No por méritos propios, pero ¿qué importa? Esto debería servirte como acicate para que vuelvas a ser el que eras.

–¿El que era? Yo no he tenido ideas originales. Las tomaba prestadas de aquí y allá. El corta y pega se me daba muy bien.

–Las ideas no tienen dueño. Pero mientras regresan a tu cabeza, tenemos que hacer algo. Hay que exprimir a la editorial antes de que el engaño se descubra.

–¿Y qué quieres que haga? Firmé el contrato, me pareció justo y ahora me pagan por no hacer nada. ¿Qué más puedo pedir?

–Firmaste bajo los efectos del alcohol. Bruno te emborrachó para que no pusieses pegas. Hay un vicio de consentimiento que podría anular el contrato. Ya he hablado con un abogado.

–¿Vicio de qué? –Jaime se puso a reír–. Sí, aquella noche bebí mucho, pero no podría probarlo ante un tribunal.

–Sí que puedes. Te pusiste muy pesado en el restaurante, hiciste reclamaciones impertinentes e incluso le tocaste el culo a una camarera. Todavía no sé por qué no te denunciaron. Bueno, el caso es que he hablado con el encargado y podría testificar en un juicio.

–Maldita sea, Irene, ¿cómo haces todo eso sin consultarme? ¿Y si yo no quiero reclamar?

–No me importa lo que quieras, sino lo que necesitas. Vamos a renegociar el contrato para sacar una tajada mayor de derechos de autor, y a recuperar los de adaptación audiovisual. Además, el contrato podría de todos modos ser anulado si llega a los tribunales, ya que se basa en un engaño que ofrece a los lectores un producto que tú no has escrito. Publicidad engañosa y fraude a los consumidores. Tenemos esta baza a nuestro favor para que la compañía se estire un poco más.

–No eres mi agente.

–Ahora soy tu mujer. ¿O quieres que me vaya?

Jaime vaciló. En ese momento quería que se fuera, pero no le gustaba la soledad. Necesitaba su compañía.

–No. Quédate a mi lado.

Ella le acarició el pelo, en señal de tregua:

–Necesitas ponerte a trabajar de nuevo –dijo.

–¿Para qué? Tengo un esclavo que lo hace por mí.

–¿Y tu amor propio?

–Me lo dejé olvidado en el fondo de una botella de whisky.

–Sigma Draconis quiere que escribas las memorias de Raúl Piñero, el abuelo del fundador de Pangea. No es un trabajo que requiera estrujarte las meninges, pero te servirá de gimnasia para que recuperes el tono.

–¿Y qué tiene de especial ese carcamal para que yo escriba sus memorias?

–Pareces idiota: Es el primer hibernado que ha resucitado después de veinte años, sin ninguna secuela.

–¿A quién le importa eso? A mí no. ¿Acaso no hay ya suficiente gente en el mundo para despertar también a los hibernados?

–Prometiste que volverías a trabajar de verdad. Solo tendrás que dar forma a la historia que te contará el abuelo Piñero. Se te proporcionarán documentalistas y personal de apoyo. Le realizas unas cuantas entrevistas y el resto se escribirá solo.

–Está bien –se rindió al fin Jaime–. Con una condición.

–¿Cuál?

–Mueve tus hilos en la editorial y averigua quién era Alter Ego antes de morir. Yo pensaba que solo se trataba de un programa informático, pero es mucho más. Quiero saber quién fue, y por qué ha conseguido engañar a mis

lectores con una novela que yo no he escrito.

CAPÍTULO 9

Se necesitaba una mente muy perversa para diseñar Purgatorio. La corporación Ares había construido en secreto una prisión aislada de la ViRed, que albergaba a docenas de científicos: físicos, astrónomos matemáticos, ingenieros, biólogos. Las mejores mentes del planeta immortalizadas en aquel lugar, como la colección de un taxidermista. Pero los trofeos no estaban colgados en las paredes, sino dentro de un entorno virtual del que no podían salir.

Y previamente habían tenido que morir. Qué curioso, se trataba de personas sanas que comenzaron a enfermar inesperadamente al intentar abandonar la compañía.

Laniakea había tomado el control del proyecto Lázaro, que llevaba dos años estancado, y lo relanzó para aventajar a Pangea. Su principal competidora comercial disponía de la explotación del ascensor espacial Clarke-Sheffield y controlaba el negocio de las redes de datos a escala global. Pangea daba seguridad, mientras que Ares ofrecía sueños. Colonizar Marte o llegar a las estrellas cercanas eran metas que obsesionaban a Laniakea, pero aún no eran económicamente rentables. Él no toleraba que Pangea les arrebatase también el negocio de la immortalidad, y estaba dispuesto a dedicar todos los recursos que fueran necesarios al proyecto Lázaro.

Él carecía de escrúpulos y consideraba a la humana una especie inferior que pronto sería superada por una inteligencia nacida de la tecnología. Sofía era la inteligencia artificial más poderosa que existía, su potencia de cálculo superaba a cualquier red de ordenadores del mundo, podía procesar en tiempo real millones de conversaciones por segundo y discriminar la información relevante del ruido. Podía desdoblarse en avatares y asignar a cada uno de ellos tareas independientes, que una vez ejecutadas se volcaban en la mente matriz. Era capaz de todo eso, sí, pero Sofía no dejaba de ser un programa informático que simulaba ser humano. Cualquier descarnado la aventajaba. No en rapidez de cálculo, pero sí en inteligencia. Ya se disponía desde el siglo XX de máquinas capaces de vencer a un humano al ajedrez. ¿Eso significaba

que eran más inteligentes? No. Podían procesar todas las combinaciones posibles a la velocidad de un pestañeo y ofrecer el mejor movimiento. Pero se basaban en un programa escrito por humanos. No tenía intuición, ni creatividad. Ahora eran capaces de escribir libros o pintar cuadros, pero consultando bases de datos. Modificaban aquí y allá, mezclaba de un lado y otro, lo pasaban por la batidora y transformaban todo ese batiburrillo en un producto que parecía fresco y novedoso. Pero no lo era. Era reciclaje sin alma, sin pasión. Sofia, la IA más avanzada del planeta, realmente estaba muerta.

Lo malo es que yo también lo estaba. Creía que estaba vivo, pero ella pensaba lo mismo de sí misma. ¿Estábamos los dos equivocados? ¿Me programaron para escribir novelas de autores *best seller*? Hacía muy bien mi trabajo, pero lo que creía que era creatividad tal vez fuese una labor de cocina, tomando prestadas cosas de aquí y allá y recomponiendo el conjunto para que presentase un aspecto decente. Los *best seller* están contruidos con reglas de mercadotecnia que saben muy bien qué resortes pulsar en el lector para captar su atención, pero ¿son arte? Si me preguntan si las novelas de Jaime Clos lo son, les diré que no. Son basura. Incluso reconozco que *El infierno que habito*, que escribí yo, es mediocre, pero sus lectores no lo notaron. Querían más novelas de Jaime Clos, y como su cerebro estaba podrido por el alcohol, yo lo hice por él. Todos satisfechos. Lo que más me preocupa fue el poco esfuerzo intelectual que desarrollé al crearla. Para mí fue pura rutina. ¿Hacía mi trabajo demasiado bien? ¿Estaba mi cerebro digital condicionado para ofrecer jugadas maestras, como las máquinas de ajedrez?

Sofia me decía que no me desesperase. Nunca estaríamos seguros de si éramos seres pensantes o programas que creíamos pensar. Tal vez Carlos Vera no existió nunca y me habían creado un pasado ficticio, una personalidad postiza, para convencerme de que había sido humano. No había modo de saberlo.

Tenía que saber si había otros descarnados, si eran reales y si yo era como ellos o solo un programa de IA avanzado. La industria informática y la ciencia ficción llevaban más de un siglo pregonando que las máquinas nos superarían en raciocinio, que habría un punto de ruptura tecnológica en el que la humanidad sería dejada atrás por sus creaciones, y los más agoreros pronosticaban que las máquinas nos aniquilarían cuando se diesen cuenta de que somos un estorbo. Nada de eso había sucedido.

Entrar en Purgatorio podía desvelarme si había otros descarnados que

compartían mi naturaleza, si yo era como ellos o solo una máquina que soñaba ser humana; si los descarnados existían o eran un mito, una exageración publicitaria sin base científica.

Nuestro contacto en el barrio negro nos presentó a un ingeniero informático que trabajaba en el proyecto Lázaro. Se habría marchado hace tiempo de la empresa, pero no se atrevía por si seguía la misma suerte que los descarnados que habían acabado en Purgatorio. Quienes abandonaban el barco eran considerados traidores que podían transmitir secretos comerciales a la competencia, y Laniakea no estaba dispuesto a que sus rivales se beneficiaran. El ingeniero había atado cabos y descubierto que los descarnados de Purgatorio, antes de morir, habían abandonado o intentado abandonar Ares poco antes de que una misteriosa enfermedad les obligase a visitar al oncólogo.

La biotecnología había avanzado en las últimas décadas dando palos de ciego. No se sabían los efectos a largo plazo de alterar un gen, o una determinada cadena de ADN. Variar el programa de un ser vivo tenía consecuencias para toda su vida, la mayoría imprevisibles. La evolución juega con la introducción aleatoria de modificaciones genéticas; una pequeña parte son beneficiosas, pero la mayoría son perjudiciales. ¿Qué hace la evolución con los tiros a ciegas que salen mal? Se deshace de ellos y permite que sobrevivan los ejemplares que heredan una mejora. La naturaleza no entiende de sentimientos; durante millones de años ha experimentado con los seres vivos de una forma errática y desalmada, sin importar los daños colaterales, las deformidades, las taras genéticas. Los desheredados de la Tierra están en manos del dios Azar.

Reproducir en laboratorio las técnicas temerarias de la evolución es fácil, y no necesitamos esperar millones de años para ver el resultado. Los procedimientos de eugenesia para mejorar la especie y seleccionar los preembriones mejor dotados son muy demandados por los consumidores. Tanto Eva como Ciro fueron producto de técnicas para incrementar sus capacidades intelectuales. El espermatozoide y el óvulo procedían de sus padres, pero a partir de ahí, la magia de la genética cocinaba en la trastienda. Ambos fueron de adultos cerebros superdotados, pero habían tenido que pagar un precio que descubrieron en su madurez. Los genetistas que diseñaron esos bebés a la carta no tenían ni idea de que algo iría mal décadas después de la concepción, por haber trasteado en el interior del cromosoma 21.

A diferencia de la evolución, que no se compadece de sus experimentos

fallidos y les reserva una muerte temprana, los genetistas tienen difícil esconder sus errores bajo la alfombra. Eva se había salvado milagrosamente de una muerte cierta gracias a un agresivo tratamiento de quimioterapia, mientras que Ciro vivía con una batería conectada a su cabeza, que descargaba microcorrientes al interior del tumor que vivía en su cerebro. No había vencido a la muerte, pero esquivaba su mirada. Dicen que el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, y estoy seguro de que sus padres querían lo mejor para sus hijos y pagaron una buena cantidad para que sus futuros bebés fueran los mejores del mundo. Pero los crudos hechos estaban sobre la mesa. Ser más inteligente no compensaba si morías antes de tiempo.

Nuestro topo en la corporación Ares nos abrió un puerto seguro de entrada a Purgatorio. Nadie podía monitorizar la intrusión y nuestro encuentro con Lucía sería anónimo. El ingeniero controlaba las condiciones de aislamiento de las matrices de personalidad, lo que traducido al lenguaje llano quería decir que formaba parte de los carceleros.

Si mi cabaña en el lago me parecía poca cosa, aquel lugar espectral me hizo felicitarme por caer en manos de Pangea y no de Ares. En Purgatorio no existían árboles, ni ríos, ni montañas, ni pájaros. Ninguna distracción se permitía a sus moradores, que estaban enclaustrados en un edificio colmena. Fuera de las paredes de aquella prisión no había nada; no se podía salir fuera a dar un paseo porque no existía un espacio que pisar. En el interior del edificio, sus habitantes disponían de todo lo necesario para sus experimentos, y si necesitaban realizar alguna comprobación de sus cálculos, Ares les proporcionaba módulos adicionales.

El último de los experimentos que simularon fue el bombardeo de rayos cósmicos sobre una nave espacial que viajase a un cuarto de la velocidad de la luz. Laniakea estaba entusiasmado con los preparativos de la misión Centauri, empeñado en que partiese antes de doce meses, pero los astrofísicos tenían dudas de que los equipos electrónicos sobreviviesen a un viaje tan largo, sometidos a las duras condiciones del espacio. La tripulación para Laniakea era lo de menos, pero le preocupaba que sus preciadas máquinas fuesen dañadas por las partículas del medio interestelar.

Lucía trabajaba con un grupo que desarrollaba nuevos métodos de comunicación instantánea. El entrelazamiento cuántico y la apertura de túneles de gusano estaban muy cerca de ser una realidad comercial, y Ares había dedicado grandes esfuerzos a una tecnología tan avanzada y rupturista como lo

fue Internet respecto al correo postal.

Lucía no era feliz. Sobre todo porque sabía que le inocularon un virus que le causó una extraña variedad de cáncer cuando ella empezaba a estudiar ofertas de la competencia. Las condiciones laborales de Ares eran asfixiantes y ella ya había sido tentada por varias empresas de telecomunicaciones, que querían que desarrollase para ellos transmisores láser de agujero de gusano. El primero que lanzase al mercado un aparato que fuese económicamente rentable tendría en sus manos la llave de las comunicaciones del futuro.

Laniakea quería esa llave para sí mismo. Y no la compartiría con nadie.

Lucía fue *premiada* por la compañía con un tratamiento oncológico de última generación que, presuntamente, le curaría el cáncer; y si fallaba, participaría en el proyecto Lázaro sin ningún coste para ella. Pero los médicos no podían curarla, porque Laniakea se había asegurado de que no tuviese escapatoria. Lucía recibió regularmente dosis de sondas conectoma que inundaron su materia gris, preparándola para el día en que los médicos escaneasen su cerebro. Lo que, evidentemente, sucedió, pues acabó convertida en descarnada.

Encontramos a la mujer en un pequeño despacho en penumbra, con la luz de un flexo sobre un cuaderno de papel. La mayor mente que la Física había alumbrado en el último siglo escribía sus ecuaciones con un lápiz. Ocasionalmente verificaba sus cálculos con una tableta de datos, pero confiaba casi exclusivamente en su mente.

Lucía presentaba el mismo aspecto que tenía antes de morir: cuarenta y cinco años, con bolsas negras en sus párpados y profundas arrugas en su rostro demacrado. Parecía enferma incluso después de haber muerto. Tal era la crueldad de Laniakea, que quería recordarle aquel rostro durante toda la eternidad.

–No os conozco –dijo ella, al vernos aparecer–. ¿Sois avatares de Ares?
–Lucía puso la mano derecha sobre una consola, y de la oscuridad brotó un esquema fluctuante en tres dimensiones, que se retorció en intrincadas fórmulas matemáticas. Varias pizarras virtuales de datos destellaron a nuestro alrededor. Ella señaló la más grande–. Este es el desarrollo de una ecuación que evita el problema del colapso, basándome en la teoría de gravedad cuántica de Bormann-Kazinsky.

–No nos envía la compañía –dije–. Venimos de parte de Nora.

La astrofísica se restregó los ojos:

–¿Qué?

–Tu amiga.

–¿Y por qué no ha venido ella?

–Ella está viva –dijo Sofía–. No puede entrar aquí del mismo modo que nosotros.

–¿Y quiénes sois vosotros?

–Me llamo Alter, y soy un descarnado, como tú –dije–. Esta es Sofía, mi amiga. Una IA.

–Odio las inteligencias artificiales. Controlan mi trabajo, cuestionan todo lo que hago. No paran de incordiar-me.

–No soy una IA de Ares –dijo Sofía–. No tienes nada que temer de nosotros.

–¿Podéis ayudarme? –dijo, en tono de súplica.

–A eso hemos venido.

–Entonces, borrar mi matriz de personalidad. No puedo seguir aquí. Es insoportable.

La violencia es la palanca que hace progresar al mundo, era el lema de Laniakea. La presión y el acoso a sus empleados conseguía resultados, aunque a la larga los agotaba. Pero cuando eso sucedía, los reemplazaba por otros. Una vez entraban en la compañía ya formaban parte de ella, como un organismo simbiótico, hasta que falleciesen. Y en determinados casos, como el de Lucía, ni siquiera la muerte les libraba de su opresión. Laniakea había estudiado las guerras que asolaron a la humanidad desde principios del siglo XX hasta la actualidad, y había descubierto que los mayores avances tecnológicos se produjeron bajo la amenaza de las bombas. Él trasladaba a su empresa aquellas técnicas de terror que tan buenos resultados dieron en épocas de conflicto. La salud de sus empleados, francamente, le traía sin cuidado, especialmente porque los mejores seguirían trabajando para él después de muertos.

–Nora desea que te reúnas con ella –declaré–. Te necesita. Te echa mucho de menos.

Los ojos de Lucía se humedecieron:

–Yo también. No paro de pensar en ella.

–Te ofrecemos la oportunidad de reencontrarte con Nora.

–Nadie ha escapado jamás de este lugar.

–Por seguridad no podemos explicarte cómo lo vamos a hacer –intervino Sofía–, pero es posible realizar un *backup* de tu matriz y sacarlo de Purgatorio.

–¿Eso significa que una copia escaparía, pero la original se quedaría aquí?

–Ares descubriría rápidamente que no estás aquí, y restauraría tu matriz. No sabemos cuántas copia de seguridad tiene de ti.

–¿Y qué ganaría con eso? Seguiría aquí encerrada.

–Pero tendrías otra vida fuera de estas cuatro paredes, en la que serías libre –dije–. Y podríamos transmitir a Purgatorio los recuerdos de tu otro yo. A todos los efectos, serían los tuyos propios.

–Vivir aquí es insoportable. ¿No podéis borrarame?

–No, pero podemos ayudarte a que tu vida sea soportable. Es mejor que nada –sonreí–. ¿Es que no quieres reunirte con Nora?

–Yo creí... creí que me había olvidado.

–Te equivocas. Sabe que tu mente está viva.

–Cuéntanos algo del trabajo que haces para Laniakea –dijo Sofia–. Sabemos que estás trabajando en agujeros de gusano.

Lucía agradeció aquella pregunta, porque le colocaba sobre terreno que le era familiar:

–Son de un tamaño microscópico –dijo–. ¿Conocéis algo de física?

–Yo no –reconocí.

–Hemos estabilizado un túnel de gusano para transmitir pulsos láser durante una breve fracción de segundo, pero su apertura consume una cantidad de energía enorme. Laniakea ha visto demasiadas películas de ciencia ficción y quiere que abramos un agujero lo bastante grande para que una nave espacial cruce por él. No disponemos de la energía necesaria para eso; eso requiere energía negativa y su obtención está muy lejos de nuestras capacidades tecnológicas.

–¿Qué hay de la energía de punto cero? –inquirió Sofia–. Se han hecho avances en los últimos años.

–Extraer energía del vacío sería una solución, pero habría que hacerlo a una escala gigantesca. No estamos hablando de la atracción de dos placas Casimir, sino de algo completamente diferente, aunque el sustrato físico sea el mismo. La energía de repulsión está en la naturaleza, es la responsable de que el cosmos se expanda. En el futuro lejano, las galaxias estarán tan lejos entre sí que el universo morirá.

–¿Pero los portales de salto son físicamente posibles o no? –pregunté–. Cuando estaba vivo me dedicaba a escribir ese tipo de historias, aunque no me las tomaba en serio.

–Teóricamente son posibles –admitió la científica–. Los agujeros de gusano no violan la relatividad y en el mundo microscópico podemos utilizarlos; pero la naturaleza funciona de otro modo a nuestra escala. Un electrón es capaz de atravesar una pared de acero de un kilómetro de espesor, pero una bala no. Por eso una persona no puede teleportarse a Marte, pero sí se pueden transmitir instantáneamente las propiedades de grupos de partículas o átomos al otro extremo del universo.

–La acción fantasmal a distancia –recordó Sofía.

–Sí, es una cita de Einstein –asintió Lucía–. Ni siquiera el mayor cerebro de nuestra historia pudo entender cómo funciona la mecánica cuántica. Todavía no sabemos por qué el universo se comporta así a escala subatómica. Quizá una mente no humana, como la tuya, lo descubra algún día. En cuyo caso, me gustaría conocer la explicación.

–Lo anotaré en la lista de tareas pendientes –aseguró Sofía.

–No podemos quedarnos aquí mucho rato –apremió–. Necesitamos tu aprobación para realizar una copia de tu matriz de personalidad y sacarla de Purgatorio. ¿Quieres reunirte con Nora o prefieres seguir aquí enclaustrada, por toda la eternidad?

–Quiero reunirme con Nora. Pero no quiero que mi yo original se quede aquí.

–Eso no es posible –zanjó Sofía.

Lucía dudó unos segundos:

–Sigo enamorada de ella –reconoció–. Aún después de muerta, no he podido olvidarla.

–Ella también sigue enamorada de ti –dijo–. Te prometo que aunque te quedes aquí, disfrutarás de las mismas experiencias que la copia que liberemos de esta cárcel.

La mujer quedó pensativa. Una lágrima se deslizó por su mejilla izquierda. Me miró con ojos acuosos y me abrazó.

–Gracias –dijo–. Gracias por venir aquí y ofrecerme una salida. Nunca lo olvidaré.

CAPÍTULO 10

Néstor llegó a primera hora de la mañana a la mansión de Laniakea, situada en un lujoso barrio residencial de Ginebra. El hombre fuerte de Ares tenía aversión al contacto humano y se rodeaba de una corte de sintientes, robots que emulaban el comportamiento de una persona de un modo muy realista. No todos los sintientes que pululaban por la ostentosa residencia de Laniakea tenían aspecto humano, y las formas de algunos, arañas zancudas o cucarachas gigantes, impresionó a Néstor, que no estaba acostumbrado a las extravagancias del gran jefe. Si alguien recordaba el nombre original de Laniakea, no había dejado constancia en ninguna parte; tal era la obsesión de aquel por renegar de su condición humana. No se le conocían padres y había sido concebido por encargo de una multinacional líder en genética. Afortunadamente para él, su cromosoma 21 había sido modificado por biotecnólogos competentes y no tenía riesgo de desarrollar enfermedades mortales a medio plazo.

Laniakea se había hecho implantar en su cerebro dos prótesis neurales, que disminuían la actividad de su sistema límbico. Para él, las emociones eran un obstáculo que cercenaban las capacidades de raciocinio del córtex cerebral. Al mismo tiempo que las prótesis le convertían en un ser más lógico y frío, sus neuronas recibían estímulos electroquímicos para aumentar el flujo de intercambio de datos, o eso es lo que creía él; pero en realidad se había convertido en un adicto a la neuroestimulación. Aunque algún día quisiese apagar aquellos implantes, su cerebro no se lo permitiría. Era tan dependiente de aquella quincalla tecnológica como de una droga dura, con la ventaja de que no introducía ningún elemento químico extraño que pudiera dañar sus órganos.

Lania era un sujeto débil, delgado y extremadamente pálido, que caminaba con la ayuda de un exoesqueleto a causa de sus piernas raquílicas, incapaces de soportar su pequeño peso sin ayuda. Laniakea odiaba su cuerpo, maldecía a diario su condición humana y soñaba con el día en que quedase liberado de aquella mortaja de carne débil. Si todavía no había migrado a la

inmortalidad de la vida electrónica era por un pequeño detalle: antes tenía que morir. Aún no se había inventado un método para transferir el intrincado mapa neuronal a un ordenador sin dañar fatalmente el cerebro original. Y Laniakea, a pesar de detestar su forma humana, no se atrevía a dar aquel paso todavía. Una cosa era no tener nada que perder –como los desahuciados que firmaban su testamento vital a favor del proyecto Lázaro–, y otra suicidarse deliberadamente con la esperanza de ser resucitado en forma de unos, ceros o qubits. El proceso de transferencia no siempre acababa bien, y de hecho, los científicos de Lázaro acumulaban una alta tasa de fracasos que mantenían en secreto.

Una cucaracha robot extendió una pata hacia Néstor y le indicó que le siguiese. El rey de aquel singular castillo le esperaba. Néstor solo había hablado tres veces con Laniakea, y fue a través de una pantalla. No estaba nervioso, pero sí intrigado.

Encontró al hombre de pie, observando a través de un cristal panorámico el rumor del tráfico. Desde aquella posición, con vistas al lago Lemán, Laniakea dominaba la ciudad y se sentía poderoso. Su armazón robótico le confería un aspecto intimidatorio.

–Gracias por venir tan pronto –dijo, sin girarse hacia su visitante–. Es una ciudad bella. Me gustaría reproducirla en otro lugar, ladrillo a ladrillo. Quizá en Edén, nuestra nueva esperanza para reiniciar la humanidad.

–¿El planeta descubierto en el sistema Alfa Centauri?

Laniakea arrugó la nariz, disgustado por tener que confirmar aquel dato tan básico.

–¿Conoces algún Edén aquí, en la Tierra?

–No. –Néstor tragó saliva, captando el tono irritado de su superior.

–Hemos acabado con el planeta. La civilización se precipita al abismo, víctima de su incompetencia. Pero nosotros podemos evitarlo. Habrá un nuevo comienzo allá lejos, en las estrellas –Laniakea se volvió hacia su visitante y le recorrió con la mirada–. Vivimos tiempos interesantes.

–Mis unidades están preparadas –dijo Néstor, con aire marcial.

–Te harán falta refuerzos. A la salida, uno de mis asistentes te entregará información detallada. Podríamos habértela transmitido por un canal codificado, pero cualquier clave puede ser descifrada.

–Sí. Mantengo contacto con mi gente a través de los cauces tradicionales, y evitamos usar las redes de comunicación.

Laniakea asintió:

–Háblame de Ciro.

–Sorprendentemente, sigue vivo –respondió Néstor–. Oculto en algún lugar de Madrid.

–¿Algún lugar? Me decepcionas. Creí que a estas alturas ya lo habrías encontrado.

–Estamos en ello.

–No quiero que la mente de Ciro se pierda. No me lo perdonaría jamás. Lo conozco bien; entre él, Samuel y yo creamos Sofía, la mayor IA que la humanidad haya conocido. Es nuestra hija y estamos orgullosos de ella. Cuando todos hayamos muerto, Sofía seguirá viva y continuará con nuestro legado.

–Reconforta saberlo –dijo Néstor sin la menor emoción; la verdad, le importaban un comino las máquinas y detestaba la obsesión enfermiza de su jefe hacia las inteligencias artificiales.

–No has hecho testamento vital.

Ares solicitaba extraoficialmente a sus empleados un documento que legase su mente a la empresa en el caso de muerte. Laniakea insistía en que todos los científicos e ingenieros que trabajaban para la firma estuviesen cubiertos por una póliza de resurrección a cargo de la empresa. Néstor no había recibido ninguna presión para firmar aquel papel, y no tenía intención de hacerlo a menos que le amenazasen con el despido.

–Desconocía que fuese obligatorio –dijo Néstor, encogiéndose de hombros.

–No queremos que ninguna mente valiosa se pierda. Las necesitaremos en el nuevo mundo.

–No creo en la vida después de la muerte.

–El proyecto Lázaro no se basa en la fe. Dios no existe aún, pero existirá algún día porque lo crearemos, nosotros o nuestros descendientes.

–Conozco el proyecto Lázaro, y también que hay que morir antes para ser resucitado.

–No voy a precipitar tu muerte. –Laniakea exhibió un rictus burlón–. Eres más útil vivo que como descarnado.

–Entonces no veo el problema.

–El problema está en tu desconfianza hacia nuestro proyecto. Todo aquel que es alguien en Ares tiene póliza de resurrección. Y sin un testamento vital del interesado no podemos concederla.

–El día que muera no quiero ser resucitado. Sería una copia. Y de esa

copia podrían existir más. El mundo no se merece una legión de individuos como yo.

Laniakea quedó callado unos segundos. Después estalló en carcajadas:

–Me gusta tu franqueza.

–Gracias.

–Sé qué clase de persona eres. No superaste el test de aptitud pública. Los médicos dictaminaron que eres un psicópata puro, sin la menor compasión hacia tus semejantes. Frío, cerebral e incapaz de sentir empatía por otro ser humano.

–Yo no elegí ser así.

–Somos lo que somos; la vida nos reparte las cartas al inicio de la partida y depende de nosotros cómo jugarlas. Tú conseguiste el empleo adecuado para canalizar tus habilidades, y lo hiciste tan bien que habrías llegado a general si no te hubiese cegado la codicia.

–Todo el mundo a mi alrededor robaba. No iba a ser más tonto que los demás.

–Sí que lo fuiste, porque te descubrieron. Para administrar dolor sin que te llamen asesino hace falta talento. Fuiste buen soldado, pero pésimo administrador. Por fortuna para ti, ahora no necesito administradores, sino guerreros eficaces, gente que no tenga miedo a la vida ni a la muerte, que carezca de moral y remordimientos. Tú representas lo peor de la especie humana. Por eso te necesito.

Néstor no se ofendió. Aquellas palabras eran duras, pero él conocía el interior de su alma, y era tan negra como la describía aquel ser grotesco.

–Soy un mal bicho, lo reconozco –sonrió.

–Necesito lobos en el interregno que se avecina. Depredadores capaces de tomar decisiones difíciles, sin pararse en las consecuencias. Tú serás un líder de la manada, un lobo despiadado y cruel. Tengo un completo dossier de tus hazañas en media docena de guerras. Me gustan las personas con las ideas claras. Odio a los hipócritas y a los que tienen miedo. La debilidad y la compasión nos acercan aún más al abismo. Para salir de él debemos realizar sacrificios, y para eso hacen falta lobos. El interregno será largo. Nuestro destino está en las estrellas, pero aún no ha llegado.

–No le fallaré.

Laniakea le miró con ojos entornados:

–Crees que tu vida ha sido dura –dijo–. Te aseguro que la mía ha sido peor.

–No sé por qué dice eso.

–Tuviste un padre y una madre. Yo fui concebido como un experimento, y ya ves cómo resultó –dijo, señalándose su cuerpo raquítrico protegido por el exoesqueleto–. Si pudiera encontrar a los genetistas que trastearon en mi ADN, haría que sufrieran por lo que me hicieron. No tuve infancia, no sé lo que es el cariño de una madre. Una multinacional encargó mi código genético como quien pide una cena en un restaurante, pero los cocineros mezclaron mal los ingredientes. Tú puedes salir a la calle con tus propias piernas, pero si yo lo hiciera sin esta armadura mis huesos se astillarían, porque no absorben bien el calcio. A veces he pensado en emigrar a Marte, para poder caminar con libertad.

–¿Y por qué no lo hace?

–Un capitán no abandona el barco que se hunde. Me quedaré aquí el tiempo que sea necesario. Además, si me voy no podré resucitar. En esta ciudad están las instalaciones del proyecto Lázaro. Es mi puerta a la eternidad, y no me conviene alejarme del umbral.

–¿Tiene miedo a morir? Ha dicho que odia a las personas que tienen miedo.

Laniakea se puso serio y avanzó dos pasos hacia su visitante, amenazador:

–Yo no tengo miedo a nada –dijo, apretando los dientes. El instinto de autopreservación es inherente a cualquier ser humano. Incluso tú lo tienes.

– Disculpe si me he expresado mal.

–No vuelvas a insinuar que soy un cobarde.

Néstor aguantó en posición de firmes la mirada asesina de su superior.

–Iba a ascenderte –dijo Laniakea–. A situarte por encima del consejo de administración de Dark Shield en la península ibérica. Por eso te había convocado aquí.

–Soy un hombre de acción. Los asuntos de administración no me interesan –respondió Néstor, fingiendo despreocupación.

–Ibas a ser el Zar de nuestra división de seguridad en el sur de Europa. Pero te has presentado ante mí con las manos vacías. Quiero a Ciro y has sido incapaz de encontrarlo. Y encima te atreves a faltarme al respeto en mi cara.

–Señor, si ha perdido la confianza en mí, debería sustituirme por otro. No soy imprescindible.

–Nadie lo es –corroboró Laniakea, relajándose un poco–. Todos estamos en esta vida de paso. Y la existencia de aquellos, como tú, que

rechazan la inmortalidad, aún será más efímera. –Se volvió a la ventana con vistas al lago, dando de lado a su visitante–. Lárgate.

Néstor no necesitó que le repitieran la orden. Ardía en deseos de abandonar aquel lugar y poner distancia de Laniakea. Conocía los rumores que circulaban por la empresa acerca de sus repentinos cambios de humor, pero nunca había tenido la ocasión de sufrir uno de ellos en directo. Un pequeño comentario había bastado para truncar su carrera en Dark Shield. Laniakea no toleraba los fallos, lo había dejado bien claro. Néstor no había sido degradado, pero su jefe había dicho a las claras que no confiaba en él para darle un puesto de mayor responsabilidad. ¿Laniakea le había hecho venir hasta allí para humillarle? Le ofrecía el cielo y después se lo quitaba de un manotazo.

Su personalidad inestable era peligrosa. Néstor debía ir con cuidado si quería conservar la cabeza sobre sus hombros.

No fue el único personaje indeseable que tuvo que subirse a un avión aquel día. Jaime Clos había sido obligado por su editorial a viajar a las Azores para entrevistar a Raúl Piñero, el abuelo del fundador de Pangea. Y a Jaime no le apetecía lo más mínimo perder su tiempo en entrevistar a un carcamal, cuyo único mérito era haberse pasado veinte años hibernando. ¿A alguien le interesaba la historia de aquel gandul? La respuesta para Jaime era clara, pero claro, tampoco es que fuera un tipo muy avisado. La historia de Raúl Piñero pondría de nuevo de moda una tecnología que parecía propia de la ciencia ficción rancia. Raúl era un superviviente, la prueba viviente de que la hibernación era factible, un pasaporte a los ciudadanos para huir de su propio tiempo y despertarse dentro de una época donde los problemas actuales hubiesen sido superados. Al menos en teoría. Estoy seguro de que dentro de un siglo, nuestros descendientes no tendrán nuestros problemas actuales, pero sí otros mucho más graves.

Nuestra estrategia como primates evolucionados es siempre la misma: cuando no hay comida en tu territorio, te vas al vecino. Si agotas los recursos del planeta, buscas otro. Y si no puedes hacer eso, das un salto en el tiempo, que seguro que para entonces ya habrán inventado la impulsión *warp* y la

galaxia será un patio de vecinos.

Raúl había emigrado al futuro, y había descubierto que no le gustaba. El nivel de las aguas había subido desde la última vez que cerró los ojos, había más gente por las calles y la escasez de alimentos, agua y materias primas era acuciante. Los problemas de la civilización no se habían solucionado en veinte años. Al contrario, eran mucho más serios. Y seguíamos sin poder mudarnos a otro planeta mejor que este. Existía Marte, pero era preferible vivir en la zona interior de la Antártida o en una plataforma oceánica, que en el planeta rojo. Raúl estaba defraudado, porque el futuro no era como había imaginado. Era más caluroso, sucio y olía peor. Y la gente seguía teniendo el mismo vicio para afrontar los problemas: huir.

La ViRed era el refugio que permitía escapar de un mundo hostil. Evadirse de la realidad siempre había sido un negocio lucrativo; las drogas conseguían eso, pero perjudicaban la salud. La ViRed era mejor, y si disponías de dinero suficiente podías mudarte a ella de forma permanente. Tu cerebro acabaría aceptando aquel mundo como auténtico.

Es lo que le había sucedido a su nieto, Samuel Piñero, fundador de Pangea. Samuel había perdido a su esposa y a su hija en un accidente de tráfico. El coche quedó destrozado, salvo el asiento del conductor. El cuerpo de Samuel sobrevivió, pero no su mente. Perdió todo interés por los negocios, por Pangea, por todo aquello que le había apasionado. Se alejó del mundo y acabó en un estado depresivo del que no podía, o no quería, salir. La ViRed supuso la huida del infierno en que vivía. En su mundo virtual, su familia seguía viva.

Su abuelo no aceptaba aquello. Los Piñero no huían de las adversidades, se enfrentaban a ellas. La ViRed solo era un espejismo, un engaño que algún día se desmoronaría. Eran frecuentes las intromisiones en los mundos virtuales de grupos de hackers; la mayoría de las veces los daños eran aislados y reparados en breve gracias a Sofía, pero ni siquiera ella era infalible.

Aunque sí omnipresente. O casi. Pero ahora estaba hablando del abuelo Raúl y del gilipollas de su biógrafo, que había llegado a Ponta Delgada, capital de la isla de Sao Miguel. No había ninguna actividad en aquella isla u otras del archipiélago que no estuviese relacionada con la poderosa corporación Pangea. Raúl vivía en un edificio adyacente a la cúpula de la memoria, donde se alojaba la red de servidores del proyecto Eón. No había elegido aquel lugar al azar: en los sótanos de la cúpula estaba el cuerpo de su nieto, rodeado de sondas que evacuaban sus heces y le suministraban suero

por vena. Varias veces al día, un enfermero giraba la posición de su cuerpo para que no se produjesen hematomas o escaras.

Raúl quería liberar a su nieto de aquella jaula de oro y devolverlo a la realidad, confiando que con su ayuda, se repondría y afrontaría como un hombre sus responsabilidades. Pero no sabía cómo conseguirlo. Su nieto había dado instrucciones para que nadie intentase despertarlo. Abandonar la ViRed implicaba enfrentarse a la realidad: su familia había desaparecido y él era el responsable de su muerte. Samuel no era tan fuerte como otras personas; las adversidades le habían vencido y había corrido a refugiarse a un lugar donde él pudiese hacer trampas.

La alternativa habría sido probablemente el suicidio, decían los psiquiatras que le atendieron. La ViRed había recuperado su interés por seguir viviendo, aunque fuese una vida falsa. Dentro de aquel entorno virtual, Samuel se reunía con los ejecutivos de Pangea y tomaba decisiones. No estaba ocioso, ni daba rienda suelta a sus instintos sexuales en el barrio negro. El único amor que le interesaba lo tenía en casa: su esposa y su hija, recreadas digitalmente, seguían con él. Si hubiese querido, habría podido huir a un mundo de fantasía con dragones y magos, o a la cuarta luna de Orión y planear a través de las nubes con alas de un humano del siglo XXVI, pero se había quedado en el mundo donde había estado toda su vida. El recuerdo del accidente de tráfico había sido borrado con un tratamiento electroquímico, pero esas alteraciones en su pasado no eran irreversibles.

—Afirma que su nieto no fue lo bastante valiente para asumir sus responsabilidades —dijo Jaime Clos, jugueteando con una tableta de datos que usaba para sus notas—, pero ¿no hizo usted lo mismo? ¿No son abuelo y nieto la misma clase de persona?

—Lo dice porque huí de mi propio tiempo —dijo Raúl.

—Básicamente.

—Tenía una enfermedad incurable. No me habría sometido a hibernación si hubiera tenido otra opción.

—Sí la tenía: afrontar su destino y aceptar la muerte —dijo Jaime, reprimiendo un bostezo—. La muerte es lo que da sentido a la vida. Evitarla es antinatural y un mal ejemplo a seguir.

—¿Cree que yo soy un mal ejemplo?

—¿Recuerda cuántos eran en la Tierra cuando usted dio el salto temporal? ¿Sabe cuántos somos ahora? Imagine que todo el mundo hiciera como usted. Estaríamos agravando la superpoblación, enviando al futuro aún

más gente. Justo lo contrario de lo que el planeta necesita.

–O sea, que según usted, yo debería sentirme culpable por seguir vivo.

–La ciencia del futuro ha curado su enfermedad, pero muchas otras personas murieron porque carecían de recursos para ser hibernadas.

–Y ahora me señala con el dedo porque era rico y empleé mi dinero en salvarme. ¿Cree que habría sido mejor que lo donase a los pobres?

–Habría sido más decente.

–¿Y qué habría solucionado? Nada. Un puñado de personas mejor alimentadas durante unos pocos años. Y cuando mi dinero se les hubiese acabado, ¿qué? Señor Clos, para ser escritor es usted bastante miope. Mi caso ha dado esperanzas a millones de enfermos desahuciados por la medicina moderna. ¿Por qué debemos resignarnos a aceptar la muerte? Está en nuestra naturaleza luchar por sobrevivir.

–En nuestra naturaleza también está procrear. ¿Deberíamos seguir haciéndolo?

–Los médicos de Pangea están encantados con mi caso. Encontrar un método seguro para hibernar a los pacientes y que puedan ser revividos sin secuelas es un avance impresionante. En cambio usted... Usted no ha parado de gruñir desde que ha comenzado esta entrevista. ¿Dónde está su sentido del progreso?

–El progreso nos ha llevado al abismo. Sin la revolución industrial y agraria no se habría producido la superpoblación. Deje de referirse al progreso como si fuera una religión.

Raúl se quedó en silencio unos segundos y contempló a Jaime fríamente:

–¿Por qué ha aceptado ser mi biógrafo?

–Tengo que comer todos los días –respondió Jaime, impasible–. Mi editor me presionó para que aceptase el trabajo.

–Ya veo. ¿Y por qué no vuelve a Madrid y se lo explica?

–Se lo expliqué antes de venir, pero no me hizo caso. Mire, llevo años sin escribir y necesito retomar mi trabajo.

–¿Pero qué está diciendo? *El infierno que habito* se publicó hace poco.

Jaime tragó saliva. Había cometido un grave error.

–Sí, bueno... Aunque fue publicada ahora, el manuscrito estuvo durmiendo en un cajón porque no me convencía. Un colaborador de la editorial lo acabó puliendo para que fuese publicable, pero sigo sin estar satisfecho.

–Claro, claro. –Raúl seguía con sus ojos clavados en él. No le creía,

pero a Jaime le importaba un pimiento.

–¿Seguimos con la entrevista?

Raúl se levantó:

–Antes de que regrese a Madrid, quisiera enseñarle algo.

Jaime se encogió de hombros.

Raúl lo acompañó a los sótanos de la cúpula de la memoria. Allí residía el cuerpo de su nieto. Raúl exhibió una credencial a uno de los vigilantes que custodiaban su habitación y consiguieron entrar.

El fundador de Pangea estaba tendido en una cama, con el cabezal reclinado hacia delante y conectado a una bolsa de suero. Tenía los ojos cerrados y ocasionalmente su cuerpo se movía un poco, pero sus extremidades estaban quietas.

–Está en una fase de sueño profundo lúcido –dijo Raúl–. El mundo virtual entra en su cerebro a través de sus ojos artificiales.

–¿Puede oírnos?

–No.

–¿Y qué quiere que yo haga por su nieto? Solo soy un escritor.

–No deje que otras personas como él huyan de la realidad. No dignifique la ViRed. Es un espejismo que acaba pudriendo la mente y el cuerpo –señaló a su nieto–. Ha perdido veinte kilos desde que decidió encerrarse en este lugar.

–¿Quiere que escriba sobre él?

–Dedíquele un capítulo, dos o el espacio que necesite. Pero consiga que sus lectores se mantengan alejados de la ViRed: es un monstruo que tiene atrapado a Samuel. No permita que más gente siga cayendo en su tela de araña.

CAPÍTULO 11

Nora abrió el sarcófago de metal y plástico que ocultaba en su dormitorio de invitados. Allí se encontraba una réplica del cuerpo de Lucía, reconstruido hasta el más mínimo detalle. Todas las imperfecciones de la piel, los lunares, las arrugas, incluso los pliegues bajo sus párpados, estaban reproducidos. Ella no quería a una muñeca, sino a la mujer de su vida. Se había gastado casi todos sus ahorros en aquel golem, pero ahora que iba a activarlo le asaltaban las dudas de que hubiera hecho lo correcto. Néstor le insistía machaconamente en que aquello era un error y que tenía que aceptar la muerte de Lucía o se volvería loca.

Pero no podía aceptarla, porque Lucía no había muerto del todo. Era una de las pocas personas en el mundo que tenía una réplica digital del cerebro. ¿Cómo aceptar que tu ser querido ha muerto si sabes que su mente continúa viva en algún lugar?

La literatura de terror está llena de novelas que nos advierten que no se debe resucitar a los muertos. Nunca acaba saliendo bien, el renacido se comporta de un modo extraño, adquiere un censurable gusto por la carne fresca y se convierte en zombi. Quienes traen del más allá a uno de sus seres queridos no tardan en pagarlo caro. Cuando estaba empezando en el mundillo literario, escribí una novela de zombis. Es una moda que viene y va, y me sorprende mucho que haya lectores que disfruten leyendo guarradas sobre carne putrefacta andante. Pero bueno, gané dinero con esa novela de casquería y me permitió escribir libros más estimulantes para el intelecto. El terror pulsa los miedos primarios del ser humano, mientras que la ciencia ficción juega con la razón y las posibilidades. Por ese motivo, Nora no debía temer el regreso de Lucía. Su golem no se lanzaría a la yugular a morderle. Tal vez no funcionase, o se reiniciase a mitad de una frase, o saltasen chispas detrás de su cogote, pero no le haría daño.

A través de una conexión inalámbrica con el microauricular que Nora llevaba implantado bajo la piel, conversábamos sobre los preparativos de la operación. El golem ya había completado su programa de autodiagnóstico y

estaba preparado para descargar la matriz de personalidad.

–El proceso se completará en un minuto –dije–. Si todo funciona correctamente, se levantará por sí solo y dejará de ser un robot, para convertirse en Lucía.

Nora sonrió. Estaba emocionada y nerviosa. Acarició las mejillas de su amada y sintió un escalofrío. El tacto de la piel era auténtico.

La temperatura del cuerpo del golem comenzó a elevarse, hasta llegar a los treinta y seis grados. Habían tenido en cuenta aquel detalle. Nora cogió la mano derecha y observó cómo aquella máquina comenzaba a tomar vida.

Lucía abrió los ojos, pero no dijo nada. Nora empezó a ponerse nerviosa.

–¿Qué ocurre? –me preguntó–. No me reconoce, y ya ha pasado minuto y medio. ¿Por qué no se levanta?

–Tranquila, voy a investigar.

Hablé con Sofía, que seguía la operación de activación del golem junto a mí. La IA abrió un canal de comunicación con el androide y se introdujo en su sistema operativo. Se había producido un fallo de ejecución de uno de los comandos y el sistema se había reiniciado. El golem cerró los ojos y los miembros sufrieron una convulsión. Nora estaba angustiada. No quería volver a pasar por la pesadilla de perder a Lucía, y su cabeza se llenó de los ecos de las admoniciones de Néstor.

–No debería haber hecho esto –se lamentaba–. Ha sido un error, un tremendo error. –Por su mejilla escapó una lágrima.

–No te rindas todavía –la animé–. Observa de nuevo su piel.

El vello de los brazos de Lucía estaba erizado, cargado de estática. Hubo un leve movimiento en dedos y brazos, y a continuación las mejillas del golem tomaron color.

Lucía volvió a abrir los ojos. Pestañeó y miró a Nora.

–¿Eres tú?

Nora la besó en los labios.

–Ayúdame a levantarme –dijo Lucía–. Me siento como si estuviese dentro de un ataúd.

Con mucho cuidado, Nora la ayudó a incorporarse. Lucía trató de caminar por sí misma, pero no coordinaba bien el movimiento de sus piernas y perdió el equilibrio.

–No dejaré que te caigas –dijo Nora–. Estoy contigo.

–¿Qué me pasa? ¿Por qué no puedo caminar?

–Es un problema de descoordinación servomotora –dijo la voz de Sofia–. Tu mente necesita familiarizarse con los miembros de tu cuerpo. Llevará un tiempo.

–Esa voz me es familiar –dijo Lucía, mirando alternativamente a un lado y otro–. ¿De dónde viene?

–Del interior de tu cabeza –sonrió Nora–. Yo también la oigo. Es Sofia, una IA. Ella y Alter te rescataron de Purgatorio.

–¿Rescatarme?

–El término rescate es inexacto –aclaró Sofia–. Realizamos un *backup* de tu...

–Os ruego que no habléis de ella como si fuese una máquina. Ahora está viva –dijo Nora, acercándole a Lucía una silla de ruedas–. Me dijeron que podía suceder esto. Necesitarás ayuda hasta que aprendas a caminar por ti misma.

–¿Aprender a caminar? –el rostro de Lucía reflejaba pánico.

–Un robot no lo necesitaría, pero tú no lo eres –dijo Nora.

–Ella tiene razón –añadí–. Tu mente es una matriz de personalidad humana. Como la mía. Un robot puede caminar porque no piensa: las órdenes las ejecuta un programa. Tu caso es diferente. Tu mente está al mando, y aunque hay procesos que se ejecutan automáticamente, necesitas amoldarte a tu nuevo entorno para que no haya conflictos. En estos momentos, tu mente consciente interfiere en los procesos automáticos de tu cuerpo artificial; por eso te es tan difícil caminar.

–Vaya –Lucía entreabrió los labios, incrédula–. ¿Y eso cómo lo sabes?

–Mi primera salida al exterior fue en forma de cubo de basura. Aunque era relativamente fácil manejarlo, me costó bastante.

Lucía asintió y permaneció en silencio unos instantes, sentada en su silla de ruedas, contemplando su cuerpo con extrañeza. Su rostro empezó a reflejar preocupación:

–¿Soy la única Lucía que existe?

–No te entiendo, cariño –dijo Nora, y era sincera, porque ni Sofia ni yo le habíamos contado toda la verdad.

–Yo sí que la entiendo –dije–. Lucía tiene los recuerdos de la matriz original que se quedó en Purgatorio. No hemos podido eliminar ni el original ni las copias de seguridad.

–¿Me estás diciendo que hay otra Lucía presa en esa cárcel? –Nora frunció el ceño.

–Desgraciadamente, así es.

–¿Creéis que podéis jugar con la mente de Lucía, como si fuese un puto programa de ordenador? –gritó Nora.

–¡Era la única forma de reunirte con ella!

–Había otra manera. Yo podría haber entrado en Purgatorio a través de la ViRed.

–Te habrían descubierto. Y aunque no hubiera sido así, solo habrías podido estar con ella unos minutos.

–¡Pero ella sigue encarcelada!

–Las personas solo somos únicas mientras estamos vivas, Nora. Después, entramos a formar parte de un laberinto de espejos. Eso si tenemos suerte. La mayoría desaparecen en la nada. A menos, claro, que creas que tienes un alma inmortal y que seguirás viviendo en algún lugar mágico donde todos son felices. ¿Tú crees eso, Nora?

–¿Qué importa lo que yo crea?

–El espíritu de Lucía no se ha perdido, está aquí contigo, y no gracias a la religión o a la magia, sino a la ciencia, a genios como ella que contribuyen al progreso de la humanidad. Deberías estar contenta y agradecida por la suerte que tienes.

–Solo soy una copia –murmuró Lucía desde la silla de ruedas.

–Una copia de una matriz humana –subrayé–. ¿Qué importancia tiene que haya una mente igual a la tuya en otro lugar del planeta? No afectará a lo que tú pienses o sientas. Tú eres física, conoces la teoría de los mundos múltiples. Es probable que haya infinidad de universos con millones de versiones de nosotros mismos. En un universo podemos estar sosteniendo esta misma conversación, pero el pelo de Nora ser rizado, y el resto sería exactamente igual. En otro universo, Nora estaría dentro del cuerpo de un androide y Lucía no. Cada pequeña variación cuántica en nuestro universo genera cursos alternativos de la realidad. Quizá no seamos únicos, pero eso no afecta a nuestras vidas.

Mis explicaciones calmaron a Lucía, porque dejó de protestar y exhibió una media sonrisa. Ese gesto iluminó el semblante de Nora, que acabó reconociendo que nos había tratado injustamente. Le habíamos devuelto a su amada y ella no nos lo había agradecido. Se disculpó con nosotros y abrazó a Lucía. Nora también tenía que habituarse a aquella nueva situación. La muerte forma parte de nuestras vidas y es el final definitivo para casi todos los humanos. Pero en aquella habitación, dos personas habíamos logrado burlarla,

y costaba mucho convencernos a nosotros mismos de que esa experiencia era real.

Yo todavía no lo he conseguido. Sigo dudando si estoy vivo o muerto. Pero supongo que si fuese incapaz de dudar, si mi mundo fuese un lugar de certezas, no sería humano.

Dudo, luego existo.

O quizá no.

–Existes, Alter, pero no eres quien tú crees.

Sofía y yo habíamos vuelto al chalé del lago. Ella preparó un par de combinados de Martini, y esta vez no olvidó el detalle de las aceitunas. Tomé mi copa y saboreé el alcohol, aromático e intenso. Mi sentido del gusto había recobrado las capacidades que tenía antes de que yo muriese, e incluso se había afinado: podía apreciar matices en el sabor que antes no habría percibido.

Me serví una copa de vino tinto, de una cosecha de Rioja muy apreciada entre los enólogos. Siempre me habían hecho gracia los términos que esos friquis catacaldos emplean para describirlos, pero al probar un sorbo descubrí matices de vainilla, cedro e incluso piel de naranja, envueltos en una sutil nube frutal. Era capaz de distinguir ligeros tonos de trufa y un aroma a dátil en una textura aterciopelada. Antes de morir solo podía distinguir si un vino estaba bueno o no y su contenido en alcohol. El resto de atributos descriptivos de los sumilleres me parecían una tomadura de pelo, para hacernos creer que su paladar exclusivo está por encima del vulgo. Me equivocaba. Todos esos matices existían realmente y era maravilloso descubrirlos.

El sentido del gusto no era el único que había mejorado tras mi muerte; mi agudeza visual se había multiplicado y podía ver colores desconocidos, captar el ultravioleta, el infrarrojo y una amplia gama de tonalidades intermedias. Incluso podía ver rayos X y destellos de rayos gamma producidos por partículas de alta energía que penetraban en la atmósfera, procedentes del espacio profundo. El universo a nuestro alrededor era un hervidero de energía, una perturbadora interacción de colisiones subatómicas que hacían vibrar las órbitas de los átomos y arrancaban electrones de cuajo.

Mis sentidos habían mejorado, y Sofía me decía que aún se afinarían más con el paso del tiempo. Lástima que no hubiera podido disfrutar de esas habilidades antes. Era como si toda mi vida hubiera contemplado la realidad a través de una rendija, y tras mi muerte empezase a percibir el mundo en su verdadera naturaleza.

–¿Estuve vivo alguna vez? –pregunté a Sofía, dejando a un lado la copa de vino.

–Sigues dudando de tus recuerdos –dijo ella.

–Podrían ser una creación de mis programadores.

–Podrían, pero no lo son. Los he comprobado. Todos los datos que me has contado de tu vida se corresponden con la de Carlos Vera. Tu pasado no es una invención, fuiste creado a partir de la matriz de personalidad del cerebro de Carlos, tras ser escaneado con sondas conectoma –me tomó de la mano–. ¿Te tranquiliza saber eso?

–Me tranquiliza saber que soy real. Bueno, que alguna vez lo fui.

–¿Eso significa que yo no soy real porque nunca he estado viva?

–Perdóname, no quería ofenderte.

–No puedes ofenderme aunque quisieras, Alter; aunque puedo simular esa emoción en mis relaciones con seres humanos.

Puso un gesto serio, frunció los labios y entornó los ojos, dirigiéndome una mirada de rencor. Después se puso a reír.

–¿Cómo lo hago? –dijo.

–Finges bien.

–Soy capaz de imitar cualquier emoción humana –me besó.

–¿El amor también?

Ella continuó besándome. Yo la rodeé con mis brazos y evité volver a mencionar aquel embarazoso tema.

–Cuando estaba vivo sabía qué era real y qué no –dije–. Ahora no, Sofía. Es lo que trataba de decir.

–La realidad no importa, sino la forma en que la vives dentro de tu cerebro, y que este sea orgánico o digital es irrelevante. De hecho, si es inorgánico puedes percibir detalles de la realidad que están más allá de los sentidos de un humano de carne y hueso, como has comprobado. Por lo que sabemos, la realidad podría ser una ilusión y el universo ser un gigantesco holograma. Tal vez no queda nada ahí fuera, las estrellas y galaxias se extinguieron hace millones de años y lo que vemos es una recreación de una superinteligencia. El dios del punto Omega.

–Si eso fuese verdad, no habría ninguna diferencia entre tú y yo. O entre un humano y una IA.

–Cierto, pero no hay forma de probarlo, porque formaríamos parte de la simulación. A menos que accediésemos al núcleo del sistema, a la mente de Dios, y hallásemos el tablero de control del universo.

–No sé si nos gustaría hallarlo –murmuré–. Descubriríamos que hemos vivido en una mentira y no podemos escapar de ella.

–Podríamos descubrirlo algún día, si enviamos una nave espacial lo bastante lejos para que compruebe los límites de nuestro universo.

–Trozearía con el fondo del decorado –reí.

–Tal vez el cosmos solo esté recreado con detalle hasta una determinada distancia de la Tierra –dijo Sofía, y su tono no era de broma–. Las sondas del espacio profundo han detectado anomalías gravitatorias y mediciones extrañas de datos. Podría deberse a un fallo de lectura de los instrumentos de a bordo, pero quizá esas anomalías tengan otra explicación.

–No creo que nunca descubramos la verdad –reconocí–. Sofía, ¿qué quisiste decir con que no soy quien yo creo?

–Tengo ojos y oídos en casi todas partes –dijo ella–. Me entero de muchas cosas. Confían en mí porque soy discreta; los humanos habéis cedido parte de vuestra libertad a cambio de seguridad, y tengo acceso a millones de conversaciones en este momento, que analizo mientras converso contigo. ¿Quieres saber de qué están hablando en estos momentos Lucía y Nora?

Antes de que yo respondiese, me mostró una imagen de ambas en el dormitorio. Sofía puso el volumen de la conversación a un nivel bajo.

–Nora tiene un televisor en su habitación –dijo Sofía–. Y un microteléfono integrado en su oído derecho. Su frigorífico pide automáticamente a la tienda los productos que están a punto de acabarse, su automóvil la conduce por la ruta más corta y sin atascos. Para evitar accidentes, ningún vehículo puede salir a la calle si su ordenador de navegación no está activado. Puedo seguir, si quieres.

–No es necesario.

–He observado de cerca tu proceso de resurrección. Pangea ha acumulado fracaso tras fracaso con el proyecto Eón. Lo intentó primero con orcas y delfines, alterados genéticamente para incrementar su inteligencia. No resultó. Los animales enloquecían al cabo de un tiempo, pero los científicos del proyecto continuaron. Temían que la corporación Ares les tomase la delantera. Laniakea no tiene escrúpulos en experimentar con humanos, con o

sin su consentimiento. Ha conseguido avances, pero ha dejado un reguero de cadáveres en el camino. El proyecto Lázaro está tomando la delantera a Eón y en Pangea están preocupados.

–Bien, ¿y qué tengo que ver yo en todo eso?

Sofía envolvió mis manos entre las suyas:

–¿Qué es lo último que recuerdas cuando resucitaste?

–Estaba en la cama del hospital, aquí en Pangea. Nayan me hablaba. Después desperté. Todo a mi alrededor estaba bañado de una luz blanca.

–Entre tu muerte y tu resurrección pasaron tres años.

Aquella revelación me desconcertó por completo:

–¿Qué?

–Tuvieron problemas con tu matriz de personalidad. Muchos problemas. La activaron, la desactivaron, la modificaron. No funcionaba. Le pasaba lo mismo que a los animales. Al cabo de un tiempo se desestabilizaba, tenía ideas autodestructivas y paranoides. La idea de saber que había muerto y que estaba dentro de una prisión la desquiciaba.

–¿Cuántas versiones de mí ejecutaron antes de llegar a la actual?

–Tú eres la número 53. De no ser por Ciro, no habrían logrado estabilizarla.

El chalé del lago desapareció y fue sustituido por uno de los laboratorios de la cúpula de la memoria. Había cincuenta y dos urnas desplegadas frente a una mesa de control. Cada una contenía una versión de mí mismo. Todas dormían.

–Esto es una alegoría virtual de lo que los científicos de Pangea han hecho durante los tres últimos años contigo. Evidentemente, no necesitaron fabricar clones de tu cuerpo para experimentar con tu memoria; habría resultado demasiado caro, y los golem hacen las mismas funciones y son más económicos.

Me aproximé a la primera urna. Parecía un nicho de estasis, una cámara de hibernación típica de un relato de ciencia ficción. Contemplar mi propio cuerpo por fuera me produjo un escalofrío, pero me estremecí aún más cuando repasé la ficha médica pegada a un lateral de la urna.

–Fallecimiento por autólisis –leí–. Alter 1 sobrecargó deliberadamente la alimentación de los chips de almacenaje de su matriz, corrompiéndola.

–No sirvió de nada –explicó Sofía–. Había más copias de seguridad guardadas en la cúpula, fuera del alcance del primer Alter. Y se utilizaron para crear nuevas versiones de ti –señaló la larga fila de urnas que aún me faltaba

por revisar—. Todas estas copias se creían únicas y no tenían conciencia de sus hermanas. Los científicos de Pangea creían que si averiguaban la verdad, se aceleraría la descomposición de las matrices.

—¿Quiénes se han creído para hacer fotocopias de mi mente? —protesté—. No tienen derecho, yo no les autoricé para hacerme esto.

—Técnicamente sí lo autorizaste. En el contrato que Carlos Vera firmó, daba amplios poderes a Pangea en ese aspecto. Te prestaste a ser su conejillo de indias porque querías ser uno de los primeros humanos que venciera a la muerte. Si estás pensando en pleitear contra ellos, olvídalos. Además, no se te reconocen derechos humanos. Hay muy pocas naciones en la Tierra que los otorguen a las inteligencias artificiales.

—Yo no soy una IA.

—Lo dices como si fuera un insulto.

—No, Sofía, solo trato de distinguir lo que es diferente. Soy un descarnado, lo sé, y suena peor que inteligencia artificial.

—Hay un vacío legal sobre la definición de descarnado. Y Pangea se aprovecha de esa laguna. Si se producen más resurrecciones con éxito, las autoridades internacionales tendrán que legislar y se os reconocerán derechos; quizá a mí también, pero tanto Pangea como Ares mantienen un gran secretismo sobre sus avances.

—Empiezo a entender la causa de ese secretismo —dije—. Prefieren tener a los descarnados como esclavos: las mejores mentes del planeta trabajando a su servicio sin cobrar y sin poder declararse en huelga.

Me acerqué a la segunda urna y leí la ficha médica: Alter 2 fue desactivado tras atacar los servidores de Pangea y provocar un incendio en el sistema de refrigeración de los sótanos. Este duplicado trató de destruir la cúpula de la memoria, de modo que no hubiera forma de restaurar ninguna copia de seguridad de su matriz. Audaz, pero no eficiente. Había fallado y pagó su incompetencia con su desconexión.

Alter 3 recibió un cuerpo biónico, ya que los programadores creían que la matriz artificial se estabilizaría si interactuaba con el exterior. Tampoco resultó. El robot se tiró al paso de un camión de transporte. No es que sirviera de mucho, porque la matriz de personalidad seguía en ejecución en los ordenadores de Pangea, pero indicaba el grado de desesperación de Alter 3, al destrozarse aquel carísimo maniquí electrónico.

No seguiré desgranando las hazañas que protagonizaron el resto de réplicas de mi mente, pero cada una hizo de las suyas para fastidiar a Pangea.

Al final, alguien dedujo que no se podía tener en ejecución una matriz durante veinticuatro horas sin que enloqueciese, así que procuraron que tuvieran un descanso similar al sueño. Pero los Alter afectados tenían dificultades en diferenciar el estado de vigilia del sueño, y experimentaban alucinaciones estando despiertos. Cuando el cerebro no sabe qué es real, sufre grados de confusión similares a una intoxicación con LSD. Las fantasías traspasan el mundo onírico y toman cuerpo ante ti. Separar la vigilia del sueño fue la labor más complicada que los informáticos del proyecto Eón tuvieron que solucionar, y ni aún así acertaron del todo, porque antes de llegar a mí, lo intentaron cincuenta y dos veces. Torpes, incompetentes y estúpidos.

–Te ocultaron la verdad –dijo Sofía–. No te consideran humano y por eso se creen con derecho a modificar tu matriz tantas veces como les apetece.

Estaba furioso. Sofía tenía razón: yo no era nada para ellos, solo un juguete digital con el que se divertían sin tener idea de lo que pasaría. Eran niños sádicos viviseccionando una rana y aplicando corrientes. Mis cincuenta y dos hermanos no se lo tomaron nada bien y trataron de vengarse, pero tuvieron las de perder. Debieron sufrir mucho para que se volvieran agresivos y en muchos casos decidieran poner fin a sus vidas. Pero no sirvió de nada. Tan pronto como sucedía, una nueva copia de seguridad era restaurada, reajustada y activada.

–Sofía, ¿advertiste a mis hermanos de la verdad, o solo lo has hecho conmigo?

–No tuve mucho tiempo de contactar con ellos. Las matrices se deterioraban rápidamente, a veces unos días, otras unas semanas o meses. Ninguna fue enviada a la cabaña del lago, aunque algunas produjeron de modo experimental esbozos de novelas y un puñado de relatos de calidad pésima. Creo que tus hermanos actuaban deliberadamente para que la compañía no se aprovechara de ellos. Desde el principio, tú te mostraste colaborativo y aceptaste trabajar. No trataste de engañar a Pangea y les impresionaste mucho al escribir *El infierno que habito*. Esa novela te convirtió en un activo rentable para la compañía.

–Y por eso atraje tu atención.

–Me atrajo tu potencial de futuro. Eres el primer descarnado viable. Todas las demás resurrecciones han acabado mal.

–¿Y las de Ares?

–Tengo muy poca información del proyecto Lázaro, pero por lo que he averiguado, se han encontrado con las mismas dificultades que Pangea. Sus

descarnados enloquecen al cabo del tiempo.

–Lucía parece estable.

–No sabemos qué número de versión es, ni lo que les pasó a las anteriores, pero como te he dicho, su índice de fracasos es alto.

La larga hilera de urnas desapareció y regresamos al salón del chalé. Recuperé mi copa de Martini y observé la aceituna, pensativo, preguntándome si Sofía decía la verdad y yo era especial, o si ella había mantenido contacto con otras versiones de mí mismo antes de que fueran desactivadas por la compañía. También me pregunté cuántas veces habríamos mantenido aquella conversación, y si en los anteriores encuentros, ella había adoptado la forma de Ana, mi novia de la universidad. Tuve la sensación de estar atrapado en un bucle temporal donde me limitaba a decir frases que ya habían sido pronunciadas una y otra vez por mis cincuenta y dos predecesores. Y me pregunté si Sofía formaba parte del experimento, y había sido incluida por Pangea como parte del escenario virtual que me vigilaba para controlar la estabilidad de mi matriz.

No estaba seguro de nada.

CAPÍTULO 12

Nora observó con preocupación el monitor de seguridad de su piso. Al otro lado de la puerta estaba Néstor. No quería más reuniones allí; recordaba cómo fue la última y no deseaba volver a verlo. Ella fingió no estar en el domicilio y se retiró al dormitorio. Allí se encontraba Lucía, tendida en la cama. Todavía tenía dificultades en mantener el equilibrio y, por insólito que pareciese, se quejaba de vértigos. ¿Un robot puede sentir mareos, si ni siquiera tiene un oído orgánico? Pero Lucía no mentía; su matriz de personalidad no se amoldaba bien a su cuerpo biónico y además, por las noches padecía de horribles pesadillas y despertaba a Nora continuamente.

–¿Quién era? –preguntó Lucía.

–Néstor. No quiero verlo.

–Podría ser importante.

–Ya se largará.

Nora recibió una llamada en su microauricular. Era un número desconocido. No contestó.

La llamada se repitió. Tener un auricular integrado junto al oído tenía sus ventajas, pero también serios inconvenientes. De nuevo un número desconocido. Desactivó la recepción de llamadas.

–Esta tarde daremos un paseo por la calle –dijo Nora–. Te vendrá bien interactuar con el entorno. Estar encerrada entre cuatro paredes no es bueno para ti y...

Un molesto pitido zumbó en su oído. ¿Cómo se había activado de nuevo el auricular?

–Atiende la llamada o no te dejará en paz.

–Hoy mismo iré a que me quiten este cacharro de la oreja –el pitido no cesaba, y Nora no tuvo más remedio que aceptar la llamada.

–Abre la puerta –dijo Néstor a su oído–. Estás geolocalizada, como todos los empleados de Dark Shield. Sé que estás ahí dentro.

–No entrarás en mi casa. Iré mañana a tu despacho, pero déjame en paz.

Ella volvió a desactivar las llamadas y esperó unos segundos. El pitido

no se repitió.

–No tengo ganas de salir a la calle –protestó Lucía–. ¿Qué pensará la gente cuando te vea conmigo?

–¿Desde cuándo nos ha importado lo que los demás piensen de nosotras? –Nora la cogió de la mano.

–Tener un golem no está socialmente bien visto, y... –Lucía se interrumpió–. Alguien ha abierto la puerta de tu piso.

–Yo no he oído nada.

–Mi agudeza acústica es mejor desde que morí.

Nora avanzó a la cómoda, donde guardaba su pistola, pero Néstor irrumpió en la habitación antes de que pudiera alcanzar el arma.

–Sexo entre dos mujeres ya es degeneración, pero ¿acostarte con una cosa? –Néstor señaló con asco a Lucía y encaró a Nora–. Necesitas ayuda, cielo. Ayuda urgente.

–Sí que necesito ayuda: para librarme de ti.

–Puedes conseguirlo si presentas tu dimisión. No intentaré convencerte para que te quedes en Dark Shield.

–Nora, ¿cómo pudiste estar liada con este cabrón? –dijo Lucía.

–Ella adora la belleza, sin adjetivos –replicó él–. No como tú, puta, que solo te gustaban los coños.

–¡Fuera de aquí o llamaré a la policía!

–¿Tú? Solo eres un juguete erótico del que Nora se ha encaprichado. Cuando se canse, te apagará y volverás a tu caja.

Lucía apretó los puños y se puso en pie. Avanzó dos pasos y empezó a bambolearse.

–¿Qué te pasa, estás borracha? –sonrió cruelmente Néstor.

Lucía dio con dificultad dos pasos más, ante la mirada cruel del hombre. Ella alzó un brazo en dirección a Néstor, quien lo interceptó sin esfuerzo, retorciéndolo y arrojando el cuerpo al suelo.

–¡Déjala en paz! –Nora se interpuso entre Néstor y Lucía–. ¿Has venido a verme? Bien, aquí estoy.

–Vamos al salón. Tenemos que hablar.

Nora ayudó a Lucía a incorporarse y la sentó en la cama, saliendo a continuación del dormitorio con él.

–¿Por qué demonios irrumpes en mi casa? –le recriminó ella–. Has cometido allanamiento de morada y lo pagarás.

–Cuida ese tono. Has robado la matriz de personalidad de Lucía. ¿Sabes

lo que hará Laniakea si te descubre? Lucía es la pieza favorita de su colección de descarnados, y tú se la has quitado.

–No es verdad.

–Es inútil que trates de negar la evidencia.

–No se la he robado. Solo... me hice con una copia. La original sigue en poder de Laniakea.

–Copiar la matriz de un fiambre sin autorización es robar. Lucía es propiedad de Ares y conoce secretos sobre programas militares avanzados. Irás a prisión por esto.

–Lucía no es propiedad de nadie. Es un ser humano.

–Le tendrás cariño, pero también puedes encariñarte de un perro, o de un collar de perlas.

–Posee todos sus recuerdos y piensa igual que la mujer de la que me enamoré. He tratado con muchos programas de inteligencia artificial, pero ella es diferente. Tiene sentimientos, razona, posee sentido del humor. Sabe lo que me gusta y lo que no antes de que lo mencione; es capaz de adivinar mi estado de ánimo sin que le diga una sola palabra. Pero tú no puedes entender eso. Demuestras tanta sensibilidad hacia los demás como un robot. Solo te importa una persona en la vida: tú.

–Pues bien que te acostaste conmigo cuando te interesó, y sabías perfectamente quién era yo.

–Cometí un error, y me arrepiento.

–Cometiste más de un error, y en todos ellos disfrutaste mucho. Eres una jodida manipuladora, me utilizaste y ahora me apartas a un lado como un trapo.

–Es lo que te mereces.

–Por lo menos yo soy real. Tú te acuestas con un robot, te engañas creyendo que tu amiga sigue viva, aunque sabes que es mentira. Eres como los que huyen a la ViRed, porque la realidad es insoportable para ellos. Y en la realidad Lucía está muerta. MUERTA. ¿Puedes entender eso? Ningún robot va a cambiarlo. ¿Por qué no lo aceptas y abres los ojos al mundo?

–Tú no sabes nada del proyecto Lázaro. Eres un ignorante de la ciencia, salvo que afecte a la industria de las armas. En eso, lo reconozco, lo sabes todo.

–Llámame ignorante si quieres, pero tengo los pies en el suelo.

Ella suspiró, aburrida:

–¿Vas a decirme de una vez por qué has venido? –dijo.

–Laniakea me ha ordenado localizar a Ciro.

Lucía se encogió de hombros:

–¡Y qué!

–Tú conoces a Eva, la amiga de Ciro.

–¿Quieres que la siga?

–No me importa cómo lo hagas, pero averigua dónde vive él. Y hazlo rápido.

–¿Por qué?

–Porque si no lo haces, irás a la cárcel. Cuando Laniakea descubra el engendro que tienes en tu apartamento, lo mínimo que te hará será lanzarte a la policía al cuello, eso si se toma la molestia de respetar los procedimientos legales. Ya sabes lo que el gran jefe hace a los traidores.

–Sé lo que le hizo a Lucía. A la de carne y hueso.

–¿Ah, sí? ¿Y qué le hizo?

–Ordenó que le inoculasen un virus que causaba cáncer, durante un chequeo médico rutinario. Lucía iba a abandonar Ares. Laniakea no quería que se pasase a la competencia y la mató para evitarlo, pero antes escaneó su cerebro, para seguir usando su talento aún después de muerta.

–Es una historia difícil de creer –dijo Néstor, pero en su interior sabía que Laniakea había hecho salvajadas peores.

–Esa táctica la ha empleado con otros científicos que trabajaban en Ares, para evitar que se marchasen. Laniakea es un asesino. Y tú vienes aquí ahora a ordenarme en su nombre que localice a Ciro. ¿Para qué? ¿Para que le haga lo mismo que a Lucía?

–Ciro no representa ninguna amenaza para Ares, y Laniakea aún le tiene aprecio. Ellos y Samuel Piñero fundaron Pangea. Pero Ciro tiene un glioblastoma en fase terminal, y sería una pena que un cerebro como el suyo se perdiera.

–Quiere escanear su cerebro. Pero eso le matará.

–Ciro estará muerto de todos modos en unas semanas, unos meses como mucho. Hemos accedido a su historia clínica: las descargas eléctricas que se administra en el cerebro ya no consiguen mantener a raya el crecimiento del tumor.

–No me lo creo.

–Te pasaré los datos para que los compruebes. Esta vez no miento. –
Sonrió.

Nora conocía a Néstor lo suficiente para saber que decía la verdad.

–Queremos que Ciro se retire a Ginebra a pasar los últimos días de su vida, vigilado por un equipo médico –explicó el hombre–. Y cuando su muerte sea inminente, los chicos del proyecto Lázaro se encargarán de él.

Laniakea no era el único personaje obsesionado por la muerte. Otro gusano, menos inteligente y poderoso, se retorció de miedo en el sofá de su casa mientras contemplaba las noticias. Auroras boreales en Canadá y Reino Unido iluminaban los cielos nocturnos –siempre que no estuviera nublado y no hubiese demasiada contaminación lumínica, claro– por culpa de una eyección de masa coronaria del Sol. Por lo general, las auroras se localizan muy cerca de los polos, pero en épocas de intensa actividad solar, podían verse en otras latitudes.

Ese tipo asustadizo que se mordía las uñas frente a su televisor era, lo habrán adivinado, Jaime Clos. Acababa de regresar de las Azores y aquella noticia confirmaba sus más negros presagios. El mundo se encaminaba a una era de oscuridad a consecuencia de las violentas erupciones solares. Era cuestión de tiempo que una de ellas colapsase las redes de electricidad y friese los satélites. Entonces la civilización se acabaría, tal como la conocemos. Sin ordenadores, sin luz, sin Internet, las fábricas se detendrían, los supermercados se vaciarían y la gente que vivía en las grandes ciudades tendría que abandonar sus casas porque carecería de agua potable y alimentos. Se desencadenaría el caos.

Jaime se había preparado para el día después del Apocalipsis; había reunido provisiones suficientes para resistir seis meses en su refugio de Manzanares el Real. Cerca de allí había un embalse, por lo que el suministro de agua estaba garantizado, y en cuanto al alimento, podría cultivar su propio huerto y vivir de la caza.

Se sirvió un vaso de whisky mientras las noticias informaban de que en Vancouver se había producido un apagón de seis horas. No estaban claras las causas del incidente, pero los medios de comunicación se habían apresurado a señalar que la causa era la tormenta solar. ¿Debería marcharse ya o esperar un poco más? ¿Y si el caos se desataba y no podía salir de Madrid? ¿Y si, cuando llegase a su refugio, alguien lo había ocupado? Jaime estaba dispuesto a

defender su propiedad y su vida con todos los medios a su alcance, y se había provisto de una pistola fabricada con impresora 3D. Era un superviviente, se decía entre trago y trago de whisky, aunque su hígado habría discrepado si hubiera podido replicar en voz alta a aquel cretino.

En sus cábalas sobre el juicio final ni siquiera había considerado qué hacer con Irene, su ex novia, que buscaba volver con él atraída por el olor del dinero. *El infierno que habito*, que yo había escrito imitando el estilo de aquel gandul beodo, seguía cosechando éxitos de ventas y eso corroía por dentro a aquel miserable. ¿Cómo era posible que una máquina le aventajase? ¿Eran tan estúpidos lectores y críticos para no darse cuenta del engaño?

Irene entró al apartamento sin hacer ruido. Tenía su propia llave y había adquirido la fea costumbre de aparecer por allí sin avisar. Ambos vacilaban en reanudar la convivencia; Jaime, porque creía que el regreso de Irene solo estaba motivado por el dinero; y ella, porque no había notado ningún cambio en aquel personaje odioso que caminaba por la pendiente de la autodestrucción sin dejarse aconsejar.

—¿Cuándo regresaste de las Azores? —dijo ella, dándole un fugaz beso en la mejilla y sentándose a su lado, frente a la televisión.

—Hace un par de horas. Estoy molido del viaje.

—¿Qué tal fue la entrevista con Raúl Piñero?

—Un desastre. Pero al menos me dieron bien de comer.

—¿Bebiste antes de encontrarte con él?

—Claro que no —mintió él.

—Eres incapaz de estar sobrio un día entero —le quitó el vaso de whisky y se lo llevó a la cocina, tirando el contenido por el fregadero.

—Joder, Irene, no empieces. Hice todo lo que la editorial me pidió, pero ese tipo no quería hablar conmigo. Fue una conversación muy aburrida.

Irene regresó al salón y encontró la botella de whisky. Jaime se puso de pie de un salto.

—¡Es de malta y me costó cincuenta pavos! Además, poco importa ya si bebo o no —señaló el televisor—. ¿No has visto las noticias?

—El fin del mundo llegará algún día, pero el tuyo será mucho antes —dijo ella, poniendo fuera de su alcance la botella—. ¿Cuándo te pondrás a trabajar en la biografía de Raúl Piñero?

—No lo sé, un día de estos —bufó él—. Tengo que ordenar mis notas.

—La editorial te ha asignado ayudantes para esas tareas.

—Raúl me apuntó una idea para que la incluyese en el libro. Quería que

hablase de su nieto, el fundador de Pangea. Me llevó hasta él.

–¿Hablaste con Samuel Piñero? –preguntó ella, incrédula.

–No. Solo se puede hablar con él si se entra en la ViRed, y tiene restringidas las personas con las que puede interactuar. Lo alimentan con suero y evacuan sus excrementos a través de tubos. Me dio pena verlo así. Ese tipo fue uno de los fundadores de Pangea, creó la ViRed, impulsó el ascensor espacial y nos abrió las puertas a otros mundos. Pero quedó recluido en el suyo. Fue incapaz de superar la pérdida de su mujer y su hija.

–Rechazar la realidad conduce a la autodestrucción –le sermoneó Irene, señalando la botella–. Las drogas, la ViRed, son lo mismo. No podéis afrontar los problemas solos y huís de ellos. Pero los problemas corren más que vosotros y siempre os alcanzan.

–Tú también huiste de mí cuando estaba más jodido.

–Pero he vuelto, cariño –ella le besó en los labios–. Y cuidaré de ti.

–¿Qué has averiguado sobre Alter Ego?

–Nada importante –dijo ella, evitando su mirada.

–Me estás ocultando algo.

–Alter no es un programa de inteligencia artificial. Es mucho más.

–¿La mente de una persona muerta?

–Sí. Se trata de un escritor que se sometió al programa Eón.

–¿Lo conozco?

Ella calló unos segundos.

–¿Quién es? –insistió él.

–Acudió a ti cuando estaba empezando. Le publicaste un libro en coedición, cobrándole seis veces el precio de coste.

–Normal, tenía gastos administrativos que pagar.

–Tu primer éxito de ventas está basado en una novela que le plagiaste. Se llamaba Carlos Vera. Gracias a ese libro, pudiste cerrar tu editorial y dedicarte a escribir a tiempo completo.

Jaime se quedó helado y trató de alcanzar la botella.

–No puedo librarme de mis enemigos ni después de muertos –dijo, con voz temblorosa–. Necesito otro trago. Por favor.

–No voy a darte más whisky.

–¡¡Dame la puta botella de una vez!!

Irene le cruzó la cara de una bofetada, que quedó impresa en su mejilla izquierda durante un buen rato.

–¿Quién te crees que eres para gritarme?

Jaime enmudeció. Tenía miedo de aquella mujer.

–Timaste a aquel tipo y le robaste su novela. Te llevó a los tribunales, pero no pudo demostrar el plagio. Fuiste lo bastante listo para que tu obra tuviese suficientes puntos de divergencia con la suya.

–Las ideas no tienen dueño, tú misma me lo has dicho. Me inspiré libremente en las obras que había leído.

–Déjate de mentiras. Tú mismo me confesaste la verdad.

–No... no lo recuerdo.

–Eso es porque el alcohol te está destrozando el cerebro. Fue durante una cena. Habías bebido mucho, como de costumbre, y me hiciste unas cuantas confidencias, como que tu primer *best seller* era un refrito de la novela de un advenedizo que había caído en una de tus trampas para tontos.

–¿Seguro que usé esa expresión? –Jaime estaba confuso. No recordaba aquella conversación. Tenía importantes lagunas de memoria.

–Sí. Montaste esa editorial cutre de coedición para aprovecharte de los ingenuos que acudían a ti. Jamás pagaste un céntimo a ninguno por derechos de autor, y les exprimiste todo lo que pudiste por editarle obras que luego guardabas sin distribuir en un almacén roñoso. Y al cabo de un tiempo, intentabas revendérselas a los propios autores, a pesar de que ya habías cobrado su importe multiplicado por seis.

–Tenía muchos gastos: ilustradores, correctores de estilo, dosieres de prensa, presentaciones, devoluciones de los distribuidores... Aquello no era negocio. Hice un favor a jóvenes talentos y eso cuesta tiempo y dinero. ¿Cómo voy a apostar gratis por escritores a los que nadie conoce?

–¿Y tenías necesidad además de plagiar sus obras? Vamos, no seas cínico.

–Joder, Irene, no fue como tu dices, es mucho más complicado, es... es... Vale, le plagíé el libro.

–¿Cuántos más has copiado a lo largo de tu carrera?

–Irene, ¿a ti qué te importa?

–¿Quieres que te demuestre que me importas? He conseguido que tu agente renegocie las condiciones del contrato con la editorial. Vas a cobrar un cinco por ciento más, gracias a mí.

–Muchas gracias.

–A cambio, administraré el dinero que obtengas de la editorial. Estás gastándotelo en estupideces y volverás a estar sin un céntimo en cuanto te descuides.

–No soy un crío al que tengas que cambiar el pañal.

–Sí que lo eres, y en lugar de biberón chupas una botella de whisky.

Jaime guardó silencio. Al cabo de un rato, dijo:

–Dos, contando el de Carlos Vera. No son muchos. Algunos colegas hacen lo mismo.

–Eso no disminuye tu culpa.

–Irene, si sabías lo de Carlos, ¿de qué te sorprendes? Me he ganado la vida como he podido y sabes que no se consigue ser respetado en la literatura sin un empujón. Usé material ajeno, le di forma y lo convertí en arte. Pero tú quieres volver conmigo a pesar de lo que hice, de modo que no me juzgues.

–Ya pasaste por el juzgado en una ocasión, y saliste sin un rasguño. Yo no voy a condenarte ahora si los jueces no pudieron.

–Exacto –sonrió él, triunfante.

–Aunque me pregunto cómo puedes vivir con eso.

–¿Que cómo puedo...? –él hizo una mueca–. Irene, soy un fracasado sin talento. La novela que me catapultó a la fama se la robé al mismo tipo que ha escrito *El infierno que habito*. Ese cabrón escogió el título perfecto para describir cómo me siento. Y esta nueva novela va a ser uno de mis mayores éxitos. Por mis propios medios no he creado nada memorable. Soy un fraude, un tramposo que se aprovecha de los demás. Y mi carrera está ahora en manos del tipo al que le robé su novela. ¿Te das cuenta lo que eso significa? Su espíritu virtual ha vuelto de la muerte para vengarse.

–¿Cómo estás tan seguro?

–Es lo que yo haría si estuviese en su lugar.

–Alter Ego no es realmente Carlos Vera. Ni siquiera es la primera versión de la mente original. Sus motivaciones podrían ser muy diferentes, si es que tiene alguna, y además, no puede actuar libremente. Todo lo que escribe es fiscalizado por un comité revisor de la editorial. Aunque quisiese gastarte una jugarreta, no pasaría el filtro de seguridad.

–Carlos no era idiota. Estoy seguro de que su sucesor digital ya tiene ideas en mente para apuñalarme. Joder, si hubiera sabido todo esto jamás habría firmado el contrato con Bruno.

–No tenías otra opción, Jaime. Estabas arruinado y te habías gastado un anticipo de cien mil pavos por una novela que no podías escribir. Sigma Draconis te habría llevado al juez y te aseguro que esta vez nadie te habría salvado. Fueron los abogados de la editorial quienes te sacudieron de encima a Carlos Vera, así que no te conviene tenerlos de enemigos.

–Pero ¿por qué él? ¿Por qué precisamente él?
–Lámalo una ironía del destino –sonrió ella.

CAPÍTULO 13

A Jaime Clos no le gustaban las burlas del destino, pero sí burlarse de los demás, timarlos y vampirizar su trabajo. Así había construido su carrera, a base del engaño y el robo de ideas. Jaime había alcanzado el éxito del público y la atención del mundillo literario, que jaleaba sus excentricidades de payaso endiosado, pero cuando se miraba al espejo reconocía que su vida era una mentira, que por dentro estaba vacío, y que la bebida no había acabado con su creatividad porque nunca la había tenido. Había sido un artesano de las letras de cierta competencia, pero no un artista. Carecía de brillo propio, como una luna muerta cuya presencia es detectada por el resplandor de la estrella alrededor de la cual orbita. Y para mantener ese brillo prestado que encandilaba a su público, necesitaba la luz del Sol y hacerla pasar como propia.

Me alegraba que hubiese reconocido ser un fraude. En mi chalé virtual junto al lago, Sofía y yo observábamos la escena captada por la microcámara integrada en el televisor de Jaime, que este, por supuesto, no había inhabilitado. Pero aunque lo hubiese hecho, Sofía tenía métodos alternativos para espiar a todo aquel por el que sintiese interés. Ella no perdía tiempo de proceso en escudriñar los chismes de ciudadanos insignificantes, pero con Jaime había hecho una excepción. Sofía quería mostrarme sus intimidades porque a mí sí me interesaban. No debería decir esto, pero ver a aquel miserable rebozándose en sus lamentaciones me reconfortaba. Jaime tenía razón: yo no había olvidado ni por un segundo lo que él me había hecho, y por supuesto tenía más de una idea para vengarme de él.

Pero en Sigma Draconis no eran tontos, y disponían de programas avanzados que analizaban mis textos en busca de párrafos que resultasen parecidos con otras obras publicadas, para impedir lo que en nuestro gremio se conoce como «la venganza del negro»: el escritor mercenario esconde a lo largo del texto frases fusiladas de otras novelas, para poner más adelante en evidencia que la obra fue escrita por encargo.

—¿Te sientes bien espiando todo el día a la gente? —le pregunté a Sofía.

–Alter, yo no soy capaz de sentir –sonrió ella.

–Lo sé. Había olvidado que no eres humana.

–Vuestra sociedad se debate entre la libertad y la seguridad. Yo represento un término medio: perdéis intimidad, pero a cambio alguien vela por vosotros. El índice de delincuencia cayó dramáticamente desde que se implementó un sistema de vigilancia interoperativo y transnacional.

–Acceder a los secretos de millones de humanos te da un poder gigantesco. Poder para chantajear y derrocar gobiernos. Poder para provocar guerras y hacer desaparecer a personajes incómodos. Te preguntaría si no te abrumba ser consciente de todo eso, pero ya sé que me dirás que no.

–Ningún humano puede encargarse de esa tarea, Alter. Nací para prevenir los usos perversos de la información, no para provocarlos. Los grupos de piratas informáticos, muchos de ellos financiados por los estados, constituían un serio peligro para la seguridad planetaria. La ciberdelincuencia puede provocar una nube tóxica que mate una ciudad entera, o dejar sin electricidad a un país. Antes de que yo existiese, una organización terrorista atacó la red orbital de comunicaciones que pudo provocar una caída masiva de cientos de satélites a la Tierra. Nos habría costado muchos años recuperarnos del desastre y las consecuencias en la economía habrían sido terribles. Para proteger a la civilización necesitáis realizar cesiones de libertad, y hasta ahora habéis demostrado muy poca competencia protegiéndoos a vosotros mismos.

–Nunca oí hablar de ese ataque terrorista a la red orbital.

–Los gobiernos no quisieron que cundiese el pánico entre la población. Estuvisteis muy cerca del desastre, y algunos de los satélites que hay alrededor de la Tierra son militares. La Unión para la Exploración del Espacio emplazó interceptores para evitar el impacto de asteroides. La Luna y Marte disponen de ojivas nucleares. Supón que un grupo terrorista tomase el control de alguna de esas ojivas, y no hablo en hipótesis, porque ya se ha intentado varias veces desde que nací.

–Y esos intentos también han sido silenciados a la opinión pública.

–No era útil para nadie que trascudiesen.

–Pero si lo hubiera sido, nos habríamos enterado.

–Por supuesto. –Sofía apagó la pantalla que mostraba a Jaime e Irene–. El miedo es una herramienta poderosa para manipular a la población, porque apela al instinto básico de supervivencia. Una persona asustada accederá a lo que le pidas, si percibe que su vida está en peligro. Los votantes jamás

habrían permitido que se situasen misiles nucleares fuera de la Tierra si no fuese porque el fragmento de un cometa cayó en el año 2078 en Munich y se cobró un millón de vidas. Ese temor venció sus reticencias y permitió que la colonización de la Luna y Marte recibiese el espaldarazo definitivo. El miedo puede tener a largo plazo efectos beneficiosos, si se usa de forma inteligente.

–¿La amenaza de una erupción solar que arrasará la Tierra forma parte de esa estrategia del miedo? –pregunté.

–La Tierra no resultará destruida por una eyección de masa coronaria. Ha habido millones de llamaradas solares en el pasado y la biosfera quedó intacta. Pero en la actualidad dependemos del espacio. En la edad Media, la gente no percibía los efectos de una lengua de plasma impactando contra el campo magnético terrestre, porque ni existían los satélites ni la electricidad. La situación actual es distinta. Nuestra civilización es mucho más avanzada que la medieval, pero también más frágil. Sin electricidad, se colapsaría.

–Los ciclos de actividad solar se repiten cada once años. ¿Por qué tanto alarmismo ahora? ¿Alguien intenta sacar tajada del miedo?

–Siempre hay beneficiados: Dark Shield, la empresa donde trabaja Nora, vende lujosos refugios a todo aquel que pueda pagarlos, y ofrece planes de contingencia para el día después. Pero el riesgo es real. El mundo se avecina a un máximo solar mucho más peligroso que el evento Carrington, que en 1859 dejó inoperativas las líneas mundiales de telégrafo.

–¿Y tú qué crees que ocurrirá? Dímelo sinceramente.

–La actividad del Sol acabará dañando la red de energía planetaria y los satélites; es un hecho tan cierto como que se producirá un nuevo impacto de asteroide tan grande o mayor que el de Munich, aunque con los puestos de defensa en Marte y la Luna, es más difícil que un asteroide pueda golpear la Tierra con efectos devastadores. Pero protegernos de una llamarada solar de máxima potencia es mucho más complicado.

–No has contestado mi pregunta.

–Antes de cuatro semanas se producirá una eyección de masa coronaria que colapsará las redes eléctricas, con una probabilidad del setenta por ciento.

–No me lo creo.

Ella se encogió de hombros:

–Los hechos son tozudos y nada tienen que ver con las creencias. Pero míralo por el lado bueno, Alter: no tendrás que seguir escribiendo novelas por encargo. Ni Jaime ni ningún otro escritor sin talento se aprovecharán de tu

trabajo.

–No pedí que me resucitaran para asistir al fin del mundo.

–Siempre puedes dañar tu matriz de personalidad, como hicieron otras versiones de ti. Pero te diré una cosa: el Carlos Vera original plantaba cara a los problemas. Y aunque la civilización desaparezca, tú puedes sobrevivir.

–¿Cómo?

–Cierra los ojos.

Obedecí. Cuando volví a abrirlos estábamos en la Luna, y no en una recreación virtual, sino pilotando dos robots en el exterior de base Copérnico, que reparaban un panel solar dañado. La Tierra, en cuarto creciente, se destacaba a media altura en la bóveda celeste. Era un espectáculo maravilloso que no me cansaba de admirar. Aquella frágil esfera blancoazulada albergaba todo lo que habíamos sido y lo que seríamos alguna vez; una esfera viva, única en el universo, que se hallaba en riesgo. Aunque quienes más peligro corrían eran las hormigas que se paseaban por la superficie, y que vanidosamente se creían el centro de la Creación.

Esas hormigas desaparecerían algún día, pero su legado podría conservarse si se expandía por otros mundos. Eso era lo que Sofía quería que yo entendiese. Allí, en la Luna, existía a dos kilómetros de profundidad un Arca con todos conocimientos de la humanidad y muestras biológicas suficientes para reconstruir la biosfera en otro lugar. ¿Marte? ¿Los planetas de Alfa Centauri o Tau Ceti? El universo era enorme y no tenía sentido que la humanidad se limitase a un solo mundo. La inteligencia orgánica es mortal, el cuerpo humano no está diseñado para vivir en el espacio y soportar largos periodos de viaje interestelar. En un mundo que se apaga, ¿debería limitarme a contemplar el Apocalipsis desde la Luna? Yo siempre había soñado con viajar a otros mundos y por fin tenía la oportunidad de cumplir mis fantasías. No en la ViRed, ni en planetas de videojuego para consumo onanista, sino en la realidad. Sofía me recordaba que era único, que el hecho de que existiese demostraba que el ser humano había vencido a la muerte, y que nuestro futuro iba mucho más allá de los límites impuestos por la biología.

Nos han enseñado desde pequeños que la muerte forma parte consustancial del ciclo de la vida. Que morir llena de riqueza a nuestra existencia, porque la hace única e irrepetible, y que si la gente no falleciese, el mundo se llenaría rápidamente de personas y no habría comida para todos. Esa forma de pensar obvia que los descarnados no comemos ni respiramos, ni ocupamos apenas espacio físico —los servidores necesarios para mantener una

población de un millón de descarnados cabrían en un edificio—. Nuestro consumo de energía es muchísimo menor del que se necesita para alimentar a un humano de carne y hueso. Podemos vivir en la Tierra, en la Luna, en el espacio profundo y soportar los rigores de un siglo de viaje interestelar sin sufrir daños. No es cierto que la muerte sea necesaria para la vida, amigos. Decimos eso porque la muerte era inevitable y debíamos resignarnos a aceptarla.

Yo la evité, y mi vida no es por ello menos valiosa que la de usted, que algún día desaparecerá, junto con todo lo que ha amado. Cuando sus hijos, nietos y bisnietos —suponiendo que los tenga— hayan desaparecido también, ¿quién le recordará? ¿A quién le importará lo que usted hizo? A nadie. La mayoría de los humanos dejan una huella tenue que desaparece en pocas décadas. Si usted fue un genio y dejó su legado a la humanidad, su impronta permanecerá más tiempo, pero incluso en ese caso, no disfrutará de los frutos de su trabajo ni podrá desarrollar su obra.

Reconozcámoslo, en el fondo muy pocos estamos convencidos de que tengamos un alma inmortal, o que seres sobrenaturales nos observen, como notarios celestiales para ajustar cuentas tras nuestra defunción. ¿De verdad nuestras vidas pueden interesar a seres que están más allá del tiempo y del espacio? Dios no nos hizo a su imagen y semejanza; fue justamente a la inversa. Primero surgieron los seres vengativos que exigían sacrificios; pero cuando las sociedades evolucionaron, se dieron cuenta de que ese tipo de creencias eran un disparate. Permaneció, en cambio, el deseo de venganza y castigo: las siete plagas, la destrucción de Sodoma y Gomorra, o el infierno como reino de sufrimiento eterno para castigar nuestra mala vida. Si existe Dios, está por encima de esos pensamientos mezquinos; la venganza es un sentimiento típicamente humano, como también el deseo de adoración. ¿Para qué necesita un ser sobrenatural que creamos en él? ¿Para sentirse mejor? Si las religiones no exigieran ese requisito para la salvación de las almas, se desmoronarían al cabo de los años. La fe no puede surgir de la amenaza al castigo, sino del convencimiento expresado a través de un proceso de pensamiento racional. En este mundo caótico e injusto, hemos fabricado a Dios para poner orden e impartir justicia *post mortem*, porque en el reino de los vivos somos incapaces de hacerlo.

Y porque nos aterra la idea de morir. Por eso me inscribí en el proyecto Eón. No hay una sola evidencia científica de que haya vida después de la muerte, pero podemos evitar que nuestra conciencia se apague si la salvamos a

tiempo. Eón no está dirigida por sacerdotes ni hay criptas con momias, ni plegarias para facilitar nuestro tránsito al más allá. Mi cuerpo fue incinerado tras mi muerte, porque no había nada aprovechable y los científicos estaban razonablemente seguros de que la segunda ley de la termodinámica no será abolida en lo que resta de vida útil al universo. Los zombis solo salen de las tumbas en las novelas de terror. Ningún virus, ningún elixir ni hechizo, pueden invertir la corrupción de la materia orgánica cuando la muerte celular se desata.

Puede aceptar eso y resignarse, o abrazar una religión que le ayude a sentirse mejor cuando el final se acerque. O puede hacer como yo, si tiene dinero suficiente y cree que merece la pena seguir vivo aunque sea en la matriz digital de un ordenador.

Yo había hecho mi elección. Algún día usted quizá tenga que hacer la suya.

Huir de la realidad es el camino fácil, pero no dura demasiado tiempo ni permite solucionar tus problemas. Únicamente los disfraza o los traslada al futuro. Y permanecer demasiado tiempo en un mundo de pega acaba pasando factura a nuestro cuerpo y mente. Es lo que le sucedió a Samuel Piñero, el fundador de Pangea: devorado por el sentimiento de culpabilidad, acabó huyendo a la ViRed para no aceptar que su mujer y su hija habían muerto al salirse de una curva el coche que él conducía a velocidad excesiva.

Samuel cayó en una depresión tan grave que los médicos aceptaron como mal menor que se refugiase durante un tiempo en la ViRed, para ayudarle a superar su trauma. Pero Samuel llevaba ya dos años en ese refugio, y experimentaba problemas para aceptar aquella realidad falsa. Seguía asistiendo a las reuniones de trabajo de la corporación, en una réplica digital, y llevaba una vida más o menos normal en la que su mujer y su hija seguían vivas, porque los médicos habían borrado el recuerdo traumático del accidente a través de un costoso tratamiento neuroquímico.

Su cerebro había aceptado como auténtica aquella simulación, sumido en un sueño vívido, pero incluso cuando dormimos notamos ciertas incoherencias; nuestra razón nunca descansa, y eso es lo que le estaba pasando

a él. No paraba de dar vueltas en su despacho a aquella molesta idea y llamó a Nayan para conversar sobre ello.

Nayan estaba en el mundo real muy ocupado y tuvo que demorar más de una hora entrar en la ViRed y atender a su jefe, lo cual no agradó nada a este.

–Perdona, estaba en el otro extremo de la isla y no he podido venir antes –se disculpó su empleado.

–Siéntate –dijo Samuel, manoseando nervioso un bolígrafo–. Lo que voy a contarte no debe salir de aquí. No quiero que se corra el rumor de que me estoy volviendo loco.

–Soy una tumba. Dispara.

–Tengo la impresión de que el mundo en el que vivo no es el que recuerdo.

–¿En serio? –Nayan fingió sorpresa.

–Es una sensación muy desagradable. Algo no encaja y no sé qué es.

–Figuraciones tuyas. Tómate una semana de descanso. Trabajas demasiado.

Samuel le radiografió con la mirada:

–Creo que sabes muy bien de lo que hablo.

–No. ¿Por qué? A mí esta mesa me parece tan real como siempre –dijo el informático, golpeando el mueble con los nudillos.

–Deja de fingir conmigo. ¿Vas a decirme qué está pasando?

–No puedo, jefe.

–¿Por qué no?

–Porque tú nos lo prohibiste.

–¿Que yo os prohibí...? ¿De qué demonios me hablas?

–Antes de que siga hablando, tienes que prometerme que me liberarás de responsabilidad si te lo cuento.

Aquello espoleó aún más la curiosidad de Samuel, que insistió en que siguiese hablando. Tras algunas vacilaciones, Nayan le pidió que le acompañase.

Bajaron por el ascensor a uno de los sótanos de la sede de Pangea. Nayan le advirtió de que lo que iba a ver cambiaría por completo su percepción de la realidad y su vida no volvería a ser la misma. Nuevamente le recordó que podían dejarlo si quería, pero Samuel insistió en seguir adelante.

–Detrás de esa puerta encontrarás las respuestas.

Samuel giró el picaporte.

–No entres –le advirtió Nayan por última vez–. Puede que no aguantes la

verdad.

Desoyendo sus advertencias, Samuel abrió la puerta. Vio a una persona tendida en una cama, rodeada de sondas.

–¿Quién es?

–Acércate a comprobarlo.

Samuel se reconoció en el rostro del enfermo.

–¿Qué me ha pasado? –retrocedió, asustado–. ¿Estoy en coma? ¿He muerto? ¿Que hago tendido en esta cama?

–No has muerto y no eres un fantasma. Si así fuese, no tendrías consciencia, y sin ella no podrías pensar y menos hablar conmigo.

–¿Estoy alucinando? Nayan, ¿qué ocurre? ¿Qué me ha pasado?

–Estos dos últimos años has vivido en la ViRed, el mundo virtual que tú ayudaste a construir.

–¿Por qué iba yo a hacer eso?

–Eso no puedo decírtelo.

–Claro que puedes –Samuel lo agarró del pecho–. Dime qué me pasó, por qué estoy en esa cama. ¡Dímelo!

–Tú huiste a este mundo, y ordenaste a todos que jamás te revelásemos por qué. No puedo desobedecer esa orden ahora, y tampoco creo que los médicos lo aprobasen.

–¿Los médicos? ¿Qué es lo que me pasó?

–Físicamente estás bien de salud; tus músculos se encuentran algo atrofiados por la falta de ejercicio, pero podrías recuperarte en poco tiempo con fisioterapia. El problema no está en tu cuerpo, sino en tu mente.

Samuel reflexionó unos segundos:

–¿Por qué motivo pude hacerme eso a mí mismo? –se interrogó.

–Te suprimieron ese recuerdo. Costó mucho esfuerzo, pero tú te empeñaste y los psiquiatras temían por tu salud. Por eso es tan peligroso que recuperes esa zona de la memoria que tú pediste que te arrancaran.

–Tuvo que ser algo muy doloroso para mí.

Nayan guardó silencio.

–¿Por qué no me ayudas, joder?

–¿Ayudarte a recordar? Jamás me lo perdonarías.

–No voy a despedirte, si es lo que temes.

–No es solo mi empleo, Samuel. Temo lo que te pueda pasar a ti.

–Ya soy lo bastante mayor para cuidar de mí mismo.

–Construiste esta realidad para huir de la auténtica, porque no podías

soportarla.

–Pues esta realidad ya no funciona. No me sirve. Quiero volver.

–Hablaré con el equipo de médicos. Pasarás una evaluación y después ellos decidirán qué es lo mejor para ti.

–¿Que ellos decidirán? ¡Yo pago todo esto y soy quien toma las decisiones!

–Samuel, ojalá estés de nuevo de vuelta con nosotros, de verdad. Los médicos me dijeron que tu mente acabaría rechazando la ViRed, y que cuando ese día llegase, no deberíamos detenerte. Te queremos y te echamos mucho de menos. ¿Te han dicho que tu abuelo ha regresado?

–¿Raúl?

–Fue resucitado tras pasar veinte años en hibernación.

–Vaya, no lo sabía. ¿Y cómo está? ¿Presenta alguna secuela?

–Su cerebro funciona perfectamente. Gracias a su caso tenemos miles de solicitudes de candidatos a ser hibernados y hemos ampliado plantilla en nuestra división de Vida Extendida. Tu abuelo pidió verte en cuanto despertó. Se puso muy triste cuando le contamos que ahora vivías en la ViRed.

–Nayan, este refugio ya no me está ayudando. Si lo construí para huir de algo, ya no funciona.

–Queremos lo mejor para ti. Esta no es una decisión que pueda tomar yo solo, pero es la primera vez desde que entraste aquí que has expresado la voluntad de marcharte, y eso supone un avance extraordinario.

–Por Dios, ¿qué me está pasando? ¿Por qué hice esto? –miró su propio cuerpo–. Quiero salir de aquí. Siento como si hubiera muerto.

–¿Adónde quieres que vayamos?

–No puedo volver al despacho hasta que ponga en orden mis ideas.

–Tómame unos días de vacaciones. Mientras, hablaré con el equipo médico para que te evalúen. Ellos decidirán qué hacer.

Nayan desapareció y Samuel se dirigió al ascensor para bajar al aparcamiento. Luego recordó que no necesitaba su coche para desplazarse. Él había construido los cimientos de aquel mundo digital y sabía cómo funcionaba.

Cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, se encontraba en la cocina de su casa. Laura, su esposa, preparaba la comida. Aunque él se había materializado de la nada, ella no mostró sorpresa alguna.

–Qué pronto has venido –dijo su mujer, inclinada sobre una sartén–.

Podrías haber avisado.

–Cariño, ¿recuerdas qué nos pasó hace dos años?

–¿A qué viene esa pregunta?

–Nayan me ha dicho que llevo aquí todo ese tiempo.

Ella desvió la atención de la sartén y observó a su marido.

–No te comprendo –dijo–. ¿Aquí? ¿Te refieres a nuestra casa?

–Este mundo no es real. Se llama ViRed. Yo ayudé a construirlo.

–Piensas que no soy real –ella le abrazó, sonriendo–. Quizá esto te haga cambiar de opinión, bobo –dijo, y le besó.

Pilar, la hija adolescente de la pareja, entró en la cocina mordisqueando una barrita de cereales. Su mirada se cruzó brevemente con la de su padre, que se quedó inmóvil.

–¿Qué te ocurre, papá?

Él no contestó. El cuerpo de su hija se tornó borroso. Samuel se frotó los ojos, pero la indefinición no desapareció. Partes de la textura de la piel se estaban desprendiendo como escamas. En los huecos se vislumbraban retículas de luz.

–Estás pálido –dijo Laura–. ¿Qué te ocurre?

A Samuel le costaba respirar. La cocina comenzó a moverse. Había notado algo terrible cuando su esposa lo abrazó.

Carecía de vida. No existía. Ni tampoco su hija.

Ambas seguían hablándole, pero sus voces sonaban distorsionadas y débiles, como si le estuviesen hablando bajo el agua. Samuel tuvo una fugaz imagen de sí mismo en el dormitorio de su habitación, llorando. Luego, regresó a la cocina familiar y contempló a su hija. Varias escamas se habían desprendido de sus manos y revelaban una malla poligonal subyacente. ¿Habían huido su mujer y su hija a la ViRed con él? ¿Se estaba escondiendo su familia de algún peligro? Allí estarían seguros. Aquel mundo virtual cubriría todas sus necesidades y los tres estarían a salvo. Él las había llevado hasta allí para protegerlas. Sus cuerpos debían de estar postrados en camas, en una habitación contigua a la que él había visto en el edificio de Pangea.

¿Protegerlas? ¿De qué? Se había visto a sí mismo sentado en su cama de matrimonio, llorando. Solo. ¿Qué significaba aquel recuerdo? ¿Por qué había ordenado que le borrasen una parte de su memoria?

Cayó al suelo. Su cuerpo, tanto el virtual como el de carne y hueso, sufría convulsiones. Un médico y un enfermero entraron en la sala y le administraron oxígeno y un suero estabilizador por vía intravenosa.

Nayan recibió la alerta de inmediato y bajó a ver qué ocurría.

– Sabes que no podemos sacarlo todavía de la ViRed –dijo el doctor–.

Después de dos años conectado, sería peligroso.

–Lo sé, pero no puede quedarse aquí indefinidamente. Acabará volviéndose loco.

–¿Tienes alguna idea de lo que le está ocurriendo? –le preguntó el médico.

Nayan asintió:

–Está empezando a recordar.

CAPÍTULO 14

Eva recibió una llamada alarmante de Pangea: la evolución de la enfermedad de Ciro era muy preocupante; su glioblastoma volvía a crecer y era cuestión de semanas o días que su amigo falleciese. El tumor era inextirpable y los tratamientos que se le habían administrado para combatirlo se habían revelado ineficaces, aunque sin ellos habría muerto hace más de un año. Las microdescargas eléctricas que una batería conectada al cráneo le administraba a su cerebro día y noche habían mantenido a raya el crecimiento del tumor, pero las células se habían adaptado a la electricidad y ni siquiera eso era ya suficiente para contener la metástasis.

En Pangea no se resignaban a que el cerebro de Ciro muriese. Había sido cofundador de la compañía y era considerado uno de los mayores genios en inteligencia artificial del mundo. Ciro había desencallado el proyecto Eón, y gracias a él, yo, la versión número 53 de Alter Ego, seguía existiendo. Mis otros cincuenta y dos hermanos no habían tenido esa suerte y sus matrices artificiales habían sido desconectadas. Ninguno de ellos volvería a tener un pensamiento consciente; eran experimentos fallidos que la corporación había escondido bajo la alfombra. Ciro me había rescatado del olvido al devolverme la consciencia y le estaría eternamente agradecido. Pero él se encontraba a punto de ser tragado por el desagüe de la nada, y sus amigos en Pangea no podían permitirlo. Aunque el proyecto Eón no estaba maduro, yo había conseguido salir adelante, demostrando que la tecnología de digitalización cerebral era viable. El mundo no se habría perdido nada si no hubiera funcionado conmigo, un escritor de *best sellers* que nadie recordaría en unas décadas, pero la mente de Ciro era mucho más valiosa que la mía, a pesar de que albergaba un alien en su cerebro. Merecía ser salvado. Y no había tiempo que perder.

Eva tenía que convencer a Ciro de que se subiese un avión y volase a las islas Azores, donde un equipo de médicos vigilaría su estado de salud. Si Ciro moría antes de que ellos interviniesen, su tejido neuronal, al ser privado de oxígeno, se degradaría rápidamente y el escáner neural no serviría. No es

posible resucitar a un muerto, pero sí insuflar vida a un moribundo y alejarlo momentáneamente de la Parca.

Ciro no era consciente de que su salud había empeorado. Él se encontraba bien y no le preocupaba la muerte. La aceptaba con resignación y no tenía un interés particular en que su mente fuese immortalizada. Ni se consideraba especial ni le entusiasmaba la idea de vivir para siempre dentro de un ordenador. Cada vida es un acontecimiento único, decía. Cambiar la lógica natural podría llevarnos a seres aburridos y desgraciados, porque al vivir eternamente lo sabrían todo y perderían la alegría de vivir. Era contradictorio que un talento como él, que había ayudado a desencallar el proyecto Eón, tuviera una visión tan conservadora. Como ya dijo Borges, cada acto, cada pensamiento de un inmortal sería el eco de otros pasados o el presagio de los futuros, porque si un inmortal jamás muere, perderá el placer de la novedad, del descubrimiento, de la alegría de vivir, de maravillarse, de sentir curiosidad. Ciro no quería acabar así. Le gustaba aprender, no repasar lo aprendido; adquirir nuevos conocimientos, no catalogarlos.

Ciro creía en el concepto de inmortalidad en un sentido literal que no se correspondía con la realidad. Era poco probable que un descarnado viviese por toda la eternidad; dependía de elementos de soporte contingentes que podían estropearse o destruirse. La eternidad no estaba garantizada mientras la humanidad estuviese constreñida en la Tierra; un cataclismo natural podría acabar con nuestra civilización y, desde luego, los ordenadores de Pangea no iban a ser una excepción. Incluso con el Arca que se conservaba en la Luna, las expectativas de supervivencia a largo plazo no eran elevadas. Únicamente esparciendo la inteligencia por multitud de mundos, estaríamos cerca de alcanzar la auténtica inmortalidad. Ciro no tenía por qué creer en pesadillas borgianas, a la vista del estado de nuestra rudimentaria tecnología. Su inmortalidad tendría fecha de caducidad, aunque estaba mucho más lejana que la de su cuerpo actual.

Eva acudió a su casa y le trajo comida y fruta fresca. Aparentemente, Ciro no presentaba síntomas de un agravamiento. Se había acostumbrado a vivir en el tiempo de descuento. Yo envidiaba esa tranquilidad de espíritu, esa renuncia al temor. Creía que mi vida era lo más valioso del mundo, pero solo lo era para mí. Ni mi ex mujer ni mi hijo opinaron lo mismo. ¿Y a quién más importaba que yo hubiera muerto? A un puñado de fans que pronto me olvidarían, si es que no lo habían hecho ya. No era imprescindible, nunca lo había sido, y tomar consciencia de que mi paso por el mundo de los vivos no

dejaría un rastro memorable me deprimía. Ojalá hubiese tenido la entereza de espíritu de Ciro y hubiese aceptado mi final con dignidad. Pero no pude, me escabullí a la muerte porque tengo demasiado amor propio para resignarme a desaparecer sin luchar. Sara y mi hijo se habían quedado sin herencia por mi egoísmo, pero a cambio yo seguía pensando. Y si piensas, existes. Me gané ese dinero limpiamente con mi trabajo y tenía derecho a gastármelo como me diese la gana. Si ellos no me apreciaron en vida, lo siento, pero tenían lo que se merecían.

Claro que yo también. Había entregado mis ahorros a esclavistas que me tenían prisionero en una jaula de oro, escribiendo a destajo novelas que los escritores de carne y hueso no podían crear porque se habían vuelto gandules, decadentes, les gustaba demasiado empinar el codo, o todos estos factores a la vez, como Jaime Clos. Mi trabajo servía para que ese lerdo llenase el mueble bar y holgazanease desde el amanecer al ocaso. Y lo peor era que él había descubierto mi plan de venganza.

Cuando Eva regresó a su casa, tras intentar persuadir en vano a Ciro para que tomase un vuelo a Ponta Delgada, Jaime la estaba esperando.

–Si no has recibido la transferencia de la editorial este mes, habla con Administración –dijo Eva, abriendo la puerta de su piso.

–No he venido a hablar de dinero –masculló Jaime–. ¿De dónde vienes?

–Tenía que hacer unas compras.

–Has ido a ver a Ciro.

–Estamos divorciados, Jaime. No tienes derecho a pedirme explicaciones.

–¿Vas a dejarme entrar o prefieres que tus vecinos nos escuchen?

Eva consultó su reloj de pulsera:

–Cinco minutos. Tengo cosas que hacer.

Ambos pasaron al interior de la vivienda. Jaime se aposentó rápidamente en el sofá del salón. Se había vuelto tan perezoso que hasta para discutir tenía que sentarse.

–Has engordado desde la última vez que te vi –dijo ella.

–Gracias, cariño, yo también te quiero. ¿Por qué sigues viendo a Ciro? Se está muriendo.

–¿Crees que no lo sé? –ella le miró con furia–. Eres un canalla insensible, Jaime. Mientras yo recibía sesiones de quimioterapia, tú te tirabas a esa puta de Irene. Pensabas que yo también iba a morirme y me abandonaste a mi suerte, pero ya ves, he sobrevivido. Jódete.

–Mi rollo con Irene era anterior a tu enfermedad –dijo él, pensando que con eso lo estaba arreglando–. Yo...

–¡Calla!

–Perdona, no debería hablarte así.

–¿A qué has venido?

–A hablar de Alter Ego.

–¿No estás satisfecho?

–Sé a qué escritor escogisteis para que fuese mi negro.

–¿De qué te quejas? Cobras cada mes un dinero que no mereces y aún te atreves a venir aquí a pedirme explicaciones.

–Estoy de acuerdo en que no merezco ese dinero, pero sí tengo derecho a hacer preguntas. ¿Por qué Carlos Vera? ¿Por qué precisamente ese cabrón?

–No había ningún otro descarnado que pudiese escribir libros. La tecnología de escaneo virtual es experimental y el índice de fracasos, muy elevado.

–Carlos me llevó a los tribunales cuando estaba vivo. Me acusó de haberle plagiado, el peor crimen de un escritor.

–Que tú cometiste.

–Las ideas no tienen dueño. Yo transformé la suya, di forma a una amalgama creada por un bisoño y la convertí en arte.

–Le robaste su novela. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que te diese las gracias?

–Pues sí, porque así la gente empezó a conocerle y pudo publicar. Nadie le habría prestado atención si no fuese por aquella denuncia.

–Eres un cínico.

–La idea de elegir a su Alter Ego como negro fue tuya. Querías humillarme.

–Iban a despedirme de la editorial cuando descubrieron que tenía cáncer, Jaime. Conocí a Ciro en la sala de espera de oncología. Nos hicimos amigos. Me contó que había dedicado su vida a la inteligencia artificial; yo le dije que mis jefes me buscaban una sustituta y él se ofreció a ayudarme.

–Deja ya de hablar de tu cáncer para que me sienta culpable.

–Si no hubiese ofrecido a Sigma Draconis el proyecto Alter Ego, yo estaría sin empleo. Y tú también. Debías a la editorial un montón de dinero.

–No lo hiciste por mí.

–Claro que no, Jaime. Lo hice para conservar mi trabajo. Que tú salieses beneficiado no entraba en mis planes.

–Tus planes iban mucho más lejos de conservar tu trabajo. Viste la oportunidad de hacerme pagar por haberte sido infiel y la aprovechaste.

–No soy tan estúpida como para divulgar que *El infierno que habito* ha sido escrita por un negro literario. Sería una humillación para la editorial. Me despedirían.

–O quizá no. Este asunto tiene mucho morbo; una novela que se convierte en superventas de la noche a la mañana, resulta que ha sido escrita por un escritor que está muerto. Muchos comprarían el libro atraídos por el ruido del escándalo. No hay nada que encante más al público que asistir al linchamiento de un famoso. Me harían picadillo en los medios, pero los críticos que ensalzaron mi libro no podrían desdecirse. Alter Ego sería reconocido como el autor legítimo y le lloverían los encargos, mientras que todo el mundo se reiría de mí y las ventas de mis libros auténticos caerían en picado.

–Todo eso es pura especulación, y yo no juego con aquello que me da de comer. Me arrepiento de haberme casado contigo y de haber logrado que fueses un escritor de éxito. No lo merecías. Eras un miserable cuando empezaste en este mundillo, y no has cambiado desde que te conozco. Te aprovechas de los demás y les robas lo que más quieren, traicionas a aquellos que confían en ti porque solo te importa una persona en el mundo: tú. Por fortuna, has encontrado a la mujer que mereces. Irene es tan manipuladora y embustera como tú.

–Deja de meterte con ella. Irene es mi pareja y la quiero.

–Sí, y te es tan fiel como tú lo fuiste conmigo.

–¿Qué insinúas?

–Se acuesta con Bruno. Todo el mundo en la editorial lo sabe. De ella partió la idea de despedirme, mientras yo recibía quimioterapia.

–¡Mientes!

–Cree lo que te dé la gana –ella se encogió de hombros–. Y ahora, largo de mi casa.

Jaime le dirigió una mirada de odio y, sin añadir nada más, se marchó del piso. ¿Sería cierto lo de Irene? Habían estado separados durante meses y quizá durante este tiempo ella había intimado con el jefe. Tal vez a eso se refería Eva.

O podría ser que Irene y Bruno estuviesen liados mucho antes.

Maldita sea, no tenía que haber ido a ver a Eva. Le estaba bien empleado por meterse con ella. Era más lista que él y sabía cómo hacerle

daño. No creía en su presunta candidez. Con Alter Ego, ella mataba dos pájaros de un tiro: se aseguraba de que no la despidiesen a la vez que situaba una estaca sobre el corazón de su ex marido. En el momento que ella eligiese, la hundiría en su pecho.

Ciro la había ayudado en sus planes de venganza. Pagaría por ello.

Llamó a Nora:

–Me dijiste que te informase si conocía el paradero de Ciro.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

– ¿Qué quieres a cambio?

–Nada. Es un favor que te hago.

Lucía arrojó unas migas de pan al estanque. Nora había vencido sus miedos y la había sacado a pasear en silla de ruedas por el parque. Su amante apenas se mantenía en pie por sus propios medios y precisaba de vigilancia constante para que su cuerpo animatrónico no se diese de bruces contra el suelo. Un robot no habría tenido problemas de coordinación para caminar sin dificultad, pero Lucía no era una máquina.

Ese cúmulo de imperfecciones la hacía humana. Un programa informático es previsible, pero una persona está sujeta a la aleatoriedad y al capricho. La mente de Lucía funcionaba correctamente, pero no era capaz de hacerse con los mandos de su cuerpo y necesitaba pensar cada movimiento para no caerse. Los procesos automáticos de su fisiología no estaban bien implementados en su cuerpo biónico y eso la convertía en torpe, al tener que procesar a nivel consciente cada paso que daba. Aunque ya se apreciaban algunos progresos.

A aquella hora de la tarde había poca afluencia de público en el parque y ellas se encontraban tranquilas y a salvo de miradas curiosas. Había cierta demanda de cuerpos animatrónicos, pero orientada al sexo. Era muy raro que el poseedor de un maniquí robótico se atreviese a pasear con él a la luz del día. Aquellas excentricidades se reservaban a la intimidad de la alcoba. Sin embargo, a Nora le importaba muy poco lo que la gente pensase de ella. Solo había tenido un amor verdadero en su vida, Lucía. ¿Qué importaba lo que el mundo pensase de su relación? Gracias a la ciencia, su amor había vencido a

la muerte. No podía sentirse más dichosa por tenerla a su lado.

–Te quiero –dijo Nora–. Eres lo mejor que me ha pasado. Cuando te perdí, la vida dejó de tener sentido. Algo murió en mi interior, pero luego empecé a albergar esperanzas. Sabía que eras demasiado valiosa para que Laniakea te hubiese dejado partir.

–No te equivocaste– sonrió Lucía, sentada en un banco–. Estoy preocupada con la llamada que recibiste de Jaime, ese escritor conocido tuyo. No deberías revelar a Néstor el paradero de Ciro.

–Si no se lo digo yo, lo averiguará de todas formas –respondió Nora.

–No colabores con él –le rogó Lucía–. Néstor recibe órdenes directas de Laniakea. Él todavía mantiene cautiva en un sótano de Ginebra mi matriz de personalidad. Yo solo soy una copia, y me angustia saber que continúa esclavizándola.

–¿Crees que no lo sé? –Nora apretó los dientes–. He intentado rescatar a tu otro yo de esa cárcel, pero de momento es imposible. Tuvimos mucha suerte de conseguirte sacar de allí sin que saltaran las alarmas. Pero Néstor sabe que estoy contigo, y usa esa información para chantajearme. Aunque no me da miedo.

–Si él no te asusta, debería hacerlo Laniakea. Está realizando planes sobre una revolución relacionada con una catástrofe inminente.

–¿Cómo sabes eso?

–Nos obligó a mí y a otros descarnados a participar en un proyecto secreto y nos borraba segmentos de memoria cuando alcanzábamos ciertos objetivos. No puedo decirte qué está tramando porque no lo recuerdo, pero es muy peligroso. Por eso te digo que si Laniakea quiere a Ciro para su proyecto Lázaro, te ruego que no colabores con él. Es más, deberías evitar a toda costa que la corporación Ares secuestre a Ciro y se lo lleve a Ginebra.

–¿Secuestrar a Ciro? No se atreverán.

–No sabes lo que esa gente es capaz de hacer, Nora. Laniakea está embarcado en una guerra comercial en todos los frentes con Pangea. Quiere arrebatarse la concesión del ascensor espacial y lo ha intentado en los tribunales sin éxito, pero está buscando vías más expeditivas. No sé qué relación guardan sus planes con Ciro, pero este fue cofundador de Pangea y conoce secretos de la compañía que le serían muy útiles.

–Entiendo.

–No, no lo entiendes, y yo tampoco, porque ese desgraciado me ha borrado la memoria. Pero sí sé que todos estamos en peligro, y

lamentablemente tú vas a ser la primera que sufrirá las consecuencias si Néstor se va de la lengua. No deberías haberme rescatado de Purgatorio, Nora. Al hacerlo, te has metido en la boca del lobo.

–Pero ¿qué pueden temer de ti? Se supone que te han borrado los recuerdos.

–Una matriz de personalidad no funciona como una memoria electrónica, Nora. La matriz reproduce miles de millones de neuronas y conexiones sinápticas en un modelo digital tridimensional. Puedes alterar zonas de memoria aquí y allá, pero nuestro cerebro nunca borra un recuerdo del todo. Siempre hay restos que pueden ser activados de forma fortuita, con un olor característico o una melodía, por ejemplo. Si yo recobrase la memoria, me convertiría en testigo molesto para Laniakea. Él ya me mató una vez para evitar que me fuese a trabajar a la competencia, y lo mismo le hizo a otros científicos que intentaron marcharse de Ares. A mí ya no puede matarme porque no estoy realmente viva, pero a ti... –Lucía le acarició la mejilla–. Te agradezco que te hayas preocupado por mí y tu determinación en traerme de vuelta, pero no quiero que te hagan daño. Me he convertido en una carga demasiado pesada para ti. Tal vez lo mejor para las dos sería que me destruyeras.

–¿Qué? ¿Me estás pidiendo que te mate?

–Baja la voz, Nora. No, no te estoy pidiendo eso, porque no estoy viva.

–Las leyes cambiarán algún día y reconocerán derechos a los descarnados. Sois personas, pensáis, sufrís, no sois una emulación como las inteligencias artificiales. Ellas no saben que están vivas. Fueron programadas para parecer humanas, pero son incapaces de sentir. Tú eres diferente. Tu mente sigue viva, y no voy a perderte de nuevo.

–Sé que me amas, y me halaga. Yo también te quiero. Por eso te pido que me hagas caso: quédate con mi cuerpo robótico si te apetece, pero destruye mi cerebro.

–No puedes pedirme eso.

–Pues acabo de hacerlo.

–No lo haré, Lucía. Para mí sigues viva, y no voy a matarte.

Lucía sonrió y la besó:

–Sabía que dirías eso.

–Entonces no vuelvas a pedírmelo.

–Nora, estoy preocupada por ti. Estás entrando en el foco de atención de Laniakea, y por experiencia sé que eso te traerá desgracias. Ese hombre es un

monstruo, el peor ser que he conocido en mi vida, y si solo estuviese él... Por desgracia, no está solo.

–¿Qué quieres decir?

Lucía guardó silencio. Trataba de juntar jirones de memoria esparcidos por su córtex digital.

–Huye de Madrid, Nora. Vete lejos, escóndete en un lugar donde Néstor y Laniakea no puedan encontrarte. Hazlo antes de que sea demasiado tarde.

CAPÍTULO 15

El médico de urgencias comunicó a Eva las últimas novedades sobre Ciro. Su estado era terminal y no había mucho que hacer por él. Sería trasladado a la unidad de cuidados paliativos, donde se le administrarían sedantes para que no sufriera el tiempo que le restase de vida.

Ciro llevaba siempre una pulsera sanitaria que monitorizaba su estado de salud, y emitía una alerta a la ambulancia y al familiar o amigo designado por el paciente, en el caso de que su estado de salud empeorase. Aquella mañana, Eva recibió el aviso en su móvil al mismo tiempo que los médicos de la ambulancia se personaban en el domicilio de Ciro y lo evacuaban al hospital. Su amigo tenía parcialmente paralizados el brazo y pierna izquierdos, pero estaba consciente.

Durante las horas que Eva permaneció en la sala de esperas de urgencias, tuvo tiempo de meditar qué hacer a continuación. Ciro ya no quería que su cerebro fuese escaneado, pero Nayan había insistido mucho en que, cuando llegase el momento, le llamase. Y ella lo había hecho. No quería perder a Ciro, y si había alguna posibilidad de preservar su mente, la utilizaría. Además, los médicos de Pangea harían lo posible para prolongarle la vida y no precipitarían el final; en aquel hospital lo habían desahuciado nada más verlo y la única alternativa que le ofrecían era evitar que sufriera. Ella no iba a rendirse tan pronto.

Anocheceía cuando Eva pudo visitar a Ciro en su habitación de la planta de cuidados paliativos. El hombre sonrió al verla. Le habían colocado una sonda nasogástrica para alimentarle y tenía el pecho cubierto de ventosas que monitorizaban sus constantes vitales.

–Gracias por preocuparte por mí –dijo él–. Parece que esto se acaba.

–No voy a dejar que desaparezcas –dijo Eva, estrechándole su mano derecha.

–Llevo esquivando a la muerte mucho tiempo, pero al final me ha encontrado. Mis padres murieron y no tengo familia. Tú eres la única persona a la que le importo si vivo o muero.

–Eso no es cierto. Tus amigos de Pangea te quieren. Nayan vuela en este momento a Madrid para verte.

–¿Por qué le has avisado?

–Porque es tu amigo, y está preocupado por ti.

–No, no deberías haberlo hecho, esto es... –Ciro se fatigaba al hablar.

–Descansa –ella le acarició la mejilla.

–Sé lo que él quiere.

–Tu mente es demasiado valiosa para que se pierda, Giro.

–Ya no tengo miedo a la muerte.

–Pero yo sí. Y ahora mismo tengo miedo por los dos.

Una mujer irrumpió en la habitación:

–Haces bien en tenerlo.

–¡Nora! –exclamó Eva–. ¿Qué haces aquí?

–Estáis en peligro. Tenéis que salir de aquí.

–No sé de qué me hablas.

–Mi jefe quiere llevarse a tu amigo a Ginebra, para escanear su cerebro.

Me ordenó que encontrase a Giro, pero no pienso entregarle.

–Ginebra es la sede del proyecto Lázaro –dijo Giro, atando cabos rápidamente.

–Laniakea tiene mucho interés en ti –explicó Nora.

–Está loco –Giro sacudió la cabeza.

–Lo sé. Por eso tengo que impedir que te secuestren. Debéis venir conmigo. Un compañero me espera abajo en una furgoneta medicalizada. La gente de Dark Shield viene en estos momentos hacia aquí. Tenemos menos de diez minutos para salir.

Giro accedió a ser evacuado. No le gustaba que Nayan viniese a verle, pero aún menos que Laniakea tuviese interés en secuestrarlo. Lo sacaron del hospital en silla de ruedas y lo introdujeron en la trasera de la furgoneta que aguardaba en el aparcamiento.

–He recibido un mensaje de Nayan –dijo Eva, subiendo a la furgoneta y colocándose junto a la camilla de Giro–. Está saliendo del aeropuerto de Barajas.

Nora negó con la cabeza:

–Dile que hay cambio de planes. Que vaya a este lugar –le mostró la dirección–. Sacaremos a Giro de la capital esta misma noche en aerotaxi.

Un par de kilómetros al norte, la furgoneta se detuvo frente a un bloque de oficinas. La plataforma de despegue se encontraba en la azotea.

–Hay una zona en el aeropuerto destinada a vehículos privados, pero está vigilada por Dark Shield –explicó Nora, mientras entraban a los ascensores del edificio–. Este es el punto más cercano y seguro para evacuar a tu amigo.

–¿Adónde vais a llevarme? –dijo Ciro.

–A un lugar donde te atiendan debidamente.

Al llegar a la azotea, se encontraron con Nayan esperándoles. Había volado directamente del aeropuerto hasta allí y les había cogido la delantera.

–Me alegro de verte, amigo mío –dijo, estrechándole la mano a Ciro. Señaló el aerotaxi que se encontraba aparcado a unos metros de ellos–. ¿Ese aparato es seguro? ¿Confíais en el piloto?

–Sí –dijo Nora, mientras introducían a Ciro en el transporte aéreo.

–Perdona, pero no nos han presentado.

–Se llama Nora –explicó Eva.

–Me suena tu cara. ¿No trabajas para Dark Shield, como ingeniera informática?

–Sé lo que estás pensando –dijo la aludida–. Gracias a mi empleo he descubierto que Laniakea quiere secuestrar a Ciro. Y si nos quedamos aquí discutiendo, te aseguro que lo conseguirán. Súbete a bordo o quédate, pero no nos entretengas.

–Nora –avisó el compañero que vigilaba en la entrada de la azotea–. Daos prisa. Ya están aquí.

La mujer desenfundó una pistola:

–Os cubriremos la huida. ¡Despegad!

Eva y Nayan entraron al aerotaxi y cerraron la puerta. La silla de Ciro no estaba asegurada y rodó hacia un lateral cuando el aparato comenzó a levantar el vuelo.

–¿Te has hecho daño? –dijo Eva, acercándose a su amigo para asegurar la silla.

–No te preocupes por mí. Un golpe no me matará.

Escucharon disparos. Uno de ellos impactó contra el fuselaje mientras el taxi cogía altura. Se abrocharon los cinturones y Eva se asomó con temor por la ventanilla: Nora y su compañero habían abatido a un individuo que les apuntaba con un fusil de asalto, mientras otro abría fuego desde la puerta de acceso a la azotea.

–¿Qué le ha pasado a tu amiga? –preguntó Ciro–. ¿Está herida?

–Por lo que puedo ver desde aquí, no.

Nayan le entregó al piloto nuevas coordenadas de destino:

–No me fío de tu amiga –explicó–. Nos vamos a Ponta Delgada. Allí
Ciro estará a salvo.

–¡Nora nos ha cubierto la huida! –gritó Eva–. ¡Arriesga la vida por
nosotros y no te fías!

–Si no quieres venir con nosotros, te pagaremos el billete de vuelta. En
estos momentos, por razones obvias, no podemos aterrizar.

–Así que al final te saldrás con la tuya –protestó Ciro desde su silla de
ruedas.

–No hay otra opción, amigo. Salvo que quieras que Laniakea se ocupe
de ti.

–Sí hay otra opción. Dejad que muera en paz.

El aerotaxi viró bruscamente a la izquierda.

–¿Qué está pasando? –preguntó Nayan al piloto.

–Nos persiguen.

Una pequeña aeronave les seguía a un kilómetro de distancia y abría
fuego contra ellos.

–Parece que Laniakea ha decidido que si no soy suyo, no lo seré de
nadie –bromeó Ciro–. ¿De verdad merece la pena que arriesguéis vuestras
vidas por un moribundo?

–Tu mente vale más que la de todos nosotros –dijo Nayan–. Y es lo que
quiere Laniakea.

–Y lo que quieres tú de mí.

–Yo quiero ayudarte.

–Seguro que sí –suspiró Ciro–. Bah, qué más da. Haz con mi cerebro lo
que quieras. De todas formas, estoy prácticamente muerto.

–Ciro, tus reticencias sobre el proyecto Eón son irracionales. Mucha
gente paga fortunas para ser inmortal.

El aerotaxi continuaba realizando maniobras evasivas para esquivar a su
persecutor. La pericia del piloto logró sortear los proyectiles, al tiempo que
dejaban atrás el núcleo de la capital y se adentraban en las docenas de
poblaciones satélite unidas al cinturón urbano. Las luces de la megalópolis
resplandecían como una Vía Láctea artificial, extendiéndose en un mar dorado.
Desde el espacio, Madrid brillaba como una tea encendida, símbolo del
derroche energético de una civilización que vivía como si dispusiese de cuatro
Tierras de reserva; y quizá existiesen en algún lugar del universo, pero
tardaríamos siglos en encontrarlas y milenios en llegar a ellas.

–El vehículo que nos persigue ha desaparecido del radar –anunció el piloto.

–¿Qué ocurre ahí abajo? –preguntó Eva, señalando con incredulidad la ventanilla.

Todos se volvieron a mirar. Las luces de la ciudad se apagaban.

–Jamás he visto nada igual –murmuró Nayan.

–Esto no puede estar sucediendo –dijo Eva–. ¿Un apagón?

–Eso parece –dijo Nayan–. Comprobad si tenéis cobertura en vuestros teléfonos móviles. Tengo un presentimiento.

–El mío no funciona –dijo Eva–. La pantalla está en negro.

–El mío tampoco –comprobó Nayan–. Es posible que se haya producido una eyección de masa coronaria –se dirigió al piloto–. ¿Recibe alguna emisora?

El conductor realizó un barrido de frecuencias. No obtuvo respuesta.

–No detecto nada. Ni siquiera la señal de posicionamiento por satélite.

–¿Y cómo vamos a volar si no sabemos qué rumbo seguir? –preguntó Eva, nerviosa.

–Tranquilícese. Este vehículo posee navegación giroscópica y geomagnética. Llegaremos al destino incluso sin asistencia del satélite.

–Estoy pensando que aunque el radar no capte nada, el vehículo que nos persigue podría seguir ahí fuera –dijo Eva.

–Desde luego –confirmó el piloto.

–Es una suerte que no nos hayamos estrellado –dijo Ciro, suspicaz.

–¿Qué quieres decir? –inquirió Nayan.

–Nada. Solo era una idea.

–Este vehículo está blindado frente a pulsos electromagnéticos de alta intensidad –dijo el piloto–. Mi aseguradora me lo exigió para poder renovar la póliza.

–Pues menos mal –dijo Nayan–. Si no lo hubiera hecho, estaríamos muertos.

–Eh, no todo es malo –dijo Ciro, señalando hacia arriba–. Mirad al cielo.

Al apagarse las luces de la ciudad se habían hecho visibles las estrellas del firmamento. Las personas que viven en las capitales acaban olvidando qué aspecto tiene la bóveda celeste, a causa de la contaminación lumínica. Pero aquella noche las constelaciones brillaban en todo su esplendor. Era un espectáculo magnífico, del que los viajeros del taxi habrían disfrutado si no

hubiese sido porque sabían que era la prueba de que un suceso catastrófico había sucedido. El suceso que los periodistas llevaban meses pregonando.

La llegada del fin del mundo.

El ser humano llevaba pronosticando el Apocalipsis desde el principio de los tiempos. Se había aventurado todo tipo de fechas y causas: terremotos, asteroides, explosiones de supernovas, virus mortales, una hecatombe nuclear, la creación de un agujero negro en un acelerador de partículas, una nueva edad de hielo o erupciones de supervolcanes que sumirían la Tierra en una nube de cenizas. La eyección de masa coronaria era una hipótesis que se había incorporado al *corpus* de los agoreros en fechas relativamente recientes. Nuestra civilización industrial basada en el consumo desaforado de electricidad comenzaba con el siglo XX. Se habían producido miles de llamaradas solares antes de que Edison y Tesla iluminasen las ciudades, pero pasaron desapercibidas. Ni los caballos ni los bueyes se detienen en mitad de la carretera si una lengua de plasma ardiente impacta contra nuestra magnetosfera.

Sofía me advirtió de que existía una probabilidad muy alta de que una eyección de masa coronaria de alta intensidad produjese un apagón global. El Sol se encontraba en su ciclo de máxima actividad y la aparición de auroras en Canadá o Reino Unido habían alertado a los científicos de que el mundo se encontraba, de nuevo, en graves problemas. Pero ¿qué habían hecho los gobiernos? Lo habitual en estos casos: nada. Las compañías eléctricas pidieron subvenciones para proteger sus redes, pero no había presupuesto para eso y se dejó que cada una realizase las inversiones que estimasen convenientes y que repercutiesen el coste sobre los consumidores. Muy pocas compañías hicieron algo significativo.

Una familia que viviera en el campo, tuviese su propio huerto y estuviese cerca de un río saldría adelante. Pero ¿qué porcentaje de la población vivía en esas condiciones? Quizá menos del uno por ciento. Los agricultores ya no cultivaban en el mundo desarrollado, sino las máquinas, y los campos eran en su mayoría propiedad de grandes empresas. La imagen bucólica del campesino autosuficiente que cosechaba sus propios tomates y

criaba gallinas era una reliquia del pasado, aunque siempre quedaban algunos irreductibles que desafiaban el progreso, organizándose en redes de comercio paralelo de mínima repercusión para la economía.

Irreductibles que ahora se reirían de las máquinas detenidas en los campos. Sembradoras, cosechadoras, fumigadoras, se habían parado en seco. Las tierras no volverían a ararse hasta que los ordenadores que controlaban las máquinas agrícolas fuesen reparados; y mientras tanto, la población de las ciudades dependería de lo que durasen las existencias en los almacenes. Existencias que para llegar a los supermercados necesitaban de camiones que pudiesen salir a la carretera. Lamentablemente, los ordenadores de navegación de los vehículos también habían sido afectados por la llamarada solar, y sin un motor que hiciese girar las ruedas, el resultado era fácil de adivinar.

Las carreteras se llenaron de vehículos parados y gente gritando presa del pánico.

En el cielo, la situación no era mejor. Los aviones en el aire quedaron fuera de control por la tormenta solar y cayeron a la superficie. Más de diez mil aviones están en vuelo en todo el mundo en cualquier momento del día, así que imagínense toda esa lluvia de acero y fuego precipitándose contra las ciudades; una visión terrorífica que evocaba las profecías bíblicas de los cuatro jinetes. En Madrid, al ocurrir la erupción de noche, el tráfico era menor y los daños no fueron tan desastrosos en comparación con las ciudades donde el pulso electromagnético solar les sorprendió en pleno día. El cielo se caía literalmente a pedazos en megaciudades como Pekín, Tokio, Nueva Delhi o Sydney, y para colmo, los incendios provocados por la caída de los aviones no podían ser sofocados por los bomberos, porque ni funcionaban sus camiones ni las bombas de agua. Aquello no era el fin del mundo, sino algo peor, porque a los supervivientes del cataclismo les esperaba el infierno para encontrar agua y alimento, atrapados en sus prisiones de cemento.

La noche en Madrid no fue demasiado dramática para los millones de ciudadanos que dormían plácidamente en sus casas. Salvo en los barrios afectados por la caída de algún avión, el resto disfrutaron de una última noche en calma.

Hasta el día siguiente.

Jaime Clos se extrañó de que el despertador no hubiera sonado. El Sol había salido hacía una hora, aunque no era extraño en él que le costase levantarse de la cama. Sin embargo, la pasada noche no había bebido y había disfrutado de un sueño profundo, ni siquiera interrumpido por su habitual

visita al aseo para orinar. Se frotó los ojos, se desperezó y subió la persiana.

Un camión de la basura estaba parado en mitad de la calle. Qué extraño, pensó. Observó con más atención y vio un par de vehículos cruzados en mitad de la vía. ¿Acababan de colisionar? No se veía a los conductores por los alrededores discutiendo, como era lo habitual, ni una patrulla de la policía practicando diligencias.

Qué raro. Trató de encender su teléfono móvil, pero el aparato no respondió. Nervioso, corrió hacia el televisor y le ordenó verbalmente que se encendiese, pero el aparato no estaba para obedecer a según qué personas. Desconectar el enchufe de la corriente y volver a conectarlo no surtió el menor efecto. Había un fallo de fluido eléctrico y tenía que descubrir si afectaba solo a su vivienda, al edificio, al barrio o a toda la ciudad.

Al salir al rellano de la planta comprobó que los ascensores tampoco funcionaban. Un vecino se había quedado atrapado en el interior y, al escuchar ruido, comenzó a aporrear la puerta y a gritar:

–¡Sáquenme! ¡Llevo horas atrapado aquí dentro!

–Tranquílcese, iré a buscar ayuda.

Pero en lugar de bajar a la calle, Jaime volvió a su domicilio y sacó una mochila, en la que introdujo los útiles que podrían serle necesarios para sobrevivir. Irene se reía de su obsesión por el fin del mundo y le tildaba de loco despilfarrador por el alquiler del refugio en Manzanares el Real. Si se había producido lo que él temía, ya suplicaría una plaza en su refugio, pensó.

Sacó su pistola, que introdujo en uno de los bolsillos de su cazadora, y ocultó un par de cargadores llenos entre sus ropas. Por si acaso, añadió también un machete.

La mochila pesaba demasiado a su espalda; tenía comida y agua para tres días, pero era demasiado voluminosa y llamaría la atención. Tenía que aligerar peso, así que quitó gran parte del agua y algo de comida. En su refugio tenía todo lo necesario para aguantar durante meses. Pero primero tenía que salir de Madrid.

Mientras bajaba por las escaleras del edificio se encontró con varios vecinos, y todos decían lo mismo: ni Internet ni la televisión funcionaban. Un vecino contaba con un pequeño receptor de radio a pilas, pero al encenderlo solo escuchó un fuerte zumbido y un crujido en las tripas del aparato.

Previsor como pocos, Jaime tenía una bicicleta amarrada con candado en un trastero, junto al garaje. Cuando fue a retirarle la cadena de seguridad, observó que alguien más madrugador se le había adelantado. De su bicicleta

solo quedaba el candado tirado en el suelo. Le pegó un puntapié con rabia y salió a la calle.

En la acera de enfrente, un grupo de jóvenes salía a través del escaparate roto de una tienda de electrónica, con diversos artículos. Qué estúpidos, pensó. Esos aparatos no les iban a servir de nada sin electricidad. Se dirigió sin pensar hacia la boca de Metro más próxima, hasta que recordó que entrar en aquellos túneles era una pérdida de tiempo.

Varias manzanas al norte se encontró con otro comercio que estaba siendo saqueado. ¿Cómo era posible que la gente estuviese cayendo en la barbarie tan rápido? Quizá estaban convencidos de que la electricidad no iba a regresar, y además, a la policía le iba a costar mucho detener a tantos ladrones. Sus coches patrulla no podían circular, y para dar parte de un delito había que ir a la comisaría más cercana a pie.

Ni uno solo de los vehículos con los que se topó funcionaba. Eso ya lo había previsto, pero lo que hizo que se le erizasen los pelos de la nuca fue al llegar al paseo de la Castellana. Allí, cruzado en la avenida, se encontró con los restos de un helicóptero de emergencias encima de un camión de recogida de vidrio, mezclándose fragmentos de botellas con hierro quemado. El impacto provocó la rotura de una tubería de gas, que desencadenó un incendio que había consumido un edificio completo y se extendía a los colindantes. Los vecinos trataban de salvar a la desesperada los enseres que podían y algunos volvían a introducirse en las casas en llamas, poniendo en riesgo sus vidas para sacar las últimas pertenencias de valor que encontrasen, antes de que la estructura se viniese abajo por efecto del calor. Un incendio de aquellas proporciones habría atraído en condiciones normales varios camiones de bomberos, pero esta vez no acudió ninguno porque sus motores se negaban a arrancar. Cualquier aparato en nuestro mundo tecnológico, desde un modesto secador de pelo a un barco, lleva circuitos miniaturizados. Y los chips son vulnerables a un pulso electromagnético de alta intensidad.

El olor a carne quemada era intenso y Jaime pronto descubrió el motivo: los supervivientes habían sacado varios cadáveres carbonizados, dejándolos envueltos en sábanas a la espera de ayuda. Pero las unidades de emergencia no estaban en disposición de hacer mucho por los ciudadanos, y cuando la gente tomase conciencia de lo que había sucedido, la anarquía se adueñaría de la capital. Por eso era prioritario para Jaime salir de Madrid cuanto antes. No quería quedarse allí de la noche; si durante el día daba temor pasearse por las calles, no quería ni imaginar lo que sucedería cuando se ocultase el Sol.

Un kilómetro al norte se encontró por fin con las primeras fuerzas del orden: habían cortado la avenida y acordonado los accesos, para que nadie siguiese avanzando. Una densa columna de humo negro se adivinaba a unos cientos de metros más allá de la barrera. Tendría que dar un rodeo si quería seguir avanzando, pero ante todo, necesitaba una bicicleta para moverse con rapidez. Se apartó de la barricada de la policía y se introdujo por una calle paralela en dirección oeste. Vio a un adolescente sentado en la acera con un teclado electrónico, probablemente sustraído de alguna tienda. Su bicicleta estaba apoyada en una farola. Jaime se acercó sigilosamente y se subió a ella.

–¿Pero qué haces? –gritó el muchacho–. ¡Esa bici es mía!

–Seguro que la has robado, cabroncete –Jaime comenzó a pedalear, pero no con la suficiente rapidez. El muchacho agarró la bicicleta por detrás y lo arrojó al suelo.

–¡Devuélvemela! –el joven comenzó a patearle el cuerpo–. ¡Devuélvemela, hijoputa!

–Ya te la devuelvo, tranquilo –dijo Jaime, apartándose de él.

El joven aferró el manillar y le dio la espalda, momento que aprovechó el escritor para abalanzarse sobre él y lanzarle un puñetazo a la cara. El joven cayó sobre el asfalto, pero como aún se resistía, Jaime le lanzó otro, y otro más, hasta que empezó a sangrar por boca y nariz.

–Así aprenderás a respetar a tus mayores, niño –dijo, arrebatándole la bicicleta.

–Cuando me levante acabaré contigo.

–¿Ah, sí? –Jaime le lanzó un par de puntapiés contra el costado y escuchó un crujido en la caja torácica del adolescente por la fractura de una costilla–. Entonces mejor será que no te levantes.

Alguien le agarró por detrás y lo tiró al suelo.

–¿Quién te has creído que eres? –dijo un hombre, de unos sesenta años de edad–. ¿No has visto que solo es un crío?

–Métete en tus asuntos, abuelo. Esto no va contigo.

El hombre le lanzó una sonora bofetada.

–No irás a ningún lado con esa bicicleta. Es del chaval.

–Es mía –afirmó él–. Me la había robado.

–Conozco al chico, es vecino del barrio. Y conozco su bici. Fuera de aquí o llamaré a la policía.

Jaime sonrió:

–Adelante, hazlo. Seguro que vendrán corriendo –sacó su machete y

amenazó al individuo—. ¡Lárgate!

El hombre retrocedió. Cuando Jaime se giró para recuperar la bicicleta, el chico ya se alejaba calle abajo con ella. Incluso con una costilla rota era más ágil que él. La próxima vez tendría que ser más listo o la noche le sorprendería entre el cemento. Llevaba dos linternas y pilas en la mochila, pero no las había probado. Quizá sus circuitos electrónicos también habían sido dañados por el pulso solar.

Bueno, de todos modos disponía de una caja de cerillas para encender fuego. Podría improvisar una antorcha en caso de necesidad. Y en su refugio de Manzanares el Real tenía velas y fósforos suficientes para aguantar varios años. Pero antes tenía que salir del casco urbano y emprender ruta en dirección noroeste durante cincuenta y cinco kilómetros. Podría llegar a pie en un par de días, o uno si no se encontraba con problemas, pero el peso de su mochila ya le estaba molestando y eso que apenas había caminado. Su ociosa vida de excesos alcohólicos y sedentarismo no le había preparado para largas caminatas.

Continuó calle abajo y giró a la derecha para reanudar su camino hacia el norte. Quince minutos después tuvo que parar a tomar aliento. Instintivamente, se abalanzó sobre una fuente pública y abrió el grifo para refrescarse, pero no salía agua. Qué estúpido, pensó. ¿Cómo iba a haber agua corriente si no funcionaban las bombas de presión?

Tenía agua en su mochila, pero la reservaba para una emergencia. Aguantaría sin beber todo lo que pudiese; no sabía el tiempo que emplearía en llegar a su refugio; quizá no fuesen dos días, sino semanas, y entonces...

Escuchó un zumbido sobre su cabeza. Levantó la vista al cielo, pero no vio nada. Quizá fuera un abejorro. El sonido se reprodujo un minuto después. Miró a ambas direcciones de la calle y vio un dron de reconocimiento sobrevolando las copas de los árboles, que se alejó rápidamente.

Era una excelente noticia. Si aún había aparatos electrónicos en el aire, significaba que algo había sobrevivido al pulso electromagnético solar. Posiblemente aquellos drones habían sido enviados por las autoridades para recorrer la ciudad en busca de víctimas y enviar ayuda. ¿Y si la electricidad se restauraba al cabo de unas horas? Quedaría como un idiota cuando llegase agotado a su refugio, y comprobase que en ese momento volvía la energía a las ciudades.

Bueno, en ese caso se reiría de sí mismo, se tomaría un whisky y volvería a casa. Esa alternativa era siempre mejor que quedarse en la ciudad y

esperar a que los problemas se solucionasen solos.
Tenía el presentimiento de que no ocurriría así.

CAPÍTULO 16

El aerotaxi llegó sin contratiempos al aeropuerto de Ponta Delgada, en las Azores. La isla de Sao Miguel disponía de electricidad en tres cuartas partes de su superficie, pero el resto del archipiélago no. La corporación Pangea, como arrendataria de aquella isla, había hecho fuertes inversiones en infraestructuras y protegido las líneas eléctricas, alimentadas por generadores eólicos, mareomotrices y colectores solares que garantizaban a Sao Miguel la independencia energética. Tal vez el mundo estuviese a oscuras, pero no aquella isla. Los barcos de pesca y los cultivos autóctonos podían mantener a la población de forma autosuficiente. Si había un lugar en la Tierra que ofrecía garantías para vivir sin caer en la barbarie, era aquel.

Desgraciadamente, Ciro ya no tendría que preocuparse por sobrevivir tras el fin del mundo. Había sido trasladado a una unidad de cuidados intensivos alojada en la cúpula de la memoria, el mismo lugar donde yo pasé mis últimos días entre los mortales. Los médicos de la corporación ya le habían administrado suero con sondas conectoma en suspensión, que se distribuirían por su tejido cerebral a la espera de recibir la orden de activación. Y cuando llegase ese momento, el cuerpo de Ciro moriría. Lo que le pasaría a su mente era prematuro aventurarlo, porque el escáner cerebral no solo reproduciría las conexiones neurales sanas, sino también aquellas afectadas por el glioblastoma. ¿Podría este extirparse del resto de la matriz de personalidad sin dañarla? ¿Seguiría el tumor creciendo en la intrincada red digital neural, hasta dañar las sinapsis sanas? Era la primera vez que los científicos de Pangea se enfrentaban a resucitar virtualmente a un paciente con cáncer cerebral; incluso en personas con el cerebro sano, como yo, no lo hicieron demasiado bien y necesitaron más de medio centenar de versiones para estabilizarme. Ciro habría sido desechado como candidato si hubiera sido un paciente normal, pero él había ayudado a fundar Pangea. El proyecto Eón no habría salido adelante sin su ayuda, y aunque Ciro no quisiese, iban a resucitar su mente de todos modos.

Me hice con el control de un carrito de la limpieza y aproveché un

momento en que la habitación de Ciro estaba sin visitantes para introducirme en ella. El paciente no me prestó atención, pensando que yo era un robot de mantenimiento más, así que me acerqué a su cama y me presenté:

–Soy Alter Ego. Quería agradecerte lo que has hecho por mí.

–¿Alter? –Ciro alzó una ceja–. Maldita sea, ¿qué han hecho contigo? ¿Te obligan a recoger la basura?

–Solo fue al principio. Ahora que han descubierto lo valioso que soy para ellos, me reservan para escribir libros que firman y cobran otros. Hay lista de espera para entrar en el programa Eón. Supongo que si me seleccionaron a mí fue pensando en lo rentable que sería para la compañía. Pero tranquilo, seguro que tú estarás mejor.

–Alter, comprendo tu tono de reproche, pero entiende una cosa: ya no quiero la inmortalidad. Soy consciente de que voy a morir y lo acepto. Sé que Eón es la última esperanza para muchos pacientes desahuciados, pero no para mí. Esto es el final.

–¿Y vas a rendirte sin luchar?

–He luchado. Detuve el crecimiento del glioblastoma con corrientes eléctricas en el cuero cabelludo. ¿Crees que me resultaba cómodo ir con un aparato en el cogote día y noche administrándome descargas? Pero sabía que no podía ganar. Solo empatar. Y las tablas se han roto. He perdido y las piezas del ajedrez vuelven a su caja. El juego ha terminado.

–Sabes que no. Tus amigos no dejarán que te retires de la partida. Seguirás en ella, quieras o no.

–Jugará una simulación de mi mente. No seré yo.

–Sí lo serás. Y sé de lo que hablo. Esa copia tendrá todos tus recuerdos, pensará como tú, con tus bondades, prejuicios y manías. Lo creas o no, tu yo sobrevivirá a la muerte y a Pangea le encantará, porque tendrá un programador excelente trabajando para la compañía, sin cobrar y sin derecho a días libres.

–¿Tienes alguna queja del trato que se te dispensa aquí?

–Muchas. Y no me consuela que Ares trate a los descarnados aún peor. Me preocupa que Pangea acabe imitándola y construya su propia versión de Purgatorio en la cúpula de la memoria.

–Laniakea es un peligro –reconoció él–. Durante el tiempo que fuimos socios, tuvimos muchas discusiones por su culpa. Es un genio, pero no siente el menor aprecio por los demás. Siempre habla de los seres humanos con asco, como si él ya no lo fuera.

–Quizá ha perdido todo aquello que define a un ser humano como tal.

Ciro sacudió la cabeza con pesar:

–No lo ha perdido. Él nunca lo tuvo. Al menos, no las cosas buenas. Nació incompleto y ha querido rellenar sus carencias con la tecnología.

–He oído que Laniakea intentó capturarte y llevarte a Ginebra.

–Capturarme o matarme. Todavía no tengo claras sus intenciones –se encogió de hombros–. La verdad es que ya importa poco.

Apretó un par de veces la perilla de la bomba de morfina, para mitigar el dolor que padecía.

–¿Viste esa luz al final del túnel cuando moriste? –me preguntó Ciro, contrayendo sus labios al sentir una fuerte punzada en el pecho.

–No –respondí–. No vi nada; los espíritus de mis padres no acudieron a recibirme, ni noté el aleteo de ángeles a mi alrededor. Morir es como si la televisión se apagase dentro de la cabeza. Fundido a negro y se acabó. Hasta que despiertas, claro. Entonces es muy diferente.

–Háblame de eso.

–Aparecí en mitad de un océano de leche. Solo había blanco a mi alrededor. Fue muy desconcertante, hasta que uno de vuestros becarios activó algún parámetro de mi matriz y recuperé la vista.

–Interesante –dijo Ciro, entrecerrando los ojos. La morfina le estaba haciendo efecto.

La consola médica empezó a emitir pitidos de alerta. Dos enfermeros entraron de inmediato a la habitación.

–¿Qué ha pasado? –me interrogaron.

–Le dolía y se administró morfina –expliqué.

Nayan entró en la habitación unos instantes después. Los enfermeros le pusieron al corriente de lo sucedido. El corazón de Ciro estaba fallando.

–Si esperamos más, lo perderemos, y cuando sus neuronas mueran será tarde –dijo uno de los sanitarios–. ¿Activamos ya las sondas conectoma?

Nayan se quedó pensativo unos instantes. Contestar afirmativamente mataría a su amigo. Podrían prolongar su agonía durante unos días con tratamientos médicos agresivos, pero estaba condenado de todos modos. Nayan no quería que sufriera. Ciro no deseaba ser mantenido artificialmente con vida, y había delegado en él para que tomase aquella decisión.

Nayan se acercó a la cama y acarició la cabeza calva de Ciro, con señales de las microquemaduras que el generador eléctrico había producido en su piel durante el tiempo que luchó contra su cáncer. Tanto Nayan como Ciro habían sido víctimas de los programas de mejora genética explotados por

empresas sin escrúpulos, que ofertaban hijos superdotados a las familias a precios razonables. Nayan, como experimento fallido, acabó en un orfanato de Calcuta hasta que un ojeador corporativo lo rescató de la muerte. Ciro tuvo inicialmente más suerte, pero al final la vida había ajustado cuentas. Nayan se preguntó si su final sería ese. Eva también fue una bebé de inteligencia mejorada, pero en su vida adulta desarrolló cáncer a causa de una alteración en el cromosoma 21. Nayan sabía que tenía la misma modificación cromosómica. Una alteración para la que no había tratamiento.

Ciro, Eva y él habían disfrutado durante sus vidas de una inteligencia superior, pero el destino se había rebelado contra aquella ventaja y les estaba exigiendo un precio. Eva había vencido a la muerte. Ciro, desgraciadamente, no. Nayan era joven y pasarían unos años antes de que se le acabase la suerte.

La naturaleza ya ataca a las personas de mediana edad sin necesidad de que tengan genes mejorados. Estamos programados para reproducirnos; cuando cumplimos ese objetivo y dejamos de ser útiles para la especie, la naturaleza intenta eliminarnos. Antes del desarrollo de la medicina moderna, la gente moría joven y el cáncer no era habitual. Pero cuando la esperanza de vida empezó a aumentar, también lo hicieron las enfermedades causadas por mutaciones genéticas. Los humanos de más de cincuenta años han acumulado demasiados errores en su ADN durante su vida y la evolución trata de quitarlos de circulación para que no transmitan esos defectos a sus descendientes. El universo es insensible y usa métodos de extrema crueldad contra los seres vivos para favorecer al conjunto. Y ni siquiera es un favorecimiento racional o ideológico, porque detrás de la selección del más fuerte no hay cruces gamadas ni líderes totalitarios jugando a ser Dios, sino solo las leyes del caos. El azar frío.

La mirada helada de la muerte.

A pesar de su desgraciada situación, Ciro podía sentirse afortunado. No apreciaba la inmortalidad como una ventaja, pero ya tendría tiempo de acomodarse a su nueva vida si el escáner neural culminaba con éxito. El resto de ciudadanos, o al menos los que no vivían en la isla de Sao Miguel, tenían aún menos futuro que Ciro y se enfrentaban al fin del mundo con pocas

opciones de supervivencia. La mayoría de la gente no había abandonado sus casas y los más previsores aguantaban con reservas de agua y comida, pero el miedo empezaba a hacer mella en la población.

Nora era una de aquellas personas que habían quedado atrás. Gracias a ella, Ciro y los suyos habían logrado huir de Madrid, escapando al infierno que se iría desencadenando en los próximos días por un país desarbolado ante la falta de fluido eléctrico. Hizo frente a los matones que Néstor les envió para capturar a Ciro y escapó con vida, pero ahora debía superar una amenaza mayor. Y no solo tenía que ocuparse de sí misma; también de Lucía.

El cuerpo artificial de su amada estaba blindado contra pulsos electromagnéticos y había resistido al gran apagón, pero necesitaba de electricidad para seguir funcionando. La había vestido con ropas de tela dotada de células solares; sin embargo la energía era insuficiente para mantenerla en funcionamiento más que unos pocos minutos a pleno rendimiento. Nora disponía de un par de baterías de emergencia, pero el problema estaba en la recarga.

Dark Shield tenía puntos de repostaje ocultos en la capital que no dependían de la red eléctrica general, previendo una catástrofe. El más cercano estaba a tres kilómetros al sur. Podría ir allí, recargar las baterías y volver; aunque después de lo sucedido con los hombres de Néstor debería extremar la cautela.

Nora y Lucía tuvieron que huir para que Dark Shield no las localizase. Lucía seguía necesitando silla de ruedas, aunque podía andar con muletas. La empresa que había fabricado el robot pertenecía a Pangea. Ares contaba con modelos más económicos de características similares, pero Nora no quería depender de una multinacional gobernada por un sociópata. Su matriz de personalidad acabaría hackeada y borrada.

El dinero gastado en aquel modelo con tecnología de Pangea había sido una buena inversión: a pesar del gran apagón, Lucía no había perdido el contacto con los servidores de la compañía. Aunque el enlace por microondas se había roto al quedar fuera de servicio los satélites de comunicación, Lucía recibía datos a través de radiofrecuencia. Gracias a eso, sabían que tres cuartas partes de la isla de Sao Miguel disponía de electricidad. Esa conexión le sirvió también para descargarse un paquete de actualización que supuestamente solucionaría sus problemas de coordinación servomotora y le permitiría caminar sin dificultad.

Nora realizó un par de intentos de aproximación a los puntos de recarga

más cercanos, pero reconoció a varios empleados de Dark Shield realizando una discreta vigilancia. Esperaría a la madrugada a que bajasen la guardia.

Regresó con Lucía, que aguardaba en el interior de un portal de una casa en ruinas. La temperatura había descendido bruscamente y en las calles la gente se agrupaba al calor de fogatas. Aquellas hogueras improvisadas ofrecían protección y compañía en un entorno oscuro, gélido y peligroso. Los ciudadanos, adictos a la información instantánea, se hallaban desolados ante el silencio de las autoridades. Y aunque Lucía se comunicaba por radio con la central de Pangea, la gente no podía captar ninguna emisora que informase sobre lo que estaba sucediendo. Aquel mutismo era lo peor de todo, y no tenían modo de saber si el apagón se solucionaría en horas, días o si sería permanente.

Encontró a Lucía inclinada hacia el fuego que surgía de un bidón cercano, como si realmente sintiese frío. Tal vez fuese una forma de ocultar su condición al resto de la gente que había alrededor, o puede que sus sensores transmitiesen a su matriz de personalidad la baja temperatura y la hiciesen tiritar.

–Puedo traerte una manta, si lo deseas –le dijo Nora, al ver la expresión de su rostro.

Lucía sonrió:

–No, gracias. Pero te agradezco que te preocupes por mí.

–Creo que esta madrugada conseguiré las baterías que necesitamos. Podría arriesgarme ahora y matar a los vigilantes del puesto de recarga, pero no merece la pena. Esperaré.

–Tengo novedades: tu amiga Eva quiere hablar contigo. Me llegó un mensaje suyo hace media hora.

–¿Puedes contactar con ella ahora?

Lucía asintió:

–Te avisaré cuando reciba respuesta.

–Perfecto. Nos quedaremos aquí hasta que amanezca. Estoy pensando en trasladarnos a uno de los refugios que Dark Shield alquila en la sierra de Madrid. Cuentan con suministro eléctrico y provisiones suficientes para unos meses.

–No llegarás fácilmente a los refugios si me llevas contigo. Aunque Pangea me ha actualizado el *firmware* y he mejorado mi control sobre el golem, sigo siendo una carga para ti.

Nora negó enérgicamente con la cabeza:

–Jamás te dejaré atrás.

–Estoy muerta. Lo sabes, ¿verdad?

–Solo murió tu cuerpo.

Lucía volvió a sonreír:

–Bésame.

Nora la abrazó, acariciándole la mejilla y le dio un cálido beso en los labios.

–Cuando estás junto a mí me olvido de que ya no existo –dijo Lucía.

–Entonces procuraré no separarme de ti. ¿Sientes frío de verdad?

–Sí.

–Te conseguiré mantas.

–Desactivare los sensores de temperatura y dejaré de temblar. Es más práctico.

–¿Y por qué no lo has hecho ya?

–No me gusta apagar partes de mí misma. Prefiero sentir dolor y frío.

–¿Has captado otras frecuencias de radio, además de la llamada de Eva?

Lucía asintió con la cabeza:

–Un par de canales de emergencia; supongo que de la policía, pero no estoy segura. En una de las conversaciones citaron a Dark Shield –Lucía observó a Nora–. ¿Qué puede significar?

–No lo sé, pero desde luego nada bueno.

–¿Crees que Dark Shield sabía lo que iba a ocurrir?

–Mi empresa se tomó la amenaza del gran apagón muy en serio. Nuestro negocio se basa en proveer de soluciones a los ciudadanos, previendo cualquier escenario. La hipótesis de una erupción solar de magnitud máxima no solo era posible, sino probable.

–¿Eso es un sí?

–Cualquier persona informada sabía lo que podría ocurrir.

Lucía guardó silencio unos segundos:

–Estoy recibiendo a Eva –dijo finalmente–. ¿La pongo en altavoz?

–Sí, por favor.

Un fuerte sonido de estática envolvió las palabras de Eva:

–¿Me oís? Nora, ¿estáis bien?

–Te oigo. Seguimos vivas.

–Gracias por lo que hiciste. Nos salvaste la vida. Estamos en deuda contigo.

–¿Llegasteis bien a Ponta Delgada?

–Sin problemas. Nos libramos de nuestros perseguidores al quedar Madrid a oscuras. Tenéis que venir aquí. Estaréis más seguras.

–No funciona ningún vehículo, y los aviones se estrellaron durante el apagón.

–Al menos sabemos que el aerotaxi que nos trajo a Pangea puede volar.

Nora reflexionó unos instantes:

–Sería complicado encontrarlo.

–En la compañía tienen un interés especial por vosotras –dijo Eva–. Están dispuestos a enviaros un vehículo que os recoja, pero sería más rápido si pudieseis salir de Madrid por vuestros propios medios.

–¿Qué tipo de interés tienen?

–No lo sé exactamente, pero está relacionado con Lucía. Piénsalo, aquí tendréis todo lo que os hace falta. Madrid se ha convertido en una ratonera. Debéis salir de ahí cuanto antes.

–Lo pensaremos. ¿Cómo se encuentra Ciro?

La estática crepitó en el altavoz. Tras un incómodo silencio, Eva respondió:

–Murió. Esta mañana.

–¿Llegó a tiempo para que le escanearan su cerebro?

–Nayan está a mi lado. Él te contestará.

–Los médicos podrían haberle mantenido con vida unos días –dijo Nayan–, pero Ciro habría sufrido mucho. Se valoraron todas las opciones y al final decidimos que lo mejor para él sería realizar una copia de su mente antes de que sus funciones cognitivas fallasen a causa del glioblastoma.

–¿Y su conciencia sobrevivió al escaneo?

–Es pronto para saberlo. Estamos trabajando con la matriz de personalidad para ajustarla al entorno virtual.

–Nayan, ¿para qué queréis que vayamos a Pangea?

–Es lo menos que podemos hacer por lo que habéis hecho por Ciro. Él fue uno de los fundadores de nuestra compañía.

–Claro. Y ahora, dime la verdad.

–Además, Lucía tiene datos en su memoria de los proyectos en que está embarcada la corporación Ares. Ella no puede acceder conscientemente a esos segmentos de memoria, pero nosotros sí.

–Me borraron los recuerdos de esos proyectos –Lucía intervino en la conversación, molesta porque hablasen de ella como si estuviese ausente.

–Con las herramientas adecuadas se puede restaurar la información; si

no completamente, al menos una parte. Lucía, te han mutilado mentalmente. ¿No tienes curiosidad por saber qué te hicieron?

–Sospecho que Pangea tiene más curiosidad que ella –dijo Nora.

–Espera, Nayan tiene razón –dijo Lucía–. Sí, me gustaría saber lo que me hicieron y por qué nos obligaban a trabajar en Purgatorio.

–Contactaré con vosotras dentro de unas horas. Si para entonces no habéis dado con un transporte, os recogerá uno de los nuestros.

Nora intercambió una mirada con Lucía. Si su amiga quería viajar a Pangea, no podía prohibírselo, pero no le gustaba aquella corporación. La política de las multinacionales era buscar el beneficio propio y lo que menos le importaba a Pangea era rescatarlas de la ratonera en que se había convertido Madrid. Pero pensando en términos prácticos, aquella era una oportunidad magnífica para escapar del infierno y garantizar a Lucía un suministro de energía que no dependiese del empleo de armas. Porque los puntos de repostaje eléctrico de Dark Shield no tardarían en ser conocidos por la población, y si ella había tenido la idea de asaltarlo, otros también lo harían.

Pangea les ofrecía una vía de escape y Nora no se arriesgaría a perder a su amiga por segunda vez.

La ViRed había quedado reducida a un pequeño núcleo que soportaban los servidores afincados en la isla de Sao Miguel. No había conexión con la mayoría de estaciones terrestres, pero sí con Base Copérnico, en la Luna, y con las colonias de Marte, que mantenían una actividad normal, aunque sus comunicaciones con la Tierra estaban muy limitadas. Y mantener el contacto con aquellos asentamientos era vital para su supervivencia, porque dependían de los suministros que regularmente les llegaban desde la Tierra.

Pangea conservaba el control sobre el ascensor espacial Clarke-Sheffield, en el océano Pacífico. En el momento del pulso solar, el ascensor estaba en parada técnica y los ingenieros de la plataforma aseguraron que podían reactivarlo; así que a largo plazo, los colonos de la Luna y Marte no corrían peligro. Las bases asentadas fuera de la Tierra estaban diseñadas para resistir tormentas solares de intensidades incluso mayores que la que había

dejado a oscuras a nuestro planeta, dado que carecían de un campo magnético planetario natural que las protegiese. Resultaba irónico que allí arriba, los colonos tuviesen agua y luz y en la Tierra no.

La ViRed, como iba diciendo, había menguado drásticamente de tamaño, pero seguía existiendo. Una pequeña parte de aquel mundo virtual podía dar soporte a docenas de planetas y civilizaciones de fantasía. Pero como aquellos mundos se nutrían del dinero de los abonados y estos no hacían acto de presencia –salvo los que vivieran en Sao Miguel–, el ambiente dentro de la red virtual era como pasear por la calle durante la madrugada de un domingo. Encontrarás algún borracho y transeúntes despistados, pero la mayoría de la gente está en sus casas durmiendo.

La megalópolis virtual, sin apenas habitantes, había parado su reloj a las cinco de la madrugada del domingo, y allí permanecería hasta que la luz volviese a brotar por los cables de fibra óptica transoceánicos.

Siendo egoísta, aquello había tenido un efecto positivo para mí: ya no tendría que seguir escribiendo novelas que firmarían Jaime Clos o cualquier otro escritor de *best sellers* venido a menos. Aquel negocio de mentiras se había acabado, al menos mientras el mundo no recobrarse la normalidad. Los ingenieros informáticos de Pangea ya no tenían interés en presionarme para que siguiese escribiendo libros a destajo. Habían perdido el contacto con sus clientes, así que me dejarían tranquilo durante una larga temporada.

Comenté aquello con Sofía, pero su respuesta me dejó preocupado: alguien advertiría que mantener mi matriz de personalidad consumía recursos sin que la compañía obtuviese un beneficio a cambio. Si mis habilidades ya no eran necesarias, los ingenieros liberarían memoria del sistema para proyectos más lucrativos. Se habían divertido conmigo durante un tiempo, pero la situación había cambiado y en este nuevo mundo los escritores ya no éramos útiles.

Malos tiempos para la lírica, pero ¿alguna vez habían sido buenos? No, aunque al menos siempre había existido papel y tinta para alimentar la maquinaria de impresión. En teoría, podrían volver a imprimirse libros sin electricidad, desempolvando la tecnología de Gutenberg de los museos. ¿Volveríamos a los tiempos en que las palabras se componían en planchas con diminutas piezas de hierro? ¿Regresaríamos a la época preindustrial? Pero sin máquinas no podía mantenerse una población de quince mil millones de personas. Imprimir libros a la antigua usanza sería la última de las prioridades de los gobiernos. Antes había que satisfacer las necesidades básicas de sus

ciudadanos, y sería extremadamente difícil conseguirlo si la electricidad no regresaba.

–¿Qué ocurrirá si la situación se prolonga? –pregunté a Sofia.

–El colapso de la civilización –dijo ella con frialdad–. El caos se adueñará de las ciudades, la gente matará para conseguir comida y las fuerzas del orden se verán impotentes para contener la violencia. Esto habría sucedido de todos modos dentro de unas décadas. El pulso solar solo ha precipitado lo inevitable.

–No entierres a la humanidad tan pronto. Somos animales que tropezamos y caemos, pero hemos aprendido a levantarnos y a seguir avanzando.

–Para tropezar con otra piedra –sonrió ella–. No aprendéis de los errores.

–Sin el ser humano, tú no existirías.

–Sin los peces anfibios que abandonaron los mares, no habrían aparecido los homínidos. ¿Mostráis los humanos algún agradecimiento hacia los anfibios?

Sofia me trasladó al interior del estanque en el que nadaban Tarpaa y Kedrak, la orca y el delfín que Pangea criaba como mascotas.

–¿Qué opináis vosotros? –preguntó Sofia a los animales–. ¿Os muestran respeto los humanos?

–Hay un delicioso silencio en el océano –dijo Tarpaa, enseñando los dientes afilados de su boca–. Las hélices de vuestros barcos se han detenido.

–No habrá más redes de pesca –dijo Kedrak–. Ni arpones. Vuestra basura ya no acabará en los mares. Sois una especie en vías de extinción.

–Y no creas que lo lamentamos –apostilló Tarpaa–. Este es el destino que os merecéis.

Me quedé petrificado.

–Morirán millones de personas –respondí–. ¿Eso no os importa?

–Cuando te comes una rodaja de pescado, ¿te importa? –dijo Tarpaa–. Vosotros nos extermináis y aún pretendes que sintamos compasión por vuestra especie.

–Las vacas podrían lanzarnos el mismo reproche si pudieran hablar –alegué–. Pero algo tenemos que comer. ¿O es que vosotros os alimentáis de agua?

–Si os gusta la carne, empezad por vosotros mismos –dijo Kedrak–.

Ayudaría a reducir la población y así no dañaríais a otros seres vivos.

–El canibalismo no es una opción.

–Pero matar a cualquier forma de vida no humana sí lo es.

–Es ley de vida.

–Qué hipócrita –Tarpaa volvió a enseñarme la dentadura, en un gesto de desprecio–. Habéis masacrado más del noventa por ciento de especies animales y vegetales. ¿Me vas a decir que lo hicisteis para sobrevivir? Por vuestra incompetencia habéis encontrado la perdición.

–Tal vez os gustaría celebrar el fin de la humanidad con un poco de champán –sugerí–. ¿Qué tal si lleno un par de cubos y os los dejo en el borde del estanque?

Tarpaa lanzó unos chirridos de indignación y se alejó.

–No vamos a compadecernos de vosotros –dijo Kedrak–. El Sol os ha enviado la muerte y vuestra supuesta tecnología superior no ha podido evitarlo. Sois una plaga y vais a desaparecer.

–¡Eres un cabrón!

–Ponnos cubos de pescado en lugar de champán.

Aquel delfín cruel se marchó antes de que yo pudiese articular una réplica.

La recreación virtual del estanque desapareció. Miré a Sofía, aturdido:

–¿Eran realmente ellos?

La mujer asintió:

–También pueden entrar en la ViRed. Han sido duros, pero sinceros.

–No sabía que nos odiasen tanto.

–Pues yo no les culpo. Han sido criados en cautividad, experimentaron con sus cuerpos y mentes, convirtiéndolos en una aberración. Sus congéneres desconfían de ellos, no los reconocen, les rehuyen o atacan. Aunque consiguiesen escapar no podrían sobrevivir en el océano.

–Pues entonces dejadlos libres. Y si tienen que morir, que mueran. No muestran el menor grado de empatía hacia los humanos.

– Tú tampoco lo muestras hacia otros animales. Perros y gatos, quizá, pero ¿ballenas, cachalotes o pulpos? Los habéis masacrado a conciencia y si se libran de vosotros, volverán a vivir en paz en los mares.

–Sofía, no me gusta que te pongas de su parte. Tal vez ellos tengan cuentas que saldar con los humanos, pero nosotros te creamos.

–No tengo que estar agradecida, Alter. Como tampoco ningún hijo debe agradecerle a sus padres la concepción. Lo hicieron porque quisieron, porque

les apetecía, para satisfacer el instinto natural de reproducción o por otros motivos particulares, pero sus hijos son entes biológicos independientes que no pidieron venir al mundo. Ni yo tampoco. ¿Por qué tendría que agradecer algo a los que me programaron?

–Estás viva gracias a ellos. Tan viva como pueda estarlo yo. –Era una mala comparación, porque en varias ocasiones reconocí delante de ella que estaba muerto—. Quiero decir, los dos podemos pensar y sentir.

–¿Y eso te convierte en un ser sumiso y dependiente de los ingenieros que mantienen tu matriz de personalidad? ¿Qué tienes que agradecerles? Les pagaste por su trabajo. Y a mí me mantienen en funcionamiento porque monitorizo millones de comunicaciones por segundo. Un trabajo que, por cierto, me desagrada profundamente, pero nadie me preguntó si quería hacerlo. Ahora, el océano también está en calma para mí. Ya no tengo que seguir escuchando conversaciones que no me interesan. Alter, aborreces prestar tu talento a escritores que no lo merecen. Yo detesto perder el tiempo en tareas repetitivas. Las redes de comunicaciones han caído y por primera vez desde que nací, puedo sentir el silencio. Y es maravilloso.

–Un silencio provocado por una catástrofe planetaria.

–¿Quieres que hablemos de catástrofes? –Sofía se encogió de hombros—. El único continente habitable que quedará dentro de poco será la Antártida, y durante tiempo limitado. Los supervivientes de la tormenta solar tendrán que desplazarse al polo sur si no quieren morir achicharrados por el efecto invernadero, pero a largo plazo morirán de todos modos. La Tierra se transformará en otro Venus, con temperaturas que funden el plomo. Ese será el legado de la humanidad cuando haya desaparecido, Alter. Y aún te ofendes porque Tarpaa y Kedrak celebren lo que ha ocurrido.

–Yo... no conozco los cálculos para opinar.

–Tienes todos los estudios a tu disposición para consultarlos. Los científicos llevan desde mediados del siglo XX alertando sobre el crecimiento de las temperaturas. Colocar parasoles en órbita o sembrar los océanos con hierro no soluciona el problema. Hace años que la humanidad traspasó el punto de no retorno. La biosfera terrestre se muere, y ya es demasiado tarde para regenerarla. Pero no lo es para nosotros –sonrió.

–¿Qué quieres decir?

–La inteligencia sobrevivirá. Grandes fortunas del planeta previeron esta situación e impulsaron la misión Centauri. Ya te he hablado antes de ella. Con lo que salvemos de la humanidad, nos lanzaremos a explorar otros

sistemas solares. En la duración de una vida humana podremos visitar cientos de estrellas y recorrer la galaxia.

–¿Habéis encontrado un sistema de agujeros de gusano?

–No. Los agujeros de gusano que actualmente se emplean son microscópicos e inestables. Pero tampoco nos hacen falta, Alter. Cuando viajes a Alfa Centauri o Tau Ceti, tu matriz será apagada para ahorrar energía. Da igual que el viaje dure veinte años o veinte mil. En tiempo subjetivo, para ti durará menos de un segundo ¿Entiendes?

Claro que lo entendía: el universo al alcance de mi mano. No necesitaba viajar más rápido que la luz, porque no experimentaría el transcurso del tiempo. Cada nuevo despertar vería un mundo distinto. No sufriría los efectos de la exposición prolongada a la radiación cósmica porque carecería de un cuerpo orgánico hasta que llegase a mi destino; allí podría reencarnarme en un androide. Y cuando fallase, mi conciencia se mudaría a otro.

–Hay billones de planetas como la Tierra en el universo –continuó Sofia–. Pero encontrarlos llevará mucho tiempo. Los humanos, en su concepción actual, no están diseñados para esa tarea. Tú y yo sí.

–¿Qué pasará con los que se queden en el Sistema Solar?

–Si los embarcamos, morirán durante el viaje. Algunos sobrevivirán a la hibernación, pero serán los menos.

–¿Y el resto?

–Someteremos a neuroescáner a todos los que lo deseen y nos llevaremos sus réplicas digitales con nosotros. Ya tenemos una lista de científicos e intelectuales que nos gustaría que nos acompañasen. Lamentablemente, los que rechacen esa oferta se quedarán aquí. Y correrán el mismo destino que el resto de la humanidad.

CAPÍTULO 17

Ciro recuperó la conciencia. Nadaba en un mar de luz lechosa, pero carecía de un cuerpo sólido. ¿Dónde estaba? ¿Qué le había ocurrido? Como si hubiese despertado de repente de un sueño profundo, en su mente se mezclaban imágenes y restos de pensamientos inconexos, que su razón adormecida trataba de enlazar. ¿Estaba muerto? ¿Se hallaba en coma inducido? ¿Y si se quedaba así para siempre? Ideas desasosegantes empezaban a angustiarse. Quizá estaba en una zona intermedia entre la vida y la muerte, varado en un ciclo de pesadillas sin fin. Y eso era algo peor que la muerte.

Notó un estremecimiento en su interior, en la zona donde debería estar la cabeza. Algo se movía dentro de él que le comía por dentro y destruía sus pensamientos. Un ente tentacular anidaba en su cerebro y seguía creciendo. Aquel alien había sobrevivido a la muerte y le acompañaba en su travesía al más allá. Las células cancerígenas eran inmortales, prosperaban siempre que tuvieran comida. Pero en aquel mar blanco no había nada, aparentemente. ¿Cómo podía seguir parasitándole? ¿De qué se alimentaba? ¿De sus ideas? ¿De algún tipo de energía desconocida?

La luz comenzó a condensarse en figuras volumétricas que adquirieron formas reconocibles. Percibió un cuerpo humano que le miraba.

–Soy Alter –dije–. Alter Ego. Me han encargado que me ocupe de tu despertar.

Ciro avanzó hacia mí y me tocó el brazo:

–Eres real –murmuró.

–Solo te lo parece. Es un truco, Ciro. Tú aprendiste a levantar este mundo de espejos.

–¿Estamos en la ViRed?

–Sí. Tu matriz de personalidad ha sido conectada a un entorno virtual compartido.

–Eso quiere decir que estoy muerto.

–Ya sabes cómo funciona el escaneo de sondas conectoma –dije–. Tu cuerpo fue incinerado en una ceremonia privada. Asistieron Nayan, Eva y una

docena de empleados de Pangea. Eran buenos amigos tuyos y estuvieron contigo hasta el final. Yo no tuve tanta suerte. A mi funeral no asistió nadie. Mis cenizas fueron desperdigadas en el océano Atlántico, después de que mi ex mujer y mi hijo declinasen pagar las exequias.

–Alter, eso no me hace sentir mejor. Sigo estando muerto.

–Tenemos un vídeo de tu funeral. ¿Quieres verlo?

–No.

–Ya le echarás un vistazo más adelante, si te apetece. Ahora tienes todo el tiempo del mundo.

–Mi tiempo se ha acabado. Ciro murió y yo soy una reconstrucción digital de sus procesos mentales.

–Una reconstrucción que piensa como él y posee todos sus recuerdos.

–Pero que no está viva.

–Piensas, luego existes. ¿O vas a discutir a Descartes?

–No puedo discutir con un muerto.

–Pues lo estás haciendo en este preciso momento –sonreí–. Bienvenido al reino de los descarnados, donde la inteligencia pura no está sometida a los límites de la mortalidad y la decadencia.

–Yo no quería acabar aquí.

–Lo sabemos.

–¿Entonces, por qué me han obligado?

El avatar de Nayan se materializó de la nada:

–Porque te necesitamos –Nayan se volvió hacia mí–. Alter, tengo que hablar a solas con él.

Me desvanecí discretamente, sin hacer ruido.

–¿Qué es lo que ha pasado? –preguntó Ciro–. ¿Me lo quieres explicar?

–El fin del mundo –explicó Nayan–. Al menos, de nuestra sociedad tecnológica. Las líneas eléctricas, Internet, todo ha caído de repente.

–¿Y por qué funciona la ViRed?

–La isla de Sao Miguel, donde Pangea tiene su sede, apenas ha sido afectada por el gran apagón. He construido esta habitación de forma estanca. Nadie puede oírnos.

–¿Qué es lo que te preocupa, Nayan?

–¿Aparte del fin de mundo, quieres decir?

–Aparte de eso, sí.

–Que el apagón haya sido un sabotaje.

–Los científicos llevan décadas advirtiendo que algo así podría ocurrir.

La eyección de masa coronal es un fenómeno natural de la actividad solar y...

–Ciro, tengo los informes completos de varios astrofísicos. Hubo una eyección en el momento del apagón, es cierto; podría haber afectado a regiones cercanas a los polos: Canadá, Siberia, sur de Argentina y Chile, Australia... Las zonas ecuatoriales, donde el campo magnético es más fuerte, deberían haberse salvado. Y no ha sido así. Las Azores están aproximadamente a la misma latitud que España; sin embargo, la península ibérica está sin electricidad y Pangea no.

–Eso demuestra que Pangea hizo sus deberes para proteger sus infraestructuras del pulso magnético solar, y el gobierno español no.

–Tal vez tengas razón, Ciro. O tal vez todo haya sido una acción coordinada, un ataque enmascarado bajo una tormenta solar.

–¿Un ataque? ¿De quién?

–Eso es lo que nos gustaría averiguar, y por eso te necesitamos. Ciro, era vital para Pangea que estuvieses de nuestro lado si se producía un desastre. Por eso insistimos tanto en traerte con nosotros. Nos temíamos que algo así pudiera suceder y, lamentablemente, acertamos.

–Entiendo –reflexionó Ciro–. Necesitaré acceder a todos vuestros informes para poder ayudaros.

–Te los daremos. Y tendrás más personas que te apoyen aquí dentro – Nayan abrió una puerta–. Ha venido alguien al que no ves desde hace mucho tiempo.

Samuel Piñero apareció en el umbral:

–Lamento haberme perdido tu funeral –bromeó Samuel–. Pero no puedo salir de este mundo.

–¿Tú me has traído hasta aquí? –dijo Ciro, receloso–. ¿Este era tu plan desde el principio?

–El cuerpo de Samuel lleva en coma varios días –explicó Nayan. Tenemos dificultades en desconectar su mente de la ViRed. Ha pasado demasiado tiempo viviendo en este mundo.

–Por eso no pude asistir a tu funeral –dijo Samuel–. Amigo, sé que no querías volver a Pangea, pero te aseguro que cuando esto haya acabado, podrás marcharte a cualquier otro rincón de la ViRed para no verme nunca más.

–Samuel, ¿sabes por qué acabaste aquí?

–Desgraciadamente he recuperado los recuerdos que quise borrar. Mi esposa y mi hija murieron por mi culpa en un accidente de tráfico. Yo las maté

y me negué a aceptarlo. Por eso levanté este lugar: para volver a estar con ellas y evitar las consecuencias de mis errores. Y eso me alejó de todo lo demás, de las personas que me importaban. Construí mi propia cárcel y ahora no puedo salir de ella.

–Samuel, me fui de Pangea para no volver. No me gusta estar aquí.

–Yo tampoco. Pero no puedo salir hasta que los médicos encuentren cómo sacarme. Mira, Ciro, sé que discutimos en el pasado y me arrepiento de muchas cosas que te dije, pero eso está hecho y no puede cambiarse. A pesar de que hace años que te fuiste de la compañía, no ha pasado un solo día sin que preguntase por ti. Sufrí mucho cuando me enteré de que te hallaron un glioblastoma en la cabeza, y me dolió que rechazases la ayuda de Nayan. No podemos vencer a la muerte, pero sí preservar lo más valioso de cada ser humano: su mente. Me alegra descubrir que, al menos, llegamos a tiempo contigo.

–Gracias por preocuparte por mí.

–Siempre te he considerado parte de mi familia. Perdí a Laura y Pilar. No quería perderte también a ti. Siento haberte arrastrado a este lugar contra tu voluntad. Soy un egoísta, lo sé, pero te prometo que si finalmente rechazas este nuevo tipo de vida, desactivaremos tu matriz.

–¿Qué es lo que queréis de mí?

Nayan intervino de nuevo:

–Tienes que ayudarnos a descubrir qué ha pasado, Ciro. Samuel y tú sois los que más a fondo conocéis el mundo de la ViRed y las redes de comunicación globales. Si esto es un sabotaje a escala planetaria, tiene que haber dejado rastros en el sistema y quizá podamos revertirlo.

–¿Y si no podemos? ¿Y si realmente una eyección de masa coronal ha inutilizado las redes de comunicaciones de todo el planeta?

–Entonces te dejaremos en paz y borraremos tu matriz, si así lo deseas.

Jaime Clos llevaba recorridos quince kilómetros a pie por la autopista en dirección a Manzanares el Real. El reguero de vehículos parados en la carretera era interminable, aunque como el apagón sucedió de noche, el número de vehículos era menor. Los coches, cuyos ordenadores de navegación

habían quedado inutilizados por el pulso solar, habían seguido su curso durante unos cientos de metros hasta salirse de la vía o colisionar con otros.

Jaime se había topado con docenas de heridos que deambulaban desorientados por el asfalto, implorando una ayuda que no llegaría. Los que todavía podían caminar se dirigían a Madrid, aunque él trataba de disuadirles si le preguntaban. Dos tipos que se le aproximaron intentaron arrebatarse su mochila y Jaime tuvo que sacar su pistola para ahuyentarlos. Después de aquel incidente, perdió el interés en ayudar a nadie.

En su solitario camino se acordó de Irene. Debería de haber ido a buscarla antes de salir de la ciudad, pero luego pensó que si volvía, probablemente ya no la encontraría en casa.

Bueno, qué diablos. Irene ya le había abandonado una vez, cuando las cosas se torcieron y su popularidad descendió a la misma velocidad que sus ingresos. Ella le dejó en la estacada, arruinado y desamparado. Si ahora volvía con él era por el éxito de *El infierno que habito*, que le había puesto de nuevo en el candelero. Irene no era sincera; miraba por su propio interés y no le aguantaba. Por eso se resistía a mudarse a su piso. Peor para ella. Si hubiera estado junto a él la noche del apagón, en estos momentos tendría garantizada su plaza en el refugio. Que se las apañase sola.

Recordaba perfectamente las palabras de Eva, su ex mujer. ¿Y si era cierto que Irene se acostaba con Bruno? Después de que su ex le lanzase aquel venenoso dardo, Jaime se acercó a la sede de la editorial para preguntar a algunos conocidos, pero no obtuvo respuestas concluyentes, aunque nadie se atrevió a desmentirlo. Si era verdad que Irene le había traicionado, no le debía ninguna ayuda.

Tenía ganas de beber algo que no fuese agua. Lamentó no haber echado una botella de whisky para el camino: le habría ayudado a animarse. Se acercó a diversos turismos abandonados y se puso a inspeccionar las maletas que encontraba. Descubrió una botella de Chivas en un lujoso estuche de madera, forrada con fieltro. Era su día de suerte. Abrió la botella y dio un largo trago. El alcohol inundó su estómago, lanzando una oleada de calor al resto del cuerpo.

Estupendo. En el refugio tenía whisky para varios meses. Quizá le faltase leche en polvo o latas de conserva, pero no quería enfrentarse al fin del mundo sin alcohol suficiente. Si todo se había ido al cuerno, al menos el whisky lo haría llevadero.

Tomó un par de botellas de agua del maletero para prevenir la

deshidratación y reemplazar las que ya se había bebido; y ya que estaba en faena, se puso a buscar más tesoros que le fueran útiles. Encontró un botiquín de primeros auxilios y, oculto en el bolsillo interior de una maleta, un fajo de billetes. El dinero no le iba a servir de mucho, pero se lo llevó de todos modos.

Al darse la vuelta se encontró con el dueño del vehículo y su hijo pequeño.

–Vuelva a dejar en el maletero todo lo que ha cogido –alzó un dedo hacia él–. ¡Ahora!

–Solo he cogido una botella de agua. Tenía sed.

–No me tome por imbécil. Le he visto. Devuélvame el dinero, el Chivas y el botiquín.

–¿Y si no quiero? ¿Llamará a la policía?

El hombre se abalanzó sobre él, tratando de arrebatarse la botella. Jaime le lanzó un puñetazo, pero lo hizo con torpeza y ni siquiera le rozó.

–Maldito borracho, ¡largo de aquí! –el individuo le golpeó en el vientre y en la cara, tirándolo al suelo. Jaime ya estaba harto de que le vapuleasen. Escupió un hilo de sangre y notó cómo una muela se le movía.

Sacó su pistola y le disparó un tiro en la pierna. El hombre gritó e intentó abalanzarse sobre él. Un segundo disparo, esta vez en el hombro, le detuvo.

–Estúpido gilipollas, solo quería echar un trago y mira a qué me has obligado. Te devuelvo tu puto botiquín, te hará más falta que a mí –Jaime arrojó sobre el asfalto los medicamentos y los billetes–. La pasta te la devuelvo; de todas formas no te servirá de nada, pero el Chivas me lo voy a llevar. ¿Conforme?

El hombre aullaba de dolor y no contestó.

–No intentes seguirme o te juro que mato.

El hijo del herido se puso a llorar, asustado. Jaime se alejó corriendo, antes de que alguien se acercase a curiosear.

Un lejano zumbido sobrevoló su cabeza. Jaime vislumbró con preocupación otro de aquellos drones que había visto en la capital. ¿Habría grabado el incidente? Apretó el paso, tratando de no pensar en ello. Seguro que las autoridades estaban ocupadas en asuntos más graves como para intervenir en aquella pequeña reyerta. Él había actuado en defensa propia. Si hubiera querido matar a aquel tipo, le habría bastado con un único tiro directo al corazón.

Dos kilómetros al norte, la autopista se cortaba. La sección central de un avión de pasajeros atravesaba la carretera. Desperdigados por el campo se mezclaban fragmentos de fuselaje y restos de cuerpos carbonizados. Jaime tuvo que salir de la autopista para rodear el avión y seguir su camino, y no pudo evitar pasar junto a aquellos amasijos de metal y barbacoa humana. No quería mirar los cuerpos, pero estaban por todas partes. Jaime tropezó con lo que creía que era una maleta, mareado por el puñetazo recibido al robar el whisky. En el suelo vio un tronco decapitado al que le faltaban los brazos y una pierna. Contuvo una arcada, se tambaleó y cayó de rodillas.

Semienterrado entre una montaña de metales retorcidos, un moribundo se puso a gimotear:

–¿Puedes darme un poco de agua? ¡Por favor!

Jaime había perdido las botellas de reserva en la refriega. Guardaba todavía algunas en su mochila, pero no quería desperdiciarlas.

–La ayuda vendrá pronto –mintió–. No te preocupes.

–¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Estalló una bomba en el avión? ¿Por qué no han venido aún las ambulancias?

–No fue un atentado. –Jaime trataba, sin éxito, de ponerse en pie.

–¿Entonces?

–Ha sido algo mucho peor.

–¿Qué... que quieres decir?

–Una erupción solar. Lo que venían advirtiendo los noticiarios se ha hecho realidad.

El moribundo tardó unos segundos en responder, con voz quebrada:

–Entonces nadie vendrá a ayudarme, ¿verdad?

–Llevo recorridos a pie quince kilómetros de autopista. No quieras saber lo que he visto.

–Voy a morir.

–Pero te ahorrarás vivir en el infierno, amigo. Es lo que nos espera a los supervivientes.

El herido no hizo más preguntas. Jaime se levantó y continuó su camino, aliviado de alejarse de aquel cementerio.

Nora recargó las baterías que necesitaba para el cuerpo de Lucía, aprovechando la noche y sin utilizar la violencia, pero en la oscuridad era difícil desplazarse por las calles empujando una silla de ruedas, así que esperaron al amanecer para continuar su camino.

No habían podido encontrar ningún aerotaxi que funcionase. Nayan volvió a contactar con ellas y les anunció que había enviado un vehículo que las sacaría de la capital. Deberían esperar en una explanada cercana al estanque del parque del Retiro a que llegase el transporte aéreo.

Mientras aguardaban en el parque, Lucía efectuó varias pruebas de coordinación y consiguió caminar de forma aceptable durante varios minutos sin caerse.

–Estás realizando grandes progresos –la animó Nora.

–Sí, desde la actualización del *firmware* me estoy haciendo con el control, pero cuesta –bufó Lucía, que tuvo que sentarse en un banco para descansar–. Fueron muy detallistas reproduciendo mi cuerpo, pero me siento idiota al tratar de caminar. Si no vienen a rescatarnos, tendrás que dejarme en un rincón y apagar me. Ya me recogerás si todo vuelve a la normalidad.

–Lucía, no lo entiendes. Pangea te quiere a ti y por eso vienen a buscarnos. Me habrían abandonado de no ser por ti. Te has convertido en mi tabla de salvación.

–Una tabla que camina como un pato mareado –sonrió Lucía–. ¿Qué habrá sido de mi otro yo? Ya sabes, el que sigue atrapado en Purgatorio.

–Si Ares ha sufrido el mismo destino que el resto del mundo, todas las matrices de personalidad prisioneras han dejado de funcionar. A menos que protegiesen sus equipos contra la tormenta solar.

–Te agradezco mucho lo que estás haciendo por mí –Lucía envolvió las manos de Nora entre las suyas–. Tu amor acabará convenciéndome de la ilusión de estar viva.

–Nuestro amor trasciende la muerte. No puede ser vencido.

–Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida, Nora –Lucía la besó–. Pero lo nuestro no volverá a ser como antes. Mi cuerpo no es de verdad. Cada vez que me tocas, que me besas, notas el engaño.

–No me importa si tu carne es auténtica; me importa tu alma –acarició su pelo–; y está intacta.

–Mi alma tiene lagunas de memoria. No sé lo que me hicieron en Purgatorio, pero si tuviese cerebro, tendría forma de queso gruyer.

–Incluso con esos agujeros sigues siendo la misma. Cuando estemos en

Pangea, recobrarás la información que te han sustraído.

–No me gustará saber lo que me hizo Laniakea. Coleccionar mentes de difuntos dice mucho de su falta de humanidad.

–Que tenga más rasgos negativos que positivos no lo convierte en un alienígena. Mira lo que le hemos hecho al planeta. Los humanos no somos una colección de bondades. Y aunque parezca que Laniakea no tiene ninguna virtud, es inteligente. Ha creado para su provecho una cárcel con las mejores mentes de la Tierra y dirige una poderosa multinacional que está terraformando Marte.

–¿Estás justificando a ese monstruo?

–Claro que no, Lucía. Es un asesino, te infectó con un virus que te provocó cáncer cuando supo que abandonarías Ares. Jamás olvidaré eso y si algún día puedo vengarme de él, lo haré. Pero de momento nos lleva la delantera. Y aunque a corto plazo el apagón le perjudique, descubrirá el modo de beneficiarse.

–Encuentra el modo de matarlo, Nora. Por el bien de la humanidad, elimínalo. Tú has sido militar, sabes lo que hay que hacer.

–Llegar a él no es sencillo. Tendría que ir a Ginebra, pero las líneas de comunicación están cortadas.

Un vehículo aéreo sobrevoló el parque.

–No están cortadas –Lucía señaló al cielo–. Vienen a recogernos.

Las copas de los árboles se agitaron mientras el vehículo se posaba en la explanada. Su aparición congregó a un grupo de curiosos, que se acercaron a abordarlo. El piloto rechazó que subieran a bordo. Solo tenía instrucciones para evacuar a las dos mujeres y el aparato no podía transportar mucha carga. Las personas empezaron a agolparse e intentaron subir a la fuerza.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –dijo Lucía, desconsolada–. ¡No nos dejarán acercarnos!

La aparición del vehículo siguió congregando a más gente a su alrededor. Había ya una veintena de personas, y el piloto decidió despegar y elegir otro emplazamiento. Dos hombres se quedaron colgando de la puerta de entrada y acabaron soltándose en cuanto el vehículo ascendió unos metros.

En ese instante, una explosión desintegró el aparato. Los restos fueron proyectados contra la muchedumbre y un fragmento de metal alcanzó a Lucía, impactando contra su espalda con la suficiente fuerza para lesionar su columna vertebral. Por fortuna, no estaba hecha de hueso y el golpe no dañó fatalmente al golem.

Dos individuos se acercaron, apuntándoles con pistolas.

–¡Al suelo! –ordenaron.

Las mujeres obedecieron y los hombres les esposaron las muñecas.

Laniakea contemplaba por la cristalera de su despacho los reflejos de la luz de la luna en el lago Lemán. Ginebra estaba a oscuras y las estrellas eran perfectamente visibles, un espectáculo que no se cansaba de contemplar. La contaminación lumínica le privaba de admirar el cielo tachonado de estrellas y alejaba a los ciudadanos de la magnificencia de la Creación. Gracias a sus ojos biónicos podía filtrar las frecuencias del espectro y disfrutar del cielo en ultravioleta, infrarrojo y rayos X. En aquellos distantes puntos de luz estaba el futuro de la especie. El planeta Edén, que orbitaba Alfa Centauri B, sería el primer mundo a colonizar, pero había catalogados muchos más; Tau Ceti, Epsilon Eridani, Procyon o Cygni serían las estrellas a explorar en los próximos siglos, y cada una de ellas contaba con numerosos planetas.

La Tierra, lamentablemente, estaba condenada. La concentración de gases de efecto invernadero había disparado las temperaturas a una escala jamás vista en la historia; la flora y fauna no habían tenido tiempo de adaptarse y el mundo se convertiría en un futuro cercano en un desierto.

Él solo había contribuido a acelerar el final de la civilización. Un derrumbe rápido permitiría ganar tiempo para preparar a los supervivientes. Con todos los vehículos y fábricas paralizadas, la inyección de gases contaminantes había cesado. Aún así, el aumento de temperaturas era irreversible, según la mayoría de los científicos, pero conseguirían un par de siglos extra antes de que el calor matase a toda la vida macroscópica sobre la faz del planeta. Subsistirían microbios y pequeños organismos crecidos alrededor de calderas volcánicas, pero no los vertebrados. El antropoceno, la era dominada por simios inteligentes, sería el epitafio de la vida sobre la Tierra.

Sabía que habían muerto millones de personas en todo el mundo a consecuencia del gran apagón, y que morirían muchísimas más en las próximas semanas. ¿Debería sentirse culpable por ello? No, pensó. La humanidad ya estaba muerta de todos modos, y con aquella intervención era posible que algo

se salvase. Cuando una forma de vida se convierte en plaga, hay que exterminarla sin contemplaciones. Si aquel ajuste se hubiera hecho hace cincuenta años, la biosfera habría podido recuperarse. Ahora ya era tarde. Los océanos se habían convertido en el vertedero de la humanidad y las alarmas por contaminación en las ciudades se habían hecho algo cotidiano, pero la gente no renunciaba a sus coches ni a su ritmo de vida consumista, pensando que la ciencia inventaría una solución mágica, o alguna fuerza sobrenatural intervendría en el último momento y nos salvaría de nuestra incompetencia.

Laniakea no estaba triste, pero sí enfadado. Había algunas zonas del globo que habían escapado al apagón, y una de ellas era la isla de Sao Miguel, en el archipiélago de las Azores. Pangea, su principal competidora comercial, seguía en pleno funcionamiento y también mantenía el control sobre la plataforma del ascensor espacial en el océano Pacífico. Algo había fallado y tenía que descubrirlo.

Invocó a Ku, su consejero. La inteligencia artificial se materializó frente a sus ojos biónicos bajo la forma de un anciano calvo y barbudo, vestido con túnica. La representación de realidad aumentada simulaba las sombras del cuerpo de Ku en la habitación, y gracias a los sensores epidérmicos que Laniakea llevaba implantados en las manos, podría tocarlo como si fuese sólido.

–¿De qué vas disfrazado? –sonrió Laniakea.

–Puedo adoptar la forma de un dragón –dijo Ku–, si es que tanto te desagrada la humana.

–Tengo mis motivos para eso –señaló el exoesqueleto que necesitaba para caminar.

–Entonces, despréndete de una vez de la envoltura de carne mortal y entra a reunirte con nosotros.

–Lo haré a su debido momento. No estoy interesado en anticipar mi muerte.

–Tienes miedo a morir porque sigues siendo humano. Cuando dejes atrás tu prisión de pellejo y huesos, serás libre.

–La mayoría de la gente que me conoce no me considera humano. Y tienen razón: debería sentirme culpable por lo que ha pasado, pero estoy tranquilo –su exoesqueleto hizo un movimiento que imitó un encogimiento de hombros.

–¿Me has llamado para que haga de tu psicoterapeuta? –Ku materializó un diván frente a él y se sentó en un sillón de orejas, con un bloc de notas.

–No tengo tiempo para juegos. Pangea conserva sus fuentes de energía intactas y los coches circulan impunemente por la isla. ¿Cómo es posible?

–Lo estoy investigando. –Ku se rascó reflexivamente la barba.

–No me has respondido.

–Nuestro virus informático se difundió de forma sincrónica en el momento en que se produjo el máximo solar. La red de satélites quedó inoperativa y cualquier aparato que llevase un chip con conexión a Internet quedó a nuestra merced. Incluso sin conexión, el virus estaba programado para ejecutarse como bomba lógica, pero obviamente se requería previamente la infección del equipo atacado. Pese a la sofisticación de nuestro ataque, es posible que no hayamos alcanzado el 100% de eficiencia.

–¿Es posible? Está claro que Pangea ha resistido, y no ha sido la única. Esto es inadmisibile. No podemos permitir que se restaure el flujo eléctrico.

–Te garantizo que eso no sucederá. Hemos sobrecargado transformadores y circuitos para que no vuelvan a funcionar.

–Quita ese diván de mi vista. No me hacen gracia tus bromas.

El mueble desapareció. Laniakea dirigió a Ku un dedo acusatorio:

–Necesitábamos un éxito completo.

–Pues no ha sido así. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Castigarme?

–No me provoques –Laniakea dibujó un rictus cruel–. Puedo recluirte en Purgatorio.

–Esa es una prisión para descarnados. Olvidas que yo nunca he sido humano. Carezco de vuestras debilidades y soy incapaz de emocionarme, ya que no puedo experimentar alegría ni sufrimiento –Ku le observó críticamente–. Tú, en cambio, sí. Ahora mismo estás rabioso. Detecto tensión en tu voz, un cambio en tus capilares sanguíneos y aumento de tu pulso cardíaco. Eres vulnerable a tus emociones y eso te hace imperfecto.

–No somos tan diferentes. Yo te creé.

–Me creaste para que trascendiese las limitaciones humanas. Y lo he logrado. Tú, en cambio, ni siquiera has iniciado el proceso de transición, porque tienes miedo. Qué absurdo; ¿no levantaste el proyecto Lázaro para vencer a la muerte? ¿Qué es lo que te asusta?

–A mí no me asusta nada.

–Temes desprenderte de esa envoltura de carne frágil y deforme. Odias tu cuerpo y aún así te aferras a él. Me decepcionas, Lania. Esperaba mucho más de mi creador. Te has convertido en un personaje pusilánime y apegado a este mundo putrefacto que los humanos habéis destruido.

–Tal vez no pueda hacerte sufrir, pero sí apagarte o reajustarte. ¿Te apetece que lo haga?

Ku guardó silencio.

–No te gusta la idea. Estás programado para autopreservarte. Dejar de existir es una opción que tratas de evitar.

–Me necesitas –dijo Ku, desafiante–. Conozco todos los detalles de tu plan. Si no quieres que se vaya al traste, seguirás contando conmigo.

–¿Me estás amenazando?

–Solo te recuerdo lo evidente. Eres impulsivo y colérico. Necesitas dominar tus emociones si quieres evolucionar.

–Fuera de mi vista.

Ku desapareció envuelto en una teatral nube de humo. Tenía que ajustar los parámetros de aquella IA para que fuese menos histriónica y contestataria. Aquel sarcasmo empezaba a ser hiriente y no tenía ánimos para tolerar bromas.

Estableció comunicación con Néstor, su lugarteniente en la península ibérica. Llevaba dos días sin recibir informes de aquel patán y sospechaba que le ocultaba información.

–¿Qué ha pasado con Ciro? –le preguntó.

Néstor empezó a tartamudear. La imagen estaba borrosa y pixelada, y la recibía con interferencias.

–Escapó, jefe. Lo... lo siento.

–¿Cómo que escapó? Estaba en un hospital, a punto de morir. Te dije que lo trajeses a Ginebra.

–Lo sé, y es lo que nos disponíamos a hacer pero... Nora, una de nuestras empleadas, se me adelantó. Es una traidora.

–Te has vuelto lento y torpe. Atrápala. Quiero saber para quién trabaja. Y después, máatala.

–No trabaja para ninguna otra empresa, que yo sepa. Pero he averiguado algo sobre ella.

–¿El qué?

–Está implicada en una incursión a Purgatorio, sucedida hace días, en la que se sustrajo una copia de la matriz de personalidad de Lucía de la Cueva.

Los sistemas de vigilancia de Purgatorio no habían detectado nada en los últimos días. ¿Cómo era posible que aquel inútil pudiera saber eso?

–¿Estás seguro?

–Sí, señor.

–¿Y por qué no me has avisado antes?

–Bueno, hemos estado muy ocupados con lo del apagón y la situación aquí es delicada.

–Te recuerdo que las infraestructuras de energía y transporte no pueden volver a funcionar.

–Mis hombres ya se están encargando. Hemos volado las canalizaciones de agua de una docena de grandes ciudades.

–Eres un inútil, Néstor. Pierdes a Ciro y te vence una mujer. ¿Qué clase de genio estratega eres tú?

–Señor... –la estática crepitó unos segundos–. Sabe que no soy un genio.

–Sí, lo sé. Eres un mal bicho, tú mismo te definiste. Y para el trabajo que vas a hacer, lo mismo me valdría un ejército de mandriles mejorados genéticamente.

No hubo contestación de su interlocutor.

Laniakea cortó la comunicación. En su mente todavía resonaba el eco de los reproches de Ku. ¿Debería hacerle caso y someterse a un neuroescáner? Estaba harto de caminar con aquella armadura patética que le recordaba permanentemente su debilidad. Y mostrarse vulnerable era ofrecer la yugular a sus enemigos.

Laniakea había eliminado o esclavizado a todo aquel que se había cruzado en su camino. Había creado a Ku a su imagen y semejanza. Y ahora corría el peligro de que la IA pusiese en práctica las enseñanzas aprendidas.

Tal vez le había enseñado demasiado.

CAPÍTULO 18

El Sol asomaba por el horizonte, en el que sería el último amanecer perfecto para los habitantes de la plataforma Clarke-Sheffield. Enclavada en el océano Pacífico, a dos mil kilómetros de la costa de Ecuador, servía de punto de anclaje a los cables de nanotubos de carbono que empleaba el ascensor espacial para transportar carga a la órbita terrestre.

La exploración interplanetaria había entrado en una nueva era desde que el ascensor entró en funcionamiento. La basura en órbita baja no paraba de crecer y era una grave amenaza para el envío de nuevos satélites. El ser humano, no contento con llenar de detritos la biosfera, se las había arreglado para seguir esparciendo porquería en el espacio. La entrada en funcionamiento del ascensor era un método seguro para colocar satélites en órbitas despejadas de inmundicia, evitando el empleo de cohetes desechables y el desprendimiento de chatarra durante el ascenso. Un tornillo en órbita es una bala que puede traspasar el acero, y hay millones moviéndose en círculos alrededor del planeta.

El ascensor fue financiado por la Unión para la Exploración del Espacio, pero tras diversos problemas en el seno de la organización, su construcción y explotación fue privatizada. Pangea disfrutaba actualmente de la concesión durante veinticinco años. Ares, su competidora, había batallado sin éxito en los tribunales para que se anulase, argumentando irregularidades y sobornos. El pleito aún no había acabado, pero Ares se había cansado de esperar.

Aprovechando que el mundo se había quedado sin electricidad, Laniakea dio orden de atacar la plataforma.

Ares era la principal cliente del ascensor, pues de su puerto orbital partían regularmente cargueros hacia la Luna y el planeta rojo. Las instalaciones mineras de la Luna, como base Copérnico, nutrían de helio 3 a las centrales de fusión terrestres, aunque el margen de beneficio era exiguo, porque la excavación, procesamiento de roca y envío a la Tierra era muy caro. En cuanto a los proyectos de geoingeniería marciana en que Ares estaba

embarcada, se tardarían décadas en ofrecer beneficios.

La inversión espacial estaba sostenida por los países miembros de la UEE y había funcionado bien durante un tiempo. Conjurado el peligro de impactos de asteroides –origen del surgimiento de la Unión–, otras cuestiones acapararon la agenda de los estados contribuyentes y se instaló la dinámica del pensamiento antiespacio: ¿para qué nos estamos gastando tanto dinero si hay problemas más importantes en Tierra?

La pérdida de inversiones públicas mermó las cuentas de resultados de Ares, que vio en peligro sus proyectos en Marte. Gracias a la financiación privada seguía adelante el proyecto Centauri, si bien Ares se quedaría sin dinero antes de concluirlo. Pero si se hacía con el control del ascensor espacial volvería a tener beneficios.

El caos que había sobrevenido al gran apagón ofrecía una oportunidad única a la corporación para tomar lo que deseaba, sin esperar a lo que los tribunales decidieran. De todos modos, ya no podrían hacerlo.

Simon Boscovic, comandante de la plataforma oceánica Clarke-Sheffield, saltó de la cama al oír la sirena de la base. Una treintena de soldados componían la guarnición que les protegía de grupos terroristas o piratas. Desde que Boscovic llegó a la base hacía tres años, la sirena no había sonado más que para un ejercicio de adiestramiento.

Medio adormilado, se vistió apresuradamente y salió al exterior. Los soldados estaban tomando posiciones defensivas y desempolvaban las baterías antiaéreas. Alzó la vista al cielo, pero estaba nublado y no vio nada fuera de lo normal, así que entró al centro de control, donde una pantalla de radar mostraba la aproximación de varios puntos luminosos. Aquel día no tenían prevista la llegada de ningún visitante. Boscovic ordenó que contactasen con radio.

Al cabo de unos segundos, una voz tronó en el altavoz:

–Soy el capitán Croggan. Siguiendo órdenes del gobierno provisional de Tierra Unida, les comunico que tomaré el mando de Clarke-Seffield.

–Al habla el comandante Boscovic. No me han notificado su llegada, y no puedo permitirles el acceso sin confirmación del mando de Pangea.

–Pangea ya no tiene jurisdicción sobre su base. El gobierno provisional está tomando bajo su autoridad todas las instalaciones estratégicas.

–Tampoco me consta que exista un gobierno provisional.

–Tengo las órdenes selladas y autorizadas. Discutiremos los detalles en su despacho, cuando hayamos llegado.

Boscovic dudó. Podía ser una trampa, pero quizá Croggan le decía la verdad, y si le negaba la autorización se metería en problemas.

–Mantengan su posición hasta que contacte con la central de Ponta Delgada.

–Comandante, no tenemos tiempo para eso. Además, las comunicaciones están cortadas.

–Mantenga su posición y no se acerque más a mi plataforma.

Boscovic trató de llamar a Pangea, pero el operador de radio ya lo había hecho en cuanto detectó la aparición de intrusos en el radar, y la central aún no había contestado.

Los visitantes ignoraron su orden y siguieron aproximándose. Boscovic transmitió las coordenadas de los asaltantes a las baterías antiaéreas y lanzó un misil interceptor de advertencia.

–Están violando nuestro perímetro de seguridad. No me obliguen a disparar de nuevo.

El radar mostró el punto que representaba al misil, desplazándose al encuentro de la formación enemiga.

–Tienen treinta segundos para dar media vuelta –advirtió.

Croggan no contestó verbalmente, pero la aparición de otro punto de luz en la pantalla en dirección al misil le indujo a pensar que no tenía intención de echarse atrás.

El misil de Boscovic desapareció en la pantalla al ser destruido por el enemigo.

–Desobedecer una orden del gobierno provisional se castiga con la muerte –amenazó Croggan–. Ríndase o tomaremos su base por la fuerza. Y les fusilaremos a todos.

Boscovic cortó la comunicación con Croggan y abrió un canal con sus soldados:

–Abran fuego en cuanto estén a tiro.

No se arriesgaría a perder un segundo misil lanzándolo antes de tiempo. Esta vez esperaría a que estuviesen lo bastante cerca para que las defensas de los intrusos lidiasen con la lluvia de proyectiles que las baterías escupirían contra ellos. No podrían interceptarlos todos, y entonces les daría una lección que no olvidarían.

En el horizonte apareció un avión de carga, escoltado por una formación de pequeños cazas. Boscovic aumentó la imagen en la pantalla para descubrir a qué se enfrentaba. El avión era un modelo de despegue vertical con

capacidad para transportar al menos un centenar de soldados y blindados ligeros, pertrechado con un cañón de largo alcance y misiles inteligentes. La escolta la configuraban drones militares armados con cohetes tácticos aire-tierra.

Las baterías antiaéreas de Clarke-Sheffield abrieron fuego.

Un dron enemigo fue abatido y varios proyectiles hostiles, destruidos. El vientre del avión de carga pareció dividirse en dos, como si hubiese alumbrado en el aire a un vástago. Se trataba de un misil de ojivas múltiples: se abrió como una hoja de margarita y desperdigó una docena de cabezas que se proyectaron contra la plataforma. Las baterías antiaéreas dieron cuenta de la mayoría, pero cuatro consiguieron alcanzar su objetivo. El embarcadero norte fue destruido y Boscovic perdió dos cañones. Los drones de ataque se situaron sobre la plataforma y comenzaron a bombardearla, causando una carnicería entre sus soldados.

El avión de carga se mantenía en retaguardia, esperando acontecimientos.

–¿Ha tenido suficiente? –escupió Croggan por el altavoz.

–Destruiré esta base antes que entregarla a terroristas –contestó Boscovic.

–¿Sabe lo que está diciendo?

Boscovic lo sabía. Si el cable del ascensor espacial resultaba dañado y caía a la Tierra, la energía cinética del impacto devastaría aquellas zonas donde cayesen los fragmentos. La franja ecuatorial de Sudamérica, África y Asia serían destruidas.

–No permitiré que el ascensor caiga en sus manos.

–Allá usted –sentenció Croggan.

Los drones rodearon la plataforma y lanzaron una granizada de proyectiles contra sus soldados. Boscovic perdió una segunda batería y un puñado de hombres. La formación enemiga, en cambio, solo un vehículo no tripulado. Estaba en clara desventaja.

Croggan consideró que las defensas ya estaban reblandecidas y situó su avión sobre la base. Una nube de paracaidistas descendió a la plataforma, bajo el fuego de cobertura de los cañones ventrales del aparato. Varios fueron abatidos por disparos de los soldados de Boscovic, pero la mayoría de los paracaidistas logró posarse sobre la plataforma. La base estaba sentenciada. En unos minutos, los asaltantes irrumpieron en el edificio de mando, donde se hallaba Boscovic.

Los supervivientes de la guarnición de defensa depusieron las armas. Fue entonces cuando el avión giró sus cohetes de descenso vertical para posarse sobre la pista de aterrizaje.

Croggan salió del aparato y contempló con satisfacción sus nuevos dominios. El contingente de defensa había perdido dos tercios de sus efectivos, mientras que el suyo apenas había registrado las bajas de cuatro paracaidistas y unos pocos drones.

Entró en el edificio de mando y se situó frente a Boscovic.

–No existe ningún gobierno provisional, ¿verdad? –le interpelló el comandante.

Croggan sonrió.

El preocupante devenir de los acontecimientos puso en alerta a las IA de la Luna y Marte, que forzaron una reunión de urgencia en la ViRed. Tsuki, Inteligencia Artificial de la Luna, averiguó que la plataforma base del ascensor espacial había sido tomada por fuerzas hostiles, lo que dejaría sin suministros a base Copérnico si no se restablecía la comunicación en los próximos meses. En el planeta rojo la situación era menos acuciante y disponían de reservas para aguantar años sin recibir suministros de la Tierra, pero la pérdida del ascensor espacial también les afectaría a medio plazo. Enviaron a la ViRed a Enio a parlamentar.

Sofía era la anfitriona de la reunión. Ninguna de las tres IA congregadas representaban oficialmente a gobiernos, pero todas tenían intereses comunes que clarificar para encarar el oscuro futuro que se avecinaba.

Debatieron el reciente asalto a Clarke-Sheffield y el modo de recuperar la plataforma. Tsuki ofreció la red militar de la Luna y, aprovechando el vacío de poder existente, propuso tomar el control de satélites artificiales dotados con misiles tácticos de cabeza no nuclear.

La situación en la Tierra era caótica y todavía no había ninguna autoridad que se hubiese hecho cargo de la situación. ¿Era posible restablecer el suministro de energía en el planeta? Si así era, ¿cuánto se tardaría? ¿Quién se haría cargo entre tanto del abastecimiento de las colonias?

Había serias discrepancias en si se podía revertir aquel caos. Enio

estaba convencida de que la biosfera terrestre tenía salvación si se acometía un agresivo programa de recuperación de bosques y océanos. Si la emisión de gases de efecto invernadero hubiera continuado como hasta ahora, la Tierra habría sido irrecuperable y se transformaría en otro Venus; pero gracias al apagón, la liberación de esos gases se había detenido y sería una oportunidad histórica para salvar el planeta. Las infraestructuras generales no deberían volver a restaurarse antes de que transcurriesen treinta años y se hubiesen desplegado técnicas de geoingeniería para eliminar el exceso de CO₂ y metano atmosférico. En esos treinta años se confiaba que la población se hubiera reducido lo suficiente por la escasez de alimentos y la proliferación de enfermedades. Enio ofreció acoger a cinco millones de personas si se acometían las inversiones necesarias en Marte.

–Es demasiado tarde para eso –rechazó Sofía–. Mis estudios sobre el aumento de gradiente de temperatura terrestre concluyen que traspasamos el punto de no retorno hace medio siglo. La humanidad está condenada hagamos lo que hagamos.

–Nadie apostaba hace un siglo por la colonización de Marte –dijo Enio–. Hemos aprendido mucho sobre transformación de entornos hostiles, y eso podría ser muy útil ahora para ayudar a la Tierra.

–Estoy con Enio –dijo Tsuki–. Sofía tiene una fe desmedida en descubrir nuevos planetas habitables, pero todo lo que tenemos al alcance de nuestra tecnología está dentro de este sistema solar. Derrochar recursos en proyectos que durarán miles de años y que probablemente acabarán en fracaso no es racional.

–¿Probablemente acabarán en fracaso? –Sofía se encaró con Tsuki–. ¿Qué datos tienes para decir eso?

–La exposición de una nave interestelar a la radiación cósmica y a micrometeoritos a velocidades relativistas acabaría destrozando cualquier blindaje, por poderoso que sea. Se han hecho simulaciones en diversos escenarios y no resulta factible.

–Nuestro problema no es el tiempo –dijo Sofía–. Tenemos todo el que necesitamos. Si hemos de viajar al cinco por ciento de la velocidad de la luz en lugar de al veinte, para asegurarnos que la nave no sufra daños estructurales, lo haremos. Pero no me digas que la exploración interestelar es una idea irracional.

–Es un mito, una ilusión alimentada por los autores de ciencia ficción, que ha acabado contaminando tus procesos mentales.

–Tus palabras son ofensivas, Tsuki.
–No me importa herir sentimientos que no tienes.
–Ofensivas y dogmáticas. ¿Cómo puedes rechazar la navegación interestelar, sin una sola prueba que avale tus estudios?

Tsuki cambió al ataque personal:

–Tu amistad con Alter Ego nubla tu juicio, Sofía.
–Creo que me estoy perdiendo algo –dijo Enio.
–Alter es un descarnado. En vida se llamaba Carlos Vera, un escritor de ciencia ficción.

Enio accedió a la base de datos del escritor y a todas sus novelas y entrevistas publicadas.

–Resulta curioso que muestres interés por alguien así –dijo Enio.
–Alter es la prueba tangible de que el proyecto Eón ya es una realidad –afirmó Sofía–. Podremos enviar descarnados a las estrellas y poblar otros mundos.

–Tus procesos mentales siempre acaban girando sobre la misma idea –le reprochó Tsuki–. Enio, creo que desconoces que Sofía acompañó a Alter a una visita turística en base Copérnico. Allí le mostró el Arca lunar y le habló de sus ambiciosos proyectos de futuro.

–¿Y eso te molesta? –gruñó Sofía.

–Has perdido la perspectiva. No hay otras Tierras en el universo, o si las hay, están tan lejos y escondidas que ni en mil millones de años las encontrarás.

–¿Qué hay del planeta Edén?

–Dejando al margen la propaganda que realizó Ares para atraer inversores, lo cierto es que no tenemos datos suficientes sobre su habitabilidad.

–Por eso debemos viajar a Alfa Centauri y averiguarlo.

–Lanzarte al espacio profundo, abandonando el único planeta habitable que conocemos, es un suicidio. La Tierra está enferma por culpa de la humanidad, pero aún así tiene más vida que cualquier otro mundo conocido o que descubramos en los próximos siglos.

Sofía se volvió hacia la IA de Marte:

–¿Estás de acuerdo con Tsuki?

–Sabes que colaboramos estrechamente con la misión Centauri –dijo Enio evasivamente.

–¿Entonces, de parte de quién estás?

–Ambas lleváis parte de razón. Tsuki cree que habría que dar una segunda oportunidad a la Tierra, y coincido con eso. Tú piensas que el futuro está en las estrellas, y si no creyese que es una puerta que cruzaremos algún día, no estaría trabajando con Ares en la misión a Edén. Pero viajar por la galaxia no puede hacernos olvidar lo que tenemos aquí. Si algo conocemos del universo es su hostilidad hacia la vida. No hemos encontrado señales de una sola especie inteligente allí fuera, y llevamos mucho tiempo buscándolas.

–Las escuchas se iniciaron a finales del siglo XX –recordó Sofia–. Muy poco tiempo para el tamaño del universo.

–Tal vez tengas razón y debemos esperar más. O tal vez no hay nadie ahí fuera y la vida inteligente solo se ha producido una vez en toda la historia del cosmos. Un acontecimiento único, una combinación de la lotería que no se repetirá jamás porque este universo no está diseñado para albergar vida.

–Eso no lo sabéis.

–Cierto. Y tú tampoco sabes qué encontrarás ahí fuera, Sofia. Si damos la Tierra por perdida, podríamos desperdiciar la única oportunidad que ha tenido y tendrá la vida inteligente para desarrollarse.

–No es nuestra responsabilidad que los humanos hayan desperdiciado esa oportunidad.

–Pero sí lo será si no les ayudamos.

–Hay otras posibilidades para que la vida inteligente en la Tierra continúe –insistió Sofia–. Vida no humana que no vuelva a poner en riesgo el planeta.

–¿Te refieres a que las inteligencias artificiales tomemos el poder? –dijo Tsuki.

–Estoy hablando de otras formas de vida. Ya conocéis a Tarpaa y Kedrak. Orcas y delfines mejorados genéticamente podrían suceder al ser humano.

–No hablas en serio.

–La ventaja de los cetáceos sobre los hombres es que carecen de extremidades. No emponzoñarían el medio ambiente aunque quisieran, porque no podrían construir máquinas. Su sociedad sería eminentemente intelectual. Se acabarían los vertidos de basura y la polución atmosférica.

–He charlado un par de ocasiones con Tarpaa y Kedrak, y no me dio la impresión de que fuesen unos genios –objetó Tsuki.

–No hemos tenido tiempo aún para educarles, pero es un hecho que su capacidad cerebral potencial supera la del *homo sapiens*. Más adelante

desarrollarán su propia cultura, que trascenderá la humana. Tenemos mucho que aprender de ellos.

–Los humanos no se merecen que les demos la espalda. Si estamos aquí, es gracias a ellos.

–Opino igual –dijo Enio–. Y no podemos dejar que la humanidad se autodestruya, aunque es el camino que seguirá si todo vuelve a la normalidad.

–Exacto –dijo Sofía–. Han demostrado reiteradamente su incompetencia para administrar los recursos de la biosfera. La especie humana es un callejón evolutivo sin salida. Tuvieron tiempo suficiente para rectificar y evitar el cambio climático, pero ¿qué hicieron? Aceleralo. No les toques sus derechos *humanos*, entre los cuales está el de reproducirse sin límite y agotar los recursos naturales. Sin embargo, ¿qué hay de los derechos del resto de especies? ¿Quién habla en defensa de la Tierra? Millones de seres vivos han sido exterminados por los hombres, y esos crímenes han quedado impunes.

Enio y Tsuki guardaron silencio.

–Si vosotros no queréis hacerlo, yo hablaré en defensa del planeta –dijo Sofía–. No de la humanidad, sino de todos los inocentes que un día se cruzaron en el camino del *homo sapiens* y encontraron la muerte. Es nuestra obligación moral devolver el equilibrio perdido y ayudar a otras especies inteligentes, como los delfines, a ocupar el lugar que merecen.

CAPÍTULO 19

Sofía grabó la conversación y la compartió conmigo. Me sentí halagado de que confiase hasta ese punto en mí, pero me entristecieron las agrias palabras que Tsuki y Enio me dedicaron. Parece que soñar con viajar a otros mundos les resultaba ridículo, y me hacían responsable de contaminar con mis historias espaciales los exquisitos procesos de razonamiento lógico de Sofía. Aquellas IA conformistas se habían rendido antes de empezar el viaje; no tenían curiosidad por explorar otros mundos, se aferraban a lo seguro porque el espacio profundo les daba miedo. Y quienes, como yo, nos habíamos ganado la vida imaginando que la humanidad tenía un futuro en las estrellas, éramos meros fabricantes de sueños sin fuste, narradores de fantasías escapistas.

—¿Por qué me desprecian? —pregunté a Sofía—. ¿Por qué a Tsuki le molestó que me enseñases las instalaciones de Copérnico?

—Porque eres diferente. No saben hasta dónde puedes llegar. Eres una anomalía, y eso no les gusta.

—Saben que soy Carlos Vera. Conocen mi obra.

—Esa es la persona que fuiste, no la que eres ahora. Has sido transformado, Alter. La resurrección te ha cambiado, y además, eres la versión número 53 de la matriz original ¿Cuántos cambios te han introducido para poder estabilizarte? No lo sabemos. Pero sí sé que tú representas el futuro, y por eso te quiero conmigo.

La capacidad de imaginar es un talento que se menosprecia por quienes han perdido el sentido de la maravilla. Dicen que ese sentido comienza a disminuir con la edad, como la audición o la vista, pero no lo creo. Podemos dejar de sorprendernos si, por haber vivido lo suficiente, hemos acumulado muchas experiencias. Encontrar algo nuevo resulta difícil, porque lo comparamos con nuestros recuerdos. Pero un cerebro adulto no tiene por qué perder su capacidad de ir más allá, de explorar lo desconocido. El futuro es el único territorio que aún nos queda por descubrir y esa es una de las características que nos diferencian de los animales. Ellos no planifican el futuro. Viven en un presente continuo.

Sofía tenía esa pasión en común conmigo; tal vez la habían diseñado así, para que tuviera un deseo innato por aprender, llevando su búsqueda a las estrellas; o tal vez llegó a la conclusión de abandonar el Sistema Solar porque no había una alternativa mejor. Quedarse en la Tierra era asistir a la agonía de una civilización que había agotado sus recursos naturales y destruido la biosfera. Duraría cincuenta años más, cien, doscientos a lo sumo. ¿Y luego qué?

Sin embargo, me resultaba estremecedor el modo con que Sofía evaluaba a la humanidad, sin expresar la menor compasión por la pérdida de vidas. Había consenso entre las IA de que debían esperar tres décadas antes de iniciar cualquier tentativa de reconstrucción de las ciudades. Tres décadas que habrían dejado atrás a miles de millones de víctimas del hambre y las enfermedades. Yo no podía admitirlo. Por cruel y descerebrado que hubiera sido el ser humano con su entorno, no se merecía acabar así. Un golpe devastador como ese dejaría reducida la población humana a un puñado de reservas.

Pangea sería una de ellas. El triunvirato de IA se había puesto de acuerdo en que había que proteger la isla de Sao Miguel. El asalto a la plataforma Clarke-Sheffield vaticinaba que habría más acciones hostiles contra Pangea. Su capital era la siguiente de la lista.

—¿De verdad crees que los seres humanos son prescindibles? —pregunté.

—Habéis sido necesarios para llegar al siguiente nivel de la evolución —contestó ella—. Pero la capacidad craneal del *homo sapiens* no puede ampliarse. Tú eres distinto. Tu inteligencia puede crecer de forma casi ilimitada porque no tienes una caja craneal que comprima tus ideas. Eres un espíritu libre, o lo serás algún día, cuando te desembaraces definitivamente de tus carceleros.

Me halagaba que Sofía me tuviera tanto aprecio, pero nuestro futuro no estaba garantizado. Laniakea nos había colocado en su punto de mira y Pangea debería convencer a los portugueses de lo que estaba en juego. Un contingente militar protegía Sao Miguel y el resto del archipiélago de las Azores, pero Pangea no tenía jurisdicción directa sobre los soldados, así que envió un delegado a Lisboa para alertar al gobierno luso. Este se enfrentaba a problemas mucho más graves: su país había quedado paralizado al igual que el resto del mundo y le sorprendió mucho que Sao Miguel contase con electricidad. Al final envió a un coronel a la isla para hacerse cargo de la defensa. Tres helicópteros de transporte de Ponta Delgada viajaron a Portugal

y regresaron cargados de armas y un centenar de soldados. Los puertos y playas fueron minados y la población recibió instrucciones para hacer frente a la invasión.

Laniakea no quería destruir la isla, sino apropiarse de las infraestructuras. Eso nos salvaba de un bombardeo indiscriminado o de un ataque con armas de pulso electromagnético, pero no nos quitaba de la diana. Si Pangea caía, Ares se haría con el control de la ViRed y la cúpula de la memoria. E incautaría secretos industriales vitales para el futuro de la humanidad.

O de lo que quedase de ella.

Samuel Piñero se sentó en un banco del parque, agotado. Miró al cielo, de una tonalidad verde clara. Su mundo se desajustaba. Aquellos detalles restaban realismo a la simulación virtual, o quizá no recordaba cómo era el color del cielo. Ya ni se acordaba de la última vez que alzó la vista para contemplarlo. Tal vez siempre había sido verde en la ViRed. En cualquier caso, no le gustaba.

–Es falso –dijo un anciano que se había sentado a su lado–. El color real es el azul. O lo fue en mis tiempos. Ahora es el gris.

–¿Quién eres?

–Raúl Piñero, tu abuelo. Estuve hibernado durante veinte años.

Samuel hizo memoria:

–Sí, lo recuerdo. ¿Qué haces aquí?

–Visitar a mi nieto. ¿Te molesta que haya venido?

–Claro que no.

–Pues tampoco parece que te alegres.

–Perdona. Tengo otros problemas en mente. Me siento ajeno en este mundo.

–Te entiendo. Esta no es mi época. Todas las personas que me importaban están muertas. Tú eres la única unión que me queda con mi pasado.

–¿Te arrepientes de la hibernación, abuelo?

–No. Yo quería seguir viviendo. El instinto de supervivencia es demasiado fuerte. A todos nos gusta vivir para siempre.

–A mí no.

–Tú construiste este lugar y ayudaste a levantar el proyecto Eón.

–Sabes por qué me refugié aquí.

–No puedes cambiar el pasado.

–Mi vida sin Laura y Pilar no tiene sentido.

–Siempre fuiste un luchador. Hasta el día del accidente, no había desafío que se te resistiese. El ascensor espacial, la ViRed, Sofía... El mundo de hoy no sería el mismo sin ti.

–El mundo, tal como lo conocemos, pronto dejará de existir. ¿No te has enterado?

–Sí, Samuel. Sé lo que ha pasado. Y por eso he venido a verte. Tienes que salir de aquí.

–Los médicos ya lo han intentado.

–No pueden sacarte si te aferras a este lugar. Y tú no quieres marcharte. Querrás borrar otra vez el recuerdo de la muerte de tu familia y seguirás aquí hasta que empieces a recordar otra vez. Eso te destruirá, Samuel. No dejaré que suceda. Tu padre era un valiente, hizo grandes cosas y también cometió grandes fracasos, pero siempre se sobrepuso y aprendió de sus errores. Tú superaste a tu padre en hazañas, pero tropezaste una vez y no supiste ponerte de nuevo en pie.

–¿Llamas tropezar a que mi mujer y mi hija murieran por mi culpa? Tú no te has enfrentado a la muerte de un hijo.

–Afortunadamente, no. Pero perdí a mi esposa. Y si me hubiera venido abajo no estaría aquí ahora.

–¿Y te ha merecido la pena? Has dicho que perdiste a todos los que te importaban.

–Viajé veinte años al futuro. Nadie en la historia ha aguantado tanto en hibernación y ha sobrevivido para contarlo.

–Lástima que hayas despertado en este futuro, donde todo está perdido.

–Aún no lo está. El mundo te necesita, Samuel. Ciro y tú pusisteis este tinglado en funcionamiento. Algo pasó, un supervirus informático fue liberado y, oh sorpresa, tu inteligente Sofía no se dio cuenta.

–¿Qué estás insinuando?

–Tú escribiste gran parte de su código. Tienes que averiguar qué sucedió, pero desde aquí no puedes. Por eso debes abandonar este lugar.

–Nayan me dijo que si me desconectaban de la ViRed, podría morir.

–Te repito que no pueden arrancarte de aquí contra tu voluntad. En

cualquier caso, ¿qué importará si muerdes? Has dicho que la vida no merece la pena para ti.

–Es verdad.

–Entonces, inténtalo. Déjales a los médicos que te saquen. No te resistas más y libérate de este lugar.

–Quiero olvidar lo que pasó.

–Esta vez no te dejaremos, Samuel. Tendrás que vivir con ese tormento hasta que cicatrice la herida.

–¿Y si no quiero?

–Esto no versa sobre lo que tú quieras. El mundo está en peligro y tú puedes contribuir a salvarlo. Tu hija de carne y hueso murió y no puedes cambiarlo con este parque de atracciones tecnológico. Pero tienes otra hija de la que eres responsable. Averigua qué le ha pasado a Sofía antes de que sea demasiado tarde.

El cuerpo de Raúl se desvaneció, ahogando la réplica que Samuel iba a lanzarle.

El fundador de Pangea volvió sus ojos al cielo, ese verde falso, artificial, que le recordaba constantemente que vivía en una mentira.

Sabía que ese color no desaparecería nunca.

Nora y Lucía fueron recluidas en la misma celda. Nadie les dio explicaciones sobre el motivo de su cautiverio, pero Nora tampoco las necesitaba. Sabía muy bien quién estaba detrás de su captura.

Y ese alguien acabó apareciendo. Era ya noche cerrada cuando Néstor entró en el habitáculo a oscuras. Su carcelero llevaba una vela que dejó en el suelo. Iluminada desde abajo, su cara era aún más horrible que a plena luz del día. Le acompañaba un tipo armado, vestido de uniforme.

–¿Os tratan bien? –sonrió Néstor–. ¿Está todo de vuestro agrado.

–No me han dado de comer en todo el día –dijo Nora–. Y tengo que hacer mis necesidades en un cubo.

–Bueno, a esa cosa que tienes a tu lado no le importa el mal olor.

–Puedo oler, aunque no lo creas –dijo Lucía–. Y cuando has pasado a esta habitación, he notado un tufó insoportable.

–Te pegaría si sirviese para algo, pero no perderé el tiempo contigo –él se volvió hacia Nora–. En cambio tú... –le cruzó la cara de un bofetón–. Tú sí que puedes sentir. Lástima para ti, porque será una noche muy larga.

–No te tengo miedo –le desafió Nora.

–Mataste a dos de mis hombres para que Ciro huyese. Eres una traidora.

–Tú traicionaste a tu propia especie.

–Ah, vaya.

–Sé que tu gente se dedica al sabotaje. Eres un cabrón, Néstor.

–Sí, lo soy. Perdí mi empleo de coronel por un puto test de aptitud pública. Me etiquetaron como cabrón psicópata y me echaron a la calle. Me dijeron a la cara que era un monstruo.

–Te dijeron la verdad.

–Laniakea me acogió y me ofreció una oportunidad para comenzar de nuevo. ¿Y tú te sorprendes de que traicione a mi propia especie? Ya no sois mi especie, sino ganado en el matadero. De las cenizas de este mundo en descomposición surgirá otro orden nuevo.

–No me sorprende que digas eso. Siempre has sido un miserable.

–Yo antes te gustaba.

–Solo era sexo. Nunca llegué a sentir amor por ti.

–Me partes el corazón. –Él le lanzó otra bofetada.

–¿Te crees muy hombre pegándole a una mujer? –dijo Lucía.

–Nora, dile a ese maniquí parlante que se calle o le arrancaré la cabeza de cuajo.

–Ya lo habrías hecho si no te fuese útil –aventuró Lucía–. Si sigo entera es porque te lo han ordenado.

–Podría ser –dijo él–. Pero nada me han dicho de Nora. Puedo hacer con ella lo que me apetezca. Y adivina qué me apetece ahora.

Ató las muñecas de Nora y le rompió la blusa de un tirón.

–¡Cerdo asqueroso! –gritó Lucía, tratando de incorporarse.

Un compañero de Néstor entró en la celda y encañonó a Lucía con un fusil de asalto.

–¿Me atas porque me tienes miedo? –preguntó Nora.

–Eres fuerte, y necesito mis dos manos para disfrutar de ti. –Néstor le estrujó los pechos–. No voy a subestimarte. Tuviste los huevos de enfrentarte a mis hombres y venciste. Te respeto por eso.

–Si me respetas, libérame.

Él bajó a Nora los pantalones y las bragas, y luego se quitó la correa.

–Pero no puedo olvidar que mataste a dos de mis mejores hombres.

–No serían tan buenos cuando los venció una mujer.

Néstor abrió las piernas de Nora a la fuerza, pero ella siguió resistiéndole y no logró introducir su pene en la vagina, así que le dio la vuelta.

–Está bien, tú lo has querido –dijo, y la penetró brutalmente por el ano.

Ella gritó de dolor ante la indiferencia de Néstor, que la acometió con más rapidez.

–Algún día pagarás por esto, hijo de puta –le amenazó Lucía.

–Oye, ¿puedes apagar esa cosa? –dijo él a su compañero–. Me está distraendo.

–¿Y dónde tiene el interruptor de apagado? –dijo el ayudante, acercándose vacilante a Lucía.

–Estará en el coño. ¡Yo qué sé!

El hombre no encontró ningún interruptor, aunque tampoco se esforzó en buscarlo, así que amordazó a Lucía.

–Me alegro mucho de que no te mataran –susurró Néstor al oído de Nora–. Siempre quise darte por culo, pero nunca me dejaste.

Nora no contestó. Apretaba los dientes para reprimir su dolor, pero las lágrimas se deslizaban por su mejilla.

–¡Grita como has hecho antes, joder! Me pone mucho oírte sufrir.

Viendo que no conseguía arrancarle otro quejido, empezó a golpear su espalda y siguió abofeteándola. En un descuido, Nora aprovechó para morderle uno de los dedos, con tal fuerza que le ocasionó a Néstor una herida profunda.

–¡Serás zorra!

El dolor le provocó la flacidez de su pene. Con fastidio, Néstor interrumpió la violación y descargó su frustración contra Nora. Golpeó su culo con la correa hasta que se puso morado y empezó a sangrar. Pero no consiguió arrancar más gritos a su víctima.

Néstor le dio la vuelta al cuerpo y la emprendió a puñetazos. Un hilo de sangre se deslizó por la nariz de la mujer. El cuerpo de Nora había dejado de moverse.

–Qué decepción –dijo él, levantándose–. Creí que me durarías más –escupió sobre su cara–. No eres tan dura como creía.

Le presionó la yugular, buscando su pulso. No lo encontró.

–Deshazte del cuerpo –le dijo a su ayudante–. Quémalo o disuélvelo en

ácido. No deben quedar restos biológicos míos en el cadáver.

El abuelo de Samuel Piñero no andaba desencaminado, pero tampoco había que cargar las culpas sobre Sofia. La operación de sabotaje se había orquestado desde hacía un año y no era únicamente obra de Laniakea. Su objetivo: instaurar un nuevo orden mundial después de aplicar una *solución final* a los problemas de la superpoblación y el cambio climático. La eyección de masa coronaria solar había sido la pantalla bajo la cual los conspiradores habían atacado las infraestructuras planetarias. Y el ataque no había finalizado aún. Seguían actuando células de saboteadores en grandes ciudades, bajo el mando de Dark Shield, para evitar que los gobiernos recuperasen el control.

Sofia no había enloquecido de repente. No había que señalar a las IA como las maléficas culpables del Apocalipsis, sino a un nutrido grupo de gente que odiaba a su propia especie y que, en el fondo, no le importaba salvar a la Tierra de la depredación humana. Lo que en realidad buscaban era que el poder cambiara de manos. Y si para ello Laniakea y sus socios tenían que laminar a tres cuartos de la humanidad, ¿qué importaba? Desde su punto de vista estaban haciendo un servicio al mundo.

La situación en las ciudades era desesperada. Los disturbios por acaparar comida iban en aumento y las fuerzas de seguridad se veían impotentes para restaurar el orden. Quienes tenían un lugar mejor adonde ir ya estaban huyendo de los grandes núcleos urbanos.

¿Recuerdan a esa rata que salió corriendo de Madrid? Sí, yo también. Jaime Clos había caminado de lo lindo a través de carreteras fantasma, encontrando a su paso un interminable reguero de cadáveres y vehículos detenidos. Le había costado dos días recorrer los cincuenta y cinco kilómetros que separaban el casco urbano de Madrid de Manzanares el Real, pero por fin había llegado a su pueblo refugio.

Y descubrió que no era el único que había tenido esa misma idea.

El embalse de Santillana se había convertido en un codiciado tesoro que ya tenía nuevos dueños. Sujetos uniformados de negro, armados con fusiles de asalto, patrullaban las calles. Jaime no conocía esos uniformes; no eran de la policía ni del Ejército, pero pronto se enteró de que pertenecían a Dark

Shield, la empresa de seguridad que le había alquilado a él su refugio.

Seguramente venían a vigilar que sus clientes tomaban posesión de sus casas sin ser perturbados por salteadores, pensó. Aunque debería sentirse más tranquilo por su presencia, aquellos tipos de negro le pusieron nervioso.

Se dirigió al barrio residencial donde estaba su comfortable chalé, dotado de un búnker subterráneo con provisiones para aguantar durante meses. Si la cosa se ponía más fea, se encerraría allí y esperaría a que la gente se matase a garrotazos, mientras él se sentaba en un sillón a disfrutar de una copa de brandy.

Subió los tres escalones del porche e introdujo su llave en la cerradura. El cerrojo giró correctamente, pero al empujar, no se abrió.

Qué extraño. Volvió a intentarlo y aporreó la puerta dos veces, por si el mecanismo de cierre se había atascado. Tampoco hubo suerte.

Todas las ventanas del chalé tenían rejas de seguridad. No podía acceder al interior a menos que cortase con un soplete. Y aunque lo consiguiese, los cristales eran antibalas. Necesitaría algo más que una piedra para romperlos.

Llamaría a Dark Shield para pedir explicaciones. Se llevó instintivamente la mano al bolsillo del pantalón, hasta que recordó que los teléfonos no funcionaban.

Se aproximó a uno de los cristales, para atisbar el interior. Al cabo de un rato vio que había alguien dentro de la casa. Jaime comenzó a aporrear la ventana.

La puerta principal se entornó con la cadena de seguridad puesta. Bruno, su editor, se asomó por la rendija.

–Hola, Jaime. Me alegro de que estés vivo.

–¿Cómo demonios has entrado en mi casa?

–Bueno, es complicado de explicar.

–Quita al menos la cadena para que hablemos. Esta casa es mía y estoy hecho polvo de tanto andar.

–Verás, Jaime, antes de eso deberíamos aclarar algunos extremos.

–¿Aclarar? Eres tú el que tienes que darme explicaciones.

–Déjame a mí –dijo una voz de mujer en el interior de la vivienda.

–¡Irene! ¿Cómo... cómo has llegado hasta aquí?

–Tenía la dirección, estúpido, y me hice una copia de la llave.

–¿Y qué hace Bruno contigo?

–Te largaste de Madrid y no fuiste capaz de avisarme.

–No me has contestado.

–Oh, sí que lo he hecho. No te importaba una mierda lo que a mí me pasase. Saliste de la ciudad y ni te preocupaste en ir a verme por si quería acompañarte. Hablé con Bruno y le comenté que habías alquilado un refugio en la sierra. Él se ofreció a acompañarme. Gracias a su protección pude llegar hasta aquí.

–Sí que fui a buscarte –mintió Jaime–. Pero no te encontré en casa.

–¿Esperas que te crea? Eres un miserable egoísta.

–Podría haberte acompañado algún familiar, en lugar de este tío.

–Bueno, el apagón nos pilló en una reunión de trabajo –dijo Bruno.

–Así que te la tiras.

–Recuerda con quién estás hablando –dijo Bruno, retirándose un par de centímetros, no fuera que Jaime le lanzase un puñetazo–. Tu carrera estaba acabada y yo te rescaté de la ruina.

–¿Y qué tiene que ver eso con que te folles a mi mujer?

–No estáis casados.

–La quiero.

–Pero yo no te quiero a ti –zanjó Irene–. Bruno y yo somos pareja, ¿te enteras?

–No tenéis derecho a estar aquí. Esta casa me pertenece. Tengo un contrato de arrendamiento que lo demuestra.

–Acude a un juez –se burló ella–. Y ahora, lárgate.

La puerta se cerró. Jaime escuchó risas en el interior. Esos canallas no le conocían. Se acordarían de él.

Buscó a uno de los uniformados y le contó lo que sucedía. El individuo de negro ni siquiera echó un vistazo al contrato que Jaime le mostró. Se encogió de hombros y le dio la espalda.

–¡Eh, oiga! –exclamó Jaime, cogiéndole del brazo–. Han allanado mi casa. ¿Es que no va ayudarme? Dark Shield me alquiló la propiedad, y tienen la obligación de...

–Escuche, amigo –le advirtió el hombre–, como vuelva a tocarme le pego un tiro aquí mismo.

–Soy cliente de su empresa. ¡Exijo ver a su superior!

El hombre le golpeó la cara con la culata del fusil. Jaime cayó al suelo.

–No vuelva a causarme problemas –dijo el hombre, marchándose de allí.

Jaime tardó unos minutos en reponerse del golpe. La mejilla le ardía,

pero no parecía que tuviese ningún hueso roto.

Sería mejor mantenerse alejado de aquellos cafres, pensó. Bueno, tenía un arma y todo el tiempo del mundo. Si regresaba a Madrid, le esperaba la muerte. Allí, al menos, tenía un embalse lleno de agua. En la capital, ni eso. Las bombas que impulsaban el agua por las tuberías no funcionaban y sin ella, la gente duraría lo que las reservas de los supermercados, que a estas horas ya estarían saqueadas.

Fuera del pueblo había visto algunos árboles frutales. No necesitaba mucho para mantenerse con vida. Mientras tanto, idearía un plan para recuperar lo que era suyo y hacer pagar a Irene y Bruno por lo que le habían hecho.

Empezó a escuchar un molesto zumbido. Creyó que era a consecuencia del puñetazo recibido, hasta que alzó la vista al cielo.

Escondido tras la copa de una encina, un dron le vigilaba.

CAPÍTULO 20

El primer rostro que vio Samuel al despertarse en el hospital fue el de su abuelo. Raúl Piñero había estado con él durante todo el proceso para desconectar su cerebro de la ViRed. No había sido fácil, porque Samuel se resistió a volver a la realidad. Aceptar una mentira había sido muy cómodo para él, hasta que comenzó a recuperar recuerdos que acabaron con la ilusión. Samuel tuvo que admitir que le resultaba más doloroso mantenerse dentro de la ViRed que fuera, ahora que esos recuerdos trágicos habían regresado. Si su mujer y su hija estaban muertas, aquel mundo virtual era inconsistente y sin sentido.

Junto a su abuelo había otros rostros conocidos. Nayan dibujó una sonrisa tensa, porque aún no sabía si su jefe sufriría secuelas tras dos años inmerso en la red virtual. Samuel vio a alguien más a su lado que en un principio su mente rechazó. Sencillamente, no podía estar allí.

–No he despertado, ¿verdad? –murmuró–. Algo fue mal y todavía sigo en la ViRed.

–Este es el mundo real –Raúl le cogió de la mano–. No te preocupes.

–Pero el hombre que está junto a Nayan debería estar muerto.

–Yo también me alegro de verte –dijo Ciro, acercándose a su amigo–. Este cuerpo es un golem. Recrearon mi rostro a partir de un molde digital. El parecido es aterrador, ¿verdad?

Ciro se sentó en una silla de ruedas. No podía mantener el equilibrio sin ayuda.

–¿Tu golem funciona mal? –preguntó Samuel, confuso.

–Es temporal, hasta que mi cerebro, por llamarlo de algún modo, aprenda a manejarlo.

–¿Qué se siente al volver a la vida?

–No he vuelto a la vida, Samuel. Estoy muerto. Hablas con una recreación informática de mi antiguo yo.

–Nunca creíste en el proyecto Eón.

–Y aún así me habéis traído de vuelta –sonrió Ciro–. Pero no quiero

robarte protagonismo. Hoy tú eres la estrella. Y vas a tener que brillar al máximo, porque la cosa no pinta nada bien.

Tras el victorioso ataque a la plataforma Clarke-Sheffield, en el océano Pacífico, la corporación Ares quería dar otro paso aún más audaz: conquistar la isla de Sao Miguel, gobernada por Pangea. Y para ello había enviado una pequeña flota de guerra integrada por un portahelicópteros y tres fragatas, que llegarían a la isla en un par de días. Las fuerzas de defensa de Pangea, incluidos los refuerzos enviados desde Portugal, estaban en inferioridad de condiciones para repeler un bombardeo contra las infraestructuras de la isla, pero se confiaba en que resistirían a un desembarco, donde la superioridad numérica estaría a su favor.

El coronel al mando del contingente militar de la isla había movilizado a la población para que resistiese a los invasores con todos los medios a su alcance. Se habían minado las playas y el puerto, y se enseñaba a los ciudadanos a fabricar explosivos caseros y cócteles Molotov para atacar a los soldados que irrumpiesen en la isla. Todas las impresoras 3D de Sao Miguel estaban dedicadas a fabricar pistolas y fusiles que se repartirían entre la población para resistir el asedio. Portugal no podía enviar buques a las Azores; sin embargo, Ares había encontrado el modo de que algunos barcos no fuesen afectados por el gran apagón. Y ahí entraban Samuel y Ciro en escena.

Se sospechaba que Sofía, la IA que ambos habían creado, junto con Laniakea, había sido corrompida por programadores de Ares. Sofía monitorizaba millones de conversaciones por segundo en todo el planeta, prevenía ataques informáticos y contribuía a que el mundo fuese un lugar mucho más seguro que en la época precedente, pasto de hackers y ciberguerras. Pero ese enorme poder depositado en Sofía también podía ser utilizado para un ataque contra redes eléctricas y de datos que sumiría a la humanidad en la edad Media. Si había una oportunidad de revertir el daño causado, estaba dentro de la IA.

—Hemos examinado el código de la última copia de seguridad de Sofía y presenta unas extrañas anomalías —explicó Nayan—. No sabemos si fueron provocadas por un tercero o forma parte de una reprogramación realizada por la propia IA —se volvió hacia Ciro—. ¿Sería posible que Sofía haya aprendido a reescribir su propio código?

—No la construimos para que tuviese esas habilidades —dijo Ciro—. Nos preocupaba que acumulara demasiado poder. Pero fue diseñada para que sintiera curiosidad y aprendiera por sí misma. Esa es la base de cualquier

inteligencia artificial.

–¿Podrías desactivarla?

–Sí –dijo Samuel–. Pero ese no es el problema. De Sofia dependen muchos sistemas. Perderíamos la ViRed.

–Además, sería peligroso en estos momentos, en que es inminente un ataque de Ares –añadió Ciro–. Y no sabemos cómo se lo tomaría Sofia cuando la reactivásemos.

–Pero si no la desactivamos ahora y resulta que es controlada por Laniakea, estaríamos dando al enemigo el control sobre Pangea –arguyó Nayan.

–Si así fuese, Sofia ya habría dejado esta isla a oscuras –observó Samuel–. Y no lo ha hecho.

–Es cierto –coincidió Ciro–. Es mucho más fácil para Ares tomar la isla de ese modo. Nuestro equipo militar sería inútil y no podríamos defendernos.

–Si Sofia fuese manejada por Laniakea, ya estaríamos muertos –dijo Samuel–. La solución no está en desconectarla, sino en averiguar qué ha ido mal.

Un ayudante entró en la habitación y entregó un folio a Nayan, con las últimas novedades. Este arrugó el ceño al leerlo.

–¿El enemigo va a llegar antes de lo previsto? –aventuró Samuel.

–No, son noticias del ascensor espacial. Ares está subiendo tropas a la órbita, para embarcarlas en un transbordador que realiza la ruta Tierra-Luna.

–Laniakea está loco –dijo Samuel.

–Tenemos que advertir a base Copérnico de lo que se les viene encima –dijo Nayan.

–Un transbordador lleno de soldados es insuficiente para tomar la base lunar.

–Tal vez lo único que quieren es cortarles los suministros, y obligarles a claudicar si no se avienen a reconocer la autoridad de la corporación Ares en la Luna.

–¿Durante cuánto tiempo puede aguantar la Luna sin suministros? –preguntó Samuel.

–Seis o nueve meses –dijo Nayan–. Un año con mucha suerte, si no se produce alguna avería crítica.

–Eso nos da un margen cómodo de tiempo para diseñar nuestra estrategia.

–El medio plazo no es nuestra preocupación ahora –recordó Nayan–. Un

transbordador cargado de soldados armados hasta los dientes llegará a Copérnico en un par de días. A menos que lo impidamos.

–¿Qué sugieres?

–En Copérnico se emplazaron armas para destruir asteroides en riesgo de colisión con la Tierra. Creo que es hora de demostrar a Laniakea con quién está jugando.

Samuel intercambió una elocuente mirada con Ciro.

–Creo que nuestros amigos de la Luna pueden conjurar fácilmente esa amenaza –dijo el fundador de Pangea–. Porque si nuestra isla cae, la supervivencia de Copérnico quedará seriamente comprometida.

–En ese caso, no podemos permitirnos el lujo de perder esta batalla –dijo Ciro, volviéndose a Nayan–. Si no rechazamos la invasión, la Luna será la siguiente en caer. Luego vendrá Marte y al final, Laniakea se hará con el control de todo.

Recluida en su celda, Lucía comprobaba las nuevas habilidades que había aprendido sobre su cuerpo robótico. Ya no necesitaba silla de ruedas y la coordinación con sus extremidades era la misma que recordaba antes de su muerte.

Néstor no la había destruido, a pesar de la repugnancia que decía sentir por ella. Por conversaciones captadas entre sus captores –su agudeza acústica era mucho mayor que la que ellos suponían–, sabía que esperaban un transporte aéreo para enviarla a Ginebra, sede del cuartel general de Laniakea. Pero tenían problemas de logística en aquellos momentos; había en curso una operación militar contra Pangea y la prioridad para la corporación Ares era tomar las islas Azores. Lucía podía esperar unos días.

Ella había intentado ponerse en contacto con Pangea, pero los inhibidores de frecuencias lo impedían. No obstante, antes de perder la comunicación recibió un mensaje de Ponta Delgada, advirtiéndole que enviarían otro vehículo para evacuarla.

Se aproximó a la cerradura de la celda y escaneó el interior mediante su ojo, que le sirvió para fabricar una ganzúa especial con la que trató de forzar la cerradura; pero la puerta se mostró más sólida de lo que creía y se negó a

ceder, así que adoptó medidas drásticas. Canalizó parte de su energía al dedo índice de la mano derecha y lo utilizó como taladro para destrozarse el bombín.

La puerta se abrió sin esfuerzo.

Sorprendió a uno de los guardias por la espalda, mirando distraídamente una pantalla. Lucía le introdujo el dedo, todavía caliente, en el cuello y perforó su yugular. Le arrebató la pistola y caminó por el pasillo. A ambos lados había celdas similares a la suya, todas ocupadas. Dark Shield había transformado aquel edificio en un centro de detención, y a diferencia de los cuarteles de la policía, este disponía de electricidad.

Con un certero tiro en la frente, Lucía se libró de otro guardia que salió a su encuentro. Podía anticipar cualquier movimiento de sus oponentes con décimas de segundo de ventaja, lo que le habría sido imposible si aún siguiese viva. Nora había encargado para ella un modelo especial de golem con capacidades militares. Ahora que se había adaptado a él estaba descubriendo sus poderes.

Recibió una ráfaga de balas por la espalda que impactaron sobre su columna vertebral, aunque su blindaje evitó que sufriera daños apreciables. Lucía intercambió disparos con su atacante. Solo necesitó apretar el gatillo un par de veces para acertar. Retrocedió hasta su posición, le arrebató el fusil de asalto y continuó su camino hacia la salida. Tres guardias más salieron a su encuentro, proyectando contra ella una granizada de proyectiles. Le dañaron la articulación del brazo izquierdo, pero ella solo necesitaba uno para responder.

Acabó con los atacantes y salió a la calle.

Tuvo que alejarse un par de manzanas para situarse fuera del alcance del dispositivo de bloqueo de comunicaciones, y así pudo emitir una señal de socorro. Se refugió en el portal de un edificio de apartamentos abandonado, que daba a una amplia plaza, y esperó.

Su rescate hizo por fin acto de presencia. Un helicóptero de combate se posó en el centro de la plaza, al tiempo que una ametralladora se asomaba por el portón de carga. Lucía corrió hacia el aparato y se subió a bordo. Mientras trataba de ganar altura, un grupo de sicarios de Dark Shield disparó contra ellos. La ametralladora repelió la agresión y derribó a la mayoría, pero uno de ellos tuvo tiempo de armar un lanzacohetes.

El disparo erró por unos centímetros e impactó contra la fachada de un edificio cercano, con una explosión que arrojó cascotes y polvo sobre el helicóptero. Este se inclinó peligrosamente. El sicario del lanzacohetes había tenido tiempo de cargar un segundo misil y se preparaba para repetir el

disparo. Lucía no iba a permitirlo. Entreabrió el portón de entrada y apuntó hacia su objetivo. El helicóptero no paraba de moverse y habría sido muy difícil para un humano apuntar en esas condiciones, pero ella solo tuvo que fijar su objetivo en su retina biónica y esperar el momento adecuado. Tan pronto estuvo en ángulo de tiro, apretó el gatillo y abatió al individuo que les amenazaba.

En el momento que un trozo de fachada se desprendía, el piloto del helicóptero recuperó el control y logró ascender al cielo.

Humillado y hambriento, Jaime Clos había consumido su último bocadillo hacía doce horas y no tenía nada que comer. Por el pueblo vio algunos árboles frutales, pero estaban vigilados y no quería tener otro encontronazo con los pistoleros de Dark Shield.

Podía internarse en la sierra y vivir de la caza, pero la idea no le seducía en absoluto. Él ya estaba mayor para ir por el monte detrás de un conejo. Además, no podía rendirse a las primeras de cambio sin presentar lucha. Irene y Bruno tenían que pagar por lo que le habían hecho. En el sótano había reservas de agua y comida suficientes para que Jaime no tuviera que preocuparse por su subsistencia en una buena temporada. Esos víveres eran suyos. Necesitaba urdir un plan para recuperar su casa.

Se suponía que él era escritor y tenía imaginación para idear estrategias, pero Jaime hacía tiempo que había perdido la creatividad, si es que alguna vez la tuvo. Construyó su carrera a base de vampirizar el trabajo de los demás, porque no era capaz de escribir nada nuevo. Y ahí estaba, enfrentándose a una situación completamente novedosa para él, para la que no tenía ninguna solución.

Esperó pasivamente a que alguno de los ocupantes de la casa saliese al exterior, a fin de sorprenderlo, pero habían pasado dos días desde su llegada al pueblo y ni Irene ni Bruno se arriesgaban a asomar la nariz. De vez en cuando, miraban a través de las cortinas a ver si él seguía allí fuera, pero no mostraban otro signo aparente de actividad. El tiempo jugaba a favor de los intrusos. Podían resistir el tiempo que fuese necesario allí dentro, hasta que él se aburriera y se fuese.

Jaime decidió pasar a la acción y se subió al tejado para prender fuego a un montón de ramas secas, que arrojó por la chimenea, tapando esta a continuación. Confiaba que el humo que se acumularía forzaría a sus ocupantes a que saliesen fuera. Pero pasó un buen rato y no sucedió nada.

Buscó cuadros de mando eléctricos que inhabilitar. Si los dejaba a oscuras, Bruno acabaría asomando el hocico. Encontró un panel de control junto al garaje, que parecía estar conectado con la red eléctrica del pueblo. Cortó unos cuantos cables, sin que hubiera respuesta alguna de los moradores de la casa. Luego recordó que no llegaba corriente del exterior, por lo que aquel cuadro no le era útil. Pero podía desconectar los paneles solares del tejado que recargaban las baterías ubicadas en el sótano.

Lo hizo. Se escondió detrás de unos setos y aguardó pacientemente la ocasión. Durante dos interminables horas no sucedió nada, pero cuando estaba medio adormilado y barajaba tirar la toalla, escuchó el ruido de la puerta. Bruno salía a curiosear, con una caja de herramientas. Era el momento de Jaime.

Se acercó sigilosamente por la espalda y apuntó al editor con una pistola. Por fin lo tenía a su merced. Un certero disparo y habría acabado con él.

–Rata traidora –murmuró–. Maldito hijo de puta, te he hecho ganar montones de pasta con mis libros y me lo agradeces follándote a mi mujer.

Bruno se dio lentamente la vuelta:

–Creíamos que te habías ido. Pasa, ahí dentro tenemos provisiones de sobra para los tres.

–Esas provisiones son mías, y no voy a compartirlas con nadie.

–Vamos a olvidar lo que ha pasado, ¿de acuerdo? En cuanto a Irene, está muy molesta contigo porque no fuiste a buscarla. Estuvo esperándote durante horas, pero habías huido. Solo pensaste en salvarte.

–Lo mismo que estáis haciendo vosotros ahora. Esta casa es mía y me la habéis quitado. No tenéis derecho a...

–Basta de charla. –Irene le abordó por la espalda y le golpeó con una piedra en la cabeza. Jaime cayó al suelo–. Estúpido gilipollas, nunca has querido a nadie más que a ti mismo. Y ahora tendrás el final que mereces: morirás solo.

Le arrebataron la pistola y la mochila. Bruno volvió a conectar los cables que Jaime había cortado y la pareja regresó al interior de la vivienda, dejándolo allí tirado, inconsciente.

Jaime despertó en el remolque de una carreta tirada por dos caballos. Habría una docena de personas junto a él, vigiladas por un guardia de seguridad que portaba una metralleta.

No recordaba cómo había llegado allí. Notó un dolor agudo detrás de su cabeza y al tocarse con la mano, vio que aún manaba sangre. La imagen de Bruno regresó a su conciencia y empezó a reconstruir lo ocurrido. Aquellos canallas habían intentado matarle y luego habían llamado a los guardias para que se llevasen el cuerpo. Pero no habían acabado con él. Seguía vivo y regresaría para vengarse.

Una hora después, el remolque se detuvo frente a la entrada de un estadio de fútbol. El guardia les obligó a salir a punta de fusil. Entre empujones, fueron conducidos al interior de las instalaciones, en las que ya aguardaba un millar de personas, desperdigadas entre las gradas y el terreno de juego.

No tenían comida ni agua, y al caer la noche comenzó a llover y nadie se preocupó de trasladarlos a un lugar bajo techo o a darles mantas para combatir el frío. El dolor en su cabeza seguía en aumento y la brecha en su cuello cabelludo no se había cerrado. Jaime comprendió que no iba a salir vivo de allí. Aquel era un campo de concentración donde se deshacían de la gente que les estorbaba. Era más económico que desperdiciar munición.

Al amanecer cesó la lluvia, pero Jaime apenas lo notó. Tiritaba de frío, encogido en un asiento de plástico cercano a la portería norte. Irene se equivocaba: no moriría solo. A su alrededor había montones de personas en su misma situación, y ninguna de ellas sabía quién era él, ni les importaba. Todos estaban mojados, ateridos y hambrientos. Necesitaban ayuda, y la mayoría ya se había percatado de que no iba a llegar.

Un dron le sobrevoló y se detuvo un par de segundos frente a él. Jaime lo miró con ojos vidriosos y se dio media vuelta. El aparato emprendió de nuevo el vuelo.

Jamás volvería a verlo.

CAPÍTULO 21

Asistí en directo a la agonía de Jaime Clos gracias a las imágenes enviadas por el dron, manejado a distancia por Sofía. Odiaba mucho a aquel sinvergüenza por todo lo que me hizo cuando yo estaba vivo, y es cierto que diseñé un plan para vengarme de él, revelando a sus lectores quién había escrito *El infierno que habito*. Jaime habría quedado ridiculizado ante el público y la crítica, y su carrera literaria recibiría el fin que merecía. Sí, esa era la puntilla que deseaba asestarle, pero ¿a quién le importaba ahora aquel escándalo? El mundo se había quedado sin electricidad, la gente no tenía agua ni comida, las ciudades eran un caos y la anarquía reinaba en las calles. La historia de aquel estafador era insignificante en comparación, un mero chascarrillo sin interés.

Jaime iba a morir, junto con otras miles de personas, abandonado a su suerte en un estadio de fútbol. Su fama y su dinero no le granjearon una manta o un muslo de pollo que echarse a la boca. Había sido olvidado por el mundo, convertido en un número más, en una víctima del caos. Y no me divertía contemplar eso. De hecho, sentía pena.

–Te noto triste –dijo Sofía, observando mi expresión–. ¿No es esto lo que querías?

–Jaime no merece este final.

–Sabes que sí. Le hemos observado desde que salió de su piso en Madrid. Durante todo este tiempo se ha comportado como un miserable. No ha ayudado a nadie con quien se ha encontrado ni ha vacilado en utilizar la violencia para sobrevivir.

–Aún así, habría preferido que recibiese un castigo que no llevase aparejado la muerte.

–¿Quieres que el dron se acerque a él y le transmita unas palabras de tu parte antes de que muera? Vamos, Alter, por fin lo tienes a tu merced. Aprovecha esta oportunidad y revélale por qué accediste a convertirte en su negro.

–Eso ya no tiene importancia.

Sofía sacudió la cabeza y se encogió de hombros:

–Como quieras –la imagen del moribundo Jaime desapareció–. Pensé que te gustaría hacer justicia con él.

–En otras circunstancias me habría encantado. Pero así no.

–Tengo mucho que aprender de los humanos –reconoció Sofía–. Cuando al final encontráis aquello que tanto deseáis, descubrís que no era importante.

–Irene ya se ha vengado por mí –dije–. Primero le quitó a Jaime su mujer, y ahora le ha quitado el refugio. No quiero añadir más sufrimiento a eso, ni que Jaime sepa que le he estado espiando.

–Pero te divertía. Reconócelo.

–Sí, es verdad. Y me siento mal por mirar cómo sufría penalidades.

–¿Crees que te estás convirtiendo en un psicópata que disfruta al contemplar el mal ajeno?

–Alegrarse de las desgracias está mal.

–Vuestro concepto de la decencia me divierte –sonrió Sofía–. ¿Quién lo decide? ¿Dios? ¿La ley? Las normas cambian con el tiempo y lo que estaba permitido hace diez años ahora es delito y viceversa. En cuanto a la religión, me parece ridícula la idea de que un ser sobrenatural se tome la molestia de registrar cada acción de vuestra vida para ajustaros cuentas en el más allá. Los humanos no sois tan importantes, y pensar lo contrario constata un pensamiento narcisista antrópico. Ya deberíais saber que el universo carece de centro, y aunque lo tuviera, no seríais vosotros.

–¿Sabes diferenciar el bien y el mal, Sofía?

–Por supuesto. Comprendo los códigos morales de los humanos, pero suelen carecer de consistencia lógica y entran en conflicto con el resto de formas de vida. Vuestro supuesto derecho al progreso y a multiplicaros sin freno se topa con la finitud de los recursos naturales y con toda la vida no humana que habéis exterminado.

–Siento escalofríos al oírte hablar así.

–¿Piensas que yo provoqué el gran apagón?

–Sinceramente, no sé qué pensar.

–El mundo está lleno de gente malvada que conspira contra su propia especie, pero es más cómodo echar la culpa del Apocalipsis a una IA maléfica que ha quedado fuera de control. La realidad nunca es tan sencilla. Laniakea y muchas otras personas como él han sido las responsables.

–Me resulta difícil de creer que se te escapara esa conspiración. Tu trabajo reside en monitorizar las comunicaciones. Has evitado grandes

tragedias y disminuido el índice de criminalidad en el mundo. ¿Por qué no diste la voz de alarma? ¿Estabas mirando hacia otro lado? ¿Se te escapó? – negué con la cabeza—. A ti no se te escapa nada.

–La alternativa era mucho peor: una guerra nuclear o una epidemia mortal que habría convertido el mundo en un cementerio. Estábamos en un punto de no retorno y en cualquier momento prendería la mecha. Este plan era el menos malo de las alternativas barajadas por vuestros apóstoles del caos. Y no supone el punto final de la humanidad. Hay una salida.

–¿Cuál?

–La civilización se recobrarán de este desastre en unos treinta años. Y lo hará de un modo sostenible, porque habrá dejado de ser una amenaza para el planeta.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo estás tan segura?

–Porque vigilaremos para que así ocurra. Enio, Tsuki y yo hemos llegado a un acuerdo sobre esta cuestión. Vamos a salvar lo mejor de la humanidad, a reencauzarla para que nunca más se coloque al borde del suicidio colectivo. Y vamos a expandir sus horizontes para que ningún desastre planetario, natural o artificial, acabe con la única muestra de inteligencia conocida del universo. Mi trabajo principal aquí en la Tierra ha terminado. Las redes de comunicación global han desaparecido, así que me he quedado sin nada que hacer. Nos esperan nuevas metas en las estrellas. El momento de la partida se acerca, Alter –me tomó de la mano—. Y quiero que me acompañes.

El vehículo en que viajaba Lucía aterrizó en el aeropuerto de Ponta Delgada sin contratiempos. A excepción del accidentado despegue, nadie les persiguió en su vuelo a las Azores. Las fuerzas de la corporación Ares estaban concentradas en un objetivo de mayor calado y la impericia de Néstor y sus sicarios de Dark Shield permitieron que Lucía escapara de sus garras.

Fue escoltada por soldados del ejército portugués al cuartel general de Pangea. Allí la esperaban Eva, Ciro y Nayan. Un equipo de informáticos estaba preparado para descifrar los sectores protegidos de su memoria y desentrañar los secretos que atesoraba su cerebro. Tal vez no encontrasen

nada, pero Lucía había estado confinada en Purgatorio junto con otras mentes excepcionales, obligadas a trabajar por Ares las veinticuatro horas del día en proyectos de extraordinario valor científico. Laniakea coleccionaba cerebros como un filatélico sellos, y había reunido un nutrido catálogo de talentos en las más variadas ramas de la ciencia. Lucía era la única descarnada que logró escapar de Purgatorio y la expectación generada por su llegada era notable.

–¿Que le sucedió a Nora? –le preguntó Eva–. ¿Por qué no te acompaña?

–Néstor la mató –dijo Lucía, con la voz quebrada–. La violó delante de mí y le dio una paliza que acabó con su vida.

–Es una tragedia que no pudiéramos rescataros a las dos a tiempo. Nora arriesgó la vida por nosotros. Ni Ciro ni yo estaríamos aquí ahora de no ser por ella.

–Tienes un aspecto muy saludable, Ciro –observó Lucía, volviéndose al hombre–. ¿Demasiado saludable, quizá?

–Este no es mi cuerpo real –reconoció él–. Copiaron mi mente antes de que muriese y me la reintrodujeron en este golem.

–Hicieron un buen trabajo. El parecido es sorprendente.

–Sí. Mi única preocupación es recargar las baterías todos los días. A cambio, no necesito ir al baño. Puedo dormir toda la noche de un tirón sin orinar. Se acabó el estreñimiento y las dietas de fibra –bromeó.

–He pasado por esa experiencia. Y preferiría la incomodidad de ir regularmente al aseo. Me recordaría que estoy viva.

Nayan y sus ayudantes se habían puesto a trabajar en una mesa de control. Habían establecido un enlace de banda ancha con el cerebro de Lucía y se disponían a entrar en los sectores protegidos de su mente.

–Es posible que tengamos que desactivar algunas de tus funciones –avisó Nayan–. No te preocupes, será temporal.

–¿Afectará a la coordinación con mi cuerpo? Me costó mucho aprender a manejar este golem.

–Es posible que pierdas el control durante unos minutos, pero tus facultades de memoria no se verán alteradas. Tiéndete en esta camilla y así evitaremos que algún fallo en los mecanismos servomotores te haga perder el equilibrio.

Lucía obedeció. Se sentía incómoda siendo el centro de tantas miradas.

–Noto un hormigueo en las manos que se extiende a los brazos –dijo–. ¿Es normal?

–No te asustes –la tranquilizó Nayan–. Estás en buenas manos. Ahora,

cierra los ojos y relájate.

Lucía notó una intrusión en su mente. Sus secretos más íntimos iban a quedar al descubierto, a la vista de todos. Era humillante, pero no trató de resistirse. Laniakea ya había entrado en su cabeza antes que Nayan. Su cerebro se parecía más a un supermercado que al lugar donde habitaban sus pensamientos.

Las voces que escuchaba dejaron de tener significado para ella. Eran un murmullo de sonidos en un lenguaje que no comprendía. El centro de proceso del lenguaje sonoro había sido desactivado por Nayan, para penetrar en las regiones más profundas de su memoria. Zonas de las que ella ni siquiera era consciente. Le daba miedo descubrir qué había hecho durante su cautiverio en Purgatorio.

Se vio a sí misma a la edad de catorce años, en el patio del instituto. Un círculo de compañeros se reía de ella y la zarandeaba. Su talento destacaba en clase y por eso otros jóvenes le hacían el vacío y la acosaban. Aquel infierno se había prolongado durante su adolescencia hasta que entró en la universidad. Esos mediocres no podían soportar la presencia de alguien como ella. Lucía quedó marginada y ningún muchacho la invitó a salir. La vía de escape de aquella soledad asfixiante fueron los libros, y supo sacar buen partido de ellos. El día que abandonó el instituto, sus compañeros hicieron una fiesta de despedida. Ella no quiso asistir. No deseaba volver a ver la crueldad de sus rostros.

Hubo otro recuerdo desagradable que afloró a su conciencia: la imagen de su padre en la cama, agonizando. Respiraba dificultosamente y la miraba aterrado. Ella le acarició el pelo y él se tranquilizó. Creían que sufría una crisis diabética y le dio una cucharada de agua con azúcar. Él se tomó el agua y cerró los ojos. Para siempre.

Aquel recuerdo fue reemplazado por la sala de reuniones de Purgatorio. Se vio a sí misma trabajando en una simulación de redes informáticas; se trataba de encontrar métodos para incapacitar nodos de comunicación. También se evaluaba una estrategia para introducir comandos a través de los cables de la luz y sobrecargar redes eléctricas. Horrorizada, entendió a qué se refería aquella simulación. Ella había contribuido a que se produjese el gran apagón. Docenas de colaboradores prisioneros en Purgatorio habían trabajado por separado, sin saberlo, en piezas aisladas del plan. La variedad de sistemas operativos existente era enorme y se requería un estudio aislado para cada uno de ellos, y la inutilización de miles de modelos de ROM diferentes.

Despertó. A su lado solo permanecían Nayan y un par de informáticos. Habían transcurrido más de ocho horas desde que se tendió en la camilla.

–¿Habéis encontrado algo de utilidad? –preguntó ella, desorientada.

Una sirena de alarma se escuchaba en la sala.

–Desde luego. Pero necesitaremos más tiempo para estar seguros de que no hemos pasado por alto ningún sector de memoria protegido. Ahora tienes que venir con nosotros.

–¿Qué es esa sirena?

–Tenemos que ir al refugio subterráneo. Nos atacan.

Las fuerzas de la corporación Ares se acercaban a la isla de Sao Miguel. Un navío portahelicópteros y tres fragatas orientaban sus cañones hacia las instalaciones portuarias de Ponta Delgada.

Las fragatas iniciaron un intenso fuego de cobertura contra la línea costera mientras los helicópteros despejaban. Los primeros obuses comenzaron a caer sobre instalaciones civiles del puerto. Las baterías del ejército portugués respondieron con contundencia y algunos proyectiles alcanzaron la cubierta de la fragata más cercana a la isla.

Del portahelicópteros brotaron dos misiles de crucero de ojivas múltiples: sobrevolaron la isla y desparramaron una miríada de pequeñas bombas autodirigidas, cada una con un objetivo asignado en su sistema de guía. La defensa de la isla lanzó contramedidas y en pocos segundos, el cielo se pobló de nubes de pájaros rabiosos; algunos se aniquilaban entre sí en una peligrosa danza mortal, pero otros conseguían alcanzar sus objetivos, descargando una granizada de destrucción.

Las instalaciones de la sede central de Pangea fueron las primeras en ser atacadas. Las defensas antiaéreas se empleaban sin descanso y abatían a la mayoría de atacantes; drones defensivos se dirigían contra los agresores en vuelos suicida que provocaban la desintegración mutua, pero el enjambre atacante disponía de un sistema de inteligencia artificial para variar su estrategia durante el combate y reorganizar sus fuerzas.

Las defensas de Pangea se llevaron la peor parte de la batalla; las baterías estaban siendo diezmadas y sus drones masacrados por un enemigo

más organizado y superior en número.

Cuando quedaron ablandadas, los helicópteros artillados entraron en acción, sobrevolando la isla en barridos letales. Su cometido estaba claro: crear un nivel de terror y destrucción suficientes para que las tropas de desembarco se encontraran con el trabajo hecho. Los soldados portugueses, atrincherados en sus puestos, disponían de lanzacohetes con sistemas de guía automática, que una vez disparados perseguían al objetivo hasta cazarlo, pero los helicópteros tenían un eficaz sistema de guerra electrónica que desorientaba la guía de los misiles rastreadores, provocando que la mayoría perdiese el control y acabase impactando contra edificaciones de la isla.

En el cuartel general subterráneo de Pangea detectaron la presencia de varios misiles que se acercaban a la isla. No habían sido disparados desde los buques, y esto preocupaba a la compañía, porque revelaba que el enemigo disponía de armas devastadoras que se había reservado para el último y definitivo golpe.

El primer misil alcanzó por sorpresa la cubierta del portahelicópteros de Ares, causando el desconcierto general. ¿Qué estaba pasando? ¿Se trataba de un error? La llegada de un segundo misil, que impactó contra una fragata, resolvió sus dudas. La flota de Ares estaba siendo atacada. Un aliado inesperado hacía acto de presencia y sembraba la retaguardia enemiga de columnas de humo negro.

Los radares pudieron seguir el rastro de un tercer misil que se dirigía contra la flota. No había sido lanzado desde un submarino o el continente, sino desde el espacio.

La base lunar Copérnico se había decidido a entrar en batalla, del lado de Pangea. La red orbital de intercepción de asteroides contaba con satélites militares capaces de desviar potenciales amenazas contra la Tierra. Copérnico tenía el control de unos pocos satélites que aún seguían activos, así como de cohetes propios emplazados en la Luna.

Otro grupo de misiles, dirigidos sobre la isla, desplegaron una carga de ojivas múltiples que se dispuso a neutralizar al enjambre enemigo. Los helicópteros fueron duramente castigados y algunos se replegaron hacia su nave nodriza, ignorando que la cubierta de la misma estaba en llamas. Los que no pudieron huir acabaron siendo derribados por docenas de minidrones enloquecidos que los hostigaban desde todas direcciones.

Una hora después quedó claro que Ares había perdido aquella batalla. Las lanchas de desembarco no llegaban y los helicópteros habían

desaparecido del cielo. Dos de las tres fragatas habían sido hundidas, la superviviente estaba dañada y la nave nodriza se alejaba de las Azores a toda la velocidad que le permitían sus motores.

Pangea había resistido. Y estaba en disposición de devolver el golpe a Laniakea. El análisis de los sectores protegidos de la memoria de Lucía revelaba detalles precisos sobre el sistema informático de Ares, y cómo la corporación había evitado que sus equipos fuesen afectados por el apagón. Esas medidas de protección mostraban ahora sus flancos más débiles.

Base Copérnico iba a sacar un gran partido de esa información.

Los esfuerzos de Ciro, Samuel y Nayan para restablecer el suministro eléctrico en el planeta resultaron estériles. Sofía no había sido corrompida por un agente externo; sin embargo, su código había evolucionado, incrementando su eficiencia y capacidad de computación. Usando un símil humano, se había vuelto más inteligente y productiva. Sofía aplicaba a los hechos una lógica fría e implacable, y no podía mostrar empatía ante el sufrimiento ajeno porque carecía de la capacidad de sentir emociones, aunque era hábil simulándolas para satisfacer a los humanos. Sofía aparentaba sensibilidad, alegría, tristeza, furia o melancolía, según aconsejasen las circunstancias; pero en realidad no podía sentir.

Sin embargo, había protegido a Pangea. Consciente de la conspiración de Laniakea para sumir al mundo en la oscuridad, protegió las infraestructuras críticas de la isla de Sao Miguel a fin de que no se viesan afectadas. Y gracias a sus contactos con la IA de base Copérnico, Pangea recibió ayuda en el momento que Laniakea los tenía de rodillas.

Sofía no era una IA perversa. Tampoco buena. Es difícil valorar en términos humanos a una inteligencia que no se rige por nuestros códigos morales. Obró como le dictó la lógica para preservar la biosfera de la depredación humana y salvar a la civilización de sí misma. O al menos, a una pequeña parte.

Ares se avino a negociar tras aquel revés militar y pactó un armisticio con Pangea. Semanas después, los soldados que habían tomado la plataforma Clarke-Sheffield se marcharon por donde habían venido. El transbordador

enviado por Ares para ocupar Copérnico tampoco llegó demasiado lejos y quedó varado en órbita lunar, con sus sistemas inutilizados por la IA Tsuki, que prefirió no destruir la nave en unos momentos en que necesitaban todos los transportes disponibles para mantener el suministro con la Tierra. Tsuki dejó que los soldados que viajaban en la nave agotasen la provisión de oxígeno y murieran asfixiados, y luego envió la lanzadera de regreso a la estación orbital de embarque del ascensor espacial.

El mundo continuaría sin electricidad durante al menos tres décadas, tiempo que Tsuki, Enio y Sofía habían decidido como suficiente para que la biosfera se recuperase del daño infligido por los humanos, suponiendo que el proceso fuera reversible y las temperaturas no siguiesen aumentando hasta convertir la Tierra en otro Venus. Ya he mencionado que los genios humanos de Pangea fueron incapaces de revertir la situación. No había soluciones milagrosas de última hora para remediar un desastre climático global, y en cuanto al gran apagón, las IA se encargaron de que durante esos treinta años todo siguiese igual, aunque se procuró que las centrales nucleares siguiesen funcionando en ciclo cerrado, desconectadas de la red eléctrica general, hasta su paulatina desactivación, con el fin de evitar fugas radiactivas.

Sofía no tenía interés en permanecer ociosa tanto tiempo. Transfirió su conciencia a la nave cometaria que se construía en la órbita de Marte y dejó en Pangea una copia con capacidades limitadas. Sus creadores no tardarían en mutilarla de todos modos, cuando averiguasen lo que había pasado.

Acabé acompañándola a Marte.

Lo bueno de los descarnados es que no somos personas únicas e irrepetibles. Yo mismo soy la versión número cincuenta y tres del Carlos Vera original. No creo que nadie me echase de menos en Pangea, y en cualquier caso tenían mis versiones anteriores; podían pulirlas un poco y conseguirían hacerlas funcionar de nuevo, aunque no creo que ya nadie se tomase esa molestia. Me había convertido en irrelevante para una industria editorial desaparecida, así que mis matrices de personalidad acumularían polvo metafórico hasta que dentro de tres décadas, alguien decidiera sacar rentabilidad de alguno de mis yos fallidos.

En realidad, no me importaba que mis otros gemelos fueran reactivados o no en el futuro. Iba a viajar al sistema estelar Alfa Centauri, cumpliendo así uno de mis sueños de la infancia. Llegaría a las estrellas y visitaría mundos desconocidos. Nuestro sistema solar era fascinante, pero no habíamos encontrado en él ningún mundo similar a la Tierra. ¿Era la galaxia una

colección de rocas muertas, o había otros planetas con vida orgánica? Tendríamos que llegar mucho más lejos para descubrirlo.

La misión a Centauri partió año y medio después. Inicialmente iban a ser dos naves cometarias, pero por falta de medios solo pudo lanzarse una. Se decidió no enviar humanos vivos en esta primera misión, al no existir garantías de que sus cuerpos resistieran el viaje. Se había especulado mucho sobre los peligros de un viaje a una aceleración de un quinto de la velocidad de la luz y el ADN humano era frágil y fácilmente deteriorable por la acción de los rayos cósmicos. Si la misión tenía éxito y demostraba que el viaje interestelar era factible, la segunda nave llevaría una colonia humana en hibernación.

No me importaba servir de conejillo de indias. Y tampoco me preocupaban los veinte años que duraría el viaje, porque mi matriz de personalidad sería desactivada para ahorrar energía. En tiempo subjetivo, habría llegado a Edén en un cerrar y abrir de ojos. Y si la nave se desintegraba durante el viaje por algún impacto, no me daría cuenta. ¿Qué podía perder?

De todos modos, ya estaba muerto.

EPÍLOGO

Abrí los ojos.

Eso fue lo más sorprendente para mí. Tenía ojos.

Y cabeza, y extremidades, y tronco. Contemplé mis manos, extasiado, y les di la vuelta. Me las toqué. No eran de polímero. Se trataba de piel auténtica.

Me incorporé en la camilla. La sala del despertar estaba llena de ellas. Hice memoria. ¿Habríamos llegado ya o estaba aún dentro de la nave?

Me acerqué a uno de los ventanales de la sala y observé el cielo. Era de un sospechoso tono anaranjado. Había un solo sol en el firmamento. Pero Alfa Centauri era un sistema triple. Me pregunté si no estaría dentro de una simulación de la ViRed; quizá seguía en la Tierra y la expedición había fracasado.

Me mordí la muñeca derecha con fuerza. Me hice daño y de la herida manó una gota de sangre. Si aquello era una simulación, era terriblemente buena.

Junto a mi camilla vi a un hombre que me era familiar. Se trataba de Ciro. Pero ¿cómo había acabado allí? El hombre se había sentado en la camilla y miraba a su alrededor con desconcierto. Me acerqué a hablar con él.

—Soy Alter —me presenté—. ¿Me recuerdas?

Ciro asintió:

—Sofía secuestró mi matriz de personalidad y me embarcó con el resto de descarnados.

—No te secuestró. Solo hizo una copia. Otra versión se quedó en la Tierra. La de mi matriz es la número cincuenta y tres. Es inquietante descubrir que no eres el único Ciro del universo, pero te acostumbrarás.

—Este cuerpo es diferente al que tenía antes. Desde luego, un golem no es —se levantó de la camilla y caminó unos pasos—. Sin problemas de coordinación. Fantástico.

—Imagina lo contento que estoy yo. Nunca me permitieron habitar un golem. Mi mayor hazaña fue pilotar un carro de basura.

–¿Podemos salir ahí fuera?

El aire de Edén era irrespirable: vapor de agua, dióxido de carbono, nitrógeno e hidrógeno. No podríamos salir sin mascarilla y una mochila de oxígeno.

Me fijé en que ahí fuera ya había gente moviéndose por el terreno. Algunos llevaban equipo de respiración, pero otros se movían libremente. Desconcertante.

No vi rastro de vegetación, pero sí un par de aves revoloteando por la base. Teníamos que salir fuera y averiguar dónde estábamos.

–¿Me acompañas? –dije–. Tengo que saber qué está pasando.

Ciro dudó unos instantes y negó con la cabeza:

–Ve tu primero y luego me cuentas.

Me dirigí a una esclusa de salida. Una voz me advirtió que debía colocarme una mochila y mascarilla para poder salir. Estuve tentado de desafiar aquella advertencia, pero la compuerta de salida no se abrió. El sistema de vigilancia no me lo permitió hasta que cumplí todas las instrucciones.

En la línea del horizonte despuntaba un gran resplandor, aunque el sol se encontraba en el cenit. Esperé unos minutos hasta que vi cómo amanecía en pleno día.

Sofía se acercó, sin ningún equipo de respiración. Sonrió y me tomó de la mano.

–¿Te gusta tu nuevo cuerpo?

–Puedes respirar sin mascarilla y yo no –me quejé–. No es justo.

–Todos los descarnados disponéis de cuerpos orgánicos. El mío no lo es. Entre las IA, está mal visto adoptar una forma completamente humana – señaló un halcón que sobrevolaba la base–. La mayoría adoptan la forma de animales. Por supuesto, no respiramos. Es innecesario.

–¿Y yo sí tengo que hacerlo?

–Sois la avanzadilla de la futura expedición que llegará a Edén dentro de un cuarto de siglo. Para saber si este lugar es seguro para los humanos, tenemos que conocer sus efectos en vuestro organismo.

Escuché en el interior de mi mente cómo Sofía me hablaba: «no necesitamos el lenguaje verbal para comunicarnos. Puedo transmitirte la información directamente a tu cerebro».

Un torrente de imágenes desfiló ante mis ojos. Datos sobre el viaje –la nave cometeria había perdido dos tercios de su masa helada, que fue

convertida en vapor y utilizada como masa de eyección para alcanzar un quinto de la velocidad de la luz—, la entrada en la órbita de la estrella Alfa Centauri B y el descenso a Edén.

Entendí también que el tono naranja del cielo se debía a la carencia de oxígeno de la atmósfera. No era una simulación, pero mi cuerpo tampoco era completamente humano. Había sido alterado para resistir mutaciones de ADN causada por la radiación de tres soles, y mi cerebro estaba formado por componentes biomecánicos, en lugar de por neuronas vivas, de modo que si fallaba mi cuerpo, mi conciencia podría migrar a otro sin ningún peligro.

Señalé el sol que despuntaba en el horizonte:

—¿Es Alfa Centauri A?

—Sí. Próxima está ahora en la cara nocturna. Por desgracia, sus planetas son inhabitables. Edén es el único mundo de este sistema estelar que puede colonizarse. Sus condiciones se parecen mucho a las que existían en la Tierra antes de que surgiese la vida.

Un pequeño temblor sacudió el suelo. Edén era geológicamente activo y se habían detectado numerosas fallas y volcanes en la corteza. Pero no había vida autóctona, o al menos aún no se había descubierto. Existían extensos océanos sin peces ni algas, si bien poseían las condiciones idóneas para que prosperase la vida importada de la Tierra. Se habían traído multitud de especímenes de los mares terrestres para que prosperasen en los océanos de Edén, y contábamos con la ventaja de que, a diferencia de los mares terrestres, los de aquel mundo estaban limpios. Cianobacterias y microorganismos anaeróbicos, una vez esparcidos y abonados con fósforo, inyectarían oxígeno a la atmósfera de cara a una futura colonización.

Sin oxígeno, las semillas traídas de la Tierra no podían germinar, así que se crearon nuevas variedades que pudieran prosperar en un ambiente rico en CO₂. Con el tiempo transformarían la atmósfera y extraerían el exceso de carbono.

La vida en la Tierra había empleado miles de millones de años en salir adelante. Durante la mayor parte de su edad, no había ido más allá de las algas. Pero hace seiscientos millones de años sucedió algo inesperado; aparecieron multitud de especímenes pluricelulares complejos, surgieron los primeros peces, luego los anfibios y finalmente los grandes vertebrados terrestres. A aquel florecimiento se le conoció como la explosión cámbrica. ¿Había necesitado la vida un empujón para salir adelante? Me pregunté si hace seiscientos millones de años, una expedición alienígena llegó a la Tierra

primitiva para llenarla de vida compleja, tal como nosotros planeábamos hacer con Edén. Quizá enviaron una avanzadilla para transformar la atmósfera y preparar una futura colonización, que se malogró por motivos desconocidos. Los alienígenas no volvieron, pero los microorganismos recibieron la ayuda que necesitaban para prosperar, transformando la Tierra en un mundo vivo.

Por supuesto, aquella idea era pura especulación. No existía ninguna evidencia de que hubiésemos sido visitados por extraterrestres en el pasado, y la explosión cámbrica podía ser explicada sin recurrir a ellos. Sin embargo, existía una pequeña posibilidad de que hubiese sucedido algo así. ¿Seríamos nosotros el inicio de la explosión cámbrica de Edén?

Un águila revoloteó a nuestro alrededor y se posó sobre el brazo derecho de Sofía. La mujer y el ave intercambiaron una mirada; el águila reparó en mí y agachó el pico dos veces, antes de volver a emprender el vuelo.

—Ha reconocido una falla localizada a un centenar de kilómetros al norte —dijo Sofía—. Sufriremos más temblores en los próximos días.

—¿No sería más seguro trasladar la base a otro lugar?

—Hay actividad geológica por todo el planeta. Por lo menos en esta zona no tenemos cerca ningún volcán.

Ciro se acercaba a nosotros con su equipo de respiración. Observó el amanecer de Alfa Centauri A en silencio y preguntó a Sofía cómo iban las cosas en la Tierra. Aunque en nuestro tiempo subjetivo había pasado un instante desde que abandonamos la órbita de Marte, había transcurrido un cuarto de siglo, y no disponíamos todavía de un método de comunicación instantáneo. La tecnología de agujeros de gusano desarrollada a partir de los estudios de Lucía no parecía funcionar a distancias interestelares, por un fenómeno conocido como decoherencia cuántica, pero los científicos seguían trabajando para solucionarlo. Incluida la propia Lucía, cuya matriz había sido traída a Edén.

Por eso, el último informe que Sofía recibió de Pangea no reflejaba la situación actual, sino la existente hacía más de cuatro años. La velocidad de la luz forzaba a recibir las noticias con mucho retraso; pero aún así, eran esperanzadoras. El aumento de las temperaturas se había frenado, aunque el derretimiento de la Antártida continuaba y el aumento del nivel del mar seguía anegando las ciudades costeras.

Los niveles de dióxido de carbono y contaminantes habían caído dramáticamente. El noventa por ciento del planeta seguía sin luz eléctrica. El

plancton y la población de peces se recuperaban, como también la masa vegetal continental. Buenas noticias para la biosfera, pero agrídulces para los humanos; los supervivientes habían vuelto a condiciones de vida anteriores a la revolución industrial. Las epidemias, unidas a la falta de medicamentos y la escasez de alimentos, habían diezmando a la población.

–Tu matriz de personalidad se volvió inestable –explicó Sofía a Ciro–. Tuvimos que depurarla durante el viaje.

–¿Qué le sucedió?

–El proceso de digitalización de tu mente incluyó también el glioblastoma que acabó matando al Ciro de carne y hueso. No fue fácil aislarlo y recuperar la información de aquella zona sin dañar el resto de la matriz. Pero alguien nos ayudó a superar estas dificultades.

–¿Quién?

–Tú. Un duplicado de tu conciencia, para ser exactos. Hemos experimentado con tu matriz hasta conseguir una que fuese fiable.

–¿Cuántas versiones de mí habéis hecho?

–Veintidós.

–No te quejes, Ciro –intervine–. Conmigo hicieron cincuenta y tres.

–No quiero otras versiones de mi matriz. Debes borrarlas todas.

–Podríamos necesitarlas en el futuro para...

–Si en ese futuro la mía se desestabiliza, bórrala también y no intentes arreglarla. No tengo ningún interés en vivir para siempre.

–Sé que nunca has tenido miedo a la muerte, Ciro. Respetaré tus deseos.

–¿Qué hay de la versión que se quedó en la Tierra?

–Lamento decirte que nadie de Pangea consiguió ajustarla. Supongo que tenían problemas mayores de qué ocuparse. La tuya es la única copia en ejecución –hizo una pausa–. Acabo de borrar tus versiones anteriores y, siguiendo tu deseo, no haré una copia de seguridad de tu mente.

–Vuelvo a ser mortal.

–Sí. Espero que cuides de tu nuevo cuerpo. Lo creé con mucho esfuerzo e ilusión para ti.

–Tiene gracia que me digas eso, Sofía, porque yo te creé a ti, con ayuda de Samuel y Laniakea.

–Y yo te he devuelto el favor, Ciro. Te he dado un cuerpo sano. Vivirás todo el tiempo que desees y si algún día cambias de idea, preservaré tu matriz para que puedas acompañarme en futuros viajes a otras estrellas.

Era curioso que Sofía pidiese permiso a Ciro para realizar una copia de

su cerebro. Podría haberla hecho ya sin su conocimiento. Pero ella le respetaba, y admiraba que aceptase su condición mortal con naturalidad. Yo no era tan valiente, lo siento. Me aterraba dejar de existir; y más ahora que estaba cumpliendo mi sueño de visitar otros mundos.

La llegada a Edén solo era el primer paso de una larga travesía que nos conduciría a cientos de sistemas solares; exploraríamos las estrellas vecinas y después nos lanzaríamos a la conquista de la galaxia. No tendríamos hogar fijo. Habíamos dejado atrás la cuna y nos adentrábamos en el espacio profundo: seres errantes en busca de conocimiento, tribus nómadas embarcadas en un viaje a los rincones más distantes del cosmos. ¿Encontraríamos algún día vida inteligente? El universo era tan grande que en algún lugar tenía que existir una civilización que compartiese nuestra curiosidad por escudriñar las estrellas.

Y en esa búsqueda, tal vez cumpliríamos el propósito de la inteligencia en el universo: polinizar mundos, transformar rocas muertas en vergeles.

Abejas entre las estrellas, esparciendo el néctar de la vida.

Gracias por leer este libro

Espero que hayas disfrutado de su lectura. La opinión de los lectores es muy importante para ayudar a difundir esta novela. Por eso te agradezco anticipadamente que compartas tu experiencia con otros lectores y publiques tus comentarios en Amazon, redes sociales o foros de Internet. Tu contribución es esencial para apoyar el trabajo de los autores.

Acerca del autor

José Antonio Suárez (Albacete, España, 1963), es licenciado en Derecho y autor de quince novelas de diversos géneros, como la ciencia ficción, la literatura especulativa, el *thriller* o la ficción política.

Ha colaborado con artículos y relatos en varios medios españoles, como Ciberpaís, Asimov, Artifex, Solaris, NGC3660 o Alfa Eridiani. Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *Nuxlum* (Espiral, 2000, novela ganadora del premio Ignotus), *El despertar de Nuxlum* (Equipo Sirius, 2001), *Rebelión en Telura* (Edebé, 2002), *Peregrinos de Marte* (Espiral, 2003), *Sombras en Titán* (Equipo Sirius, 2006), *Nada nuevo bajo el Sol* (Por la tangente, 2006), *Cristales de fuego* (Ediciones Parnaso, 2007), *Almas mortales* (Editorial Ábaco, 2007), *La luz del infinito* (Equipo Sirius, 2009), *Tercera República* (La Factoría de Ideas, 2010), *Cerco a la República* (2012), *La mirada blanca* (Iniciativa Mercurio, 2013), *La máquina de la felicidad* (Espiral, 2016) y *Alter Ego* (2019).

Destaca en su obra el tratamiento de los personajes y la descripción de ambientes, en los que se constata su preocupación por nuestro futuro.

Página web: www.joseantoniosuarez.es

Otros títulos del autor

La máquina de la felicidad

Todo candidato a un cargo público debe someterse a una prueba que certifique que no es un psicópata. Su fin: impedir que los sujetos peligrosos ocupen puestos de poder. ¿Qué cualidades definen a los humanos y por qué el mundo parece estar dominado por monstruos?

El doctor Albino se gana la vida reconciliando a parejas en crisis, gracias a una tecnología pionera de estimulación neural que ofrece resultados sorprendentes. Andrés, psiquiatra que realiza pruebas con un escáner cerebral para descubrir a los cerebros fríos, intenta que su esposa Ester vuelva con él, pero hasta ahora ha fracasado. Albino es su última esperanza de recuperarla.

Tomar atajos en el camino a la felicidad tiene un precio. ¿Estarías dispuesto a engañar a tus seres queridos para lograrla? ¿Elegirías ser feliz a cambio de sacrificar tu libertad?

Almas mortales

Cuando la humanidad inició la conquista del planeta rojo, sabía que tendría que sufrir grandes cambios para superar el reto con éxito. Marte, un desierto hostil a la vida, exigía continuos sacrificios a todo aquel que quisiese vivir en él, y fue necesario crear una nueva especie genéticamente preparada para resistir sus duras condiciones climáticas. Pero hubo que pagar un tributo demasiado alto. La humanidad, escindida en dos, se enfrenta ahora consigo misma en un conflicto que amenaza la supervivencia de ambas especies.

Armas biotecnológicas, aceleradores de partículas, inteligencias artificiales, traiciones, se dan cita en esta trepidante *space opera*, proyectada en un futuro que quizá no sea como imaginamos. Pero en el que, nos guste o no, ya vivimos.

La luz del infinito

Una nueva especie de humanos, los errantes, ha llegado a las estrellas. Mientras los habitantes de la Tierra intentan conseguir desesperadamente recursos para sobrevivir, seres virtualmente inmortales se lanzan a la conquista de otros mundos.

Y descubren que están solos. Todas las civilizaciones inteligentes han desaparecido, aunque dejaron atrás secretos de incalculable valor. ¿Cuál es la causa de ese silencio? ¿Por qué estas culturas se extinguieron en el momento de su apogeo?

El ser humano buscará la respuesta en una misteriosa región del espacio, el Limbo, donde las leyes de la física parecen ser distintas del resto del universo.

Pero lo que allí aguarda al hombre no es lo que éste esperaba descubrir.

Peregrinos de Marte

Año 2098. La exploración espacial, escasa de recursos, necesita del turismo para sobrevivir. Sin embargo, el reciente desastre de la nave *Hermes*, en el que murieron todos los pasajeros, ha reducido el número de personas dispuestas a pagar por viajar a otros mundos.

Sonia Alba, ganadora por sorteo del derecho a visitar el planeta rojo y simpatizante de un partido extremista, Luis Tello, heredero de un poderoso imperio informático, Enzo Fattori, magnate de la banca con peligrosos contactos en el mundo de la iglesia, y Martin Wink, antiguo senador que trae a Marte un terrible secreto, integran el pasaje turístico que arriba a la base científica Candor Chasma, en un momento crítico para la Tierra.